BBD5493

A. CHELEN ROJAS

TROTSKY

Editorial
Jorge
Alvarez

Colección
Perfiles

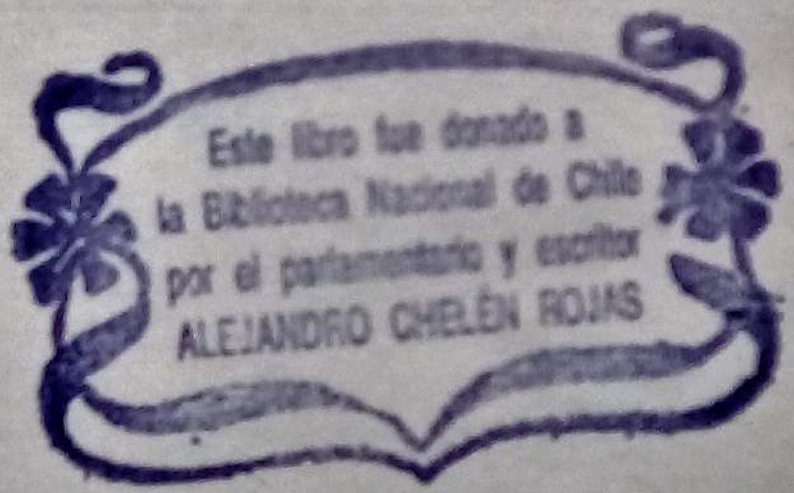
5(77-111)

A. CHELEN ROJAS

TROTSKY

TROTSKY

A. Chelén R.
Buenos Aires, 1972.-



EDITORIAL JORGE ALVAREZ

205543

TAPA

ALBERTO FERRER

TRADUCCIÓN

LILIANE ISLER

LEONOR GHINSBERG

© EDITORIAL JORGE ALVAREZ S. A., 1969

TALCAHUANO 485 - BUENOS AIRES

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

INDICE

I *Entrevistas*

PÁG.

1 ANDRE MALRAUX. Encuentros con León Trotsky . 11
2 JOHN GUNTHER. Trotsky en Elba 23
3 V. R. HAYA DE LA TORRE. Trotsky 41
4 JONAS LIED. Con Trotsky en Octubre 47
5 JULIO ALVAREZ DEL VAYO. El papel de Trotsky en los primeros años de la Rusia Soviética 59
6 VICTOR SERGE. Lev Davidovitch Trotsky 63
7 CARLO ROSSELLI. Conversando con Trotsky 67

II *Valoraciones*

8 JOSE CARLOS MARIATEGUI. Trotsky, revolucionario y filósofo 77
9 HEINZ SCHURER. La revolución permanente 83
10 CURZIO MALAPARTE. El golpe de Estado bolchevique y la táctica de Trotsky 99
11 KARL RADEK. Trotsky, creador de la estrategia militar de la revolución 127
12 FERNANDO DE LOS RIOS. Trotsky y el mundo de los valores políticos reales 131
13 EDMUND WILSON. El rol de Trotsky en la historia 137
14 BERTRAM WOLFE. Un hacedor de la historia como historiador 142
15 BORIS BAJANOV. Retrato del animador de la revolución permanente 153
16 ERNESTO MONTENEGRO. Trotsky, maestro de conciencias 159

PÁG.

17 CIRO ALEGRIA. Perfil de un revolucionario 163
18 JAMES T. FARRELL. Tributo al gran viejo 167
19 DWIGHT MACDONALD. Trotsky ha muerto 173
20 ISAAC DEUTSCHER. Las ideas de Trotsky sobre el arte y sobre el hombre 183
21 WINSTON CHURCHILL. León Trotsky, alias Bronstein 201
22 MANUEL ROJAS. El último combatiente 211
23 MAX EASTMAN. La personalidad de León Trotsky 215
24 FRANÇOIS MAURIAC. Memoria interior 223
25 JORGE ABELARDO RAMOS. Trotsky en América latina 229

Indice de nombres 259
Los Autores 263

1 ENCUENTROS CON LEON TROTSKY

ANDRE MALRAUX

El motor se detuvo ante una puerta claraboya, y las sordas palpitaciones del mar próximo llenaron el silencio de la noche. Desde que se precisó ese deslumbrante fantasma de lentes, observé que toda la fuerza de sus rasgos estaba en la boca, de labios lisos, tensos, extremadamente recortados, de estatua asiática. Reía hasta ponerse a tono de camarada, con una risa de cabeza que no se asemejaba a su voz —una risa que dejaba ver unos dientes pequeños y muy separados, dientes extraordinariamente jóvenes en este fino rostro, orlado de una cabellera blanca—, obsequiosa e imperiosa a la vez y que parecía significar: "Terminemos rápidamente con las efusiones cordiales y pasemos a las cosas serias".

Las cosas serias, en esta época en que la actividad directa le estaba prohibida, como condición de la permanencia en Francia, eran, en suma, el ejercicio de la inteligencia. En el gran escritorio, donde un revólver servía de pisapapeles, la presencia de Trotsky planteaba al pensamiento uno de los más sugestivos problemas: la relación del carácter y del destino.

Se atribuye a los ciegos una rigurosa certeza de juicio. Yo creo que ello es debido a que los ciegos juzgan a los hombres sólo por la voz. En efecto, nada, ni el rostro, ni la risa, ni el porte, *expresan* al hombre, por la sencilla razón de que el hombre no es expresable. Pero, de todos estos portillos abiertos, es seguramente el tono de la voz el que deja ver la mayor cantidad posible de personalidad. Trotsky no hablaba su lengua. Pero, aun en francés, el carácter principal de su voz es la dominación total de lo que expresa, la ausencia de ese insistir por el que tantos hombres dejan adivinar que su afán por convencer a otros es

un modo de quererse convencer a sí mismos; la ausencia de voluntad de seducción. Los hombres superiores tienen casi todos de común, sea cual fuere la torpeza de muchos al expresarse, esta densidad, este centro misterioso del espíritu, que parece venir de la doctrina y que la rebasa en todo sentido, y que da el hábito de considerar el pensamiento como algo que se conquista y no como algo que se repite. En el dominio del espíritu este hombre se había forjado su propio mundo, y en él vivía. Recuerdo de la forma en que me habló de Pasternak:

—Casi todos los jóvenes rusos le siguen, en la actualidad pero a mí no me gusta gran cosa. A mí no me agrada el arte de los técnicos, el arte para los especialistas.

—Para mí —respondí yo— el arte es, ante todo, la expresión más elevada o la más intensa de una experiencia humana legítima.

—Yo creo que este arte va a renacer en toda Europa... En Rusia, la literatura revolucionaria no ha dado todavía una obra grande.

—La verdadera expresión del arte comunista la da, no la literatura, sino el cine. ¿No es así? Tanto antes como después, el cine; antes, *Potemkin*; después, *La Madre*.

—Lenin pensaba que el comunismo se expresaría artísticamente por el cine. Con referencia a *Potemkin* y *La Madre*, me han hablado mucho de la misma forma en que usted lo hace. Pero voy a decirle una cosa: yo no he visto nunca esas películas. Cuando se las proyectó, al principio, estaba en el frente. Después se proyectaron otras, y cuando se volvió de nuevo a ellas, me encontraba en el destierro...

Este arte de las primicias del cine revolucionario; este arte que por tantos conceptos corresponde a su vida y forma parte de su leyenda, Trotsky jamás ha logrado verlo...

—¿Por qué —digo yo— no ha de desaparecer la literatura en beneficio de otro género de arte, así como ha sido reemplazada la danza, que expresaba el arte de las tribus primitivas, por las artes de nuestra época? Hacemos partir al cine de la pintura, pero yo creo que esto es muy poco significativo. Lo que ha muerto a la danza es la escritura. Hay en el cine una manera de escribir que

no se hace con palabras, que podría muy bien matar a la misma escritura: la palabra, matando a la danza; la imagen, matando a la palabra.

Trotsky sonríe.

–Me es difícil responderle exactamente en lo que a la danza se refiere; tenga en cuenta que conozco muy poco este asunto técnicamente. Pero me parece que la danza se ha conservado y lo que sí ha hecho es evolucionar. Y creo más: creo que muy bien podría renacer, aún con todo lo que poseyó en otras épocas, pero enriquecido. La humanidad no abandona aquello que conquistó una vez.

–Sin embargo, ha abandonado ochocientos años, por lo menos, de los valores antiguos y estoy persuadido de que al hombre del año 700 le habrá sido absolutamente imposible comprender a Pericles, como a éste le hubiera ocurrido lo mismo con respecto al hombre del año 700. También la vida espiritual del Egipto antiguo le era poco accesible.

–¿De Egipto?

Trotsky pasa el tema por alto: se ve que lo conoce poco.

–Pero en lo referente al cristinanismo –continúa– Trotsky–, mire: desconfío; creo que hemos idealizado demasiado los primeros tiempos del cristianismo. Sin duda había una inmensa mayoría que apenas comprendía nada. Místicos que eran ascetas y gentes hábiles e interesadas que formaban la mayoría de la iglesia.

¿Es que Trotsky reconstruye el cristianismo primitivo a través de la Rusia de su juventud? Trotsky continúa:

–Usted sabe que cuando el Papa se sentía enfermo recurría al médico y no a los rezadores... Sí, los valores antiguos desaparecieron; pero han vuelto.

–Usted me dice que la humanidad no abandona lo que una vez adquiere. Por tanto, ¿no será posible admitir la persistencia del individualismo en el comunismo: de un individualismo comunista, tan distinto del individualismo burgués, por ejemplo, como éste lo es respecto del individualismo cristiano?

–Veamos: aquí, como en todo, habrá que partir de lo económico. Los cristianos han podido vivir en función de la vida eterna

y no conceder gran importancia al individualismo, porque eran muy pobres. Los comunistas del plan quinquenal están, en cierto modo, en la misma situación, por otras razones. Los períodos de los planes, en Rusia, son necesariamente desfavorables a todo individualismo, aun comunista...

–Los períodos de guerra son igualmente desfavorables al individualismo burgués.

–...pero tras los planes, o entre los planes, el comunismo aplicará a sí mismo la energía que hoy aplica a la construcción. Yo creo que el espíritu del cristianismo primitivo es inseparable de una pobreza extremada.

Está fatigado: su francés, más rápido, se hace menos puro; emplea, cada vez más, un vocabulario inesperado, "bien" por "muy", al cual da una inflexión singular.

Una ideología puramente colectiva, únicamente colectiva, es inconciliable con el mínimo de libertad material que implican el mundo moderno y el comunismo.

Acompañado de su hijo retornó a la ciudad, abandonando la quinta nocturna donde sus discípulos se debaten en su pensamiento o se abandonan a él, sugestionados por su verdad, en tanto que en el piso superior él se entrega al reposo con un sueño de Viejo de la Montaña.

Al día siguiente hablamos de la campaña de Polonia.

–En Francia, algunos especialistas opinan que Tujachevsky fue derrotado porque la táctica de Weygand consistió en cambiar el eje de la acción durante el combate, táctica que ignoraba el general ruso. Yo desconfío siempre de los especialistas en estas materias...

–Tujachevsky sabía muy bien que se puede cambiar el eje de las batallas. No es ésta la cuestión. Hubo dos causas que produjeron la derrota: en primer lugar, la llegada de los franceses...

–Esto se ha dicho en Francia, pero de una manera que incitaba a que no se creyera en nada sin una información más amplia.

–No, es verdad. El Estado Mayor francés llegó en este desorden, este... desorden es poco decir (hace con la mano un

movimiento como para mezclar). Estaban en un país que no era el suyo; no habían sufrido ningún quebranto desde el principio de la campaña. Estaban serenos; podían examinar las cosas con frialdad. En segundo lugar, el ejército de Lemberg (Lvov) no se lanzó sobre Varsovia, cosa que debiera haber hecho. Esto es lo esencial.

Ya sabía que Stalin figuraba en el ejército de Lemberg...

–Pero, con todo, se trataba de una aventura. Yo era decididamente opuesto. Lo hicimos, en definitiva, porque Lenin insistió, sobre todo a causa del proletariado polaco, cuya situación y disposición era difícil apreciar en aquella época. Agregue a esto que un ejército revolucionario es siempre muy nervioso; cuando se encuentra alejado de su base, puede muy fácilmente desmoralizarse por un fracaso cualquiera, sobre todo después de una serie de victorias.

–¿Es a esto a lo que usted atribuye la derrota del ejército rojo tras sus éxitos en la guerra de ocupación?

–Si, en la guerra de ocupación (separa los dedos como para figurar radios) éramos más fuertes porque nuestras fuerzas irradiaban del centro, Moscú.

–¿Puede actualmente mantenerse el ejército rojo, industrial y químicamente, contra un ejército europeo o japonés?

–Puede ponerse rápidamente al nivel de cualquiera. Pero el ejército japonés no es, ni con mucho, lo que se cree en Europa. Sin duda, usted cree que se trata de una cosa análoga a lo que era el ejército alemán en 1913; más bien se trata del ejército de una nación europea de segundo orden. Es un ejército que todavía no ha sido puesto a prueba, que jamás ha combatido con un verdadero ejército de Occidente.

–Bien comprendo que, para Rusia, la guerra ruso-japonesa fue una guerra colonial, en tanto que para Japón se trató de una guerra nacional. Pero el transiberiano no deja por ello de ser un ferrocarril de vía única, hoy todavía. ¿Sin duda, Rusia tratará de poner al Japón en idéntica situación en que ella está, no combatiendo en la Manchuria?

–Yo creo que combatiremos en el Baikal.

Por primera vez decía: "nosotros". La mirada era más intensa, como si su atención se hubiera concentrado repentinamente; acababa de eliminar ese mínimo de distracción que hay en toda conversación, aun en la más atenta. Quizá no hubiera en esto más que el pensamiento, la intensidad de las cosas meditadas extensa y contantemente. Yo desconfiaba de este Kremlin, de este ejército rojo que acababa de irrumpir en la habitación abierta, sobre los pinos umbríos y los árboles ardientes, por el solo poder de ese influjo que ejerce una vida histórica, aun cuando ella misma se sienta quejosa. Pensaba en Dupleix, moribundo en su pequeña alcoba, arruinado y humillado, reducido a perpetuo solicitante, pero muriendo sobre la almohada repleta de sus cartas de las Indias.

—Por tanto —continuó—, sería peligroso para un gobierno tan autoritario (se refiere al ruso) replegarse tanto...

—Bessedovsky, en sus "Memorias" —que, evidentemente, me inspiran una confianza relativa— afirma que Stalin retrocedería hasta Irkutsk, para tener las manos libres en la revolución china.

—Yo no lo creo. A los discursos de un Bessedovsky cualquiera, el otro, exasperado, ha podido responder eso (el otro es Stalín); pero ello sólo es una manera de hablar. Por otra parte, no se trata de hacer la guerra en Siberia con el ejército rojo solamente. Además, el principal enemigo del Japón no es la U.R.S.S. Sea cual fuere el resultado de la experiencia de Roosevelt, Estados Unidos se verá obligado a encontrar nuevos mercados.

—Ya tiene América latina.

—Esto ya está hecho, y no es suficiente. *Los americanos están renunciando, cada día con más decisión, al principio de la puerta abierta en China.* Se verán obligados a tomar China, pura y simplemente; dirán: "Las demás naciones, todas tienen colonias; la mayor nación económica del mundo también debe tenerlas". ¿Quién se lo impedirá? Europa estará bastante ocupada. China colonia norteamericana, la guerra con el Japón es inevitable.

Después de comer, en tanto los otros hacían sobremesa, fui

mos al jardín. Caía la tarde; el mismo hermoso sol que ayer. La cal de las casas esparcidas en el campo o entre la fronda del bosque, ya oscuro, era de un blanco azulino, con un vago aspecto de fosforescencia mate. La conversación fue menos intensa, menos rigurosa. Me habló de *Lenin*, a cuyo trabajo estaba entregado; una obra de la importancia de *Mi Vida* –que a él no le gusta–, donde tratará todos los temas de filosofía y de táctica sobre los cuales no se ha explicado aún. Pasó un gato, que huyó veloz: uno de los grandes perros-lobos de Trotsky venía con nosotros.

¿Es verdad que a Lenin le gustaban mucho los gatos pequeños? Usted sabe que Richelieu tenía siempre sobre la mesa una cesta llena de ellos...

–No sólo los gatos. Lenin amaba todo lo que era pequeño. Sobre todo, los niños. Quizá fuera porque no los tenía. Sentía verdadera adoración por los niños. En arte, sus gustos tendían hacia el pasado. Pero decía de los artistas: "Hay que dejarlos hacer".

–¿Esperaba del comunismo un nuevo tipo humano, o preveía en este dominio una cierta continuidad?

Trotsky reflexiona. Marchábamos frente al mar, que acariciaba mansamente los peñascos, en una calma absoluta.

–Un hombre nuevo –respondió–, en efecto. Para él, las perspectivas del comunismo eran *infinitas*.

Reflexionó de nuevo. Yo pensaba en lo que me había dicho por la mañana y, sin duda, él también.

–Pero –dije yo– me parece que para usted...

–No; en el fondo, yo pienso como él.

En ninguna manera decía esto por ortodoxia, me pareció que a pesar de la preparación de la revolución, la guerra civil y el poder, jamás se había planteado este problema en tal forma. Si duda quería decir que él preveía primero una continuidad entre los tipos humanos; *después*, una separación cada vez más acentuada. Lo que, a mi juicio, pasó de golpe bajo sus palabras y lo que yo creía sentir de Lenin a través de él, fue la voluntad de experimentación ante un dominio en que el marxismo carece

de datos comprobatorios. En suma: en él, el deseo de conocimiento conduce inmediatamente a actuar. Fue aquí, más que en la conversación política, donde yo sentí más vivamente al hombre de acción.

El mar seguía acariciando las rocas en la noche que se abría.

—Mire —me dijo—, lo importante es ver claro. Lo que se puede expresar del comunismo es, ante todo, más claridad. Hay que librar al hombre de todo aquello que le impide ver. Liberarle de los hechos económicos que le impiden pensar. Y de los hechos sexuales, que también se lo impiden. Aquí, creo yo que la doctrina de Freud puede ser muy útil.

—Veo en Freud, a la vez que un detective genial, el hombre que ha abierto uno de los dominios más grandes de la psicología, y un filósofo desastroso. ¿Pero cree usted que cuando la humanidad logre librarse de la movilización —religiosa, nacional o social—, que sólo le consiente obrar en lugar de pensar, no ha de encontrar resistencia la presencia de la muerte?

—Yo creo que la muerte es, ante todo, producto del uso. De una parte, uso del cuerpo; de otra parte, del espíritu. Si se logra que este uso se produzca de una manera armónica, efectuándose al mismo tiempo, la muerte sería un fenómeno muy simple... No encontraría resistencia...

Tenía cincuenta y cinco años y estaba gravemente enfermo. "No encontraría resistencia".

• • •

Escribo esto de regreso de una sala popular donde se proyectaba un documental sobre las últimas fiestas de Moscú. En la amplia superficie de la Plaza Roja, con los brazos tendidos blandiendo remos y lanzas de walkyrias, viriles muchachas jóvenes desfilan ante la tribuna, desde donde contemplan el espectáculo, agobiados por dos gigantescos retratos de Lenin y de Stalín, todos los dirigentes de la U.R.S.S. La multitud aplaude como lo hacen siempre las multitudes: menos en señal de entusiasmo que de aprobación. ¿Cuántos de entre ella, en este día en

que una irrisoria actualidad nos ha hecho sujeto de su conversación, después de haber sido el fantasma obstinado de su miedo, cuántos pensaban aquí en él? A buen seguro, muchos. Antes de proyectarse el film se había pronunciado discursos, sobre Thaelmann en particular; el orador que hubiera osado hablar de él, pasado el primer momento de inquietud se hubiera visto rápidamente acosado a la vez por la hostilidad burguesa y por las prudencias ortodoxas: esta multitud que os silencia está habitada por él como por un remordimiento. Yo la conozco, la he hallado en todos los mitines; oigo todavía su sorda *Internacional*, que ascendía en contrabajo de la vasta sala del Luna Park, cuando a la salida veía elevarse, acercándose a la altura de la acera, como en el cine, las patas de los caballos, el pecho, las cabezas hostiles de los guardias móviles, casi perdidos en la noche, al reflejo paralelo de las luces eléctricas sobre sus cascos... Son las mismas que acuden incansablemente a escuchar a los oradores, que hablan en nombre de Sacco y de Vanzetti, de Torgler o de Thaelmann, porque hablan en nombre de los presos; los mismos que ocultan su generosidad, como si bastara ser un bruto para ser inteligente y que, siendo trescientos para oír una explicación de Marx, son treinta mil para llevar a Dimitroff el único homenaje de que disponen: el sacrificio de una sesión de *cine*. Contra el Gobierno que lo arroja, todos están con él; él es de esos proscriptos de los cuales no se puede hacer emigrados. A pesar de todo lo que se diga, imprima, grite, la revolución rusa es para ellos un bloque, y todo aquel heroísmo que sacudió el Palacio de Invierno se siente ahora humillado con su soledad.

• • •

Una vez más, el destino os oprime entre sus dedos sangrientos. Unos días después del sobresalto sin esperanza de los obreros austríacos, un gobierno francés os retira la hospitalidad que otro gobierno os había concedido. No valéis bastante caro para que sean tenidos en cuenta los compromisos adquiridos; valéis todavía bastante caro para que, como dicen los indicadores, se os

dé. Pero podían haberos expulsado sin recurrir a la moral y a la virtud. Sois vos quien no ha cumplido los compromisos. Habéis fundado la *IV Internacional*. Hoy cuenta en el mundo con algunos centenares de miembros, mucho más peligrosa, con todo, que la III, que sólo tiene doscientos millones, o que la II, sin contar que la burguesía francesa haría mejor, en este momento, en dejar a las Internacionales para temer a los Nacionalismos. Escribís en *La Verité*, lo que jamás habéis dejado de hacer. Habéis traicionado a Francia —con la que no tenéis ningún compromiso—, lo que no es el caso de los grandes duques de la Riviera. Y se os ha descubierto (cuando vuestra casa no puede menos que estar vigilada por la Seguridad) gracias al olfato sorprendente de un policía lector de Simenon. Se podía haber ahorrado este abuso grotesco: para liberar a los rehenes no hay ninguna necesidad de escupirles, aunque ésta sea la costumbre. "Un Anónimo", en *Le Matin*, se explica en lenguaje claro, aunque con esa particular sordidez propia del tono militar: "A Trotsky le hemos tenido". Como lo que se quería "tener", en vos, era el revolucionario ruso, recordémosle que quedan ciento sesenta millones por "tener". Pero lo que tenemos que decir a esos ciento sesenta millones es que, cualesquiera que sean las divergencias doctrinales entre el gobierno de la U.R.S.S. y vos, debemos reconocer en cada revolucionario amenazado uno de los nuestros; que lo que se atropella en vos en nombre del nacionalismo, en el momento en que todos los respetos son pocos para los reyes de España, protectores de los submarinos alemanes, es la Revolución. Había este verano en Deauville con qué rehacer el cuadro de los reyes de Voltaire; pero, ¡hay!, también hay en los bastiones y en los tugurios miserables con qué hacer un ejército de revolucionarios vencidos. Yo sé, Trotsky, que vuestro pensamiento sólo espera del destino implacable del mundo su propio triunfo. ¡Pueda vuestra sombra clandestina, que desde hace diez años camina a través del destierro, hacer comprender a los obreros de Francia y a todos los que se sienten animados por esta oscura voluntad de libertad, que unirse en un campo de concentración es unirse un poco tarde! Hay mu-

chos círculos comunistas donde ser sospechoso de simpatía por vos es tan grave como serlo por el fascismo. Vuestra partida, los insultos de los periódicos muestran con bastante claridad que la revolución es una. ¡Qué será preciso aún para que acierten a combatir juntos aquellos que os miran partir en silencio, en tanto que les acecha, con una amarga sonrisa, la absurda fatalidad, que sabe –¡no tan bien como ellos!– cómo los confundirán los mismos enemigos en el fondo fraternal de la muerte!...

2. TROTSKY EN ELBA

JOHN GUNTHER

I

¿Es Trotsky un caballo muerto? Su reciente viaje desde Prinkipo, la isla de Turquía que lo recibió como exilado, a Copenhage volvió a incendiar a Europa, que no había olvidado el ardor de sus primeros viajes que ayudaron a trastornar a un mundo. Era el ingeniero jefe de la más grande revolución de la historia moderna. En la actualidad nos llegan noticias de muchas revoluciones posibles, sociales, técnicas o políticas y Trotsky, por lo menos así lo imaginamos, puede algún día hacer una. Tiene solamente 53 años. Trotsky ¿va o viene? ¿Qué pasaría si Stalin muriera? Su mujer ya murió en forma repentina y misteriosa. En tal caso ¿regresaría Trotsky a Rusia? Dejando a un lado a Rusia ¿cuál es la importancia revolucionaria de Trotsky en el mundo?

Hace unos meses me entrevisté con Trotsky en Prinkipo, antes que viajara a Copenhague. Sus modales eran tan agradables y corteses que resultaba bastante difícil pensar que era, por sobre todo, un revolucionario. Pero el mundo no olvida. Trotsky abandonó por pocos días Prinkipo y el reloj retrocedió veinte inflamados años. Como si fuera un paquete de dinamita envuelto en amianto un país tras otro lo eludía nuevamente; cautelosamente lo obligaban a pasar de una frontera a la otra, como si cualquiera de los elementos que componían su persona pudiesen explotar espontáneamente. Regresa a Turquía y los países por los que había atravesado, incluyendo estados bastante estables tales como Francia e Italia, volvieron a respirar nuevamente como si los sorprendiera la quietud que seguían gozando. No existe ninguna otra persona en el mundo a quien los gobiernos

burgueses de la humanidad consideraran, con razón o sin ella, como un gran peligro latente.

Esto ocurre porque Trotsky, entre otras cosas, es un genio. No me refiero simplemente a sus conocimientos que ya son legendarios. Hablo del que fue un oscuro periodista que se convirtió en un importante jefe militar; hablo de uno de los mejores escritores vivientes que abordó la teoría de la política pura y que tenía, también, en la práctica, un éxito deslumbrante como táctico; del exiliado perseguido que mantuvo durante algunos años el control conjunto de una séptima parte de la superficie del globo. Pero Trotsky está por encima de sus propios trabajos.

Algún día se podrá escribir una historia fascinante sobre su infancia. Trotsky mismo no puede explicar con precisión los motivos que lo llevaron a ser un revolucionario, igual que Miguel Angel no puede explicar por qué se convirtió en un artista. Sus padres gozaban de una posición acomodada; no era un niño exigido ni oprimido; a diferencia de Lenin, a quien la ejecución de su hermano mayor lo atormentaba y lo impulsaba a la acción, no existen tragedias externas en la vida de Trotsky, ni esa "carga de protesta social" que cientos de miles de muchachos almacenan en el curso de sus vidas. Sin embargo, Trotsky, un revolucionario, estaba en la cárcel a los 18 años de edad. Y a los 25 años había organizado la revolución de 1905 y era el jefe del Soviet de San Petersburgo. Su carrera, sería absurdo resumirla en un párrafo, no se puede explicar con una racionalización del proceso histórico. Es un "monstruo", un genio, tan impredecible y peligroso como un niño terrible.

Nuevamente el mundo occidental le teme porque, naturalmente, él aboga por la "revolución permanente". Lenin era el alma de la revolución, Trotsky el cerebro y Stalin, quizás, las manos. El alma sigue adelante; las manos se han apoderado del poder; el cerebro, mientras tanto, trabaja. Podría decirse que Rusia ha recobrado el juicio después de los prosaicos ardores de la vida conyugal. Trotsky, un romántico incorregible, continúa en el extranjero dedicando su carrera a la revolución permanente como en una especie de luna de miel interminable.

Hay mucha gente que, admitiendo la genialidad de Trotsky, ha querido destituirlo por considerarlo un gran entrometido en la revolución, un hombre que, si bien es cierto que lo hace extraordinariamente, escribe simplemente porque no puede hacer otra cosa, un discípulo caprichoso y visionario de Marx que le hizo a Rusia más mal que bien. Nada puede estar más lejos de los hechos. Que Trotsky le haya prestado a Rusia su utilidad más esencial y mejor desde afuera, es otro problema distinto, pero el haber creado positivamente el concepto de una revolución mundial como un objetivo y un ideal en la esfera de la política práctica lo convierte en un colaborador permanente de la historia.

También fue Trotsky quien desarrolló la técnica del moderno golpe de estado. Esto fue tratado, hace poco tiempo, por un joven intelectual italiano, Curzio Malaparte. Trotsky inventó "la revolución tecnológica"; es decir, se reía de las barricadas y desdeñaba las luchas callejeras. Trotsky logró conmover al mundo cuando se apodera discretamente y con unos pocos hombres seleccionados de los centros energéticos, las cañerías maestras del agua, los conmutadores telefónicos, las plantas de luz eléctrica de Petrogrado. La toma por asalto del Palacio de Invierno se produjo posteriormente y de manera casi incidental. La revolución ya se había ganado y ¡sin que se derramara una gota de sangre! En la autobiografía de Trotsky aparecen datos de gran interés; uno de ellos consiste en la revelación de que la victoria de Octubre, que aún retumba a lo largo del mundo y constituye un acontecimiento tan sobresaliente como la revolución francesa y norteamericana, transcurrió tan silenciosamente en la misma Petrogrado que en los diarios de la ciudad no apareció ninguna mención del hecho al día siguiente.

Todos conocen el contenido de la doctrina de la "revolución permanente", pero son pocos los que se detienen a considerar sus implicancias. Trotsky no cree, como Stalin, que el socialismo puede triunfar en un sólo estado. Trotsky considera que una sociedad marxista se puede mantener a sí misma en una escala mundial únicamente como resultado de una revolución perma-

nente, progresiva, que no centre su máximo interés en un úni-
co país.

Basándose principalmente en este problema surge en Trots-
ky su "Oposición de Izquierda" cuando ya habían pasado los
días en que tenía el poder en sus manos; él y sus amigos pen-
saban que se mataba de hambre a la revolución mundial a
cambio de un limitado éxito casero; Trotsky es derrotado y ex-
pulsado de Rusia. Desde entonces, todas las energías rusas se
concentraron en Rusia y el éxito o el fracaso del Plan Quinque-
nal probará, o no, si Stalin estaba en lo cierto. Entretanto, Sta-
lin ha olvidado temporariamente todo lo referente a la revolución
mundial. Trotsky, en cambio, no. Trotsky es el hombre del mun-
do que desea la revolución en todas partes y que ésta se produz-
ca en el presente inmediato.

La disputa que mantienen Trotsky y Stalin sobre este pro-
blema sirvió, en grado limitado, para dividir al comunismo
internacional. Tenemos que tratar de explorar alguna de las
ramificaciones de esta división. Pero, previamente, debemos visi-
tar a Trotsky en persona.

II

Prinkipo es una isla que yace como una trinitaria en el agua.
Las playas, de un graduado color púrpura, se inclinan alrededor
de una colina teñida de un dorado rojizo. Era una mañana
tranquila y luminosa. Desde Constantinopla crucé en un barco
plagado de locuaces excursionistas. Al otro lado del teléfono una
voz con acento ruso —quizás la del mismo Trotsky— me había
informado que un secretario me esperaría en el desembarcade-
ro. Lo busqué en medio de una multitud agitada que se entre-
mezclaba presurosa. No encontré a nadie allí. Había imaginado
vagamente al secretario de Trotsky como una persona bastante
corpulenta que probablemente usara barba y un sobretodo corto
al estilo ruso. Habían pasado unos pocos minutos cuando observé
que un hombre joven se me acercaba rápidamente; era delgado

y apuesto, bastante aceptable, vestía formalmente un abrigo oscuro, pantalones grises a rayas, una corbata gris clara, un nuevo sombrero gris con una cinta y bajo el ala del sombrero le asomaba un remolino de pelo.

Tengo ahora ante mí las notas que con tanto esfuerzo redactamos, sentados en la mesa de un café cercano al muelle. Son bastante confusas. Tendrían que habernos visto mientras las escribíamos. Yo le había presentado a Trotsky varias preguntas por escrito; su respuesta, traída por el secretario, estaba escrita en ruso. El secretario hablaba un poco el francés e ignoraba totalmente el inglés. Era un hombre paciente y tenaz. Cada palabra tenía que ser reproducida fielmente. El señor Trotsky no correría los riesgos de una mala traducción. El señor Trotsky era extremadamente cauteloso cuando concedía, excepcionalmente, una entrevista. Después de trabajar arduamente sobre el borrador en inglés ascendimos lentamente la colina en dirección a la villa de Trotsky.

Un estallido de sol nos recibe al abrirse la puerta de la habitación. La casa, de yeso rojo, está rodeada de viñas y en el jardín predomina el perfume de las lilas y las mimosas. Está lleno de perros de policía. Es decir, hay dos enormes perros de policía atados a una correa cerca de un adormecido soldado turco de piel cetrina. Es la protección que impone el gobierno turco, por considerarla necesaria, a su distinguido huésped.

Trotsky trabaja en un gran escritorio. Su cara me sorprende. Este es el hombre-monstruo del *Daily Mail* y del *Morning Post* de Londres. La piel de su cara es tan suave y rosada como la de un niño y sus manos son brillantes, luminosas, delicadas y rosadas. Este es el hombre que nacionalizó a las mujeres y se comió a sus bebés. Resulta ridículo, pero supongo que no se puede superar fácilmente la estupidez de pensar en los "revolucionarios" como hombres vulgares, sombríos o toscos; lo primero que me impresionó irresistiblemente en Trotsky fue su alegría y su pulcritud. Estaba radiante, casi transparente, y parecía recién salido de un agradabilísimo baño turco.

Aunque leía y comprendía bastante bien el inglés, lo hablaba muy mal. Me dijo: "Ahora, usted me hará el favor de leerme la entrevista de acuerdo a su traducción. Con frecuencia me citan erróneamente. No me gusta ser mal interpretado. Si usted la lee en inglés len-ta-men-te yo podré entender". Se sonríe. "Usted leerá mu-y mu-y des-pa-cio. Haga de cuenta que soy un niño pe-que-ño".

Trotsky corrigió la traducción. No "capital" sino "capitalismo". "Ciclo" en lugar de "círculo". Yo, que soy bastante estúpido, no había consignado correctamente una pequeña broma: Kreuger jugó con fósforos y el dios del rayo fue quien lo destruyó; Trotsky se precipitó en busca de un diccionario. La habitación estaba repleta de diccionarios. También había muchos periódicos. Varios números del *Times* neoyorkino, todavía sin leer, estaban guardados en sus pulidas envolturas tubulares. Alegremente Trotsky me muestra algunos falsos libros; en su interior conserva documentos de valor. Maneja los libros y las palabras como si las amara y no se debe olvidar que su ambición, cuando joven, era al de convertirse en un escritor; en esa época no pensaba en el poder.

La precisión, la bondad, la vitalidad son sus cualidades sobresalientes. Explica que le gustaría visitar Estados Unidos para estudiar nuestra Guerra Civil; actualmente está terminando de pulir su *Historia de la Revolución Rusa* y encuentra que existen analogías sorprendentes entre la guerra civil rusa, ganada por él, y ciertas campañas llevadas a cabo en nuestro propio Sur: las designa con el término francés *stupéfiant* (pasmosas, estupendas. N. T.) ¿Su salud? "Oh, bien, muy bien". Pero se encoge de hombros y por un momento pierde su vivacidad, parece cansado.

Afable, sí, y alegre, pero también es un hombre ocupado. Sin lugar a dudas le estoy haciendo perder el tiempo. No charlamos. Nos ponemos a leer la entrevista, muy lentamente, palabra por palabra en un inglés pausado y apretado. Apenas puedo leer mi propia traducción que había escrito tan de prisa y con

fusamente en el soleado muelle. Trotsky tiene tres señalamientos importantes que hacer. Ellos son:

Con respecto a la crisis, no piensa que se trate de la "última crisis" del capitalismo. La historia del capitalismo consiste en una serie de fluctuaciones dentro de ciclos generales. En la época precedente la curva general ascendió. Ahora está descendiendo. Eso no excluye las fluctuaciones ascendentes en el futuro, dentro de la órbita de una curva generalmente descendente. Ello, por cierto, es casi inevitable. Pero la crisis actual es tan grave que el próximo momento ascendente tendrá probablemente una vida muy corta y será seguido por un paroxismo descendente todavía más agudo. "El proceso total, extremadamente morboso, puede terminar únicamente mediante un cambio de todo el sistema social".

Con respecto al desarme, Trotsky fue muy escéptico. Franceses y japoneses establecieron una especie de intercambio, Francia apoyando la agresión japonesa en el Lejano Oriente y Japón defendiendo la tesis francesa sobre el "desarme" en Ginebra. Las guerras no se libran con las armas que los países beligerantes poseen en vísperas de su iniciación, sino con aquellas que producen durante el transcurso de una guerra. Los Estados Unidos de Norteamérica dan un excelente ejemplo de este principio al mundo, incluyendo a Alemania, en 1917-1918. En la actualidad se puede equipar a cinco millones de hombres en unos pocos meses, hombres que carecían, al comienzo, de todo lo necesario. El grado de poder técnico y las riquezas que posea el gobierno de un estado determinado definirán el resultado de una nueva guerra. Por consiguiente, cuanto mayor sea el poderío industrial de un país mayor será su interés en la "limitación" en una conferencia del desarme; son los estados más débiles los que, correspondientemente, sufren más. La conferencia del desarme es peligrosa; arrulla a la gente con una falsa seguridad. Si en este planeta existe alguna fuerza que pueda limitar el uso de las armas, esa es la voluntad de las masas populares.

Con respecto a Rusia, Trotsky no quería hablar para una revista. Señaló que los rumores de su posible retorno a Rusia

no estaban basados en ningún hecho concreto y su repetición se debía, sin duda, a la inquietud general que reinaba internacionalmente. En caso de guerra o de peligro de guerra, él y su facción se pondrían sin reservas a disposición del gobierno soviético. Recordó que durante la guerra civil de 1919-1920, Stalin, Voroshilov y otros dirigentes actuales de la U.R.S.S. se habían opuesto a la política Lenin-Trotsky pero, a pesar de eso, se unieron para enfrentar un peligro común.

En el momento de su disputa con Stalin, se acusó a Trotsky de "aristocraticismo" aunque encabezaba la oposición de izquierda radical. Stalin, entre muchas otras cosas, detestaba el orgullo de Trotsky (y Trotsky seguramente es uno de los hombres más orgullosos de nuestro tiempo). Yo pensaba, mientras me despedía en Prinkipo, en su entrada a Turquía en 1929. Había llegado, después de pasar un miserable año de exilio fuera de Rusia (aunque la miseria jamás le hizo perder su sentido del humor: en el tren que lo llevaba a Turkestán le puso el mote de Menjinsky a la toalla, frente al jefe de la G.P.U.); había llegado para establecerse, por fin, en el único país que aceptó darle asilo, Turquía. ¿Estaba agradecido? ¿Estaba satisfecho? ¿Entró a hurtadillas, agachando la cabeza? He aquí la carta que le envió a Mustafá Kemal Pasha:

> Estimado Señor:
>
> Hallándome en la entrada de Constantinopla, tengo el honor de informarle a usted, que he llegado a la frontera turca no por elección personal y que cruzaré esta frontera solamente si se me somete por la fuerza. Solicitó a usted, Señor Presidente, que acepte mis sinceros sentimientos.
>
> L. Trotsky.[1]

Subí al barco que iba a Constantinopla. Prinkipo desapareció

[1] Trotsky, *Mi Vida, Intento de Autobiografía* (My Life, an Attempt at an Autobiography. Nueva York, 1930).

III

Actualmente los comunistas que se hallan fuera de Rusia son considerablemente más que los que están dentro. El partido comunista, que se considera a sí mismo una especie de comité representativo de los obreros y de los campesinos en conjunto, cuentan en Rusia con apenas dos millones y medio, mientras que en Alemania sólo los votos comunistas, en las últimas elecciones, ascendían a cinco millones. Claro está que no todos son de hecho miembros del partido. Hay cientos de miles de comunistas en Europa Central, en Escandinavia, en España, en Francia, en el Lejano Oriente. Un país, comparativamente tan pequeño como Checoslovaquia, con una población de 13 millones de habitantes, cuenta con 800.000 electores comunistas que son suficientes para convertir al partido comunista en el segundo partido más poderoso del país. Berlín es la más grande ciudad comunista del mundo, después de Moscú. Estos millones de comunistas, dado el caso que aprueben la doctrina de Moscú –y la mayoría de ellos lo hace– están, teóricamente al menos, afiliados a la Tercera Internacional o Comintern.

La existencia de esta organización se basa en el internacionalismo. Es la agencia internacional a la cual se adhieren los comunistas oficiales de todos los países. Presumiblemente es el vehículo de la revolución mundial. Trotsky fue su padre y es, ahora, su hijo abandonado.

La Tercera Internacional se llama así porque es la tercera. La Primera la formó el propio Marx para organizar a los obreros en sus nuevas teorías; se dividió cuando se separaron Bakunin y los anarquistas y ¡oh, sorpresa! fue muriendo lentamente en Nueva York en 1876. La Segunda Internacional fue organizada posteriormente por los social-demócratas de todo el mundo para continuar con el trabajo de la primera y todavía existe. Hoy en día, sin embargo, se compone de socialistas moderados, dedicados, se ha dicho cruelmente, a una política tendiente a "impedir

el socialismo en nuestra época". Lenin y Trotsky fueron miembros de la Segunda Internacional hasta la guerra.

En 1915 se separan y en una conferencia en Zimmerwald, Suiza, crean una nueva, la actual Tercera, rival de la anterior. Trotsky relata que el número de sus miembros alcanzaban a llenar solamente un par de vagones de ferrocarril. Su objetivo era oponerse a la guerra por la cual abogaban algunos social-demócratas. Su manifiesto señalaba que "la derrota de sus propios países (en la guerra) debía ser la consigna de los social-demócratas en todos los países". Esta sigue siendo la idea de Trotsky. La Tercera Internacional se constituyó, luego, formalmente en Petrogrado en 1919 como una organización comunista dedicada exclusivamente a la revolución mundial, dentro de la cual se daba por sentado que la revolución rusa era, solamente, un primer paso preparatorio. Y la Tercera Internacional vivió algunos años violentos y vigorosos.

Pero actualmente todo está muerto. La política de Stalin Rusia Primero, naturalmente acabó con ella. Sus cuarteles generales se hallaban siempre en Moscú y de Moscú dependía la mayoría de sus fondos; pero Moscú empezó a matarla de hambre. El Kremlin le da dinero, suponiendo que así lo haga, con algo del espíritu mezquino con que el Congreso de los Estados Unidos mantiene actualmente la moratoria de Hoover. La Internacional no ha tenido ni siquiera un presidente desde la expulsión de Zinoviev en 1927. Teóricamente se trata únicamente de ganar tiempo; dejad que Rusia termine con media docena de nuevos planes quinquenales que después habrá tiempo para dedicarse a la revolución mundial.

Entretanto, sin embargo, las relaciones de Rusia con casi todos sus vecinos mejoran constantemente. El gobierno soviético que ejerce el control de la Tercera Internacional, firmó tratados de amistad con Polonia, con Francia, con sus vecinos del Báltico. Uno podría pensar, sin duda, que Rusia recibiría la aventura japonesa en Manchuria con diplomático horror, pero con íntimo regocijo: ¡allí se abría un campo maravilloso para el desarrollo de la revolución mundial! Sin embargo, tal como lo vi publicado

recientemente, "el gobierno soviético considera a la aventura japonesa con una indulgencia apenas menor que Sir John Simon". "Existen firmes conversaciones de un pacto Ruso-Japonés garantizando la independencia de esa parodia de estado que es Manchukuo.

Por supuesto, lo que Stalin desea, y necesita, es paz. Dejad que los gobiernos del mundo le concedan paz por otros cinco años, otros diez; después Stalin los recompensará a su manera.

Pero para Trotsky y los comunistas trotskistas ésta es la política del diablo. Niega el propio espíritu de su doctrina que se basa en una pirámide perpetua de revoluciones mediante las cuales un estado comunista tras otro se irán convirtiendo exitosamente en una realidad para constituir un verdadero mundo socialista.

Y, a medida que se debilita la fuerza de la Tercera Internacional aumenta, correspondientemente, el poder de Trotsky. Puesto que la Tercera Internacional no tiene el éxito esperado alguien debe hacerse cargo de la tarea. A los comunistas que viven en Rusia puede satisfacerles el programa de Stalin, pero a los camaradas del extranjero no. Esta es la base del poder de Trotsky en Europa y del temor que Stalin siente por él. Stalin no ofrece, por ahora, nada al comunismo mundial. Trotsky sí.

Trotsky, una persona de extraordinario magnetismo, podría reunir alrededor suyo, en uno o dos años, a los cinco millones de comunistas germanos si viviera en Alemania. Esto lo escuché decir. En una oportunidad Lunacharsky expresó que "Trotsky se conduce como una batería eléctrica y cada contacto con él produce una descarga". Aún posee esa cualidad, además de su sorprendente encanto personal. Dejad que Trotsky transite libremente en un país, dejad que lo conozcan, permitidle hablar y su genio natural hará el resto.

Son estos los motivos, evidentemente, de su exilio en Prinkipo. Ningún gobierno, temeroso del aliento revolucionario que emana de su vitalidad, lo quiere como residente permanente. Pero Stalin y la maquinaria oficial del partido communista tienen probablemente la misma responsabilidad que Whitehall o el

Quai d'Orsay en las dificultades que se le presentan a Trotsky para conseguir una visa. Los gobiernos temen por sus instituciones; Stalin teme por la Tercera Internacional. En Turquía, el dado que puede hacer Trotsky —no sólo al capitalismo sino al comunismo ortodoxo— es comparativamente menor. Es una extraña ironía. Stalin, manteniendo alejado a Trotsky en Prinkipo, se ha convertido en un colaborador perfecto de Sir Austen Chamberlain, del General von Schleicher y de Hamilton Fish Jr., en la tarea de estrangular la revolución mundial.

IV

El escenario es otro. Estamos en Madrid. Después de subir las largas escaleras de un edificio de departamentos de aspecto confortable, la puerta se abre cautelosamente y entramos en una habitación, pequeña y luminosa. Sobre la mesa veo un par de libros de Dreiser y de otros escritores norteamericanos en traducción española, publicados por el caballero que es nuestro anfitrión y que acaba de entrar, Andrés Nin.

Nin es el líder trotskista en España, una figura brillante y provocativa. Conoce a Max Eastman. También yo, aunque muy poco. Hablamos de Eastman. Estuvo en España la semana anterior y fue arrestado por la policía española. Nin habla de Trotsky. Me muestra cartas y manifiestos de Prinkipo y explica el movimiento trotskista español.

Pocas tardes después asisto a una reunión trotskista. Se realiza en el pasillo del segundo piso de un destartalado edificio en el centro de la ciudad. El cielo raso es bajo, entre la gente hay una silenciosa impaciencia, el policía enviado por el gobierno para escuchar, se para alternativamente en uno u otro pie sobre la puerta. Habla Nin. Otros lo hacen después. Un amigo que me acompaña me traduce los discursos. Los camaradas, en su mayor parte trabajadores con gorras y bufandas, y unos pocos escritores e intelectuales, jóvenes altos de tez oscura, conversan acaloradamente reunidos en pequeños grupos; se separan luego en

calle. Caminamos hacia un café mirando de soslayo sobre nuestros hombros. Nos sentamos con las piernas encogidas en una mesa pequeña y sucia después que el dueño atisba a través de la puerta para dejarnos entrar. Hablamos. De Trotsky. De la revolución. Nuevamente de Trotsky. Todo parece muy inútil y bastante irreal. Sin embargo, no habían pasado muchos años desde que Lenin y Plejanov, Zinoviev, Radek y Bujarin revoloteaban en grupos, cerrados y tensos, por mesas de café iguales a ésta, hablando, hablando, hablando; y, probablemente, a la policía del Zar le resultaba demasiado divertido.

El movimiento trotskista posee una definida organización, aunque primitiva, y una serie de publicaciones bastante raquíticas. En varios países existe un núcleo de agitadores trotskistas. Reciben órdenes directamente desde Prinkipo. No tienen fondos y el propio Trotsky financia, en todo lo que puede, al movimiento; es poco probable que las buenas liquidaciones de derechos que obtiene de la *Curtis Publishing Company* y de *Simon & Schuster* puedan contribuir algún día a promover la revolución mundial. Existe una especie de comunicación entre los diversos grupos a través de sus publicaciones y manifiestos pero, sobre todo mediante las cartas personales. Los distintos comités centrales se unen en un cuartel general internacional sito en Berlín. En ningún país los trotskistas son lo suficientemente fuertes como para desafiar directamente a la organización stalinista pero en Grecia, Checoslovaquia, Alemania y, especialmente en España, su poder va en aumento.

En España descubro que la opinión general, tanto de los círculos burgueses como de los radicales, sostiene que la importancia de Nin y su pequeño grupo trotskista supera en mucho a la del extenso partido comunista oficial. El partido oficial ha debido, realmente, luchar por su existencia y recientemente Moscú mandó llamar a su líder y lo arrestó. España siente una gran admiración por Trotsky. En ningún otro lugar de Europa Occidental vi tantos libros suyos ni tanta literatura trotskista al alcance del público como aquí. El español es un individualista

inveterado, Trotsky también, España tiene una romántica sensación de que él es "uno de los nuestros".

El mismo Trotsky dijo que España sería el primer país occidental que marcharía hacia el comunismo y creo que él piensa o quizás espera, que el actual gobierno demócrata liberal encabezado por el presidente Alcalá Zamora y su primer ministro don Miguel Azaña es un interludio a lo Kerensky que cederá, dentro de poco, ante una violenta reacción de la izquierda. Yo pienso que eso no es posible, aunque es un punto debatible, por una razón: el comunismo no tiene raíces históricas en España y los sentimientos extremadamente radicales del país han estado en manos, tradicionalmente, de la organización anarco-sindicalista de Barcelona, que cuenta con casi un millón de hombres. Es cierto que los gobiernos de izquierda moderados son compelidos, por lo general, hacia la izquierda. Pero también es verdad que el enemigo principal de la reacción comunista no es, por regla general, la aristocracia o la burguesía sino, por el contrario, los grupos de centro-izquierda; los comunistas detestan a los social-demócratas mucho más profundamente que a los capitalistas y desprecian la violencia pueril del anarquismo; pero la social-democracia y el anarquismo son, ambos, muy fuertes en España.

V

Las discusiones sobre las "diferencias" entre Trotsky y Stalin en relación a sus políticas divergentes en materia de colectivización, la rapidez del programa industrial, el ataque al kulak etcétera, me fastidian. No son los aspectos esenciales del problema. Lo que cuenta es el odio, singularmente romántico que sienten el uno por el otro.

Quiero recordar un episodio, relatado por la señora Trotsky, relacionado con la huida de su marido de Siberia en 1935 s envió a Trotsky a una región excesivamente alejada. Obligad para su exilio. Milagrosamente se escapa antes de llegar a de

tino. Temerariamente vuelve al oeste. A la policía del Zar le lleva un mes el viaje hacia el este; Trotsky regresa, sin compañía, en once días. Cercano a la civilización le envía a su mujer un telegrama donde le pide que lo espere en un empalme de líneas ferroviarias próximo a San Petersburgo. Sólo después de muchas dificultades su mujer lo encuentra; el telegrama había sido mutilado y el nombre del empalme omitido. Allí estaba Trotsky al fin, abrazando secretamente todo lo que amaba, la vida, la oportunidad de continuar su trabajo, la libertad, su familia. Allí estaba milagrosamente libre. ¿Qué sucedió? Su mujer le comenta la mutilación del telegrama, ¡y tiene que obligarlo casi por la fuerza para que no registre, acá y allá, una protesta formal ante las autoridades por esa ineficacia! Si lo habría hecho, ¿no lo hubieran rápidamente arrestado otra vez? Con toda seguridad. Y esta pequeña historia ilustra algunos elementos del carácter de Trotsky que Stalin, simplemente, no puede entender: su impulsividad, su temeridad, su "falta de espíritu práctico".

X Probablemente el odio que Stalin siente por Trotsky esté motivado, entre otras cosas, porque éste lo perjudicó, por ejemplo, robándole su programa. Al menos escuché a muchos comunistas decir, después de expulsar a Trotsky, Stalin procedió a robarle tanto su política agraria como su teoría de la superindustrialización. Y Stalin se propone probablemente divulgar la revolución permanente con el andar del tiempo.

Se trata de una especie de lucha la que está librando el comunismo internacional; Stalin fortaleciendo a Rusia todo lo necesario para que en el futuro se desarrollen otras aventuras externas; Trotsky resistiendo, esperanzado en la caída de Stalin en Rusia, y dedicado entre tanto, con toda su energía al perfeccionamiento incesante de su organización contracomunista en el extranjero.

Es lamentable que los obstáculos insuperables del carácter de cada uno les impida el trabajo en común. Si fuera ruso y revolucionario, pienso, reconocería que Stalin se ha justificado a sí mismo; se puede decir que hizo "lo que más convenía" a Ru-

sia. Sin embargo, desde el punto de vista estrictamente leninista, lamento profundamente que no se le haya permitido a Trotsky trabajar junto a él, para que su indomable vivacidad se sumara a un objetivo común.

Prinkipo jamás llegó a ser un equivalente de Elba. Trotsky nunca regresó a Rusia. Yo escribía entonces con un espíritu demasiado romántico y el comunismo internacional por él propuesto jamás prendió de un modo significativo durante su vida. En 1933 abandonó Turquía, pasó dos años frustradores en Francia y, buscando un país que lo aceptara, fue admitido por Noruega en 1935. También allí lo persiguió la policía y los agentes secretos de Stalin y el Kremlin obligó al gobierno noruego a expulsarlo dos años después. Finalmente se trasladó a México y allí lo asesinaron en agosto de 1940. Moscú por fin se apoderó de él, con un hacha.

La importancia de Trotsky es tanto política como literaria. Me imagino que su *Historia de la Revolución Rusa* será una lectura estimulante y placentera que interesará también por sus aspectos históricos, al igual que otros libros que tratan sobre la Unión Soviética. Su autobiografía es un hecho literario tan brillante como lo son, en otros campos, las de Rousseau o Casanova; era un panfletista y polemista genial y su vigor intelectual como revolucionario es comparable al de Robespierre.

Probablemente Trotsky tenga actualmente una importancia política superior a la que tuvo en cualquier otro momento desde que se escribió este artículo, treinta y un años atrás. El mundo comunista se está relajando. Su solidaridad monolítica sufrió una sacudida y, como resultado de ella, volvieron a escucharse nuevamente los murmullos trotskistas, particularmente en Italia. Y dirijamos nuestra mirada hacia China. Seguramente Mao Tse-tung y Chou En-lai negarán indignados cualquier alegato que los señale como trotskistas; sin embargo, el diálogo misterioso y mordaz que mantienen Moscú y Pekín recuerda bastante los viejos y encarnizados diálogos entre Stalin y Trotsky. Gran parte de la política actual de China comunista muestra la influencia

de Trotsky. Por ejemplo, los líderes de Pekín aparecen cada vez más comprometidos con el principio de una activa expansión territorial y de una revolución mundial progresiva, en oposición a la oratoria relativa y rígida del Kremlin.

Muchos comunistas ortodoxos piensan, todavía, que Trotsky era una hiena. Sin embargo, por decirlo suavemente, los comunistas tienen el deber de cambiar sus pautas y evaluaciones.

8. TROTSKY

VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE

Vale referir esto: la misma tarde que llegué a Moscú vi a Trotsky.

Me hallaba un poco desorientado, tratando de conectarme con algunos amigos de América que me habían precedido en el viaje a Rusia y tuve que dirigir mis pasos hacia el Hotel Lux, en busca de un periodista neoyorquino. El Hotel Lux está en la Tverskaya. Es un amplio edificio que debió ser, en su época –años próximos a la gran guerra–, suntuosa residencia muy de moda. Ahora viven allí no pocos altos funcionarios y algunos huéspedes, delegados y congresales extranjeros de importancia. Por eso quizá el procedimiento de identificación y permiso de ingreso es muy complicado. Tres jóvenes funcionarios, una adusta muchacha tocada con el pañuelo rojo, un "konsomol" orgulloso de su uniforme, y un mozo de inconfundible traza policial, interrogan, atienden, sonríen, desconfían, y admiten o rechazan de acuerdo con su leal saber y entender. Nadie ignora –habiendo leído un poco a los grandes novelistas rusos– que la burocracia eslava es harto complicada y gastadora de tiempo. No creo que tenga nada que envidiar a la francesa, y con esto, queda clasificada en primer término. La Revolución no ha simplificado aún

la técnica del funcionario. Esta tarea ha de ser condigna de la electrificación o de la motorización del país.

En el vestíbulo del Hotel Lux, decorado con mármoles y espejos poco brillantes ya, y alumbrado por lámparas de bronce de envejecido y feísimo "art nouveau", está el puesto de los inquisitivos funcionarios. Allí se interroga con detención; y se examinan pasaportes y papeles como si estuviera en la frontera. Tratándose de un extranjero, el cuestionario es mayor, y si el visitante lleva la ropa más o menos nueva y más o menos yanqui surge una intempestiva pregunta: "¿Es usted el actor de cine que esperamos de Hollywood?"

Me hallaba en la tarea de entenderme con los tres rusos y de preguntarles qué artista de cine esperaban, cuando noté en ellos y entre la gente que aguardaba en el vestíbulo, cierto movimiento de expectación. Un joven con traje militar y pistola enfundada al cinto, bajó a grandes trancos la escalera que queda al fondo del vestíbulo, junto a la entrada del elevador. Mis interlocutores suspendieron la charla y miraron curiosos hacia la gradería de la que llegaba el ruido creciente de otros pasos apresurados. El joven militar había corrido a abrir la puerta giratoria de cristales que da a la calle, mientras, por la gradería de mármol, apareció un hombre vestido de gris, con chaqueta cerrada hasta el cuello, gorra semimilitar del mismo color, cartera de cuero en el brazo izquierdo, libre la diestra para el saludo brevísimo. Los jóvenes del Bureau pronunciaron casi simultáneamente dos palabras. De ellas entendí: "Trotsky".

Su mirada centellante paseó de un vuelo el vestíbulo, tras los lentes ajustados por áureo resorte a la nariz aquilina. Breve sonrisa, tres trancos y un salto desde la acera hasta el automóvil, que partió a toda máquina, fueron sucesivos movimientos en escasos segundos. En la calle resonaron algunos gritos: "¡Trotsky! ¡Trotsky!"

Los jóvenes del Bureau me miraron orgullosos y sonrientes. "¡Trotsky!" repetían como para hacerme entender que había tenido la suerte y el honor de mirar muy de cerca a uno de los

hombres más egregios de nuestra época. Yo apunté el incidente en mi libro de notas.

A poco de estar en Moscú me di cuenta de que Trotsky libraba batalla decisiva en el seno de su Partido. Durante la sesión inaugural del Congreso Comunista Mundial, Rikov dirigió severas alusiones a la actitud política de Trotsky —desposeído ya prácticamente del cargo de Comisario de Guerra—, mientras éste escuchaba impasible desde su asiento en el escenario del Gran Teatro donde se realizó la solemne ceremonia. La lucha se había planteado en el seno del Partido con anterioridad a la muerte de Lenin. Ahora se agudizaba. Un periodista alemán, de larga residencia en Rusia, me había referido muchos detalles interesantes de esta contienda interna que iba apasionado ya a todo el país. El periodista, de extracción semita como Trotsky, veía con gran simpatía la posición de éste, pero admitía que su causa estaba perdida. "¡Está en su crepúsculo político!", exclamaba, "¡*Gotterdammerung*!".

Aunque se ha escrito, y mucho, sobre Trotsky, no me parece inocua una referencia más. De cerca, es un hombre singularmente atractivo, electrizante, juvenil. Produce inmediatamente la impresión del dominador. Su extraordinaria capacidad de políglota lo ha colocado en situación privilegiada para entender y apreciar a los más diversos hombres y problemas. Hay en él, además, bien combinados, un hombre de acción, un pensador hondo y un artista fino. Por eso Trotsky ha llegado al corazón de la juventud rusa. Y por eso se le teme.

Un joven estudiante me ha referido algunas anécdotas del poder avasallante de la oratoria de Trotsky, cuando llegaron a su aldea las tropas rojas, avanzando hacia Polonia en 1920. Recuerda que tenían hambre, que iban abrumadas por la fatiga y denunciaban síntomas notorios de desmoralización. Trotsky no había aprobado la empresa sobre Varsovia, pero Lenin y la mayoría la habían decidido. Era necesario seguir. Aquella noche, Trotsky reunió a las tropas cansadas e insatisfechas. Les habló. Su discurso —y esto es lo que recordaba el estudiante— fue una sacudida tremenda. El caudillo habló dos, tres horas;

nadie podría recordarlo. Pero los muchachos del ejército se olvidaron del hambre y del agotamiento y aún del sueño. Trotsky les demostró que no era posible dormir ni comer antes de triunfar. Les dijo que aquella misma noche debían continuar la marcha, y ganar un combate antes de la aurora. "Vosotros debéis vencer y debéis marchar alegremente. Estamos en el camino de conseguir una victoria que salvará a la Patria proletaria de sus enemigos. Camaradas: ¡adelante!...

Frenéticos, voceando los llamados de la Revolución, se lanzaron los soldados contra el enemigo y antes del amanecer lo habían barrido y avanzado muchos kilómetros.

"Eso –me decía el estudiante con el místico temblor de los entusiasmos rusos–, lo vi yo. Fue mi despertar revolucionario. Por eso Trotsky vivirá siempre en mi corazón."

Con tales antecedentes, fui a oírle, vivamente interesado, cuando pronunció su gran discurso del 31 de julio de 1924 en el Teatro de la Revolución. Presentía que era una de las últimas apariciones de Trotsky en la tribuna pública y fui de los primeros en buscar mi puesto. Mi afanoso estudio del ruso no me permitía todavía conocer y conectar más de cien palabras. Era, por tanto, ilusorio tratar de entenderlo. Pero me interesaba ver a Trotsky frente a su público; me atraía el arte y la técnica del orador. El texto del discurso, traducido a todas las lenguas de la tierra, lo tendría seguramente un día más tarde en el famoso Bureau de informes y traducciones de las oficinas soviéticas, pero la oportunidad de oírlo no volvería a presentarse fácilmente.

Fui al Teatro. Una muchedumbre compacta de hombres, mujeres y mayormente gente joven, llenaba totalmente el edificio. Reinaba el orden tan notable de todos los actos políticos de Rusia. Pero más que expectación había ansiedad. Alguien me había dicho que el tema central de ese discurso sería el Imperialismo. Así fue.

Trotsky es un orador magnetizante. Cuando no se comprende bien su idioma, la técnica del artista de la palabra, su emoción y su fuerza quizá sí se perciben mejor. Sobre todo si uno

es del oficio... Modula la voz maravillosamente. Su gesto es cambiante y siempre atractivo. Su tono varía y la potencia de su impulso vocal está perfectamente controlada, como en las llaves de un órgano. Puede ser bajo profundo o clarín metálico. Es, en el sentido moderno y noble del concepto, insigne orador. Gesto, manos, elocución, todo se une en gran armonía de sinceridad y de soltura, de dominio y de certidumbre.

El público, que ululó su clamor de coro multitudinario, al compás de un aplauso cerrado y tonante, cuando apareció en la tribuna, había caído desde el comienzo del discurso bajo la tremenda influencia del poderoso orador. Trotsky mantuvo a su auditorio subyugado y frenético hasta el fin. No faltaron algunas aparatosas crisis nerviosas en dos o tres mujeres exaltadas, ni gritos insólitos de obreros que, sin poder contener su tensión y su entusiasmo, lanzaban de pronto exclamaciones, con voces ahogadas por la emoción. Cuando llegó al final, Trotsky avanzó sobre el escenario y levantó el tono de su voz, martilleando frases cortadas, brevísimas. En este final del discurso observé un fenómeno interesante. Mientras Trotsky hablaba, millares de gentes que habían escuchado sentadas, iban levantándose en una lenta flexión, hasta ponerse de pie. Y cuando el discurso culminó con las evocaciones finales, se alzó un clamoreo delirante que no he escuchado en Rusia para ningún otro orador. Trotsky, desapareció entre los brazos de los más entusiastas obreros que estaban cerca de él, y la multitud salió ordenadamente, pero presa de una emoción que no trataban de ocultar las lágrimas en los ojos, las voces enronquecidas, ni los vítores rotundos al gran conductor de muchedumbres.

Días más tarde volví a ver al estudiante aquel que me refirió la anécdota de Trotsky en la guerra de Polonia. Podía hablarle ya con más conocimiento de su líder favorito. Le había visto de cerca y hasta tenía algunas otras impresiones personales más próximas que referirle. Y le di la razón.

Alejado del poder, quizá por supremas razones de unidad y disciplina que son imprescindibles en toda lucha, Trotsky no ha perdido el puesto que conquistó ya en la Historia. Y estoy

seguro de que su nombre —como me decía aquel estudiante— ha de vivir siempre en el corazón de buena parte de la juventud rusa.

4. CON TROTSKY EN OCTUBRE

JONAS LIED

La llamada Revolución de Octubre tuvo realmente efecto en el mes de noviembre. Los bolcheviques, por alguna razón, prefieren denominarla con arreglo a la Era Antigua que ellos abandonaron. Fue el 25 de octubre de la mencionada, pero el 7 de noviembre, según nuestro calendario occidental. Yo me encontraba entonces en San Petersburgo. Kerensky había huído y Lenin quedó dueño absoluto. Cuando me fui a almorzar el día 7, observé la presencia de tropas de Kerensky haciendo su servicio, y cuando volví ya se habían marchado y eran centinelas soviéticos quienes las habían reemplazado. No se puede decir que el Gobierno provisional tuviese un fin glorioso; no se oyó un solo toque de trompetas. Como han dicho otros, el poder supremo de Rusia estuvo durante unas horas tirado en medio del arroyo, al alcance del primer hombre con energía que quisiere recogerlo.

En la noche siguiente hubo un poco de cañoneo. El crucero "Aurora", mandado por un comisario rojo, había llegado ante el puente Nikolaevsky y atacaba el Palacio de Invierno, que una guarnición de jóvenes cadetes de la Escuela Militar había defendido contra toda clase de atacantes. Estos cadetes, que no se deben confundir con el partido político llamado "Cadetes", constituyeron la última resistencia organizada en San Peters-

burgo y perseveraron en ella hasta el día 15. Fui testigo del primer ataque, a las tres de la madrugada del día 8 de noviembre. Me iba hacia casa desde el Hotel Europa, cuando oí el primer cañonazo. Como vi que la cosa seguía, me detuve al abrigo de un quiosco metálico para anuncios situado frente al Hermitage. Hasta aquel momento, ninguno de los proyectiles había acertado al Palacio y todos ellos, excepto uno, iban sin carga. El peligro se hizo más efectivo por el fuego de las ametralladoras y de fusilería, que destrozó todos los cristales del Palacio y acribilló por completo su fachada de piedra. Los cadetes de la guarnición contestaron por su parte, y no pocas balas dieron en el quiosco que me servía de parapeto. Hacia las cuatro, la situación llegó a hacerse crítica para mí; escapé corriendo y me metí en casa. Gocé con la emoción de la huida, pero me sentí aliviado cuando la llave giró en la puerta de mi piso.

A la noche siguiente, muy tarde, estaba yo cenando con el príncipe Urusof y su esposa, que era francesa, en la *suite* que ocupaban en el piso principal del Hotel Europa. Inesperadamente la soldadesca roja cerró el hotel y empezó un registro de todos los huéspedes. Fueron unos momentos desagradabilísimos. Alegaban que alguien había disparado sobre sus camaradas desde las ventanas del hotel. Debo decir que Urusof tenía un revólver, esto, unido a la abundancia de champaña y licores que campeaba sobre la mesa, debía de todos modos denunciarnos como burgueses indeseables si los soldados llegaban a verlo. Nos sacó de esta situación la francesa, que salió al encuentro de los dos hombres armados que pedían entrada.

–Me hospedo aquí con mi marido e ignoramos a qué se debe esto. ¿Cómo pueden imaginarse que hayamos disparado desde las ventanas? Vengan, vengan conmigo, pueden verlo todo –les dijo con tono vacilante.

Se colocó entre los dos soldados rojos y rodeando a cada uno de ellos con un brazo los condujo hacia su cuarto tocados. Los soldados se dejaron llevar, tropezando con sus pesadas botas y sus fusiles por el pasillo.

—¡Y ahora, fíjense bien! —exclamó—. Ya pueden ver qué clase de gente somos.

Los soldados estaban bastante desconcertados ante el trato que les dispensaba aquella elegante y bonita mujer, y se sintieron aliviados cuando ella les libertó del contacto de sus brazos. Uno de ellos, contrayendo sus facciones, dijo al otro:

—Sí, parece gente de confianza.

Y después, como en tardía reflexión, añadió:

—Pero volveremos más tarde con algunos más y le revolveremos todo.

Estas últimas palabras sólo fueron una amenaza, porque no volvieron.

Hasta el 14 de diciembre estuve almorzando casi a diario en el Hotel Europa, en cuya fecha marché para asistir a la junta general de la Siberian Company, en Oslo. No hubo más incidentes y la revolución en las calles no afectó mucho la vida en el hotel más lujoso de Rusia, tal vez de Europa. Los precios eran astronómicos, pero no había escasez. Los huéspedes del hotel seguían siendo, como siempre, cosmopolitas, no característicamente rusos, y por aquel entonces no había entre ellos ningún oficial de uniforme. Lenin, Trotsky, Zinovief, Stalin y Kamenef estaban en San Petersburgo, pero no frecuentaban el hotel. Yo, la mayoría de las veces, me reunía con el encargado de negocios noruego, Arild Huitfeldt, y el cónsul Eilertsen.

En las calles los tiroteos menudeaban día y noche. La justicia de Lynch se aplicaba por todas partes, y las clases inferiores se cobraban viejas deudas o deudas imaginarias de las clases superiores. Pero los bancos y las tiendas seguían abiertos y un público atemorizado y apolítico se esforzaba patéticamente en continuar su vida, como si las condiciones fuesen las normales y la anormalidad fuera sólo cosa pasajera que cesaría pronto. Necios políticos liberales de la vieja escuela opinaban que los bolcheviques no se sostendrían. Se habían de celebrar elecciones para crear un gran Parlamento nuevo, que unos intelectuales habían llamado "Asamblea Constitucional". Milyukof me dijo el 25 de noviembre:

No hay motivo para que se sienta intranquilo respecto al porvenir. Toda esa locura se irá al infierno dentro de unas semanas.

Pero fue el mismo Paul Milyukof quien tuvo que marcharse, desaparecer de la escena de sus grandes actividades y aprender a brillar como una luminaria mucho más modesta entre los emigrados en París. Su colega más íntimo, Shingarof, no se marchó; lo asesinaron en la cárcel.

Yo seguí adelante, en mi oficina. Todavía había comercio y en el extremo siberiano, en Krasnoiyarsk, seguíamos comprando y almacenando mercancías para el servicio de la ruta del mar de Kara. Pero cuando me fijé en las decididas y despiadadas acciones de los bolcheviques y las comparé con la irresolución de los dirigentes democráticos y nacionalistas de Rusia, me di cuenta de que el espíritu de destrucción persistiría largo tiempo aún antes de que la nación recobrase su paz social. Yo me había convertido en lo que los rojos ignorantes llamaban un "burzhui". La guerra de clases había comenzado, aunque nadie hubiera podido imaginar que con el tiempo iba a resultar una guerra de exterminio. Así, pues, consideré preciso decidir urgentemente las perspectivas de continuar los negocios de la Siberian Company. Lo que el hombre de la calle tuviera que decir carecía de valor, como asimismo lo que opinasen mis colegas comerciales. No se podía sacar nada en limpio de los discursos y proclamas. Parecía que sólo existía un lugar en el que se pudiera obtener informes definidos y éste era la fuente principal, es decir, Lenin mismo.

Discutí el asunto con sir George Buchanan que, naturalmente, temía por el porvenir de las importantes empresas británicas que se encontraban en una situación semejante a la de la Siberian Company. ¿Qué iba a ser de la industria petrolera inglesa en el norte del Cáucaso, de la gran empresa minera de Leslie Urquat en los Urales y en Siberia, de los campos auríferos de la Lena y, en fin, de otros muchos intereses comerciales? El embajador británico no podía ir directamente a ver a Lenin, pero, si yo me decidía a ir, a él le interesaría enormemente el

ocer el resultado de mi entrevista. Además, era muy probable que su propia carrera de diplomático dependiera de que la revolución resultase un éxito, de que el desarrollo revolucionario culminase en una situación aceptable para los intereses británicos.

Decidí, pues, ir a tirarle de las barbas al león en su propia madriguera; a los dos leones, mejor dicho. Y como no podía lograr una tarjeta de presentación de la condesa de Tal para Lenin, tuve que franquearme la entrada con mi propia tarjeta. Fue mi tarjeta consular y comercial la que empleé. En ella figuraban, en escritura bilingüe, mis principales actividades: "Organizador de la Ruta del Mar de Kara", "Director de la Siberian Company", "Cónsul de Noruega en Siberia". Este último título era el de más valor, porque hasta entonces los representantes consulares habían estado en espera de saber qué rumbo tomarían las cosas y todavía desconfiaban de los bolcheviques.

Tomé el mejor coche-trineo que pude encontrar y di al cochero la dirección del Instituto Smolny, le pagué y me enfrenté con las ametralladoras emplazadas en la escalera del ex instituto para muchachas, con el cañón que habían puesto allí y con los desliñados centinelas de aspecto amenazador. Tuve que dar explicaciones a cada uno de ellos, mientras mantenían mi tarjeta en una mano y el fusil en la otra. Perdí bastante tiempo en estos trámites. Después me enviaron ante el comandante, un aturdido sargento de nervioso aspecto que no se había afeitado en toda una semana. Estaba sentado ante una mesa-escritorio en el pasillo y me miró inquieto antes de leer mi tarjeta. Parecía que su vida constituyese el precio de un error que pudiese cometer. No obstante, no me pareció muy difícil de convencerle.

—Vaya al segundo piso y espere ante la habitación 75 —dijo mientras marcaba en mi tarjeta el número del gabinete de Lenin. He de aclarar que yo quería ver a los dos, a Lenin y a Trotsky; ambos estaban allí y marchaban muy íntimamente unidos en la política revolucionaria. Los pasillos por los que tiempo atrás habían paseado lindas muchachas tomadas del brazo, discutien-

do sus lecciones de Historia, estaban ocupados entonces por aquellos rudos creadores de Historia. Sucios y siniestros visitantes de los jefes revolucionarios entraban y salían de la habitación 75 sin cesar. Se advertía una extraña tensión en el pasillo donde yo estaba esperando. La amenaza de muerte flotaba en medio del tumulto y de los gritos. Entregué mi tarjeta al hombre que guardaba la puerta y él la llevó hacia adentro. A los pocos minutos salió no Lenin, sino Trotsky, llevando mi tarjeta en su mano izquierda. La derecha desaparecía en el bolsillo de su saco. Me condujo a otra habitación. Allí, aunque me dirigía sus preguntas manteniendo una fría actitud, pude darme cuenta de que le interesaba lo que le exponía. Estuvimos uno frente al otro, a un metro de distancia, y no dejó ni un instante de empuñar el revólver que llevaba en el bolsillo. Durante toda nuestra conversación siguió atentamente cuanto movimiento hiciera yo con las manos.

Con su largo y abundante pelo negro y su puntiaguda barba, formada por mechones aislados como si fueran lunares, tenía un aspecto pintorescamente repulsivo.

Expuse lo que necesitaba saber: ¿Podíamos continuar en Siberia o tendríamos que dar por terminado el asunto? El contestó:

—No cabe duda de que, en su día, tomaremos posesión de todo eso; pero, mientras tanto, no veo por qué no habrían de seguir ustedes adelante. Continúen trayendo mercancías, hagan su negocio.

—Y en cuanto al aspecto financiero, ¿podemos contar con el ulterior empleo de las instituciones bancarias rusas? —prosegui

Trotsky frunció el entrecejo.

—Ese es un complicado asunto —contestó malhumorado— De momento no puedo entrar en detalles.

Discutí con él e hice todo lo posible para explicarle las posibilidades del desarrollo de Siberia. Pero en realidad era un inútil gasto de energías. Mi impresión definitiva seguía siendo la misma que tenía ya de antemano. Las cosas no se presentaban favorables para la Siberian Company. Sin embargo, en

que podría quizá obtener una información más precisa si conseguía cruzar unas palabras con el mismo Lenin y apunté algo en tal sentido, al final de la entrevista. Trotsky me dijo que no, pero me dejó nuevamente esperando en el pasillo.

Dije al guardián de la puerta que aguardaba para ver a Lenin. Al cabo de un rato le pregunté:

–¿Podré ver al camarada Lenin o no?

–Hombre, como puede usted ver –dijo–, está muy ocupado, pero si realmente tiene usted que verle, allí lo tiene al final del pasillo hablando con aquel hombre, junto a la ventana.

No había reconocido a Lenin. Quizá, porque se había afeitado completamente la cabeza y quitado la barba. Tenía aspecto de oriental. Estaba enfrascado en lo que parecía ser una conversación altamente confidencial y el hombre que estaba con él debía ser un importante comunista, no uno de aquellos rufianes armados, embutidos en sus chaquetas de piel, que no hacían más que entrar y salir. Aproveché la oportunidad, cuando se separaron, y abordé a Lenin en el momento en que se acercaba a la puerta para ir a donde estaba Trotsky.

Por su actitud comprendí que no experimentó la menor sorpresa y, además, que no estaba particularmente interesado en discutir mi asunto. Había visto ya mi tarjeta y enviado a Trotsky para que oyese lo que yo tuviese que decir y contestarme. Se percibía cierto desprecio en su expresión, aunque nada de burla, y no sonreía. Le dije que me gustaría obtener una confirmación de lo que me había dicho el camarada Trotsky y, a ser posible, alguna otra explicación del camarada Lenin.

–¿Y qué ha dicho Trotsky? –preguntó impaciente–. Estoy demasiado ocupado con otras cosas más importantes para discutir ahora asuntos comerciales –continuó, alejándose de mí despectivamente–. Si quiere usted que le informen sobre el probable desarrollo de la política, debe dirigirse a mi secretario, Gorbunof. El está preparando decretos sobre cuestiones comerciales y por medio de él podrá usted ponerse en contacto conmigo.

Con aquella respuesta llegué a la conclusión de que las posibilidades para la Siberian Company serían muy escasas durante un largo espacio de tiempo. Me impresionó la acusadísima personalidad de Lenin; era hombre que sabía lo que quería. El me adivinó, cosa que no hizo Trotsky. Para Lenin no tenía utilidad alguna un hombre de mi condición.

Cuando, poco tiempo después de este encuentro con Lenin y Trotsky, me visitó un optimista especulador que quería adquirir nuestras acciones de las compañías de servicios fluviales de Siberia, pensé que aquella era una oportunidad que no debíamos desperdiciar. Aquel sujeto, que se llamaba Nemirovsky, me fue presentado por el Banco Ruso para el Comercio Exterior. Estaba dispuesto a pagar a un precio que nos hubiera asegurado un beneficio de un 10 o un 15 por ciento sobre nuestros gastos originales. Nos haría, además, una oferta para la compra del aserradero de Makhalova. Pero estos ofrecimientos tuvieron que ser transmitidos a Oslo y más concretamente a mis consocios noruegos, excepto Whist, estaban aún demasiado lejos de la realidad de la revolución para aprovechar aquella oportunidad.

Durante noviembre y diciembre sostuvimos un vivo intercambio de telegramas. Los de Oslo querían celebrar su junta general anual para presentar las cuentas y hacer proyectos para el año siguiente. Lorentzen opinaba que yo no captaba bien el porvenir.

—Usted se toma esos acontecimientos demasiado en serio —me decía—. Los que están en condiciones de saberlo nos aconsejan de distinto modo.

Mis telegramas debían de parecerles desconcertantes. Porque yo pedía que me autorizasen a vender nuestras acciones, el aserradero; vender lo mejor posible las mercancías que teníamos en Arkángel; pagar un millón de rublos por una escolta militar a través de Finlandia, y, protegido de esta manera contra posibles intervenciones, sacar a terreno seguro, fuera del país, el producto de nuestras ventas. Todavía podía vender el cargamento de Arkángel con un beneficio importantísimo. Pero el tiempo trabajaba en contra nuestra. Habríamos debido elevar

la operación inmediatamente. Existía un requisito legal que nos obligaba a celebrar asamblea general en diciembre, pero, ¿por qué hacerme asistir a ella cuando se me podía utilizar con mucho más provecho en Rusia? Porque estoy seguro de que hubiese podido cobrar suficiente dinero para recuperar el total de nuestro capital invertido más un beneficio del 100 por ciento. Pero el cariz político se fue haciendo más amenazador de día en día. Si no atrapábamos el tiempo por los pelos, era seguro que no se podría hacer nada ya y lo perderíamos todo. La Junta directiva cedió por fin, pero cedió demasiado tarde. Me telegrafiaron para que me quedase en Rusia, mas el telegrama fue expedido cuando yo había salido ya para Oslo y, naturalmente, no lo recibí. Sin embargo, les había telegrafiado antes de partir: "La responsabilidad es vuestra." A su debido tiempo, todas las propiedades de la Siberian Company, tanto en Rusia como en Siberia, fueron confiscadas por el gobierno bolchevique, que, por supuesto, no pagó indemnización ni compensación alguna.

La junta general transcurrió bastante tranquilamente. Durante las fiestas de Navidad, me dediqué a practicar los deportes de invierno para participar en una carrera de patines. Pude estar con mis padres más tiempo del que tenía por costumbre en aquellos ajetreados años. La primera confirmación de mi opinión pesimista llegó a mediados de enero, cuando nos enteramos de que nuestros agentes en Arkángel protestaban contra la proyectada incautación de nuestras propiedades allí. Se celebraron algunas asambleas más de la compañía. Entonces empecé a notar que se perfilaba la tendencia a culparme del mal cariz que las cosas iban tomando. En la reunión del directorio del 18 de enero, dije que podía verme obligado a dimitir, a menos que mis colegas aceptasen la responsabilidad que les incumbía por haber rechazado mi punto de vista de que yo debí haber permanecido en Rusia. El 4 de febrero presenté mi dimisión. Derry y Whist dimitieron conmigo. Aquello causó sensación en los medios financieros de Noruega, porque demostraba que la Siberian Company se encontraba en dificultades, y se armó una gran tempestad en la prensa.

Pero en mi fuero interno, yo no había renunciado al lens siey y al mar de Kara. Este asunto había significado demasiado para mí para desentenderme de él tan fácilmente. No podía imaginar cómo iba a poder continuar la Siberian Company; pero de un modo vago aún mantuve la esperanza de hacerlo revivir todo e impulsarlo de nuevo. Alemania firmó la paz con los bolcheviques el 3 de marzo, y con ello pareció alejarse la única amenaza exterior contra la revolución. En las noticias no se adivinaba nada que permitiese abrigar la menor esperanza de un restablecimiento del comercio internacional y particular. Las expropiaciones continuaron rápidamente. Se saqueaban las casas. La burguesía, allí donde no había sido exterminada, huía a la desbandada.

Un día encontré en Oslo a un conocido mío, noruego, que acababa de regresar de San Petersburgo y quedé sorprendidísimo al ver que llevaba una corbata que yo había dejado en mi piso de Bolshaya Konyushennaya; una corbata que había echado de menos porque era excepcionalmente buena. Cuando le pregunté de dónde la había sacado, dijo ligeramente:

—¡Ah, de su piso! Lo han saqueado todo. Pero yo estuve allí antes y aproveché la oportunidad para llevar sus rifles y escopetas de caza al consulado noruego. Ahora están empaquetados, para mayor seguridad, encima de la entrada principal. Me quedé con su corbata, porque seguramente hubiera caído en manos de aquellos demonios.

Mi piso había sido saqueado, pero él era un gran embustero, aunque sea tirar piedras contra el propio tejado señalar con el dedo a un noruego. En realidad, no había hecho nada para proteger mi propiedad y sí participado en el saqueo. Unos años más tarde pude ver uno de mis cuadros en el Hermitage. Mis armas nunca fueron emparedadas. Todo esto no es muy importante, pero es parte de la respuesta a la pregunta: ¿Qué es una revolución? *¡Nota bene!*

Mientras tanto, yo había entregado a la Siberian Company todos los valores rusos que estaban a mi nombre. Creo que

gestión no pudo ser más diáfana. Que no había nada que reprocharme por aquel lado lo prueba en parte el hecho de que me quedé sin ninguna fortuna, ni siquiera un acomodo suficiente. De hecho, estaba arruinado, aunque moralmente no.

3 EL PAPEL DE TROTSKY EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA RUSIA SOVIETICA

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

El automóvil de Trotsky se detuvo frente al Kremlin y ello me permitió observarle de cerca una vez más. Iba solo y parecía preocupado. De pronto volvió la cabeza en un movimiento muy suyo y que bastaba para sacarle una instantánea psicológica. Era el Trotsky de siempre: la suprema energía hecha hombre.

Le había oído hablar días atrás en una asamblea convocada con objeto de popularizar la creación de una gran industria química al servicio de la defensa nacional.

El tema de su discurso no podía despertar singular expectación en aquellos días en que la atención general se fijaba en el próximo Congreso comunista, donde se creía iba a resurgir la antigua polémica entre Trotsky y el Comité Central.

Pero bastaba el simple anuncio de que hablaría —el tema no hacía al caso— para que la gente se disputase el oírlo.

Era el líder más popular entre las masas, y la ovación delirante con que le saludó el auditorio de tres mil personas que llenaban aquella tarde el Teatro Académico, nos lo confirmó.

Su ascendiente, particularmente fuerte entre el elemento joven, nace de su propia y extraordinaria personalidad. Los otros

tenían la fuerza que les daban sus respectivas posiciones; la lin, porque en sus manos se halla el secreto del buen funcionamiento del partido; Zinoviev, por el apoyo que recibía de la Tercera Internacional y por la importancia de Leningrado, donde dominaba; Kamenéff, porque hasta el XIV Congreso del partido (diciembre de 1925), en que se pasa abiertamente a la oposición, simboliza el espíritu conciliador. La fuerza de Trotsky residió siempre en ser Trotsky.

En el ocaso de los dioses que sigue a la muerte de Lenin, acentuándose a medida que los jefes de segundo orden, después de varios años de oscura colaboración e incondicional obediencia, comienzan a querer decidir en la orientación del partido, es el único que continúa ejerciendo sobre el amplio frente la fascinación de su poderosa y casi irresistible personalidad.

Su obra, el Ejército Rojo, es una de las grandes empresas de nuestro siglo e indiscutiblemente su mayor timbre de gloria. Sólo su genio puede explicar el que un desterrado, semita por añadidura, un literato, pongo cima en medio de las mayores dificultades de todo orden a la magna labor de crear un ejército disciplinado de entre los restos de una soldadesca desmoralizada, asombrando al viejo generalato —como confesó en Leningrado un general zarista— y suscitando comentarios elogiosos de sus mismos adversarios. Ya uno de sus biógrafos no bolcheviques, Oscar Blun, dijo de él "que acaso sea el primer ministro de la Guerra que Rusia ha tenido". Pero de más peso aún, por tratarse de un técnico en cuestiones militares, es la opinión del famoso coronel Max Bauer, antiguo jefe en el Alto Mando alemán y uno de los directores del golpe de Estado de von Kapp. Bauer, que pasa por ser el verdadero espíritu rector del movimiento ultranacionalista alemán, acaba de reunir en un libro *Das Land der roten Zaren* (El país de los zares rojos), sus impresiones de un viaje por Rusia. He aquí cómo lo juzga: "Leo Davidowitsch Trotsky es el organizador militar y el caudillo innato. La forma en que creó un ejército de la nada, organizándolo e instruyéndolo en momentos de dura lucha, es absolu-

mente napoleónica". En otro pasaje de su libro, Bauer describe así la situación del ejército ruso antes de intervenir Trotsky: "La oficialidad abía perdido toda autoridad bajo Kerensky, que fue el primero en relajar la disciplina. El ejército iba deshaciéndose cada día más, y en este proceso de descomposición le llevaba, como siempre, la delantera la flota. Por dondequiera que se miraba no se veía sino soldados sublevados, que robaban, destruían y asesinaban. Era un caos general. Parecía que todo iba a hundirse en un horno de brujas".)

" Trotsky organiza el Ejército Rojo sobre la marcha, bajo el fuego mismo de la contrarrevolución. Europa entera parece haberse conjurado contra la Rusia soviética. Consideremos la situación en el verano de 1918. Los aliados han ocupado Arkángel. En Ucrania sigue Skoropadski amenazando a Rusia, sostenido por los alemanes, mientras en Finlandia las tropas de von der Goltz secundan el plan contrarrevolucionario del gobierno blanco. Dueños de Vladivostok, los japoneses dudan un momento si prosiguen el avance. Las legiones checas dan bastante que hacer en el Volga y consiguen a principios de agosto apoderarse de Kazán. En 1919 tiene lugar la gran ofensiva combinada de Koltchak, Denikin y Yudenitch, y en abril del año siguiente entra en acción el ejército polaco de Pilsudski, llegando hasta Kieff.

La campaña intervencionista contrarrevolucionaria se prolonga en diversas fases hasta noviembre de 1920, en que Wrangel –la última esperanza de la reacción europea– es definitivamente derrotado.

Durante esos dos años la actividad de Trotsky no conoce límites. Recorre Rusia de un extremo a otro, sosteniendo con su presencia a los soldados rojos. Un día aparece en los Urales, otro, en el frente lituano; otro, en Ucrania. Sabe aprovechar el movimiento de efervescencia patriótica que provoca en Rusia la ofensiva polaca para completar los cuadros de oficiales con los mejores elementos del antiguo ejército zarista. Su talento literario y sus cualidades tribunicias facilitan esta gran cruzada heroica. Orador sin igual en la nueva Rusia, sabe encontrar la palabra

justa que inflame los espíritus. Hay momentos, como cuando se dirige a las tropas que va a lanzar contra Kazán para decirles de allí a los checos, en que la revolución y la patria se confunden en él.

Judío como Lasalle, su origen tampoco le impide ser el su[illegible] bano –y en este caso más aún: el héroe nacional– de un pueblo que siente cual ningún otro el orgullo de raza.

6. LEV DAVIDOVITCH TROTSKY

VICTOR SERGE

Surgen dos automóviles en la Perspectiva Newsky, que se detienen ante un montón de escombros. En el oleaje de paseantes se cambian breves señales de inteligencia. Un nombre corre de boca en boca. Dos automóviles descubiertos. Me fijo en el segundo, grande y limpio, con sus asientos negros, blandos y confortables. Van en él seis u ocho hombres, con trajes de cuero y los fusiles en la mano. Su tocado me sorprende; llevan una especie de casco de fieltro, forrado con sólida tela de uniforme, terminado en alta punta redondeada y adornada con la gran estrella roja de cinco puntas. Aquello recordaba el aspecto de los guerreros eslavos de los tiempos heroicos. Pero ¿qué tiempos fueron más heroicos que éstos?

"Trotsky", me dicen. Y le veo en el primer coche, llevando el mismo casco, calado sobre los ojos, y el capote gris de todo el ejército. Con la frente arrugada; los lentes, tras de los cuales asoma la mirada negra y viva; el pequeño bigote y la negra perilla, se le reconoce al instante.

En este momento tenía las cejas fruncidas, el semblante severo, un poco aburrido, cansado... Conozco su formidable ac-

tividad, las noches pasadas en Smolny con el Comité Ejecutivo del Soviet reunido permanentemente; sus trabajos en el frente y las auténticas anécdotas, de las que la leyenda se apoderará más tarde. En el Mediodía, durante la expedición de caballería del general Mamontov –que recientemente saqueó Tambov, Kozlov y Eletz–, su tren fue cercado por una banda de cosacos saliendo vistorioso de la batalla. Durante estos días, en el frente Lev Davidovich se acostaba en las trincheras, en primera línea. El enemigo progresaba, mientras nuestros hombres huían. Lev Davidovich monta a caballo y lanza los fugitivos contra el enemigo –y él mismo los conduce al ataque–. Se censura este valor personal, esta temeridad imprudente, sobre todo en un organizador, en un jefe...

¿Cuál es, en estos relatos que corren de boca en boca, la parte que corresponde a la imaginación popular? Si estos detalles precisos no son exactos, otros análogos que se ignoran lo son positivamente. Este hombre es el organizador de un ejército de revolución. Este ejército lo ha sacado de la nada: de la nada de las multitudes caóticas y soldados amotinados contra la guerra, que asaltaban los trenes y, volviendo a ser campesinos, progresaban invencibles a la tierra...

Admirable y fuerte multipersonalidad, que nadie presentía en este periodista, teórico y agitador, en el que la típica fisonomía del intelectual aparecía hoy vigorosamente.

La frente alta, rígida la cabeza, forzado quizás –para mirar hace falta estar estirado, erguir la cabeza y sacudir las faldas con un enérgico movimiento de espaldas–, la boca pequeña y fuerte de ave de rapiña, sobre un mentón que, en silencio, parece demasiado corto; las tres comas, bigote y perilla, acentúan la expresión mefistofélica del rostro. Recuerdo el amplio gesto preciso, afirmativo, imperativo, del orador; su voz, que lanza las palabras con la potencia de un martillazo sobre un metal flexible, devolviendo un sonido claro y firme; su amenazadora inmóvil que da la impresión de una estocada lanzada a lo invisible y que hiere en el sitio preciso.

No quiero exagerar. Los jefes se imponen a mí, y no soy partidario de la idolatría. Veo en ellos a los primeros servidores del proletariado, a los que debemos seguir, a los que también es preciso mirar todos los días frente a frente, con ojos de hombre libre. Pero me parece que Petrogrado se ha sentido verdaderamente salvado desde la llegada de este jefe.

Lev Davidovich Trotsky es hoy, aquí, el alma de la resistencia. Si las fuerzas de ataque se vuelven a formar a algunas leguas de la ciudad y se ponen metódicamente en movimiento; si los trenes de víveres, de municiones, si todas las fuerzas del pobre país agotado se mantienen, se organizan y se emplean con método para vencer, es porque están encauzadas por su inteligencia y dirigidos por su voluntad ¡Dura labor! Frente de Siberia, frente de Ucrania, frente de Carelia, frente de Arcángel... Frente de guerra civil en el interior. Terrible labor la del hombre que debe pensar en todo y que debe, como verdadero revolucionario, obrar despiadadamente. He leído esta tarde una orden firmada por Trotsky, mandando arrestar inmediatamente y tener en rehenes las familias de los soldados rojos pasados al enemigo. Seguían los nombres. Arrestadas hoy: María Andreevna y su hija Vera, mujer a hija de X, traidor pasado al enemigo...

Matar o ser muerto: la *Commune también* –la *Commune*, que inscribe luminosas ideas sobre sus banderas– conocía esta vieja ley de hierro.

7. CONVERSANDO CON TROTSKY

CARLO ROSSELLI

"La alegría más grande es aquella de la lucha por la gran causa de la justicia y la libertad". — (Trotsky, en su juventud, a los obreros de Nicolaieff).

¿Trotsky en retardo? Imposible. El ingeniero, el matemático de la revolución podrá anticiparse, precipitarse, pero nunca llegar en retardo. Todos los actos de su vida están regulados por una fría y poderosa razón, como si fuera un mecanismo de relojería. Su genio es organizador aún estando en la oposición. Siendo imberbe, en Nicolaieff, lograba organizar clandestinamente, con método científico, a centenares y centenares de obreros. Veinte años después, debido a un milagro de científica audacia, organiza las jornadas de octubre y el ejército rojo. La primera victoria, sin duda alguna, debe haberla obtenido sobre su propio temperamento, apasionado y explosivo, mediante una operación de química psicológica. El problema era el siguiente: transformar en fuerza constante y uniforme las formidables cargas de dinamita interior. Lo logró convirtiéndose en un poco inhumano.

La vida de Trotsky es bella y aún está lejos de haber terminado. En sus cerca de 54 años se encontró tres veces en los altares y otras tantas en medio del polvo. Pero el suyo ha sido siem-

por el polvo del Olimpo, como las nubes que raptaban a los guerreros de Homero.

¿Ha existido alguna vez en la historia un exiliado más victorioso? Una después de otra se cierran a su paso todas las fronteras, sean proletarias o burguesas. Las clases gobernantes están dominadas por un profundo espanto debido a esa victoria que Trotsky lleva consigo: la revolución de octubre, donde su nombre será recordado en los siglos junto al de Lenin. Es sorprendente que la frontera más cerrada sea tan luego la de su revolución. El héroe de octubre es demasiado dinámico. Durante los momentos de quietud, en Rusia no hay lugar para él. Es un genio que debe admirársele en secreto y a la distancia: de cerca es demasiado incómodo y peligroso.

Trotsky es infinitamente más grande que Stalin, pero este último ha logrado administrar sabiamente la revolución, aunque para ello haya tenido que empaquetarla y embalsamarla, mientras que Trotsky la habría arrojado a la destrucción con una iniciativa napoleónica. Si para Rusia llegaran días difíciles, quizás Trotsky sería invitado a regresar. Entonces será la apoteosis. Trotsky sabe esperar, subordinando todo su pensamiento y su actividad a ese regreso.

X

Helo aquí por fin. Entra con paso ágil y decidido. Su demora en llegar le obliga a abreviar la entrevista, motivada por una fuerza mayor. Mientras se despoja de su gabán, observo una figura muy distinta de aquella que la tradición nos ha transmitido. Sorprende encontrarlo tan juvenil y vigoroso, tan simple al hombre que ha vivido y dirigido dos revoluciones.

La necesidad de evitar reconocimientos (los asesinos están siempre en acecho) y su innato refinamiento lo inducen a vestir en un impecable estilo burgués. Mientras nos sentamos, me pregunto: ¿está todo aquí Trotsky? En el fondo oscuro del traje se destaca, como único elemento de poesía, una gran corbata azul, mucho más azul y mucho más dulce que sus ojos penetrantes. Durante mi conversación miro con frecuencia esa corbata

que pone una nota romántica en sus argumentos secos y decisivos; pero será en vano tratar de analizar la "dinamita interior". Trotsky no se entrega y si lo hace, muy raramente. Tiene, todavía, que recitar una "parte" en el mundo, frente al mundo, y de esta "parte" no puede librarse. El hombre y el personaje hacen un todo.

Inicia la conversación con una deliciosa arremetida polémica (la entrevista había sido solicitada para pedirle su colaboración en los cuadernos de "Giustizia e Libertá").

–Yo puedo –agrega– publicar artículos en los diarios burgueses tranquilamente, pues nadie podrá sospechar que pueda existir entre nosotros alguna afinidad o circulación política. Me valgo de ellos como de un tranvía. En cambio, con vosotros la cuestión es distinta.

Le replico que no queremos y no podemos ser un tranvía. Sería fácil evitar toda confusión con una nota. Escriba lo que más le agrade, así sea una crítica de "Giustizia e Libertá".

La conversación se desliza al terreno político y no sé hasta qué punto tengo derecho a referirla. Diré, únicamente, que desde sus primeras palabras he advertido una gran reserva, que ningún argumento habría sido capaz de sacarlo de ella.

Su posición es la del bolchevique-leninista ortodoxo, intransigente. Comienza abordando el tema habitual del liberalismo y del idealismo burgués; luego, ante respuestas precisas sobre el carácter de "Giustizia e Libertá", se limita a responder con las fórmulas tradicionales del clasismo puro y de la dictadura proletaria.

La conversación hasta este momento no habrá durado más de tres minutos; por el resto del tiempo que queda, tomará el carácter de una escaramuza cordialmente hostil.

–Creo conocerlos y estar suficientemente informado sobre el movimiento de "Giustizia e Libertá". Muchas veces os he encontrado en mi vida, en la lucha revolucionaria en Rusia.

Su recuerdo de los socialistas revolucionarios me obliga a

pensar que Trotsky en Nicolaieff hablaba precisamente como socialista revolucionario. Atormentaba a la pobre Alexandra Lvovna, con la cual poco tiempo después debía ser deportado a Siberia por su marxismo! ¿Desde 1903 hasta el 1917 ha militado acaso en el partido bolchevique?

Respondo a su información, que me parece sumaria y con cierta prevención. Le hablo de Italia, de los movimientos italianos, de "Revolución Liberal" que desde el año 1920 defendió la revolución rusa exaltando sus valores, bregando al mismo tiempo por una lucha de clases intransigente junto a las vanguardias obreras. Permanece escéptico y estático.

–Actualmente estáis feroces contra Mussolini y el fascismo. Es muy natural que así sea. Sois pobres emigrados (¿y él?, ¿no es un emigrado? No, tiene razón, no lo es: no es posible emigrar de la historia). *Y mañana, cuando regresáis a Italia y los abismos entre las clases se abran, ¿de parte de quién estaréis?*

Protesto enérgicamente. Le recuerdo hechos, nuestra lucha que se mantiene desde el año 1920, nuestra posición programática, y puesto que parece insensible, le declaro:

–Vuestra lección de octubre creemos haberla comprendido. No esperaremos Constituyentes, ni forjaremos ningún Kerensky. Los objetivos supremos los conquistaremos de inmediato. "Giustizia e Libertá" es un movimiento joven, que se encuentra en sus comienzos y no es posible aprisionarlo en las fórmulas y experiencias del pasado.

A esta altura de la conversación, Trotsky me ha parecido viejo y conservador. Como todos aquellos que no sólo han experimentado mucho sino que han cumplido en el pasado, no alcanza a concebir que el futuro pueda depararle algo nuevo. La estructura social es una y la revolución italiana no puede sino desarrollarse conforme a un esquema.

–Mientras el fascismo constituía un hecho que se desarrollaba al margen de la vida europea, podía suponerse que el pueblo italiano se habría podido substraer a la ley común. Pero después de Alemania, una revolución italiana no saldrá de los rieles obligados.

insiste sobre la originalidad creadora de toda revolución. Luego la conversación gira en torno de la situación italiana. Colocado ante la realidad y ante nuestro trabajo concreto, su intransigencia se atenúa. Admite —de paso— la posibilidad, un día, de colaboración técnica.

—*Pero mañana, en pleno proceso revolucionario, os combatiré.*

Alude a la pésima situación, políticamente, de la emigración italiana; peor aún que la muy mala de la emigración rusa después de 1905. Cree que en un proceso revolucionario en Italia la ruptura entre burguesía y proletariado será profunda. No quiere explayarse, es sibilino. Su dialéctica chispeante, repele. O bolcheviques leninistas o aliados de la burguesía.

Contesto observando que el paralelismo ruso-italiano es vicioso, dado que en Italia el proletariado debe tener muy en cuenta las capas medias y pequeño burguesas; él mismo en sus trabajos sobre la revolución española ha insistido sobre la importancia de las palabras de orden de carácter democrático, sosteniendo la tesis que allí donde la revolución no es la consecuencia de un desastre militar, la fase de transición es necesaria e inevitablemente más larga.

—Muchas veces, leyendo vuestros trabajos, parecería que la fase de transición termina por identificarse casi con la dictadura.

Replica decididamente, y de sus respuestas aparece su ortodoxia ejemplar, demasiado ejemplar.

Es tarde. Todas sus citas sufren el retardo inicial. La entrevista termina en un tono relativamente frío. Seguido por su secretario, desaparece.

¿Impresiones? Un cerebro admirablemente organizado, cristalino. Sus argumentos, como en sus libros y en ese macizo trabajo que es la "Historia de la Revolución", surjen apretados, en cascadas, con desarrollos elegantes y con el concurso de un estilo muy personal. Su voluntad es imperiosa; su personalidad potente. ¿Y el hombre? El hombre ha desaparecido en el personaje. El hombre es poco humano.

La naturaleza ha dotado a Trotsky de todos los dones de

una manera inaudita, con excepción del socrático. Está demasiado seguro, fuerte y perfecto, para poder comprender a los demás. Mientras su yo interior, por la juventud de su espíritu se encuentra en continua transformación, su yo social se presenta rígido.

Trotsky es prisionero de su pasado, de la historia polémica con Stalin, con el bolcheviquismo que lo ha despojado renegándolo.

Trotsky subordina todo a su regreso a Rusia; por ello es difícil que logre trabajar con éxito en favor de la revolución de Occidente. En el orden personal, repite el error de la III Internacional.

Trotsky es la revolución victoriosa. De la misma manera que las revoluciones devoran sin piedad a sus hombres, Trotsky se vale friamente de todo y de todos para alcanzar la meta. Dispensa su interés y sus simpatías en exacta relación con la utilidad que puede obtener.

El mejor biógrafo de Trotsky, Max Eastman, en su libro que es una joya de penetración psicológica y una justa exaltación de su genio, observa que lo que le ha impedido llegar a ser un gran jefe (más exacto sería decir "un conductor de pueblos", porque Trotsky es un gran jefe), es su excesiva confianza en sí mismo, o más bien dicho, la suficiente percepción del sentimiento ajeno, ese sentido inmediato, inconsciente, en que consiste la misteriosa seducción del jefe.

Esta limitación suya no es, como pretenden sus detractores, el fruto de una desenfrenada ambición. Trotsky sacrificó toda su vida a la revolución; la juvenil rebelión al padre rico —que a los ochenta años, expropiado de sus numerosos bienes por los cuidados del hijo, se convierte al comunismo—, es magnífica. Su nuevo estilo, soberbiamente soportado, revela en él un carácter de acero.

La limitación es debida más bien a la extraordinaria fuerza de abstracción de un pensamiento que se desarrolla en su interior de manera tan coherente y completa como para no tener necesidad de contribución ajena.

En una palabra, Trotsky, por sus ideas, su técnica y su voluntad, no tiene necesidad de los demás hombres considerados individualmente; tiene necesidad de un pueblo, de un drama social, de una revolución. Pero dudamos que los pueblos de Occidente encuentren en él a su hombre.

II. VALORACIONES

8. TROTSKY, REVOLUCIONARIO Y FILOSOFO

JOSE CARLOS MARIATEGUI

Trotsky no es sólo un protagonista sino también un filósofo, un historiador y un crítico de la Revolución. Ningún líder de la Revolución puede carecer, naturalmente, de una visión panorámica y certera de sus raíces y de su génesis. Lenin, verbigracia, se distinguió por su singular facultad para percibir y entender la dirección de la historia contemporánea y el sentido de sus acontecimientos. Pero los penetrantes estudios de Lenin no abarcaron sino las cuestiones políticas y económicas. Trotsky, en cambio, se ha interesado, además, por las consecuencias de la Revolución en la filosofía y en el arte.

Polemiza Trotsky con los escritores y artistas que anuncian el advenimiento de un arte nuevo, la aparición de un arte proletario. ¿Posee ya la Revolución un arte propio? Trotsky mueve la cabeza. "La cultura —escribe— no es la primera fase de un bienestar: es un resultado final". El proletariado gasta actualmente sus energías en la lucha por abatir a la burguesía y en el trabajo de resolver sus problemas económicos, políticos, educacionales. El orden nuevo es todavía demasiado embrionario e incipiente. Se encuentra en un período de formación. Un arte del proletariado no puede aparecer aún. Trotsky define el desarrollo del arte como el más alto testimonio de la vitalidad y del valor

de una época. El arte del proletariado no será aquel que describe los episodios de la lucha revolucionaria, de sus creaciones y de sus frutos. No es, pues, el caso de hablar de un arte nuevo. El arte, como el nuevo orden social, atraviesa un período de tanteos y de ensayos. "La revolución encontrará en el arte su imagen cuando cese de ser para el artista un cataclismo extraño a él". El arte nuevo será producido por hombres de una nueva especie. El conflicto entre la realidad moribunda y la realidad naciente durará largos años. Estos años serán de combate y malestar. Sólo después que estos años transcurran, cuando la nueva organización humana esté cimentada y asegurada, existirán las condiciones necesarias para el desenvolvimiento de un arte proletario. ¿Cuáles serán los rasgos esenciales de este arte futuro? Trotsky formula algunas predicciones. El arte futuro será, a su juicio, "inconciliable con el pesimismo, con el escepticismo y con todas las otras formas de postración intelectual. Estará lleno de fe creadora, lleno de una fe sin límites en el porvenir". No es ésta, ciertamente, una tesis arbitraria. La desesperanza, el nihilismo, la morbosidad que en diversas dosis contiene la literatura contemporánea, son señales características de una sociedad fatigada, agotada, decadente. La juventud es optimista, afirmativa, fecunda; la vejez es escéptica, negativa y regañosa. La filosofía y el arte de una sociedad joven tendrán, por consiguiente, un acento distinto de la filosofía y del arte de una sociedad senil.

El pensamiento de Trotsky se interna, por estos caminos, en otras conjeturas y en otras interpretaciones. Los esfuerzos de la cultura y de la inteligencia burguesas están dirigidos principalmente al progreso de la técnica y del mecanismo de la producción. La ciencia es aplicada, sobre todo, a la creación de un maquinismo cada día más perfecto. Los intereses de la clase dominante son adversos a la racionalización de la producción y son adversos, por ende, a la racionalización de las costumbres. Las preocupaciones de la humanidad resultan, sobre todo, utilitarias. El ideal de nuestra época es la ganancia y el ahorro. La acumulación de riquezas aparece como la mayor finalidad de la vida humana. Y bien. El orden nuevo, el orden revolucionario

rio, racionalizará y humanizará las costumbre. Resolverá los problemas que, a causa de su estructura y de su función, el orden burgués es impotente para solucionar. Consentirá la liberación de la mujer de la servidumbre doméstica, asegurará la educación social de los niños, libertará al matrimonio de las preocupaciones económicas. El socialismo, tan motejado y acusado de materialista, resulta, en suma, desde este punto de vista, una reivindicación, un renacimiento de valores espirituales y morales oprimidos por la organización y los métodos capitalistas. Si en la época capitalista prevalecieron ambiciones e intereses materiales, la época proletaria, sus modalidades y sus instituciones se inspirarán en intereses e ideales éticos.

La dialéctica de Trotsky nos conduce a una previsión optimista del porvenir del Occidente y de la Humanidad. Spengler anuncia la decadencia total de Occidente. El socialismo, según su teoría, no es sino una etapa de la trayectoria de una civilización. Trosky constata únicamente la crisis de la cultura burguesa, el tramonto de la sociedad capitalista. Esta cultura, esta sociedad, envejecidas, hastiadas, desaparecen; una nueva cultura, una nueva sociedad, emergen de su entraña. La ascensión de una nueva clase dominante, mucho más extensa en sus raíces, más vital en su contenido que la anterior, renovará y aumentará las energías mentales y morales de la humanidad. El progreso de la humanidad aparecerá entonces dividido en las siguientes etapas principales: antigüedad (régimen esclavista); edad media (régimen de servidumbre); capitalismo (régimen del salario); socialismo (régimen de igualdad social). Los veinte, los treinta, los cincuenta años que durará la revolución proletaria, dice Trotsky, marcarán una época de transición.

¿El hombre que tan sutil y tan hondamente teoriza, es el mismo que arengaba y revistaba al Ejército Rojo? Algunas personas no conocen, tal vez, sino al Trotsky de la traza marcial de tantos retratos y tantas caricaturas. Al Trotsky del tren blindado, al Trotsky ministro de Guerra y generalísimo, al Trotsky que amenaza a Europa con una invasión napoleónica. Y este Trotsky en verdad no existe. Es casi únicamente una invención de la

prensa. El Trotsky real, el Trotsky verdadero es aquel que nos revelan sus escritos. Un libro da siempre de un hombre una imagen más exacta y más verídica que un uniforme. Un genuinamente, sobre todo, no puede filosofar tan humana y tan humanitariamente. ¿Os imagináis a Foch, a Ludendorff, a Douglas Haig en la actitud mental de Trotsky?

La ficción del Trotsky marcial, del Trotsky napoleónico, procede de un solo aspecto del rol del célebre revolucionario en la Rusia de los Soviets: el comando del Ejército Rojo. Trotsky, como es notorio, ocupó primeramente el Comisariado de Negocios Extranjros. Pero el sesgo final de las negociaciones de Brest-Litovsk lo obligó a abandonar ese ministerio. Trotsky quiso que Rusia opusiera al militarismo alemán una actitud tosltoiana: que rechazase la paz que se le imponía y que se cruzase de brazos, indefensa, ante el adversario. Lenin, con mayor sentido político, prefirió la capitulación. Trasladado al comisariado de guerra, Trotsky recibió el encargo de organizar el Ejército Rojo. En esta obra mostró Trotsky su capacidad de organizador y realizador. El ejército ruso estaba disuelto. La caída del zarismo, el proceso de la revolución, la liquidación de la guerra, produjeron su aniquilamiento. Los soviets carecían de elementos para reconstruirlo. Apenas si quedaban, dispersos, algunos materiales bélicos. Los jefes y oficiales monarquistas, a causa de su evidente humor reaccionario, no podían ser utilizados. Momentáneamente, Trotsky trató de servirse del auxilio técnico de las misiones militares aliadas, explotando el interés de la Entente en recuperar la ayuda de Rusia contra Alemania. Mas las misiones aliadas deseaban, ante todo, la caída de los bolcheviques. Si fingían pactar con ellos era para socavarlos mejor. En las misiones aliadas Trotsky no encontró sino un colaborador leal: el capitán Jacques Sadoul, miembro de la embajada francesa, que acabó adhiriéndose a la revolución, seducido por su ideario y por sus hombres. Los soviets, finalmente, tuvieron que echar de Rusia a los diplomáticos y militares de la Entente. Y, dominando todas las dificultades, Trotsky llegó a crear un poderoso ejército que defendió victoriosamente a la revolución de todos los se

ques de todos sus enemigos, externos e internos. El núcleo inicial de este ejército fueron 200.000 voluntarios de la vanguardia y de la juventud comunistas. Pero, en el período de mayor riesgo para los soviets, Trotsky comandó un ejército de más de cinco millones de soldados.

Y, como su ex generalísimo, el Ejército Rojo es un caso nuevo en la historia militar del mundo. Es un ejército que siente su papel de ejército revolucionario y que no olvida que su fin es la defensa de la revolución. De su ánimo está excluído, por ende, todo sentimiento específico y marcialmente imperialista. Su disciplina, su organización y su estructura, son revolucionarias. Acaso, mientras el generalísimo escribía un artículo sobre Romain Rolland, los soldados evocaban a Tolstoy o leían a Kropotkin.

8. LA REVOLUCION PERMANENTE: LEON TROTSKY

HEINZ SCHURER

En la historia de las ideas políticas existen muy pocas con resultados tan fecundos como la teoría de la revolución permanente propuesta primero tentativamente por el socialista ruso-germano Parvus en 1905 y luego elaborada en 1906 por Trotsky, anteriormente discípulo de Parvus. Trotsky sostendría hasta su muerte que los acontecimientos de 1917 en Rusia probaban la validez de la teoría; en la actualidad los estudiosos del tema coinciden con él al afirmar que cuando el partido bolchevique se apoderó del poder se inspiró en las concepciones bosquejadas primeramente por estos dos hombres.

La teoría se contraponía al clima mental dentro del cual había nacido, marcado particularmente por la estrecha interacción entre el marxismo ruso y el germano antes de 1914. La esencia de la teoría consistía en una sugerencia sensacional que se oponía a todos los modelos del futuro hasta ese momento aceptados por la doctrina marxista. Proponía que un país económicamente subdesarrollado, tal como Rusia, podía alcanzar la transición al socialismo antes que los países económicamente desarrollados de Occidente. La idea, ¿era simplemente una versión nueva, marxista, del viejo y populista tema eslavo acerca de la mesiánica misión de la joven, primitiva y saludable Rusia

mostrando el camino a la decadente Europa? Por el contrario, la teoría fue creada por los dos marxistas rusos más occidentalizados, quienes despreciaban "el servilismo intelectual ante la piel de cordero rusa". Parvus, a pesar de su origen ruso, adquirió fama dentro de la social-democracia alemana como campeón del marxismo revolucionario que se oponía a la defensa revisionista de Bernstein de una política reformista tendiente a un bienestar democrático capitalista.

El primer aporte definido de Parvus fue afirmar enfáticamente la inminencia de la revolución socialista en la época actual y no en un futuro astronómicamente remoto. Trotsky, que vivía aún en Rusia, sentía un apasionado interés por la controversia entre el marxismo y el revisionismo, por entonces encarnizada en Alemania, y las actitudes de Parvus influyeron profundamente en él, incluso antes de que culminara el siglo. Con el movimiento alemán mostrando señales de haber perdido su ardor original, ganó terreno la idea de que Rusia podía estimular al socialismo alemán, una idea novedosa adelantada por primera vez por Karl Kautsky, destacado intelectual representante del marxismo alemán. En 1902 escribió que el centro de la actividad revolucionaria podía pasar de Alemania a Rusia y que la brisa refrescante del Este podía acabar con las trenzas reaccionarias que empezaban a ahogar al partido alemán.[1] Después de estallar la guerra ruso-japonesa, el primer día del funesto año 1905, derrotada Rusia en el frente, Parvus expresaría los sentimientos de Kautsky con palabras más certeras:

"La Revolución Rusa sacudirá al mundo. El proletariado ruso se convertirá en la vanguardia del movimiento socialista internacional."[2]

En la segunda mitad del año 1904 Trotsky se reunió con Parvus en Munich. Los dos hombres habían adoptado una línea antileninista durante la famosa escisión en el partido Socialdemócrata ruso (RSDLP) en 1903. El conflicto había girado alre-

[1] K. Kautsky, "Slavyane i revolyutsiya", *Iskra*, Marzo 10 de 1902, Nº 15.
[2] *Iskra*, Enero 1 de 1905.

dedor de las diferentes interpretaciones sobre el papel del escritor marxista en el movimiento obrero ruso. Los opositores a Lenin, Parvus, Trotsky y Rosa Luxemburgo, apoyados por Kautsky, enfatizaron las enormes potencialidades de los movimientos de masa espontáneos, contrastando a la desorganizada clase trabajadora rusa, como la verdadera esperanza del futuro, con la intelectualidad emigrada en Ginebra, eternamente dedicado a hilar fino en discusiones teóricas.

Trotsky, entonces en desacuerdo con ambas facciones, tenía en su bolsillo las pruebas de un panfleto que no se había publicado en el cual se examinaba el curso probable de los acontecimientos futuros en Rusia. Profetizó una huelga política masiva de los desorganizados trabajadores rusos como el primer capítulo de la revolución. El 22 de enero de 1905, día de la masacre frente al Palacio de Invierno, la profecía de Trotsky pareció convertirse en realidad. Rosa Luxemburgo sintetizó el significativo choque entre lo tradicional y lo nuevo:

"Al frente de la procesión iban los iconos pero encima de las cabezas de las multitudes sobrevolaba el espíritu de Carlos Marx."

Era un enunciado clásico de la creencia de estos marxistas que cierto hegeliano *espíritu* del mundo influía en la acción de las masas. Lo que sucedió después lo relata mejor Trotsky con sus propias palabras:

"Al día siguiente de los sangrientos acontecimientos de Petersburgo, Parvus estaba abrumado por la idea del papel excepcional que el proletariado de la Rusia retrógrada había sido llamado a desempeñar. Varios de los días pasados en Munich los ocupamos con conversaciones que nos clarificaban mucho a los dos y nos permitió establecer una relación personal más estrecha. El prólogo que Parvus escribió después para mi panfleto ingresó de modo permanente a la historia de la revolución rusa."[3]

Las concepciones formuladas por Parvus resistieron, así, el impacto inmediato de la acción independiente de las masas des-

[3] L. Trotsky, *Stalin*. Londres, 1947, p. 430.

organizadas, masas que el RSDLP no dirigía. Esta experiencia básica es un aspecto integral de la teoría de la revolución permanente. El prefacio de Parvus, por lo audaz de sus perspectivas, fue más allá de todo lo que, hasta entonces, habían soñado los marxistas rusos. Comparando el levantamiento de la ciudad en Europa Occidental y el mismo proceso en Rusia y en China, Parvus mostró que la vanguardia de la revolución en Francia y Alemania en el pasado, la masa de artesanos calificados urbanos, no existía en Rusia. Su lugar en la lucha, históricamente inevitable, por la democracia, sería ocupado por el joven proletariado ruso. El campesinado, por otra parte, constituía un grupo social amorfo que nunca se convertiría en una fuerza política independiente. Por lo tanto, el futuro gobierno revolucionario provisional será, necesariamente, un gobierno de la democracia de los trabajadores. En este punto, Parvus hace una aguda distinción entre democracia de los trabajadores y el RSDLP; el RSDLP deberá elegir entre tomar las responsabilidad en el gobierno provisional o mantenerse al margen del movimiento de las masas. Los trabajadores considerarán que el gobierno les pertenece cualquiera sea la actitud del RSDLP. Si el partido está a la cabeza del movimiento revolucionario del proletariado ruso, entonces, el gobierno a constituirse será social-demócrata.

"Un gobierno social-demócrata provisional de tales características, sin embargo, no estará en condiciones de establecer el socialismo en Rusia, pero el mismo proceso de destruir la autocracia brindará un terreno favorable para esfuerzos políticos ulteriores."[34]

De este modo, Parvus aclara que en su opinión una democracia de los trabajadores llevará hasta el fin la empresa de Robespierre y de Saint Just con independencia de la actitud que puedan tomar las facciones en conflicto del RSDLP.

A los contemporáneos de Parvus les parecía una idea sin fundamento la de querer asignar un papel tan importante a la clase obrera urbana rusa, numéricamente pequeña. En abril de 1905

[34] Prefacio de Parvus en N. Trotsky, *De 9-ого Января*. Ginebra, 1905

1905 Lenin descartó el nuevo concepto por considerarlo desc
bellado, argumentando que un gobierno establecido únicamente
por la clase obrera estaba muy lejos de tener un fundamento
social. Para perdurar, en cualquier tiempo, debería estar forma-
do por una alianza del proletariado con los estratos más nume-
rosos de las clases media baja urbana y las masas de campesinos
pobres.[5] Rosa Luxemburgo, tan estrechamente aliada a Parvus
políticamente, escribe su primer artículo sobre los acontecimien-
tos del 22 de febrero en un tono mucho más prudente. En ese
momento, la facción bolchevique llevaba a cabo su congreso en
Londres y, poco antes de morir, Trotsky, rememorando esos días,
escribió:

"Los aspectos negativos de las tendencias centrípedas del bolchevismo se hicieron evidentes, por primera vez, en este congreso. Los hábitos propios de una máquina política se estaban formando en el trabajo clandestino. Ya emergía, con rasgos característicos, el joven burócrata revolucionario."

Parvus y Trotsky se encontraron nuevamente en San Petersburgo, en octubre de 1905; en ese momento, el movimiento revolucionario alcanzaba su punto culminante. En 1906 Trotsky escribiría que la clase obrera rusa había desplegado una fuerza que sobrepasaba de lejos las expectativas más entusiastas de la social-democracia rusa.

Los mencheviques, contradiciendo las leyes de la probabilidad, fueron quienes prosperaron en la atmósfera revolucionaria. Independientemente de la huelga de las masas había nacido el Soviets de Diputados Obreros, una forma institucional embrionaria de lo que Parvus designaba como "democracia de los trabajadores". Se trataba de una organización no partidaria y, por esa misma razón, la primera reacción de la facción bolchevique consistió en boicotearla. De este modo, el choque entre la intelectualidad emigrada y las masas alcanzó su punto definitivo, tal como lo había predicho Parvus en enero. En 1940, Trotsky escribió:

[5] V. I. Lenin, *Sochineniya*, 4ª edición, vol. 8, pp. 262-3. Moscú, 1947.

La facción menchevique predominaba en los Soviets, los progresos revolucionarios seducían a las masas mencheviques, los líderes reflexionaban, confundidos por el brusco giro a la izquierda de su propia facción. El comité bolchevique de San Petersburgo estaba aterrorizado al principio por la innovación que implicaba una representación no partidaria de las masas combatientes.[1]

Trotsky, que no había podido encajar en ninguna de las facciones de los emigrados, fue la única figura nacional, perteneciente a la social-democracia, que produjeron las luchas de 1905. Este contraste entre su fracaso en la lucha de las facciones y su triunfo en un movimiento revolucionario espontáneo determinó un aumento de su prestigio.

Fue dentro de esta atmósfera que Trotsky y Parvus desarrollaron, en forma siempre vaciente, su teoría sobre el futuro de Rusia. Escribieron un ensayo, *Nachalo*, en noviembre de 1905, en el cual abogaban por una línea que superaba de lejos al prólogo redactado por Parvus en enero. El pronóstico que hacían de la situación se basaba, desde luego, en un aumento de la temperatura revolucionaria, en la esperanza de que se produjeran levantamientos en el campo que reforzaran a los obreros urbanos. En San Petersburgo ya había surgido un conflicto entre empleadores y obreros: los obreros comenzaron a exigir la jornada de ocho horas y la respuesta de los patrones fue el cierre de las fábricas (lockout). En un ensayo sobre la Revolución escrito en 1908, Cherevanin, un menchevique que militaba en la facción derechista, deploraba la acción de los obreros porque al actuar precipitadamente habían roto el frente común contra la autocracia.[2] Trotsky dedujo la conclusión contraria: la clase obrera, una vez alcanzada la democracia, se verá forzada a entrar en conflicto con las clases dirigentes, a tomar las fábricas y a dirigirlas siguiendo los lineamientos del socialismo. Puesto

[1] L. Trotsky, *Stalin*, p. 64.
[2] A. Tscherewanin, *Das Proletariat und die Russische Revolution*, Stuttgart, 1908.

que la clase obrera urbana encabezará la lucha por la democracia, el camino para alcanzar un orden democrático permanente se puede establecer únicamente mediante la dictadura del proletariado. Sin embargo, ésa será la tarea de toda una época histórica y no un objetivo que se puede lograr de la noche a la mañana. La visión telescópica que tenía Trotsky de los procesos históricos difería completamente con el programa del partido oficial. La teoría de la revolución permanente continuó siendo la idea de dos marginales. Trotsky fue el primero que elaboró este concepto en uno de los documentos más importantes del marxismo del siglo veinte.[1]

En 1906, hallándose Trotsky en prisión, se basó en las experiencias del año anterior para crear su síntesis teórica de las doctrinas en boga en el ala izquierda del marxismo alemán y las lecciones de 1905. Apoyaba la tesis de Parvus en todos sus detalles. Posteriormente acuñaría el término "desarrollo combinado" para los fenómenos de préstamo cultural por medio del cual los últimos adelantos de un país avanzado se imponen a uno retrógrado y, así, por ejemplo, al lado de una vivienda construida por Le Corbusier aparece la tienda de un nómade. Al mismo tiempo jugaba con la idea de que la psicología adleriana, con su concepto de la sobrecompensación de un complejo de inferioridad, podía suministrar un paralelo interesante con la ley del desarrollo combinado. Independientemente de la lucha entre lo tradicional y lo nuevo, intensificada infinidad de veces por la violencia del contraste, surgirían las poderosas tensiones en el escenario ruso, tal como las observaciones de Trotsky lo habían pronosticado.

A comienzos de 1905, bajo el impacto de los acontecimientos del 22 de enero, Parvus sugirió que la clase obrera rusa por sí misma podía establecer la democracia en el país. Del conflicto que mantenían en San Petersburgo los obreros y los patro-

[1] L. D. Trotsky, *Itogi i perspektivy*, en su *Nasha Revolyutsiya*, San Petersburgo, 1906, pp. 224-86.

ner, con motivo de la exigencia de una jornada de ocho horas, Trotsky, a fines del mismo año, extrajo la conclusión mucho más audaz de que la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo no se desarrollarían como dos luchas distintas separadas por un intervalo quizás de cientos de años, sino que, en las condiciones de un país retrasado, se fusionarían en una sola. La revolución democrática aunque todavía a mitad de ca-ruta conducirá inmediatamente a la revolución socialista, que llevará hasta el fin la empresa de 1789. El socialismo consolidará la democracia, no al revés, y Trotsky subraya la necesidad de que la clase obrera urbana realice los máximos esfuerzos para presentarse ante las masas rurales como liberadora, no como un nuevo opresor. Una vez que el proletariado se una al campesinado tras la insignia de la revolución urbana, el ejército inevitablemente se pasará al lado de los vencedores.

En su ensayo, Trotsky, que había llegado a estas conclusiones partiendo de la consideración de las características peculiares del medio ambiente ruso y de la experiencia del primer año del levantamiento ruso, se dedicó a afianzar su teoría extendiendo su esfera de acción al campo internacional. La idea de un nexo entre el Este y el Oeste tenía ya una larga historia. En 1855, Herzen alude al rey de Saboya, quien se jactaba de que la reunificación italiana sería lograda por Italia sin ninguna ayuda: *¡Italia farà da se!* En una carta a Proudhon, escribe Herzen:

"Rusia, menos altiva que Saboya, no podrá *farà da se*; ella necesita la solidaridad y el apoyo de los pueblos de Europa pero por otra parte, Occidente no será libre mientras Rusia continúe siendo un soldado del Zar." [9]

En 1905 existía una esperanza general entre los marxistas rusos de que la conflagración se extendería de Este a Oeste, y Trotsky en sus predicciones enlazó firmemente el destino de

[9] E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution 1917-23*, vol. 1, London 1950, p. 57.

Rusia con el destino de Europa, apoyándose excesivamente en los últimos escritos de Kautsky y de Parvus.

En 1904, con su dominante interpretación de la *Aktualität der Revolution*, Parvus señaló que el capitalismo internacional se había convertido en un sistema estrechamente entrelazado y, de este modo, no sólo la institución de la propiedad privada, sino también el sistema de Estados nacionales constituían las barreras que impedían un mayor progreso económico y cultural. La solución del desarrollo divergente de las fuerzas productivas estaba en las manos de la clase trabajadora internacional, quien aboliría simultáneamente la propiedad privada y el Estado nacional.[10] Kautsky, también, enfatizaba la madurez general de Europa para hacer la transición al socialismo. Tomando esto en cuenta, Trotsky infirió que la cuestión rusa debía ser considerada sólo como un reflejo del problema básico de la época. Los problemas generales del avanzado mundo capitalista se plantearían en forma mucho más aguda en un país retrasado donde las tensiones sociales y políticas eran particularmente intensas. Sin el apoyo de una revolución socialista triunfante en el desarrollado Occidente, la revolución permanente rusa estaba condenada a muerte. Sin embargo, era igualmente inevitable que la revolución permanente rusa produjera las chispas de una revolución en Occidente. Al final de sus días Trotsky expresó sintéticamente su teoría:

"La victoria total de la revolución democrática en Rusia se puede concebir únicamente bajo la forma de una dictadura del proletariado, que cuenta con el apoyo del campesinado. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondrá a la orden del día no solamente las tareas democráticas sino también las socialistas, dará, al mismo tiempo, un poderoso empuje a la revolución socialista internacional. Solamente la victoria del proletariado en Occidente podrá proteger a Rusia del retorno de la burguesía y le asegurará la posibilidad de perfeccionar el establecimiento del socialismo."[11]

[10] Parvus, *Rossiya i Revolyutsiya*. San Petersburgo, 1906.
[11] L. Trotsky, *Stalin*, p. 433.

Siempre pensó Trotsky que la ciudad debía dirigir al campo, que el proletariado urbano actuara como guía del campesinado. Cuando se implantaran formalmente las normas del socialismo se produciría un choque inevitable entre la victoriosa clase obrera y las masas rurales. El proletariado ruso, hallándose aislado, tenía la certeza de que sería derrotado en esa contienda, a menos que la revolución de Europa Occidental viniera en su ayuda.

"El gobierno socialista ruso golpeará con la fuerza colosal que le da la constelación de la revolución democrática rusa a todos los sectores del mundo capitalista." [12]

¿Existía algún fundamento para suponer que el Este impactaría de tal forma al Oeste? Nuevamente Trotsky se basaba en la experiencia de 1905 que había producido repercusiones en Austria y en Alemania. Debe señalarse que la excitación de las masas en el movimiento obrero, especialmente en Alemania, sobrepasaba de lejos cualquier determinación tomada por los dirigentes; la correspondencia de Bebel, publicada recientemente, no deja ninguna duda con respecto a que los dirigentes concebían que su función debía ser la de frenarlas.[13] De las fuentes contemporáneas surge, con la misma claridad, el modelo de un movimiento de masa espontáneo y el liderazgo moderador del partido. Esto concordaba perfectamente sólo dentro del marco general de ideas que la experiencia rusa había hecho surgir en la mente de Trotsky.

No puede decirse que Trotsky ignorara los aspectos no revolucionarios de la social-democracia alemana.

"Los partido socialistas europeos –y en primer lugar el más poderoso entre ellos, el alemán– desarrollaron un conservatismo que crece enormemente en proporción al tamaño de las masas afectadas, la eficiencia de la organización y la disciplina del partido. Por consiguiente, es posible que la social democracia

[12] N. Trotsky, *Itogi i perspektivy*, p. 286.
[13] V. Adler, *Briefwechsel mit A. Bebel und K. Kautsky*, Viena, 1954.

se convierta en un obstáculo en el camino de un enfrentamiento directo entre los obreros y la burguesía." [14]

Sin embargo, no era un motivo para sentirse pesimista.

"La tremenda influencia de la revolución rusa se observa en el hecho de que rompe la rutina del partido, destruye su conservatismo y la lucha abierta entre el proletariado y el capitalismo pasa a primer plano. La lucha por el sufragio universal en Austria y Alemania se ha intensificado por el impacto de la huelga rusa de Octubre. La revolución en el Este infecta al proletariado occidental de idealismo revolucionario y hace surgir el deseo de "hablar en ruso" a los enemigos de la clase." [15]

¿Cuál fue realmente el impacto que produjo la revolución rusa sobre la social-democracia alemana? Hasta ese momento la idea de una huelga política llevada a cabo por las masas, idea por la cual Parvus había abogado fervientemente durante los últimos diez años, había encontrado muy poco eco en la dirección del partido. En 1905, enardecido por el ejemplo de Rusia, el partido abandona sus resistencias y acepta la idea. Esto concordaba bastante bien con las concepciones de Trotsky. Sin embargo, al tiempo que Trotsky proyectaba su ensayo en 1906, el partido alemán emprendía una rápida retirada de su posición radical debido a la presión de los gremios que estaban horrorizados por la idea de una huelga política de las masas. Un hombre de las características de Trotsky no desmayaría frente a dicha retirada. Para él, la gran lección que habían dejado los acontecimientos tempestuosos de 1905 enseñaba que era la acción espontánea de las masas la fuerza principal a través de la cual se movía la historia. Bajo la presión de esta fuerza las facciones disidentes, mencheviques y bolcheviques, se habían unido y olvidado las disputas que mantuvieron durante la época del exilio. Parvus, refiriéndose al papel de los dirigentes del partido, escribió "Somos nada más que las cuerdas de un arpa cólica a quien

[14] N. Trotsky, *Itogi i Perspektivy*, p. 285.
[15] *Op. cit.*, p. 285.

el viento de la revolución hace sonar".[16] Trotsky trazó un paralelo entre la *intelectualidad* emigrada rusa y la burocracia obrera alemana; a su juicio, ambos eran obstáculos potenciales para el desarrollo histórico y la presión de los acontecimientos iba a empujar, a unos y a otros, inevitablemente hacia el camino correcto. La lava arrasadora de las "masas combativas" se abriría paso por entre el caparazón formado por los funcionarios burocráticos del partido alemán.

En 1930 Trotsky describe su actitud frente a los reflejos dentro del RSDLP antes de 1917 como inspirada por un fatalismo revolucionario. En 1906 expresó esta filosofía, que después de todo tenía una profunda fe en el poder creativo de las masas y, por lo tanto, un fuerte matiz de libertad, en el prefacio a la colección de ensayos dentro de los cuales la teoría de la revolución permanente encontró su formulación clásica. Trotsky se aparta de su camino para enfatizar que la revolución permanente surgirá por una necesidad histórica.

"No se trata de una idea que adelantamos como premisa de nuestras tácticas. La teoría de la revolución permanente es una conclusión extraída de las interrelaciones de la revolución. Seríamos unos subjetivistas dignos del mayor desprecio si nuestras tácticas consistieran nada más que en una aplicación práctica de esta idea abstracta."[17]

¿Qué sucedió en 1917 con la teoría? La teoría había surgido como una interpretación original de los elementos contrastantes dentro del panorama político de Rusia. Pero recién en una etapa posterior se la desarrolló y encuadró dentro de un contexto internacional. En 1917 se aproximaron a ella desde el extremo opuesto. Lenin, quien hasta ese momento no se había ocupado de la teoría ni siquiera para refutarla, llegó a la conclusión que la revolución mundial emergería a partir de la guerra mundial. Partiendo de esta concepción general, su aplicación a Rusia era sólo un breve paso. Si se imagina al mundo capitalista en guerra

[16] *Neue Zeit*, vol. 24, parte 1, 1906, p. 113.
[17] N. Trotsky, *Nasha Revolyutsiya*, p. XVII.

como una cadena sometida a fuertes tensiones ésta se rompería por su lado más débil. La revolución socialista en Rusia sería sólo el preludio de la revolución socialista en cualquier otro sitio. Después de 1917 Lenin aceptó para Rusia las audaces perspectivas de la revolución permanente que lanzaría una antorcha encendida al barril de pólvora que era Europa Occidental. La revuelta espontánea de las masas en Europa Occidental arrasaría completamente con la influencia conservadora de los partidos social-demócratas. Esta nueva concepción de Lenin constituía una ruptura total con las tradiciones del bolchevismo. Cuando en abril de 1917 regresa a Rusia y presenta su nueva visión de los hechos, causó el efecto de una bomba entre los líderes bolcheviques que habían permanecido durante la guerra en Rusia.

Por otra parte, en lo que a Rusia se refería, Trotsky había roto ya definitivamente con la filosofía del fatalismo revolucionario, aquella que había inspirado sus advertencias contra el peligro del "despreciable subjetivismo", que implicaba hacer de su teoría abstracta la base de las tácticas del RSDLP. Trotsky cambió completamente de actitud frente a este problema. No se habló más de que la presión de los acontecimientos unirían a bolcheviques y mencheviques ni de que la lógica de la historia operaba en la acción espontánea de las masas. La revolución se transformó en un proceso en el cual dos de los mayores líderes revolucionarios de todos los tiempos, a la cabeza de un partido formidable, impusieron un nuevo modelo político predeterminado en su país. Quince años después Trotsky diría que si Lenin no hubiera llegado a Petrogrado en abril de 1917, con toda seguridad no se hubiera producido la revolución de octubre. Dicha interpretación, generalmente aceptada, pone el acento llanamente en los líderes y en la organización. La idea inspiradora del levantamiento de octubre era la combinación de un golpe de estado en Rusia, organizado brillantemente, con la esperanza de un alzamiento espontáneo de las masas de Occidente. Al tiempo que persuadía a sus camaradas bolcheviques a dar el salto decisivo, Lenin se basó enormemente en las noticias de

un amotinamiento en la marina de guerra alemana; considera que este hecho era el anuncio de futuros movimientos todavía más importantes. En el momento en que su triunfo es manifiesto la teoría de la revolución permanente cae vencida por ceder a una concepción completamente diferente. La premisa básica a partir de cuya aceptación Lenin y Trotsky unieron sus fuerzas en 1917, que consistía en el convencimiento de una revolución mundial inminente, resultó carente de fundamento. Al fracasar esta premisa, como podemos verlo ahora retrospectivamente, su brevita, la consiguiente caída de Trotsky.

¿Tiene vigencia la teoría de la revolución permanente? La respuesta sería negativa si se redujera la idea a algunas proposiciones muy generales como la del antagonismo entre lo extremadamente tradicional y lo extremadamente nuevo que existe en los países subdesarrollados. La teoría tendría su relevancia incluso actualmente, si se la redujera a la sugerencia de que un partido compuesto por revolucionarios decididos, dadas las condiciones en un orden tradicional caduco, puede apoderarse del poder político, impulsar un programa de industrialización en un país atrasado y crear un proletariado superior.

Aun así, aunque se pusiera el acento en estos puntos, la mayor parte de la escencia de la teoría se perdería. Los movimientos que se desarrollan actualmente en Asia y en Africa señalan la validez limitada de la idea por cuanto están primariamente inspirados en el nacionalismo. La teoría de Trotsky, cuando se la desarrolla enteramente, está basada en el internacionalismo, en su más estricto sentido. La teoría contempla la posibilidad de una cooperación estrecha entre una Alemania socialista y una Rusia socialista; cuando Trotsky escribía que Rusia alcanzaría la democracia a través de la dictadura del proletariado lo creía sinceramente. Trotsky creía en la autoexpresión de las masas a través de instituciones creadas desde abajo y opuestas al régimen de un partido. En las nuevas versiones que surgen del marxismo, producidas por las revoluciones asiáticas de nuestros días, se hace mucho hincapié en el papel de las masas rurales; dentro del sistema de Trotsky existía una aguda diferen

ciación entre campo y ciudad con todas las esperanzas puestas en esta última, entrelazando este elemento de la Rusia atrasada con toda la cultura de Europa Occidental. La teoría de la revolución permanente pertenece a una época histórica que se ha ido para siempre, el período de la Segunda Internacional. Las realidades del presente están muy lejos de los sueños del joven genio que escribió su versión siglo veinte del *Manifiesto Comunista* en la celda de una prisión de Petersburgo en 1906.

10. EL GOLPE DE ESTADO BOLCHEVIQUE Y LA TACTICA DE TROTSKY

CURZIO MALAPARTE

Si la estrategia de la revolución bolchevique es Lenin, el táctico del golpe de Estado de octubre de 1917 es Trotsky.

Como me encontraba en Rusia a comienzos de 1929, tuve ocasión de hablar con mucha gente, perteneciente a los medios más distintos, sobre el papel desempeñado por Trotsky en la revolución. En la URSS hay sobre esta cuestión una tesis oficial que es la de Stalin. En todas partes, sin embargo, y especialmente en Moscú y Leningrado, donde el partido trotskista era más poderoso que en cualquier otra parte, he oído emitir juicios sobre Trotsky que no concuerdan en nada con los de Stalin. El único que no ha respondido mis preguntas es Lunatcharski, y sólo la señora Kamenell me ha dado una justificación objetiva de la tesis de Stalin, cosa que no puede sorprender si se recuerda que la señora Kamenell es hermana de Trotsky.

No vamos a ocuparnos aquí de la polémica entre Stalin y Trotsky acerca de la "revolución permanente" ni del papel desempeñado por Trotsky en el golpe de Estado de octubre de 1917. Stalin niega que Trotsky haya sido su organizador: reivindica ese mérito para la Comisión formada por Sverdloff, Stalin, Bubnoff, Uritzki y Dzerjinski. Esta Comisión, en la que no figuraba ni Lenin ni Trotsky, formaba parte integral del Comité re-

volucionario militar que presidía Trotsky. Pero la polémica entre Stalin y el teórico de la "revolución permanente" no podría ser riar la historia del levantamiento de octubre, que fue, según la afirmación de Lenin, organizado y dirigido por Trotsky. Lenin es el estratega, el ideólogo, el animador, el "deus ex machina" de la revolución; pero el creador de la técnica del golpe de Estado bolchevique es Trotsky.

En la Europa moderna, el peligro comunista, del que tienen que defenderse los Gobiernos, no es la estrategia de Lenin: es la táctica de Trotsky. No podría comprenderse la estrategia de Lenin sin independizarla de la situación general de Rusia en 1917. La táctica de Trotsky, por el contrario, no está ligada a las condiciones generales del país; su aplicación no depende de las circunstancias, que son indispensables para la estrategia de Lenin. La táctica de Trotsky: he aquí la causa de que en todo país europeo, un golpe de Estado comunista sea siempre un peligro. En otros términos: la estrategia de Lenin no puede ser aplicada cualquiera que sea el país de la Europa occidental, sino en un terreno favorable y en iguales circunstancias que las de Rusia en 1917. En "La enfermedad infantil del comunismo", el mismo Lenin observa que la originalidad de la situación política rusa en 1917 consistía en cuatro circunstancias específicas, circunstancias, añade, que no existen actualmente en la Europa occidental y que, indudablemente, no se producirán en ella jamás, ni siquiera análogas. Es inútil exponer aquí esas cuatro circunstancias específicas, en las que consistía la originalidad de la situación política rusa en 1917. La estrategia de Lenin no constituye, pues, un peligro inmediato para los Gobiernos de Europa. El peligro actual —y permanente— para ellos es la táctica de Trotsky.

En sus observaciones sobre "La revolución de octubre y la táctica de los comunistas rusos", Stalin escribe que si quieren juzgar los acontecimientos del otoño de 1923 en Alemania, no hay que olvidar la situación especial de Rusia en 1917. Añade que "el camarada Trotsky habrá de acordarse de ella; él que encuentra una analogía completa entre la revolución de octubre

la revolución alemana, y que fustiga al partido comunista alemán por sus errores reales o supuestos". Para Stalin, el fracaso de la intentona revolucionaria alemana durante el otoño de 1923 se debió a la ausencia de las circunstancias específicas indispensables para la aplicación de la estrategia de Lenin. Le extraña que Trotsky haga recaer la culpa sobre los comunistas alemanes. Pero para Trotsky, el éxito de una intentona revolucionaria no depende de la existencia de condiciones análogas a aquellas en que se encontraba Rusia en 1917. Lo que ha hecho fracasar la revolución alemana durante el otoño de 1923, no es la imposibilidad en que se hallaban para aplicar la estrategia de Lenin. El error imperdonable de los comunistas alemanes ha sido no haber aplicado la táctica insurreccional bolchevique. La ausencia de circunstancias favorables, la situación general del país, no influyen sobre la aplicación de la táctica de Trotsky. No podría nunca justificarse a los comunistas alemanes haber fallado en ese golpe.

Desde la muerte de Lenin, la gran herejía de Trotsky ha amenazado la unidad doctrinaria del leninismo. Trotsky es un protestante que no ha tenido suerte. Ese Lutero está en desterro, y aquellos partidarios suyos que no han cometido la imprudencia de arrepentirse demasiado tarde, se han apresurado a arrepentirse, oficialmente, demasiado pronto. Sin embargo, se encuentran todavía a veces en Rusia herejes que no han perdido la afición a la crítica, y que se dedican a sacar las consecuencias más imprevistas de la lógica de Stalin. Esta lógica lleva a la conclusión de que no puede haber Lenin sin Kerensky, puesto que Kerensky constituía uno de los principales elementos de la situación excepcional de Rusia en 1917. Trotsky, por su parte, no tiene ninguna necesidad de Kerensky. Lo mismo que la de Stresemann, la de Poincaré, la de Lloyd George, la de Giolitti o la de Mac Donald, la existencia de Kerensky no tiene influencia, ni favorable ni desfavorable, sobre la aplicación de la táctica de Trotsky. Pongan ustedes Poincaré en lugar de Kerensky, y el golpe de Estado bolchevique de octubre de 1917 hubiera tenido el mismo éxito. Me ha ocurrido encontrarme, tanto en Moscú como en Leningrado, partidarios de la teoría herética de la "revo-

lución permanente", que llegaba a afirmar que Trotsky puede prescindir de Lenin, que Trotsky puede existir sin Lenin, lo cual equivale a decir que en octubre de 1917 Trotsky se habría adueñado lo mismo del Poder, aunque Lenin hubiera permanecido en Suiza y no hubiese desempeñado papel alguno en la revolución rusa.

Afirmación arriesgada, aunque sólo la estimarán arbitraria los que exageran, en materia de revoluciones, la importancia de la estrategia. Lo que importa es la táctica insurreccional, es la técnica del golpe de Estado. En la revolución comunista, la estrategia de Lenin no constituye una preparación indispensable para la aplicación de la táctica insurreccional. No puede conducir, por sí misma, a la conquista del Estado. En Italia, durante los años 1919 y 1920, la estrategia de Lenin habrá sido plenamente aplicada, e Italia era realmente, en esa época, el país de Europa menos maduro para la revolución comunista. Todo estaba preparado para el golpe de Estado. Pero los comunistas italianos creían que la situación revolucionaria del país, la fiebre sediciosa de las masas proletarias, la epidemia de las huelgas generales, la parálisis de la vida económica y política, la ocupación de las fábricas por los obreros y de las tierras por los campesinos, la desorganización del ejército, de la policía, de la burocracia, la falta de energía de la magistratura, la resignación de la burguesía y la impotencia del Gobierno, bastarían para entregar el Poder a los trabajadores. El Parlamento pertenecía a los partidos de izquierda; su acción corroboraba la acción revolucionaria de las organizaciones sindicales. Lo que faltaba no era la voluntad de apoderarse del Poder: era el conocimiento de la táctica insurreccional. La revolución se desgastaba en la estrategia. Esta estrategia era la preparación del ataque decisivo, pero nadie sabía cómo conducir el ataque. Habían acabado por ver en la monarquía (a la que se llamaba entonces una monarquía socialista) un grave obstáculo para el ataque insurreccional. A la mayoría parlamentaria de izquierda le preocupaba la acción sindical, que hacía temer una conquista del Poder con ausencia del Parlamento y hasta contra el Parlamento. Las cosas

cuadros sindicales desconfiaban de la acción parlamentaria, porque tendía a transformar la revolución proletaria en un cambio de ministerio en beneficio de la pequeña burguesía. ¿Cómo organizar el golpe de Estado? Este era el problema durante los años 1919 y 1920; y no sólo en Italia, sino en casi todos los países de la Europa occidental. Los comunistas, decía Trotsky, no saben sacar provecho de la lección de octubre de 1917, que no es una lección de estrategia revolucionaria, sino de táctica insurreccional.

Esta observación de Trotsky es muy importante para comprender en qué consiste la táctica del golpe de Estado de octubre de 1917, es decir, la técnica del golpe de Estado comunista.

Se podría objetar que la táctica insurreccional forma parte de la estrategia revolucionaria, que constituye su resultado. Las ideas de Trotsky son clarísimas sobre este punto. Ya se ha visto que para él la táctica insurreccional no depende de las condiciones generales en las que se encuentre el país, ni de la existencia de una situación revolucionaria favorable a la insurrección. Para la realización de la táctica de octubre de 1917, la Rusia de Kerensky presenta iguales dificultades que Holanda o que Suiza. Las cuatro circunstancias específicas enunciadas por Lenin en "La enfermedad infantil del comunismo" (es decir, la posibilidad de unir la revolución bolchevique a la liquidación de una guerra imperialista; la ocasión de aprovecharse durante algún tiempo de la guerra entre dos grupos de potencias que, sin esa guerra, se hubieran unido para combatir la revolución bolchevique; la facultad de sostener una guerra civil relativamente larga en razón de la inmensidad de Rusia y del mal estado de las vías de comunicación; la existencia de un movimiento revolucionario democrático-burgués en el seno de la masa campesina) caracterizaban la situación de Rusia en 1917, pero no son indispensables para el éxito de un golpe de Estado comunista. Si la táctica de la insurrección bolchevique dependiese de las mismas circunstancias que la estrategia de Lenin, no habría actualmente en todos los países de Europa un peligro comunista.

En su concepción comunista, Lenin no tenía el sentido de

la realidad, carecía de precisión y de medida. Concebía la estrategia revolucionaria a la manera de Clausewitz, más bien como una filosofía que como un arte y como una ciencia. Después de la muerte de Lenin se han encontrado entre sus libros preferidos la obra fundamental de Clausewitz: "De la guerra", anotada por su propia mano, y sus observaciones, escritas en las márgenes del libro de Marx sobre "La guerra civil en Francia", permiten juzgar hasta qué punto la desconfianza de Trotsky por el talento estratégico de su émulo era fundada. No puede comprenderse por qué razón, como no sea por la necesidad de combatir a Trotsky, se atribuye oficialmente, en Rusia, una importancia tal a la estrategia revolucionaria de Lenin. Con el papel histórico que desempeñó en la revolución, Lenin no necesita ser considerado también como un gran estratega.

La víspera de la insurrección de octubre, Lenin es optimista e impaciente. La elección de Trotsky para la presidencia del Soviet de Petrogrado y del Comité revolucionario militar, la conquista de la mayoría en el Soviet de Moscú, le han tranquilizado, al fin, sobre la cuestión de la mayoría en los Soviets, que no había dejado de preocuparle desde las jornadas de julio. Sin embargo, no deja él de sentirse inquieto por el segundo Congreso de los Soviets, cuya fecha está fijada en los últimos días de octubre. "No es necesario que tengamos allí mayoría —dice Trotsky—; no es esa mayoría la que tendrá que apoderarse del Poder". Y Trotsky no se equivoca. "Sería inocente —aprueba Lenin— que esperásemos a tener la mayoría formal". Querría él levantar las masas contra el Gobierno de Kerensky, anegar a Rusia bajo la marea proletaria, dar la señal de la insurrección a todo el pueblo ruso, presentarse en el Congreso de los Soviets, reducir a la obediencia a Dan y a Skobeleff, los dos jefes de la mayoría menchevique; proclamar la caída del Gobierno de Kerensky y el advenimiento de la dictadura del proletariado. El no concibe una táctica insurreccional; no concibe más que una estrategia revolucionaria. "Muy bien —dice Trotsky—; pero ante todo hay que ocupar la ciudad, apoderarse de los puntos estratégicos de derribar al Gobierno. Es necesario para eso organizar la insurrección

cibir, formar e instruir una tropa de asalto. Poca gente; las masas no nos sirven de nada; una pequeña tropa basta".

Pero Lenin no quiere que puedan acusar de "blanquismo" a la insurrección bolchevique. "La insurrección –dice– debe apoyarse, no en una conspiración, no en un partido, sino en la clase avanzada. Ese es el primer punto. La insurrección debe apoyarse en el empuje revolucionario del pueblo entero. Este es el segundo punto. La insurrección debe estallar en el apogeo de la revolución ascendente. Este es el tercer punto. En estas tres condiciones se diferencia el marxismo del blanquismo".

"Muy bien –dice Trotsky–; pero el pueblo entero es demasiado para la insurrección. Se necesita una pequeña tropa, fuía y violenta, instruida en la táctica insurreccional".

"Debemos –admite Lenin– lanzar toda nuestra fracción en las fábricas y en los cuarteles. Ahí es donde está su sitio; ahí está el nudo vital, la salvación de la revolución. Ahí es donde, por medio de discursos fogosos, ardientes, debemos explicar y desarrollar nuestro programa, planteando así la cuestión: ¡la aceptación completa de este programa o la insurrección!"

"Muy bien –dice Trotsky–; pero cuando las masas hayan aceptado nuestro programa, no por eso habrá de dejar de organizar la insurrección. De las fábricas y de los cuarteles será preciso sacar elementos seguros y dispuestos a todo. Lo que necesitamos no es la masa de los obreros, de los desertores y fugitivos: es una tropa de choque".

"Para practicar la insurrección como marxistas, es decir, como si fuera un arte –aprueba Lenin–, debemos, al mismo tiempo, y sin perder un minuto, organizar el Estado Mayor de las tropas insurreccionales, repartir nuestras fuerzas, lanzar los regimientos adictos sobre los puntos más importantes, rodear el teatro Alejandra, ocupar la fortaleza Pedro y Pablo, detener al Estado Mayor Central y al Gobierno; enviar contra los alumnos oficiales y contra los cosacos de la división Salvaje destacamentos dispuestos a sacrificarse hasta el último hombre antes de dejar penetrar al enemigo en el centro de la ciudad. Debemos movilizar a los obreros armados, llamarles al combate supremo,

ocupar simultáneamente las centrales telefónicas y telegráficas, instalar nuestro Estado Mayor insurreccional en la central telefónica, unirlo telefónicamente con todas las fábricas, con todos los regimientos, con todos los puntos donde se desarrolla la lucha armada".

"Muy bien —dice Trotsky—, pero. . ."

"Todo eso —reconoce Lenin— no es más que aproximativo, pero tengo empeño en demostrar que en el momento en que estamos no se podría permanecer fiel al marxismo, a la revolución, sin tratar la insurrección como un arte. Ya conoce usted las reglas principales que dio Marx a ese arte. Aplicadas a la situación actual de Rusia, esas reglas quieren decir: ofensiva simultánea, tan repentina y tan rápida como sea posible, sobre Petrogrado, desde fuera y desde dentro, desde los barrios obreros y desde Finlandia, desde Reval y desde Cronstadt; ofensiva de toda la flota, concentración de fuerzas que supere en mucho los 20.000 hombres (alumnos oficiales y cosacos) de que dispone el Gobierno. Combinar nuestras fuerzas principales: la flota, los obreros y las unidades militares, para ocupar en primer lugar y conservar a todo precio el teléfono, el telégrafo, las estaciones, los puentes. Seleccionar los elementos más decididos de nuestros grupos de ataque, de los obreros y de la marinería, y formar con ellos destacamentos encargados de ocupar todos los puntos importantes y de tomar parte en todas las operaciones decisivas. Constituir, además, equipos de obreros armados de fusiles y granadas que avanzarán sobre las posiciones enemigas: escuelas de alumnos oficiales, centrales telefónicas y telegráficas, y las ocuparán. El triunfo de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha".

"Todo eso es exacto —dice Trotsky—; pero resulta demasiado complicado. Es un plan demasiado vasto, es una estrategia que abarca demasiado territorio y demasiada gente. No es ya una insurrección: es una guerra. Para ocupar Petrogrado no hay necesidad ninguna de tomar el tren en Finlandia. Cuando se parte de demasiado lejos, se detiene uno a veces a mitad de camino. Desatar una ofensiva de 20.000 hombres desde Reval o Kro-

Crunstadt para apoderarse del teatro Alejandra, es un poco más de lo necesario, es más que un golpe de mano. El propio Marx sería vencido en el terreno de la estrategia por Kornilof. Hay que atenerse a la táctica, operar con poca gente en un terreno limitado, concentrar sus esfuerzos sobre los objetivos principales, dar directa y duramente. No creo que eso sea tan complicado. Las cosas peligrosas son siempre extraordinariamente sencillas. Para triunfar no hay que desconfiar de las circunstancias desfavorables ni fiarse de las que son favorables. Hay que herir en el vientre: eso no hace ruido. La estrategia de usted requiere demasiadas circunstancias favorables: La insurrección no necesita nada. Se basta a sí propia".

"Su táctica es extremadamente sencilla —dice Lenin—, no tiene más que una regla: triunfar. ¿No es usted quien prefiere Napoleón a Kerensky?"

Las palabras que pongo en boca de Lenin no son inventadas: se encuentran íntegramente en las cartas que él dirigía al Comité central del partido bolchevique en octubre de 1917.

Los que conocen todos los escritos de Lenin, y especialmente sus observaciones sobre la técnica insurreccional de las jornadas de diciembre en Moscú, durante la revolución de 1905, deben quedarse bastante sorprendidos de la candidez de sus ideas sobre la táctica y sobre la técnica de la insurrección en vísperas de octubre de 1917. Hay que reconocer, sin embargo, que él fue el único, en unión de Trotsky, después del fracaso de la intentona de julio, que no había perdido de vista el objetivo principal de la estrategia revolucionaria: el golpe de Estado. Después de algunas vacilaciones (en julio, el partido bolchevique tenía un solo objetivo y de carácter parlamentario: la conquista de la mayoría de los Soviets), la idea de la insurrección se había convertido para Lenin, como dice Lunatcharski, en el motor de toda su actividad. Pero durante su estancia en Finlandia, donde se había refugiado después de las jornadas de julio para no caer en manos de Kerensky, toda su actividad consistía únicamente en preparar teóricamente la insurrección. No podría explicarse de otro modo la ingenuidad de su proyecto relativo a una ofensiva

militar sobre Petrogrado, apoyado en la acción de los grupos rojos en el interior de la ciudad. La ofensiva bolchevique terminaría en un desastre; el fracaso de la estrategia de Lenin habría traído el de la táctica insurreccional con la matanza de los guardias rojos en las calles de Petrogrado.

Obligado a seguir los acontecimientos desde lejos, Lenin no podía percibir la situación en todos sus detalles; no por eso dejaba de ver las grandes líneas de la revolución con mucha más claridad que ciertos miembros del Comité central del partido opuestos a la insurrección inmediata. "Esperar es un crimen", escribía él a los Comités bolcheviques de Petrogrado y de Moscú. Aun cuando en el curso de la reunión del 10 de octubre, en la cual tomó parte Lenin, que había regresado de Finlandia, el Comité central hubiese aprobado la insurrección por mayoría, menos dos votos, los de Kamenieff y Zinovieff, una sólida oposición persistía en ciertos miembros del Comité. Kamenieff y Zinovieff eran los únicos que se habían declarado abiertamente contrarios a la insurrección inmediata; pero sus objeciones eran las mismas que formulaban, secretamente, muchos otros. La hostilidad de los que desaprobaban en secreto la decisión de Lenin se volvía sobre todo contra Trotsky, "el antipático Trotsky", nuevo recluta del partido bolchevique, cuyo carácter orgulloso comenzaba a despertar alguna preocupación y alguna envidia en el seno de la vieja guardia leninista.

Por aquellos días, Lenin permanecía escondido en un barrio de Petrogrado. Sin perder de vista el conjunto de la situación, vigilaba atentamente las maniobras de los adversarios de Trotsky. En aquel momento, cualquier vacilación hubiese sido fatal para la revolución. En una carta, dirigida el 17 de octubre al Comité central, Lenin se alzaba con la mayor energía contra las críticas de Kamenieff y de Zinovieff, cuyos argumentos tendían sobre todo a poner en evidencia los errores de Trotsky: sin el concurso de las masas —afirmaban— y sin el apoyo de la huelga general, la insurrección no será más que un alarde de minoría destinado a fracasar. La táctica de Trotsky no es más que la

quismo. Un partido marxista no puede reducir la cuestión de la insurrección a la de una conspiración militar".

En su carta del 17 de octubre, Lenin defiende la táctica de Trotsky: "No es blanquismo —dice—; en efecto, una conspiración militar es puro blanquismo si no está organizada por el partido de una clase determinada, si los organizadores no tienen en cuenta el movimiento político en general y la situación internacional en particular. Entre una conspiración militar, condenable desde todos los puntos de vista, y el arte de la insurrección armada, hay una gran diferencia". Kameneff y Zinovieff podrían aprovechar la ocasión para responder: "¿No ha afirmado Trotsky constantemente que la insurrección no debe tener en cuenta la situación política y económica del país? ¿No ha declarado sin cesar que la huelga general es uno de los principales elementos de la técnica del golpe de Estado comunista? ¿Cómo contar con el apoyo de los sindicatos y con la declaración de la huelga general si no tiene uno a los sindicatos de su parte, si los sindicatos están con el adversario? Harán huelga en contra nuestra. No tenemos siquiera relación con las organizaciones de ferroviarios. En el Comité ejecutivo de los ferroviarios no hay más que dos bolcheviques entre cuarenta miembros. ¿Cómo vencer sin la ayuda de los sindicatos, sin el apoyo de la huelga general?"

La objeción es grave: Lenin no puede oponerle más que su resolución inquebrantable. Pero Trotsky sonríe, está tranquilo: "La insurrección —dice— no es un arte: es una máquina. Para ponerla en movimiento hacen falta técnicos, y sólo otros técnicos podrían detenerla".

La tropa de asalto de Trotsky se compone de un millar de obreros, de soldados y de marineros. Lo más escogido de ese cuerpo ha sido reclutado entre los obreros de las fábricas Pontiloff y Wiborg, los marineros de la flota del Báltico y los soldados de los regimientos letones. Durante diez días, bajo el mando de Antonoff Ovseenko, esos hombres, los guardias rojos, se entregaron a toda una serie de "maniobras invisibles" en el centro mismo de la ciudad. Entre multitud de desertores que se agolpan en las calles, en medio del desorden que reina en los palacios del Go-

bierno, en los ministerios, en las oficinas del Estado Mayor General, en Correos, en las centrales telefónicas y telegráficas, en las estaciones, en los cuarteles, en la dirección de los servicios técnicos de la capital, se adiestran, en pleno día, sin armas, en la táctica insurreccional, y sus grupos, poco numerosos (tres o cuatro hombres) pasan inadvertidos.

La táctica de las "maniobras invisibles", del adiestramiento en la acción insurreccional, de la que Trotsky ha dado el primer ejemplo durante el golpe de Estado de octubre de 1917, forma ahora parte de la estrategia revolucionaria de la III Internacional. En los manuales de Comintern se encuentra el enunciado y el desarrollo de los principios aplicados por Trotsky. En la Universidad china de Moscú, entre las materias de enseñanza, se halla la táctica de las "maniobras invisibles", que Karaban, basándose en la experiencia de Trotsky, ha aplicado tan bien en Shanghai. En la Universidad Sun-Yat-Sen, en Moscú, calle Woikonka, los estudiantes chinos aprenden los principios mismos que las organizaciones comunistas de Alemania ponen en práctica todos los domingos, en pleno día, para ejercitarse en la táctica insurreccional, ante los ojos de la Policía y de los honrados burgueses de Berlín, de Dresde y de Hamburgo.

En octubre de 1917, en el curso de las jornadas que preceden al golpe de Estado, la prensa reaccionaria, liberal, menchevique y socialistarrevolucionaria, no cesa de denunciar a la opinión pública la actividad del partido bolchevique, que prepara abiertamente la insurrección. Acusa a Lenin y a Trotsky de querer derrocar la República democrática para instaurar la dictadura del proletariado. No ocultan sus criminales proyectos, escriben los periódicos burgueses; la organización de la revolución proletaria se hace a la luz del día. En sus discursos a las masas de obreros y de soldados amontonados en las fábricas y en los cuarteles, los jefes bolcheviques anuncian muy alto que todo está preparado y que el día del levantamiento está próximo. ¿Qué hace el Gobierno? ¿Por qué no ha detenido a Lenin, a Trotsky

a los otros miembros del Comité central? ¿Qué medidas ha tomado para proteger a Rusia contra el peligro bolchevique?

Es inexacto que el Gobierno de Kerensky no tomara las medidas necesarias para la defensa del Estado. Kerensky, hay que hacerle esta justicia, hizo todo cuanto podía para afrontar un golpe de Estado. Si hubiesen estado en su lugar Poincaré, Lloyd George, Mac Donald, Giolitti o Stresemann no habrían procedido de otra manera. El método defensivo de Kerensky consistía en aplicar los sistemas policíacos, en los que se confía en cualquier momento, en los que confían aún hoy los gobiernos absolutistas, lo mismo que los gobiernos liberales. Es injusto acusar a Kerensky de imprevisión y de incapacidad. Son los sistemas policíacos los que no bastan ya para defender el Estado contra la técnica insurreccional moderna. El error de Kerensky es el de todos los gobiernos, que consideran el problema de la defensa del Estado como un problema de policía.

Los que acusan a Kerensky de imprevisión y de incapacidad, olvidan la habilidad y el valor que demostró, en el transcurso de las jornadas de julio, contra el levantamiento de los obreros y de los desertores, y en el mes de agosto contra la aventura reaccionaria de Korniloff. No vaciló él, en agosto, en apelar a las fuerzas bolcheviques mismas para impedir a los cosacos de Korniloff que barriesen las conquistas democráticas de la revolución de febrero. En esa ocasión asombró al propio Lenin. "Hay que desconfiar de Kerensky —dice éste—; no es un imbécil". Seamos justos con Kerensky: no podía, en octubre, obrar de otra manera de como lo hizo. Trotsky afirmaba que la defensa del Estado es cuestión de métodos. Ahora bien; en octubre de 1917, sólo se conocía un método, sólo un método podía aplicarse, ya lo hiciese Kerensky, o Lloyd George, o Poincaré, o Noske: el método clásico de las medidas policíacas.

Para hacer frente al peligro, Kerensky cuida de guarnecer de alumnos oficiales y de cosacos fieles el palacio de Invierno, el de Tauride, los ministerios, las centrales telefónicas y telegráficas y la residencia del Estado Mayor General. Los veinte mil hom-

tres con los cuales puede contar en la capital se encuentran así movilizados para proteger los puntos estratégicos de la organización política y burocrática del Estado. (Este fue el error, del que iba a aprovecharse Trotsky). Otros regimientos seguros están concentrados en los alrededores, en Tsarkoie-Selo, en Kolpino, en Gatchina, en Obukhowo, en Pulkowo: cerco de hierro que la insurrección bolchevique deberá romper para no morir ahogada. Todas las disposiciones que pueden garantizar la seguridad del Gobierno han sido tomadas, y unos destacamentos de "junkers" recorren la ciudad noche y día. Hay nidos de ametralladoras en las encrucijadas, al final de las grandes arterias, para defender el acceso de las plazas, y en los tejados, a lo largo de la Perspectiva Newski. Patrullas de soldados circulan entre la multitud autos blindados pasan lentamente y se abren paso con un largo aullido de sirena. El desorden es espantoso. "He aquí mi huelga general", dice Trotsky a Antonoff Ovseenko, mostrando la multitud que remolinea por la Perspectiva Newski.

Pero Kerensky no se ha limitado a las medidas de policía: ha puesto en conmoción toda la máquina política. No piensa solamente en atraerse los elementos de la derecha: quiere asegurarse a todo precio el apoyo de las izquierdas. Lo que le preocupa son los sindicatos. Sabe que sus jefes no están de acuerdo con los bolcheviques. En este punto, la crítica de Kameneff y de Zinovieff a la tesis insurreccional de Trotsky, es fundada. La huelga general es un elemento indispensable de la insurrección. Sin ella, los bolcheviques no podrán sentirse a cubierto y fallarán el golpe. Trotsky ha definido así la insurrección: "Un puñetazo a un paralítico". Para que la insurrección triunfe es preciso que la vida de Petrogrado se paralice por la huelga general. Los jefes de los sindicatos no marchan de acuerdo con los bolcheviques, pero las masas organizadas se inclinan hacia Lenin. A falta de las masas, Kerensky quiere tener a los jefes de los sindicatos; negocia con ellos; logra, al fin, no sin dificultad, su neutralidad. Cuando se lo avisan a Lenin, declara a Trotsky: "Kameneff tiene razón. Sin el apoyo de la huelga general, la táctica de usted es

puede más que fracasar". "Tengo el desorden de mi parte —responde Trotsky—; es mejor que una huelga general".

Para comprender el plan de Trotsky hay que darse cuenta de lo que era entonces Petrogrado: masas enormes de desertores, que, al comienzo de la revolución de febrero, habían abandonado las trincheras, afluyendo, lanzándose sobre la capital como para entrar a saco en el reino de la libertad, acampaban desde hacía seis meses en medio de las calles y de las plazas, desharrapados, sucios, miserables, borrachos, pero hambrientos, tímidos, pero feroces, dispuestos a la rebelión lo mismo que a la fuga y con el corazón devorado por una sed de venganza y de paz. Sentados en la acera de la Perspectiva Newski, al borde del río humano que corre con lentitud y tumultuosamente, interminables filas de desertores venden armas, folletos de propaganda, granos de girasol.

En la plaza Znamenskaia, delante de la estación de Moscú, reina un desorden indescriptible; la multitud choca contra los muros, refluye, recobra fuerzas, rueda hacia adelante, se dispersa como una ola espumeante contra un montón de carros, de camiones, de tranvías reunidos alrededor de la estatua de Alejandro III, con un clamor ensordecedor que parece, desde lejos, el clamor de una matanza.

Al otro lado del puente de la Fontanka, en el cruce de la Perspectiva Newski con la Perspectiva Liteyni, los vendedores vocean los periódicos; gritan a voz en cuello las noticias, las medidas adoptadas por Kerensky, las proclamas del Comité militar revolucionario, del Soviet, de la Duma municipal; las órdenes del coronel Polkownikoff, gobernador de la plaza, que amenazaba con la cárcel a los desertores, prohibe las manifestaciones, los mitines y las riñas. En las esquinas hay grupos de obreros, de soldados, de estudiantes, de empleados, de marineros discutiendo en voz alta y haciendo grandes aspavientos. Por todas partes, en los cafés y en los "stalovaie", se burlan de las proclamas del coronel Polkownikoff, que pretende detener a los 200.000 desertores de Petrogrado y que quiere prohibir las riñas. Ante el palacio de Invierno han emplazado dos baterías de 75, y unos "junkers", con sus largos capotes, se pasean nerviosamente

detrás de las piezas. Dos filas de automóviles militares están aparcados delante del palacio del Estado Mayor General. Por el lado del Almirantazgo, el jardín Alejandro está ocupado por un batallón de mujeres, sentadas en el suelo, alrededor de los fusiles, formando pabellones.

La plaza Marisolais está rebosante de obreros, de marinos, de desertores harapientos y flacos. A la entrada del palacio María, donde reside el Consejo de la República, un destacamento de cosacos está de guardia, con sus altas "chapkas" de pelo negro sobre la oreja. Fuman, hablan en voz alta y ríen. Si se subiese a lo más alto de la cúpula de la catedral Isaac, podría verse: al oeste, elevarse espesas nubes de las fábricas de Pontiloff, donde los obreros trabajan con el fusil cargado a la espalda; más lejos, el golfo de Finlandia, detrás de la isla de Rothive, el fuerte de Cronstadt, Cronstadt la Roja, donde los marineros de ojos claros de niños esperan la señal de Dybenko para marchar en auxilio de Trotsky y aplastar a los "junkers". Del otro lado de la ciudad, una nube rojiza pesa sobre las innumerables chimeneas del barrio de Wiborg, donde se agazapaba Lenin, pálido y febril bajo su peluca. En aquel hombre sin barba, de pelo postizo muy pegado a la frente, nadie podría reconocer a ese terrible Lenin que hace temblar a Rusia. Allí, en las fábricas de Wiborg, es donde los guardias rojos de Trotsky esperan las órdenes de Antonoff Ovseenko. Las mujeres de los barrios tienen miradas duras, caras tristes. Al anochecer, en cuanto la oscuridad parece ensanchar las calles, bandas de mujeres armadas se encaminan hacia el centro de la ciudad. Jornadas de migraciones proletarias: masas enormes se trasladan de una punta a otra de Petrogrado, vuelven a sus cuarteles, a sus calles, después de horas y horas de marcha a través de los mítines, las manifestaciones, los motines. En los cuarteles, en las fábricas y en las plazas, los mítines se suceden. "El Poder íntegro para los Soviets". La voz ronca de los oradores se apaga entre los pliegues de las banderas rojas. En los techos de las casas, apoyados sobre sus ametralladoras, los soldados de Kerensky oyen subir esas voces roncas, mientras mascan grano

de girasol, cuyas cáscaras tiran sobre la multitud que se amontona en las calles.

La noche cae sobre la ciudad como una nube muerta. En la inmensa Perspectiva Newski, la marea de los desertores sube hacia el Almirantazgo. Delante de la catedral de Kazan, centenares de soldados, de mujeres y de obreros vivaquean, tumbados en el suelo. Toda la ciudad está sumida en la inquietud, el desorden y el frenesí. Y de repente se verá surgir de esa multitud unos hombres armados de cuchillos, borrachos de insomnio, que se arrojarán sobre las patrullas de "junkers", sobre el batallón de mujeres que defienden el palacio de Invierno. Otros, forzando las puertas, irán a buscar a los burgueses hasta sus casas y los sorprenderán en el lecho, con los ojos abiertos. La fiebre de la insurrección ha acabado con el sueño de la ciudad. Como lady Macbeth, Petrogrado no puede ya dormir. Sus noches están alucinadas por el olor de la sangre.

Desde hace diez días, metódicamente, en el centro mismo de la ciudad, los guardias rojos de Trotsky se han estado ejercitando. Es Antonoff Ovseenko quien dirige, en pleno día, esos ejercicios tácticos, esa especie de ensayo general del golpe de Estado, en medio del tumulto de las calles, en los alrededores de los edificios que constituyen los puntos estratégicos de la máquina burocrática y política. La Policía y las autoridades militares están de tal modo obsesionadas con la idea de un brusco levantamiento de las masas proletarias; de tal modo ocupados en hacer frente al peligro, que no ven los destacamentos de Antonoff Ovseenko. En ese desorden enorme, ¿quién se fija en esos grupitos de obreros sin armas, de soldados, de marineros, que se deslizan por los pasillos de las centrales telefónicas y telegráficas, de Correos, de los ministerios, del Estado Mayor General, para observar la distribución de los despachos, la instalación de la luz eléctrica y del teléfono; conservar en los ojos y en la memoria el plano de los edificios, estudiar la manera de introducirse en ellos por sorpresa en un momento dado, calcular las probabilidades, medir los obstáculos, buscar en la organización

defensiva de la máquina técnica, burocrática y militar del Estado, los sitios de menor resistencia, los puntos débiles y vulnerables? ¿Quién podría reparar, en la confusión general, en esos tres o cuatro marineros, en esa pareja de soldados, en ese obrero perdido, que rondan alrededor de los edificios, suben las escaleras y que, al cruzarse, no se miran? Nadie puede sospechar que esos individuos obedecen a órdenes precisas y detalladas, que ejecutan un plan y se adiestran en ejercicios que tienen por objetivo los puntos estratégicos de la defensa del Estado. Los guardias rojos actuarán seguramente, pues han maniobrado, invisibles, en el terreno mismo de la lucha inminente.

Trotsky ha obtenido el plano de los servicios técnicos de la ciudad. Los marineros de Dybenko, ayudados por dos ingenieros y por obreros especializados, estudian sobre el terreno la disposición de las conducciones subterráneas de agua y de gas, de los cables del teléfono y del telégrafo. Dos de ellos han explorado las alcantarillas que pasan por debajo de la residencia del Estado Mayor General. Hay que estar en disposición de aislar un barrio o incluso un simple grupo de casas en unos minutos. Trotsky divide, pues, la ciudad en sectores, determina los puntos estratégicos, distribuye los trabajos, sector por sector, a equipos formados por soldados y por obreros especializados. Se necesitan técnicos además de soldados. La toma de la estación de Moscú queda confiada a dos escuadras compuestas de veinticinco soldados letones, dos marineros y diez ferroviarios. Tres equipos de marineros, de obreros y de empleados ferroviarios, en total sesenta hombres, quedan encargados de ocupar la estación de Varsovia. Para las otras estaciones Dybenko dispone de escuadras compuestas de veinte hombres cada una. Para controlar el movimiento en las líneas de ferrocarril, agregan un telegrafista a cada escuadra. El 21 de octubre, bajo las órdenes directas de Antonoff Ovseenko, que sigue de cerca las maniobras, todos los equipos se ejercitan en la toma de posesión de las estaciones y este ensayo general se hace con una precisión y una regularidad perfectas. El mismo día, tres marineros se trasladan a la central eléctrica, junto a la entrada del puerto. La central que

depende de la dirección de los servicios técnicos municipales no está custodiada. El director se dirige a los tres marineros: "¿Son ustedes realmente –les dice– los hombres que he pedido al gobernador de la plaza? Hace ya cinco días que me está prometiendo darme un servicio de protección". Los tres marineros bolcheviques se instalan en la central eléctrica para defenderla, según declaran, contra los guardias rojos en caso de insurrección. Unas cuantas escuadras de marinos se apoderan igualmente de las tres otras centrales eléctricas municipales.

La policía de Kerensky y las autoridades militares se preocupan ante todo de defender la organización burocrática y política del Consejo de la República, el palacio de Tauride, residencia de la Duma; el palacio de Invierno, el Estado Mayor General. Trotsky, al descubrir este error, dirigirá sus ataques contra los únicos órganos técnicos de la máquina gubernamental y municipal. El problema de la insurrección no es para él más que un problema de orden técnico.

–Para apoderarse del Estado moderno –dice– hacen falta una tropa de asalto y técnicos: equipos de hombres armados mandados por ingenieros.

Mientras Trotsky organiza racionalmente el golpe de Estado, el Comité central del partido bolchevique organiza la revolución proletaria. Es una Comisión compuesta por Stalin, Sverdloff, Bubnoff, Uritzki y Dzerjinski, casi todos enemigos declarados de Trotsky, la que elabora el plan del levantamiento general. Estos hombres, a los que Stalin se esforzara en 1927 en atribuir todo el mérito del golpe de Estado de octubre, no tienen ninguna confianza en la insurrección organizada por Trotsky. ¿Qué hará éste con sus mil hombres? A los "junkers" no les costará mucho trabajo desembarazarse de ellos. Son las masas proletarias, son los millares y millares de obreros de Pontiloff y de Wiborg; es la enorme multitud de desertores; son las unidades bolcheviques de la guarnición de Petrogrado los que hay que levantar contra las fuerzas del Gobierno. Lo que hay que desencadenar es una

insurrección general. Con sus golpes de mano, Trotsky no es más que un aliado tan peligroso como inútil.

Para la Comisión, lo mismo que para Kerensky, la revolución es un problema de policía. Es curioso comprobar que el futuro creador de la Policía bolchevique, de esa "Checa" que tomará más adelante el nombre de "G. P. U." forma parte de la Comisión. Porque es el pálido, el inquietante Dzerjinski quien estudia el sistema defensivo del Gobierno de Kerensky y el que fija el plan de ataque. De todos los adversarios de Trotsky, él es el más pérfido, el más temible. Su fanatismo tiene pudores femeninos. Es un asceta que no mira nunca sus manos. Morirá de pie en la tribuna, en 1926, pronunciando una requisitoria contra Trotsky. La víspera del golpe de Estado, cuando Trotsky declara a Dzerjinski que los guardias rojos deben ignorar la existencia del Gobierno de Kerensky, que no se trata de combatir al Gobierno con las ametralladoras, sino de apoderarse del Estado, que el Consejo de la República, los ministerios, la Duma, no tienen importancia desde el punto de vista de la táctica insurreccional, y no deben constituir los objetivos de la insurrección armada; que la llave del Estado no es la organización burocrática y política, ni tampoco el palacio de Tauride, o el palacio María o el palacio de Invierno, sino la organización técnica, es decir las centrales eléctricas, los ferrocarriles, los teléfonos, los telégrafos, el puerto, los gasómetros, los acueductos, Zerjinski le contesta que la insurrección debe ir al encuentro del enemigo y atacarle en sus posiciones. "Es al Gobierno al que debemos atacar. Hay que vencer al enemigo en el terreno mismo en que defiende al Estado". Si el adversario se atrinchera en los ministerios, en el palacio María, en el palacio Tauride, en el palacio de Invierno, habrá que irle a buscar allí. "Para apoderarse del Estado –dice en conclusión Dzerjinski– tenemos que lanzar las masas contra el Gobierno".

La táctica insurreccional de la Comisión está dominada por la preocupación de la neutralidad de los sindicatos. ¿Es posible apoderarse del Estado sin el apoyo de la huelga general? No –responden el Comité central y la Comisión–: hay que preparar

la huelga arrastrando con ella a las masas a la acción insurreccional. Pero es la táctica de la insurrección general, y no la táctica de los golpes de mano, la que nos permitirá arrastrar las masas contra el gobierno y provocar la huelga".

"No es necesario provocar la huelga —responde Trotsky—; el espantoso desorden que reina en Petrogrado es más eficaz que una huelga general. Es el desorden el que paraliza al Estado y el que impide al Gobierno prevenir la insurrección. No podíamos apoyarnos en la huelga, nos apoyaremos en el desorden". Se ha dicho que la Comisión se oponía a la táctica de Trotsky porque la creía basada en una visión demasiado optimista de la situación. En realidad, Trotsky era más bien pesimista; juzgaba la situación mucho más grave de lo que se creía. Desconfiaba de las masas, sabía muy bien que la insurrección no podía contar más que con una minoría. La idea de provocar la huelga general, arrastrando a las masas a la lucha armada contra el Gobierno, era una ilusión: sólo una minoría tomaría parte en la acción insurreccional. Trotsky estaba convencido de que si la huelga estallaba, sería contra los bolcheviques, y de que si se quería prevenir la huelga general, había que apoderarse del Poder sin dilación. La sucesión de los acontecimientos ha demostrado que él vio con exactitud. Cuando los ferroviarios, los empleados de correos, de teléfonos y de telégrafos, los burócratas de los ministerios y el personal de los servicios públicos abandonaron el trabajo, era demasiado tarde. Lenin estaba ya en el Poder: Trotsky había partido el espinazo a la huelga.

La oposición del Comité central y de la Comisión a la táctica de Trotsky había creado una situación paradójica que hubiese podido comprometer el éxito de la insurrección. En vísperas del golpe de Estado, había dos Estados Mayores, dos planes y dos objetivos. La Comisión, que se apoyaba en la masa de obreros y desertores, quería derrotar al Gobierno para apoderarse del Estado. Trotsky, que se apoyaba en un millar de hombres, quería apoderarse del Estado, a fin de derrotar al Gobierno. El propio Marx hubiese juzgado las circunstancias más favorables al plan de la Comisión que al de Trotsky. Pero

la "insurrección no necesita circunstancias favorables", afirmaba Trotsky.

El 24 de octubre, en pleno día, Trotsky desencadena el ataque. El plan de las operaciones había sido decidido en todos sus detalles por el antiguo oficial del ejército imperial, Antonoff Ovseenko, tan conocido como matemático y como jugador de ajedrez que como revolucionario y desterrado. Aludiendo a la táctica de Trotsky, Lenin ha dicho, refiriéndose a Antonoff Ovseenko, que sólo un jugador de ajedrez podía organizar la insurrección. Antonoff Ovseenko tiene un aspecto melancólico y femenino: los largos cabellos que caen sobre sus hombros le hacen parecerse a ciertos retratos de Bonaparte, antes del 18 Brumario. Pero su mirada está muerta, y su pálido y enflaquecido rostro irradia una tristeza a flor de piel, tan malsana como un sudor frío.

En un cuartito del último piso del Instituto Smolny, cuartel general del partido bolchevique, Antonoff Ovseenko juega al ajedrez sobre un mapa topográfico de Petrogrado. Bajo sus pies, en el piso inferior, la Comisión está reunida para fijar definitivamente el día de la insurrección general. Ignora que Trotsky ha desencadenado ya el ataque. Sólo a Lenin le ha sido comunicada, en el último momento, la brusca decisión de Trotsky. La Comisión se atiene a lo que ha dicho Lenin: "¿No ha declarado él el 21, que el 24 sería demasiado pronto y el 26 demasiado tarde?" Apenas la Comisión acaba de reunirse para la resolución definitiva, cuando aparece Podwoisky, portador de una noticia inesperada: los guardias rojos de Trotsky se han apoderado ya de la central telegráfica y de los puentes sobre el Neva; para asegurar las comunicaciones entre el centro de la ciudad y el barrio obrero de Wiborg, hay que tener el control de los puentes. Las centrales eléctricas municipales, los gasómetros, las estaciones de ferrocarril, están ya ocupados por los marineros de Dybenko. Las operaciones se han desarrollado con una rapidez y una regularidad sorprendentes. La central telegráfica está defendida por medio centenar de gendarmes y de soldados fieles, formados delante del edificio. La insuficiencia de las medidas de

policía se manifiesta en esta táctica defensiva que se llama servicio de orden y de protección. Es una táctica que puede dar buenos resultados contra una multitud sublevada, no contra un puñado de hombres decididos. Las medidas de policía no sirven de nada contra los golpes de mano: tres marineros de Dybenko, que han tomado parte en las "maniobras invisibles" y conocen el terreno, se deslizan entre las filas de los defensores, se introducen en los despachos y algunas granadas, lanzadas desde las ventanas a la calle, siembran el desorden entre los guardias y los soldados. Dos escuadras de marinos se instalan en la central telegráfica y emplazan allí ametralladoras. Una tercera escuadra ocupa una casa situada enfrente, preparada para detener un contraataque eventual, fusilando por la espalda a los asaltantes. Unos autos blindados aseguran el enlace entre los equipos que están operando en los diferentes barrios de la ciudad y el Instituto Smolny. En los cruces de las calles más importantes hay ametralladoras disimuladas en las casas de esquina; patrullas móviles vigilan los cuarteles de los regimientos fieles aún a Kerensky.

A eso de las seis de la tarde, en el Instituto Smolny, Antonoff Oveenko entra en la habitación de Trotsky, más pálido que de costumbre, pero sonriente. "Ya está hecho", dice. Sorprendidos por los acontecimientos, los miembros del Gobierno se han refugiado en el Palacio de Invierno, defendido por unas cuantas compañías de "junkers" y un batallón de mujeres. Kerensky ha huido; dicen que ha marchado al frente para reunir tropas y dirigirse hacia Petrogrado. Toda la población está en las calles, ávida de noticias. Las tiendas están abiertas; los tranvías, llenos de soldados y de obreros armados; una multitud enorme afluye como un río a lo largo de la Perspectiva Newski. Los rumores más inverosímiles se propagan de boca en boca, de grupo en grupo: Kerensky, muerto; los jefes de la fracción menchevique, fusilados delante del Palacio de Tauride; Lenin, instalado en el Palacio de Invierno, en la habitación del Zar. De la Perspectiva Newski, de la calle Gorokowskaia, de la calle Vosnessenski, las tres grandes arterias que confluyen en el Almirantazgo, un vasto

cio refluye continuamente en el jardín de Alejandro, para ver si la bandera roja ondea ya sobre el Palacio de Invierno. A la vista de los "junkers" que lo defienden, la multitud se detiene. Intimidada por las ametralladoras y las baterías, contempla desde un poco lejos las ventanas iluminadas, la plaza desierta, los automóviles alineados ante el Estado Mayor General, y no comprende. ¿Y Lenin? ¿Dónde está Lenin? ¿Dónde están los bolcheviques?

Reaccionarios, liberales, mencheviques, socialistas revolucionarios no consiguen darse cuenta de la situación; se niegan a creer que los bolcheviques se hayan apoderado del Estado; hay que guardarse de prestar crédito a los rumores difundidos intencionalmente por los agentes provocadores del Instituto Smolny, es por simple medida de prudencia por lo que los Ministerios se han trasladado al Palacio de Invierno; si las noticias que dan son exactas, no es un golpe de Estado el que ha tenido lugar, sino una serie de atentados de más o menos éxito (no se sabe todavía nada con precisión) contra la organización de los servicios técnicos del Estado y de la ciudad. Los órganos legislativos, políticos y administrativos están todavía en manos de Kerensky. El palacio de Tauride, el palacio María, los Ministerios, ni siquiera han sido atacados. Realmente la situación es paradójica: no se había visto nunca todavía ninguna insurrección proclamar que ha conquistado el Estado y dejar las manos libres al Gobierno. Diríase que los bolcheviques se desinteresan del Gobierno. ¿Por qué no ocupan los Ministerios? ¿Se puede ser dueño del Estado y gobernar a Rusia sin tener en la mano los órganos administrativos? Verdad es que los bolcheviques se han apoderado de toda la organización técnica, pero Kerensky no ha caído, y él es quien tiene el poder, aunque haya perdido por el momento el control de los ferrocarriles, de las centrales eléctricas, de los servicios públicos, del teléfono, el telégrafo, de Correos, del Banco del Estado, de los depósitos de carbón, de petróleo y de trigo. Podríase objetar que, prácticamente, los ministros reunidos en el Palacio de Invierno no pueden gobernar, que los Ministerios no pueden funcionar, que el Gobierno está aislado del resto de Rusia, que todos los medios de comunicación están en

manos de los bolcheviques. En los barrios, todas las calles están interceptadas; nadie puede salir de la ciudad; el Estado Mayor mismo está también aislado; la estación radiográfica está en poder de los bolcheviques; la fortaleza Pedro y Pablo, ocupada por los guardias rojos; muchos regimientos de la guarnición de Petrogrado se han pasado bajo las órdenes del Comité Militar Revolucionario. Hay que obrar sin dilación. ¿Por qué esa inercia del Estado Mayor? Espera, según dicen, la llegada de las tropas del general Krasnoff, que marcha sobre la capital. Todas las medidas necesarias para la defensa del Gobierno han sido tomadas. Si los bolcheviques no se han decidido todavía a atacar al Gobierno, es señal de que no se sienten aún lo suficientemente fuertes. Nada, pues, ha acabado.

Pero al día siguiente, 25 de octubre, mientras en el gran salón del Instituto Smolny se celebra la apertura del segundo Congreso Panruso de los Soviets, Trotsky da a Antonoff Ovseenko la orden de atacar el Palacio de Invierno, donde se han refugiado los ministros de Kerensky. ¿Van a tener los bolcheviques mayoría en el Congreso? Para hacer comprender a los representantes de los Soviets de toda Rusia que la insurrección ha triunfado, no basta anunciar que los bolcheviques se han apoderado del Estado; es necesario poder anunciar que los miembros del Gobierno están en manos de los guardias rojos.

–Es la única manera –declara Trotsky a Lenin– de convencer al Comité Central y a la Comisión de que el golpe de Estado no ha fracasado.

–Se decide usted un poco tarde –dice Lenin.

–No podía yo atacar al Gobierno antes de tener la certeza de que las tropas de la guarnición no le defenderían –responde Trotsky–; había que dar tiempo a los soldados para que se pasasen a nuestro bando. Sólo los "junkers" han permanecido fieles.

Disfrazado de obrero, cubierta la cabeza con una peluca y afeitado, Lenin abandona su escondite y va al Instituto Smolny, a fin de tomar parte en el Congreso de los Soviets. Es el mo-

mento más triste de su vida; no cree todavía en el éxito de la insurrección. El también, como el Comité Central, como la Comisión, como la mayor parte de los delegados en el Congreso, necesita saber que el Gobierno ha caído y que los ministros de Kerensky están en poder de los guardias rojos. Desconfía de Trotsky, de su orgullo, de su seguridad, de su audacia temeraria. Trotsky no pertenece a la vieja guardia, no es un bolchevique en el que se puede confiar con los ojos cerrados; es un recluta reciente, que no ha ingresado en el partido hasta las jornadas de julio. "No soy uno de los doce apóstoles —dice Trotsky—; soy más bien San Pablo, que fue el primero que predicó a los gentiles."

Lenin no ha tenido nunca mucha simpatía por Trotsky. Trotsky les hace sombra a todos. Su elocuencia es sospechosa. Posee el peligroso poder de remover las masas, de desencadenar los tumultos. Es un creador de cismas, un inventor de herejías, un hombre temible y necesario. Lenin ha observado desde hace largo tiempo que Trotsky es aficionado a las comparaciones históricas. Cuando habla en los mitines o en las asambleas, cuando discute en las reuniones del partido, no cesa de remontarse a los tiempos de la revolución puritana de Cromwell o a los de la Revolución francesa. Hay que desconfiar de un marxista que juzga y mide los hombres y los hechos de la Revolución francesa. Lenin no puede olvidar que Trotsky, en cuanto salió de la cárcel de Kresty, donde le habían recluido después de las jornadas de julio, fue al Soviet de Petrogrado; en un violento discurso ha proclamado la necesidad de instaurar el terror jacobino.

—La guillotina lleva a Napoleón —le gritan los mencheviques.

—Prefiero Napoleón a Kerensky —responde Trotsky.

Lenin jamás olvidará esta respuesta. "Prefiere Napoleón a Lenin", dirá más tarde Dzerjinski.

En una habitación contigua al gran salón del Instituto Smolny, donde se celebra el segundo Congreso Panruso de los Soviets, Lenin está sentado al lado de Trotsky, ante una mesa llena de papeles y de periódicos; un rizo de su peluca le cuelga sobre

la frente. Trotsky no puede contener una sonrisa viendo aquel ridículo disfraz. Le parece que ha llegado el momento de que Lenin se quite la peluca. No hay ya peligro; la insurrección ha triunfado; Lenin es el dueño de Rusia. Es el momento de dejarse otra vez la barba, de quitarse el pelo postizo, de dejar que le reconozcan. Al pasar por delante de Lenin para ir al salón del Congreso, Dan y Skobeleff, los dos jefes de la mayoría mencheviqué, cambian una mirada y palidecen; han reconocido a aquel hombre de la peluca, en aquel comiquillo de la lengua, al destructor terrible de la santa Rusia.

–Se acabó –murmura Dan a Skobeleff.

–¿Por qué sigue usted disfrazado? –dice Trotsky a Lenin–. Los vencedores no se esconden.

Lenin lo mira con los ojos entornados; una sonrisa irónica desflora apenas sus labios. ¿Quién es el vencedor? He aquí el problema. De vez en cuando un estampido de cañón, un tableteo de ametralladora se oyen a lo lejos. El crucero "Aurora", anclado en el Neva, acaba de abrir fuego contra el Palacio de Invierno, para apoyar el ataque de los guardias rojos. He allí al marinero Dybenko, al gigantesco Dybenko, de ojos azules, de rostro enmarcado por una sedosa barba rubia; los marineros de Cronstadt y la señora Kollantai le quieren por sus ojos de niño y por su crueldad. Dybenko anuncia la noticia: los guardias rojos de Antonoff Ovseenko han asaltado el Palacio de Invierno; los ministros de Kerensky son prisioneros de los bolcheviques; el Gobierno ha caído.

–¡Al fin! –exclama Lenin.

–Lleva usted veinticuatro horas de retraso –responde Trotsky.

Lenin se quita la peluca y se pasa la mano por la frente. Su cráneo tiene la misma conformación, afirma Wells, que el de Balfour.

–Vamos –dice dirigiéndose al salón del Congreso.

Trotsky le sigue en silencio. Tiene aspecto de cansancio; una especie de sueño apaga su mirada acerada. "Durante la insurrección –escribe Lunatcharski–, Trotsky era una botella de

Leyde." Pero ahora ha caído el Gobierno; Lenin se ha quitado la peluca, como quien se quita una careta. El golpe de Estado era Trotsky. Pero el Estado es Lenin. El jefe, el dictador, el triunfador es él, Lenin.

Trotsky le sigue en silencio, con esa sonrisa ambigua que no se suavizará hasta la muerte de Lenin.

II. TROTSKY, CREADOR DE LA ESTRATEGIA MILITAR DE LA REVOLUCION

KARL RADEK

Nuestro partido estaba preparado para una obra diversa: para la edificación, para la diplomacia. Nuestra máquina tenía dificultades, pero marchaba. Lo mejor es el Ejército Rojo. Trotsky es su creador y su encarnación. Siempre se ha opuesto la ciencia a la espada. Sin embargo, él es de los mejores escritores del socialismo mundial, y el creador y organizador del primer ejército proletario.

La literatura poco ayudó a Trotsky en su tarea, pues es escasa: algo de Engels, en el *Anti-Duhring*, algo de Mehring, un folleto de Bebel, libros de Moch, Schultze y Jaurés. Schultze intentaba aplicar el marxismo a la historia y Jaurés fallaba por la base. Representante genial del reformismo, Jaurés quería hacer del ejército capitalista un instrumento de defensa nacional, eliminando sus funciones de defensa de los intereses de la burguesía. No pudo comprender, pues, en qué sentido se desarrollaba el militarismo, e impulsó las ideas democráticas —en las cuestiones de la guerra y del ejército— hasta lo absurdo. Creo que Trotsky comenzó sus observaciones como corresponsal de guerra en los Balcanes y luego en Francia, cuando escribía para la *Kievskaia Mysl* (El pensamiento de Kiev). Nunca perdió la fe en el porvenir del socialismo.

Estaba convencido, por el contrario, de que las cualidades que la burguesía desarrollaba entre los proletarios vestidos de uniforme, se volverían pronto contra ella, darían una base a la revolución y servirían para la creación del ejército revolucionario. Su discurso pronunciado en el Primer Congreso de los Soviets, a propósito de la ofensiva de julio de 1917, ordenada por Kerensky, es un documento de la concepción marxista del ejército. Trotsky anunciaba en él el fracaso de la ofensiva iniciada, sin considerar la situación técnica del frente, reduciéndose al análisis del estado político de las tropas. "Vosotros exigís —decía a los mencheviques y socialistas revolucionarios— del gobierno la revisión de los fines de guerra. Decís también al ejército que los viejos fines de guerra por los cuales la aristocracia y la burguesía le han exigido enormes sacrificios, no corresponden a los intereses de los obreros rusos de las ciudades y de los campos. No habéis obtenido esta revisión. No habéis dado ni levantado nada en reemplazo del zar y de la patria. ¡Y queréis que el ejército vierta su sangre en nombre de la nada! Nadie se bate por nada. Vuestra aventura terminará con una derrota." Todo el secreto de la grandeza del hombre que debía ser el organizador del Ejército Rojo, está en estas líneas. El factor moral de la guerra es importante. A eso se debe nuestra victoria en la guerra civil.

El mantenimiento del viejo ejército era una ilusión. El nuevo surgiría cuando el obrero y el campesinado vieran peligrar las conquistas de la revolución. Los viejos oficiales militares no entendían los nuevos problemas.

Borissov, uno de los mejores escritores militares, se oponía al voluntariado. Trotsky no admitía que los voluntarios salvasen a Rusia, pero sabían que ellos serían el armazón del nuevo ejército.

Cuando Lenin hablaba de utilizar, en la economía, a los técnicos de la burguesía, nadie protestaba. Pero cuando Trotsky propuso utilizar a la oficialidad del zar, las protestas surgieron por todas partes (Bujarin, Ossinsky, Lomov, Yakovleva).

Para salvar estas desconfianzas y enseñar a nuestros militares el arte de utilizar la competencia de los cuadros de mando, era indispensable toda la ardiente fe de Trotsky en nuestra potencia social, en la vigilancia revolucionaria de los obreros, en nuestra capacidad de tomar de los técnicos de guerra su ciencia, sin permitirles que nos dictasen su política y desentrañando siempre sus intenciones contrarrevolucionarias. Para vencer en tales condiciones era necesario que la revolución tuviese a la cabeza del ejército un hombre de voluntad inquebrantable, que gozase de la plena confianza del partido y que supiera someter al enemigo que se veía obligado a prestar servicio entre nosotros. Trotsky fue todo. La victoria necesitaba quien la identificase, quien encarnase el llamado al combate.

El supo pesar los conceptos estratégicos de los generales y confrontarlos con la valuación revolucionaria de las fuerzas sociales en presencia, concentrar los impulsos que venían de catorce frentes, escuchar las voces de decenas de millares de comunistas que decían lo que era el ejército y lo que en él se podía hacer, y de esos materiales innumerables y diversos, elaborar un plan estratégico único, un único esquema de organización. Así se logró con ayuda del partido, practicar la dictadura. En la creación del Ejército Rojo, Trotsky ha colaborado con el partido. Sin el partido, jamás hubiese cumplido su misión. Pero sin Trotsky, la creación de la victoria del Ejército Rojo hubiese costado sacrificios mucho mayores. Si nuestro partido entra en la historia como el primer partido proletario que supo formar un potente ejército, el nombre de León Davidovitch Trotsky permanecerá indeleblemente grabado en esta página gloriosa de la revolución rusa. Su obra y su personalidad, preciosa para las generaciones venideras del proletariado, llamado a conquistar el mundo, serán objeto de fecundos estudios".

12. TROTSKY Y EL MUNDO DE LOS VALORES POLITICOS REALES

FERNANDO DE LOS RIOS

El caso actual de Trotsky tiene un alto sentido simbólico: con él desaparece la figura más vigorosa en la primera etapa de la revolución; con él se esfuma el organizador legendario del Ejército Rojo, el caudillo de prestigio incomparable ante cuya presencia las masas se levantaban en gozosa actitud de reverencia, sugestionada por su extraño poder hipnótico. Frío, replegado en sí mismo, arrogante y desdeñoso, cruzaba las filas de la multitud con la prestancia y majestad con que pasara Augusto ante las legiones romanas; pero las miradas que en él se concentraban, miradas de creyentes, adquirían luz admirativa.

El forcejeo de Trotsky con Stalin ha durado tres años, margen suficiente para que se produzca una abundante literatura polémica, de la cual resulta que las discrepancias entre ambos no son de índole metódica, como las que surgieron entre Marx y Proudhon, o Marx y Bakunin, sino de índole táctica. Mas tan sustancial es lo táctico a lo político, tan fundamental es discernir cómo va a hacerse lo que ha de realizarse, que del choque han brotado algunas ideas de trascendencia inusitada para quienes se interesen por cuanto atañe a la visión bolchevique de los valores culturales y a la ordenación jerárquica de los mismos.

Trotsky formuló un programa económico-social, en nombre

de la minoría bolchevique por él dirigida, oponiéndose a la marcha que Stalin imprimía a la revolución rusa. La lucha milenaria entre la ciudad y el campo es cada vez más agria y honda en Rusia, y de ello resulta, a juicio de Trotsky la separación creciente de la agricultura y la industria y, como consecuencia, una dificultad insuperable para realizar las apetencias más íntimas de la revolución. Esta agudizada disociación atribúyela Trotsky a la política de Stalin. No importa a nuestros fines la justicia o injusticia de estos reproches; lo que importa a nuestro objeto es recoger las palabras, preñadas de dolor, con que el jefe expulsado comenta la conducta que se observa con ellos, los minoritarios. "El grupo gobernante —escribe— cree que con la ayuda de la violencia podrá consumar todo lo que quiera; pero está profundamente equivocado: la violencia puede desempeñar un papel revolucionario enorme, pero bajo una condición: que se halle subordinada a una política de clase." Esa política de clase que él, minoritario, juzga verdadera, no es la que aprecia en Stalin, a quien denuncia por apoyarse en el pequeño burgués, en el obrero especializado, en el funcionario, en el campesino rico. Stalin, por el contrario, jefe del Poder, identifica la verdad con su visión de ella.

Trotsky reprocha a su rival el retener su puesto en la cima del partido por la violencia y estrangulación de las ideas de los afiliados; le reprueba "la supresión mecánica de toda crítica que exprese la alarma legítima del proletariado por el destino de la revolución proletaria". Mas dentro de este derecho de crítica que solicita Trotsky se agazapa el valor de la subjetividad, y eso no podía permitirse por la ortodoxia comunista, ya que ésta se halla montada sobre el dogma plenamente objetivo, traspersonal de la dictadura. Por eso Stalin contesta al relapso con palabras papales, que revelan la acuidad con que se ve el papel histórico que la actitud de su partido le asigna: "Si la oposición quiere seguir en el partido tiene que desarmarse completa y absolutamente, tanto respecto de la ideología como de la organización. Tiene que renunciar a sus concepciones antibolcheviques abierta y honradamente, delante del mundo entero". Y aun añade esta

tremenda expresión, en que reconocemos una milenaria voz canónica: "Tiene que condenar abierta y honradamente ante el mundo entero los errores que ha cometido; errores que han sido un crimen contra el partido".

Como minoría, pues, no puede vivir, no tiene derecho a vivir, y aun la reintegración personal al grupo originario sólo será posible si los contumaces hacen pública confesión de errores y culpas... A Trotsky lo describen abatido y ensimismado; no sé la trayectoria que va a seguir en su alma ese lamento por la carencia de un amplio derecho de crítica; mas el que tal solicitó pidió para su conciencia una cida de libertad que fue negada al rebotar en los muros de la dictadura que teórica y prácticamente levantó con amor. Derecho de crítica es amparo para los valores que la crítica destruye y construye; derecho de crítica es reconocimiento de los valores personales individuales.

Pero el bolcheviquismo ha nacido bajo auspicios singulares: se considera el único legítimo hijo de la Justicia, y trata en su virtud a los demás como frutos espureos de uniones monstruosas. Considera su palabra como dardo que va derecho al blanco de la verdad única, y sus acciones, como los pasos que exclusivamente pueden conducirnos al único fin apetecible. Y si él es guarda del arca sagrada, y posee un órgano supremo que señale la senda de luz, el afán de cada día, y es obligatorio comulgar en su verdad, ¿cómo va a negarse a sí mismo otorgando el derecho de crítica?

No hay lugar en Rusia para los valores personales: se han hundido; los devoró la dictadura. Si subsistieran aquéllos, surgirían los partidos políticos, hijos inevitables de las corrientes de credulidad que en cada momento dominan la conciencia social a propósito de los fines; mas como la disparidad fue amputada al arrogarse el partido bolchevique, la exclusividad en la grave función augural, quedaron aquéllos relegados al mundo de las posibilidades, que es políticamente mundo de sombras. El ideal bolchevique exige entregarse todo entero, prescindiendo de sí mismo y, si preciso es, negándose a sí mismo, y aun mejor si es

con dolor, a la obra exclusivamente objetiva de la construcción histórica. El individuo no es valor sustantivo, sino elemento subordinado al funcionamiento de la gran máquina externa del Estado, único instrumento capaz de rehacer la jerarquía de los valores. ¿Podrá dudarse de la grandeza de esta posición y de su perdurabilidad? Belleza y valor purificador del dolor, sumersión en el seno abismático de ideales trascendentes, en los que nos diluimos y perdemos como la conciencia de los yoguis en los mares de la luz nirvánica.

Pero el grito de Michelet, amplificado por el gran Unamuno al recoger sus resonancias: "¡Mi yo, que me arrebatan su yo!", será siempre clamor angustioso que llame a los hombres a meditar sobre el valor, asimismo eterno, de la esencia individual, es decir, de la libertad: y cobijo para su yo es lo que demanda en este instante Trotsky con tristeza de gladiador vencido. Cuando, en cambio, Europa vivía enfebrecida por la obsesión política liberal, o sea cuando se exaltaban los valores personales hasta llegar a eliminar todos los de carácter supraindividual, un hombre genial, representante de la reacción antiliberal, lanza esta expresión: "J'ai voulu faire la philosophie pas de *moi*, mais du *nous*". Esto es, subrayaba el nosotros, lo suprapersonal, hasta llegar, como Saint-Simon y la línea de sus discípulos –de Comte a Duguit–, a estimar que no hay derechos, sino deberes. Dentro de esta tradición estaba Marx, y a ella responde el bolchevismo.

Para el liberalismo llegó hace tiempo la hora de su peregrinación a Canosa; los valores de libertad díjosele que eran absolutamente esenciales, mas insuficientes, ya que esencial es asimismo lo suprapersonal, lo orgánico-social. La caída de Trotsky y la retirada de Bujarin, ¿denotarán también que en la constelación ideal del bolchevismo principia a descubrirse la estrella de la Libertad, el valor de lo individual? ¿Irá el bolchevismo igualmente a Canosa y se le hará allí patente la afirmación de Nicolás Hartmann –una de las mentes más agudas en la Alemania de hoy–, de que "lo bueno y lo malo, la culpa y el servicio, así como el resto de los valores morales, tienen por es-

puesto básico la referencia a la libertad?" Si así aconteciese, el bolchevismo habría advenido moderno socialismo, socialismo liberal, humanista, en el que se coordinen de modo vital los valores subjetivos, personales, con los sociales o supraindividuales, anteponiendo en caso de conflicto aquéllos a éstos.

13. EL ROL DE TROTSKY EN LA HISTORIA

EDMUND WILSON

Los que vimos, en los años recientes, al Estado que Trotsky ayudó a construir, metido en una etapa combinada del sanguinario terror de Robespierre con la corrupción y la reacción del Directorio, y al mismo Trotsky figurar dramáticamente en el papel de Graccus Babeuf, podemos sentirnos tentados a concederle cualidades que no poseía y principios que rechazó explícitamente. Hemos visto al sucesor de Lenin empeñarse en una fabulosa falsificación de toda la historia revolucionaria para negar la parte correspondiente a Trotsky, perseguirlo de país en país y aun ensañarse hasta la muerte con sus hijos; acusarlo, por último, en juicios montados, de una vileza histérica, oriental y vulgar, y más degradante para el espíritu humano que la franca perversidad de Iván el Terrible, de todas las traiciones, engaños y desastres que caracterizaron su propia administración, logrando sólo presentar a Trotsky ante el mundo como el acusador de la mala conciencia del mismo Stalin. Como si los arribistas del Soviet en el último decenio fueran incapaces de negar el ideal socialista sin tratar de destruir la autoridad moral del hombre perseguido y solitario. No ha sido, pues, únicamente Trotsky quien ha creado su papel: sus enemigos le dieron una realidad que ninguna autodramatización hubiera podido efec-

tuar. Y mientras el fuego de la Revolución se extinguía en la Unión Soviética a tiempo que los sistemas ideológicos de Occidente entraban asimismo en un estado avanzado de decadencia, él resplandecía como un verdadero faro, adelantando una larga estela de luz que se extendía por doquier sobre mares y arrecifes.

Pero es preciso ver al hombre dentro de su papel y examinar sus auténticas tendencias y doctrinas.

El niño que desde Odessa vuelve a la granja paterna con sus libros de estudio, sus anteojos flamantes, sus nuevos hábitos de aseo y sus nuevos trajes de la ciudad, se aparta él mismo de sus parientes como una criatura de otro orden. Comprende ya que es superior a ellos y la relación así establecida parece persistir a lo largo de la vida de Trotsky con el ser en general. En Mi Vida nos cuenta con el candor que lo diferencia extraordinariamente de las figuras políticas comunes, que sus primeras emociones de "protesta social" tuvieron más bien origen en "la indignación por la injusticia" que en "la simpatía por los de abajo" y "aun cuando mis ideas revolucionarias estaban ya formándose, me sorprendía en una actitud de duda respecto a la acción mediante las masas, dominado por un punto de vista libresco, abstracto y por lo tanto escéptico de la revolución. Yo tenía que combatir todo esto en mí, pensando, leyendo; pero, sobre todo, experimentando, hasta vencer los elementos de inercia psíquica". Lunacharsky ha escrito –y su opinión está corroborada por otras personas que han conocido a Trotsky– que "una tremenda arrogancia y cierta ineptitud o despreocupación por ser en lo más mínimo cortés y atento con la gente, una carencia de aquel encanto que siempre rodeó a Lenin, condenaron a Trotsky a una relativa soledad". Un rasgo característico de Trotsky es que en cierto artículo sobre un libro de Celine, arguyera, como no lo hubiera hecho ninguno de los otros grandes marxistas, en favor del movimiento revolucionario porque "libera a la humanidad de la oscura noche del Yo circunscripto".

Sin poseer el don de Lenin para establecer relaciones personales de confianza, ni el astuto sentido político que ha posee

tido a Stalin montar su máquina y engañar a la opinión pública, Trotsky concluyó por encontrarse en la misma posición que ocupaba entre la escisión de 1903 y la revolución de 1905 y desde 1905 hasta la época de su regreso a Rusia en 1917: la de un marxista independiente con algunos seguidores devotos; pero sin un verdadero partido popular detrás del suyo. Es entonces que en un momento de crisis en que llevado a un puesto de autoridad incuestionable y al estar libre para actuar por sí mismo que se convierte en una fuerza política poderosa con el genio de hacer que la gente rinda el máximo. Como comisario de guerra en 1918 y 1919 pudo movilizarse en un tren blindado con tanta rapidez de un frente a otro, arengar a los soldados con tal pasión, reclamar con tanta urgencia recursos, escribir y despachar tantos artículos resonantes para la prensa, presionar tan efectivamente a los expertos militares formados bajo el antiguo régimen para que pusieran su experiencia al servicio de la revolución, y descubrir y fusilar a tantos oficiales desafectos, que la décimosexta división del ejército del Soviet, sintiendo detrás de sí a esta voluntad del demonio, hizo frente a los Kolchak y Denikin y salvó a la revolución. Y cuando Yudenich avanzaba sobre Petrogrado y Lenin estaba dispuesto a abandonar la ciudad, después que el comandante del regimiento había ordenado a sus hombres la retirada y sus tropas retrocediendo ya llegaban a las afueras, Trotsky, montando en el primer caballo que pudo encontrar, alcanzaba a un soldado tras de otro y su ayudante blandiendo una pistola gritaba: "Valor, muchachos, el camarada Trotsky nos dirige", haciendo que todo el regimiento volviera a recobrar las posiciones abandonadas. El comandante aparecía ahora en los puntos más peligrosos y resultó herido en ambas piernas; los hombres atacaban los tanques con bayoneta. Asimismo en política es del todo evidente, como Bruce Lockhart lo ha atestiguado hace años, que Trotsky nunca es tan formidable como cuando se encuentra en un aprieto. Por cierto, su estatura nunca se hizo tan imponente como en la época en que al serle negado el asilo en todos los países europeos, se vio obligado a defenderse contra las criminales persecuciones de Moscú.

Y así el impulso ideal que animaba todo esto es menos el deseo de la felicidad humana que el entusiasmo de la cultura, de "una cultura por primera vez humana", según afirma en *Literatura y Revolución*, que el socialismo hará posible iluminando este crepúsculo de la sociedad con la luz interior del hombre. Por lo tanto, es más bien la *teoría del marxismo*, el diagrama del desenvolvimiento social, que las vicisitudes inmediatas de la vida de sus semejantes, lo que prima en la mente de Trotsky. El marxista debe actuar, por supuesto; pero no puede permitirse hacerlo hasta que no comprenda la situación y explique su intervención en los términos de la teoría marxista. "El sentimiento –escribe Trotsky– de la supremacía de lo general sobre lo particular, de la ley sobre el hecho, de la teoría sobre la experiencia personal, se fijó en mi mente a una edad temprana y ganaba cada vez más fuerza a medida que pasaban los años. Este sentimiento se convirtió en parte integrante de mi trabajo literario y político; el aburrido empirismo, la servil y desvergonzada adoración del hecho, que tan a menudo sólo es imaginario, y falsamente interpretado, me eran odiosos. Más allá de los hechos yo buscaba las leyes... En todas las esferas sin excepción, sentía que era capaz de moverme y actuar sólo cuando tenía en mis manos el hilo de lo general."

En el peor de los casos, esto trae como resultado sustituir la apreciación de los hombres en su ambiente, por una especie de demostración lógica –recordando sus aptitudes matemáticas– como sucede probablemente con algunas de sus predicciones políticas escritas lejos del lugar de los acontecimientos. En el mejor de los casos –cuando él examina sucesos que han tenido ya lugar, de modo que el fundamento de la realidad está dado– produce estudios históricos de una extraordinaria sutileza y solidez. Trotsky difiere del pedante marxista típico que patina en las "tesis" abstractas en que su dominio de la teoría marxista no le impide de ningún modo el libre juego de la inteligencia. En sus escritos se halla no sólo el análisis marxista del proceder de las masas, sino también la observación realista –en lo que se asemeja sobre todo a la personalidad– de acuerdo con la tradición

de los grandes escritores rusos; y además del sentido, desarrollo y forma que da dignidad al más breve de sus artículos, se encuentra asimismo un venero de imaginación eficaz que concede belleza hasta a sus polémicas y hace que algunos pasajes de sus libros sean inolvidables. *La Revolución Rusa: 1905*, *Mi vida*, la biografía de Lenin[1] y *Literatura y Revolución* forman tal vez parte de nuestra literatura permanente.

[1] ...Un retrato afectuoso y delicado, sobrio, con el más profundo respeto, completamente fuera de la vena de vehemencia del marxismo y que recuerda de modo inequívoco la pintura de Sócrates por Platón. Edmund Wilson. – "To the Finland Station".

14. UN HACEDOR DE LA HISTORIA COMO HISTORIADOR

BERTRAM D. WOLFE

Al igual que Tucídides, Jenofonte, Josefo, Napoleón y Churchill, León Trotsky tuvo que aguardar para escribir su más grande historia hasta el momento en que la derrota lo despojó de la posibilidad de hacerla. Escribir, sin embargo, fue un pasatiempo durante toda su vida y hacer la historia una vocación. "Desde 1897", anota en su autobiografía, "emprendí la lucha, principalmente, con una pluma en la mano."[1] Mientras escribe para Iskra elige un nombre de guerra —por no decir un nombre de pluma— era el de *Pero*, la palabra rusa para designar la pluma.

A diferencia de Lenin, Trotsky con frecuencia se observa a sí mismo en el espejo de la historia y realiza una valoración consciente de su propio rol en ella. Después de 1905, año en el cual juega un papel más importante que el de cualquier otro líder revolucionario, se toma su primer respiro, el exilio en Viena, para escribir *La Revolución Rusa: 1905* (Die Russische Revolution; Viena 1908-1909). Es un libro de 334 grandes páginas que abarca el análisis social, la historia, las polémicas políticas, relato personal y defensas. Este libro, prohibido actualmente en Rusia, agotado en Alemania y nunca publicado en idioma inglés

[1] León Trotsky, *Mi Vida* (My Life, Nueva York, 1930), p. 8.

continúa siendo una fuente, sumamente importante, para el estudio de la revolución de 1905.

León Trotsky no tiene tiempo de cortejar nuevamente a la musa de la historia hasta 1929, año en que vuelve a exilarse de su tierra nativa, por tercera y última vez, en la isla turca de Prinkipo. Escribe, entonces, dos obras de suma importancia para el historiador: su *Autobiografía* (1929), cuyo contenido abarca necesariamente abundante historia y su *Historia de la Revolución Rusa* (vol. I, en 1930; vol. II y III, en 1932), en la cual aparecen numerosos datos autobiográficos, aun cuando en ella Trotsky siempre se refiere a sí mismo en tercera persona.

La primera cosa que advertimos en Trotsky historiador es que nos enfrentamos con un polemista persuasivo y, a menudo, jactancioso, que era tanto un extraordinario orador como un gran maestro del género literario. El año 1917 lo enorgullece y habla de él como un viejo soldado que revive sus mejores batallas; en 1917 jugó un papel colosal y toda su vida, hasta ese momento, estuvo dedicada a lograr la toma del poder por el proletariado, que culminó en ese año. Si Lenin proporcionó la maquinaria del partido, dirigió la conspiración y la concentración del poder, fue Trotsky quien suministró la doctrina central[2] y la verdadera estrategia político-militar para la conquista armada del poder. La pluma hábil y elocuente de Trotsky se dedica aquí a glorificar la toma del poder por los bolcheviques, a la defensa de su propio rol en ella, a la caricatura despectiva y burlona y a la crítica espesa y cruel. El desprecio se torna más cruel cuando se ocupa de los liberales, de los demócratas y de otras facciones o partidos socialistas que cuando habla del Zar, de los monárquicos o de los reaccionarios.

[2] Los mencheviques tendían a sintetizar sus objetivos bajo la fórmula "revolución democrático-burguesa"; la fórmula algebraica de Lenin había sido "dictadura democrática del proletariado y del campesinado"; "gobierno del pueblo" resume el objetivo inmediato de los Socialistas Revolucionarios; la fórmula de Trotsky era "revolución permanente que se inicia con una dictadura de la clase obrera y culmina con la revolución mundial."

Los adornos, la metáfora y los fuegos de artificio vertidos acudían naturalmente a la pluma de Trotsky. De Skobelev, un antiguo partidario suyo y, en 1917, líder del Comité Ejecutivo de los Soviets, escribe: "Da la impresión de un estudiante que juega el papel de estadista en un escenario doméstico". De Chernov: "Abstenerse de votar se ha convertido para él en una forma de vida política". De Kerensky: "La fuerza que tiene en el período del doble poder reside en combinar las debilidades del liberalismo con las debilidades de la democracia". Del Zar: "Nicolás heredó de sus antepasados no sólo un imperio gigantesco sino también una revolución. Y no le legaron una sola cualidad que lo capacitara para gobernar un imperio... o siquiera un condado". Del populacho: "Una revolución se distingue siempre por su falta de urbanidad, probablemente, porque las clases dirigentes no se tomaron el trabajo, a su debido tiempo, de enseñarle al pueblo buenos modales". Del jefe de la Duma: "Rodzyanko intentó reprimir la revolución con un extinguidor de incendios; lo lamentó". Del Gobierno Provisional: "Se introdujo a hurtadillas en el ardor de la revolución, sofocándose con el humo y diciéndose a sí mismo: dejemos quemar lentamente las chispas, luego, trataremos de tramar alguna cosa". De los socialistas en el primer gobierno de coalición: "Obligados a formar parte del gobierno en nombre de los intereses de la Alianza, los socialistas tuvieron que hacerse cargo de una tercera parte del poder y de toda la guerra". El propio Bernard Shaw, que no se quedaba atrás cuando se trataba de esgrimir mordacidad, escribió de esta historia: "Cuando Trotsky le corta la cabeza a un enemigo la mantiene en alto para mostrar que no tenía cerebro".

Como orador, en 1917, e incluso como historiador en 1930, el objetivo central de Trotsky era inflamar las pasiones de la multitud, sobre todo la pasión del odio. Un odio que no se dirigía totalmente al Antiguo Régimen, al que detestaba fría, generosa, casi desapasionadamente, y que en todo caso ya estaba muerto y era tan solo un fantasma seis semanas antes de que Lenin retornara para tratar de derrocar al "gobierno más pío

del mundo" y diez semanas antes del regreso de Trotsky a Rusia. Más bien, se trataba de inflamar el odio hacia los liberales, los demócratas, los socialistas liberales, los social-demócratas, los pacifistas, los defensores de la nueva Rusia y de aquel gobierno que, a diferencia del que establecerían Trotsky y Lenin, tenía el tupé de considerarse a sí mismo prelegítimo y autodenominarse "provisional".

La efectividad de Trotsky como orador aumentaba en aquellos momentos en los cuales se trastornaban y conmovían las respuestas habituales de la masa desorganizada y normalmente pasiva de hombres y mujeres, aturdidos y desesperados por el creciente caos de la guerra, la destrucción y la revolución. En esos momentos, Trotsky era capaz de conducir a la masa al centro del escenario, darle un sentido de su propia importancia enorme aunque transitoria (dentro de los fines de Trotsky y más aún en los de Lenin la actividad independiente de las masas tenían un significado transitorio); entonces, podía convertir al aturdimiento y a la frustración en credulidad con respecto a las soluciones fáciles y en cólera, odio, desconfianza y desprecio por todos y cada uno, excepto por los bolcheviques.

Uno de los auditorios favoritos de las escenas de masas montadas por Trotsky lo constituían los marineros del Kronstadt. Oprimidos por los métodos despóticos de ese minúsculo despotismo flotante, un acorazado, se rebelaron contra todos los mandos, toda disciplina, todo gobierno. Rechazaron no sólo al Gobierno Provisional sino también al Soviet de todas las Rusias, creando su propia "República Soviética independiente". Encarcelaron a sus oficiales en los mismos agujeros infernales que éstos habían usado para castigarlos y muchos fueron ahogados o linchados sangrientamente. "A los más odiados", observa Trotsky, "se los empujaba al hielo",[3] por supuesto, mientras todavía estaban vivos. "Los actos sangrientos de represalia", agrega sen-

[3] León Trotsky, *La Historia de la Revolución Rusa* (The History of the Russian Revolution, trad. Max Eastman, 3 Vols.; Nueva York, 1932), I, 395.

teuciosamente, "eran tan inevitables como el rebufar de un fusil."[4] Incluso cuando en una oportunidad Trotsky trata de poner límites al odio que él mismo estaba explotando (estaban a punto de linchar a Chernov) no olvida emplear el halago: "Ustedes, los hombres rojos del Kronstadt, han llegado aquí, tan pronto como supieron del peligro que amenaza a la revolución... Larga vida tenga el Rojo Kronstadt, gloria y orgullo de la revolución."[5] De pie, frente al barco anclado en Kronstadt, incitando a los marineros contra el Gobierno Provisional y el Comité Ejecutivo de los Soviets, expresa: "Les digo a ustedes que las cabezas deben rodar, que la sangre tiene que correr... La fuerza de la Revolución Francesa estaba en una máquina que cortaba la cabeza de los enemigos del pueblo. Es un excelente artefacto. Nosotros debemos tener uno en cada ciudad."[6]

En 1921 Trotsky tendrá que dirigir tropas escogidas encabezadas por delegados a un Congreso Bolchevique a través del hielo, para someter a la "flor de la revolución", que no sabía cómo detener su propia actividad y su oposición anárquica al poder dictatorial, pero este episodio queda fuera del campo que abarca los tres volúmenes de Trotsky.

Como historiador "marxista" Trotsky inicia su obra con una descripción económica que parte de la estructura de clases, las luchas de clases, los partidos de clases y un análisis de clase de cada acción, discurso, propuesta y personaje.

La descripción económica comienza con una explicación del atraso de Rusia, que para Trotsky tenía enormes ventajas. No son las ventajas que se señalan comúnmente, es decir, que cuanto más tarde ingresa un país al industrialismo más rápido adquie-

[4] *Ibid.*, p. 256.

[5] El episodio está en la *Historia* de Trotsky, Vol. II. Las palabras del discurso de Trotsky están registradas en *La Revolución Rusa: 1917* (The Russian Revolution: 1917, trad. Joel Carmichel, Nueva York, 1955) de N. N. Sukhanov, p. 446. En el original de Sukhanov, *Zapiski o revolutsii*, el episodio y las palabras citadas aparecen en el Vol. IV, pp. 423-55.

[6] Wladimir Woytinsky, *Pasaje Tormentoso* (Stormy Passage, Nueva York, 1961) p. 286.

se las técnicas modernas de otros países sin tener que pasar por los primeros estadios y sin tener que cargar con muchas plantas obsoletas. Las ventajas, para Trotsky, son principalmente políticas y dan lugar al enunciado de lo que él considera la "ley fundamental" de la Revolución Rusa.

En primer lugar, cuanto más atrasada se encuentre la economía, más débil será la burguesía y más retardada la estructura democrática que Trotsky enlaza dogmáticamente con lo que él llama "revolución democrática burguesa". De ahí que cuando Rusia se apropia de las técnicas de la moderna industria pesada, se crea un proletariado que es más concentrado, más poderoso y, por supuesto, más revolucionario que la burguesía. De allí surge el lema de Trotsky: "Un gobierno de los trabajadores, no un gobierno del Zar". La burguesía sufre un proceso de desgaste y, paralelamente, también la "revolución democrática", que Trotsky identifica con ese gobierno.

En segundo lugar, cuanto más tarde históricamente ocurre una revolución, más "avanzada" y "moderna" es la ideología que puede importar. Rusia derrota al zarismo en el siglo veinte y ello implica –otra vez dogmáticamente– un siglo de atraso para una revolución democrática o una asamblea constituyente. "A mediados del siglo XVII", escribe Trotsky, "se desarrolló la revolución burguesa en Inglaterra bajo la apariencia de una reforma religiosa." En el siglo XVIII, Francia pudo pasar por alto la Reforma. En el siglo XX, después del surgimiento del socialismo marxista, "Rusia pasó por alto la democracia formal del mismo modo que Francia había saltado por encima de la Reforma".[7]

La dictadura soviética es, por definición, la dictadura del proletariado. (En sus escritos de 1930-32 Trotsky no da señales de que ésta se transformara en una dictadura del partido que en nombre del proletariado gobierna a todas las clases, incluida la de los trabajadores.) En consecuencia, del mismo modo que la Revolución Francesa prescinde de la Reforma, Rusia omite la "democracia pura". Estas proposiciones con respecto al "atraso"

[7] Trotsky, *Historia*, I, 14-15.

y a la "apropiación" constituyen el núcleo de la famosa "ley del desarrollo combinado" de Trotsky.

Esta "ley general" conduce a innumerables deducciones, inferencias, corolarios y sentencias; la siguiente es un ejemplo típico:

Podemos formular esto con carácter de ley: Los gobiernos revolucionarios son los más liberales, los más tolerantes, los más "magnánimos" con la reacción cuanto más superficial es su programa; cuanto más se ciñan al pasado, más conservador será el rol que jueguen. Y recíprocamente: la concentración del poder revolucionario es más intenso y su dictadura más patente cuanto más gigantescas sean las tareas que tiene que cumplir y los intereses creados que tiene que destruir.[8]

Tales proposiciones son tratadas invariablemente como absolutamente evidentes y están a mano para clarificar cualquier problema.

No menos evidente, y fácil de manipular en términos dogmáticos, encuentra nuestro historiador el concepto de clase. Que el proletariado será la única clase que jugará un papel protagónico en una revolución en el siglo XX y que se constituirá como gobierno único y necesariamente dictatorial es, para Trotsky, un axioma. Igualmente axiomático es concebir que existe un único partido proletario y socialista; todos los demás son burgueses o –lo dice con más benevolencia pero también con más desprecio– pequeñoburgueses.

Un partido es pequeño burgués cuando considera que el pueblo *(narod)* deberá hacer la revolución y gobernar, y en *narod* incluye tanto a los campesinos como a los obreros, e incluso a los intelectuales –tal como lo hizo el Partido Socialista Revolucionario.

Aunque un partido comparta el mismo programa con los bolcheviques, tal el caso de los mencheviques entre los años 1903 y 1919, eso no le da derecho a titularse proletario y socialista. La historia reserva esos títulos para el bolchevique, el par-

[8] *Ibid.*, p. 236.

tido de Lenin y de Trotsky. Esto convierte a toda la historia política en una cosa deliciosamente simple.

Cualquier resolución del Ejecutivo de los Soviets, integrado por un número dominante, hasta octubre de 1917, de Socialistas revolucionarios y mencheviques, con una minoría bolchevique, es automáticamente burguesa, salvo que haya sido propuesta y votada por los bolcheviques.

La Duma de la ciudad de Moscú, elegida por una votación que incluía a un 58 por ciento de socialistas revolucionarios, algo menos de un 12 por ciento de mencheviques y un porcentaje menor de bolcheviques, alrededor de un 17 por ciento de demócratas constitucionales y, virtualmente, ningún reaccionario, toda vez que toma una decisión contraria al voto de los bolcheviques se dice que representa a la burguesía o a la "presión de los círculos burgueses".

Tampoco la guerra es complicada. Es el símbolo del imperialismo burgués. De ahí que todos aquellos que desean continuarla –aunque ello implique derrocar a Miliukov por haberse entregado a "fines imperialistas", o tratar de imponer a los Aliados y a las Potencias Centrales una paz temprana sin vencedores ni vencidos, o tengan por objeto la autodeterminación de los pueblos o favorezcan, simplemente, la defensa de la Rusia revolucionaria contra una invasión, o estén a favor de una paz temprana, separada, sin revolución posterior en Rusia y sin revolución mundial– son imperialistas burgueses por definición.

Los problemas que implica el poder –del Gobierno Provisional, del poder doble, del poder soviético, de la asamblea constituyente, de la democracia, de la dictadura– se resuelven de un modo igualmente sencillo e infalible mediante la repetida fórmula de este aprendiz de brujo.[9] El Gobierno Provisional es capitalista por definición. El poder doble es el gobierno simultáneo de "dos clases", una representada por la "burguesía" agrupada alrededor del Gobierno Provisional y la otra por "los tra-

[9] La justificación de este término se encontrará en la última frase de este capítulo.

bajadores y los soldados" agrupados alrededor del Soviet. Es
convierte al Gobierno Provisional, *ipso facto*, en burgués. Po
si el Soviet no toma en sus manos todo el poder y continúa ap
yando al Gobierno Provisional, la mayoría del Soviet, sus di
gentes y sus acciones se convierten también en burgueses. O e
pequeños burgueses. (El pequeño burgués parece ser algo
que es burgués por definición, sin saberlo.)

¿Qué pasaría si el Soviet toma bajo sus manos la totalid
del poder, el lema alrededor del cual Trotsky emprende la ba
talla épica que ocupa la mayor parte de sus tres volúmenes? S
podría pensar que eso representa el triunfo del proletariad
Pero, ¡no nos apresuremos! Los Soviets, desde febrero hasta o
tiembre, tienen todavía una mayoría de socialistas democráticos
o sea, de pequeños burgueses. La toma de la totalidad del pode
por los Soviets llevará sólo a transferir la batalla por el pode
a un terreno más favorable. Esta organización de "trabajado
y soldados" se convertirá en "proletaria" únicamente cuando lo
bolcheviques alcancen la mayoría. Y, entonces, su transfigura
ción proletaria será automática. "Sólo la capa dirigente" (se re
fiere con eso al Partido Bolchevique) "tiene un programa pol
tico... Sin una organización directriz la energía de las masas se
disiparía como el vapor que se escapa de una caja de pistones."[10]

Evidentemente, la Asamblea Constituyente no es una caj
de pistones ni un pistón adecuado para encerrar al vapor que
mueve la locomotora de la historia. También esto es evidente po
definición, pues la Asamblea Constituyente pertenece al siglo XX
representa la democracia "pura" o "formal"; representa a la na
ción, a todo el pueblo, o sea, a todas las clases de la población
En consecuencia, no le sirve al socialismo del siglo XX, ni a la
dictadura del proletariado, ni al gobierno de las "capas dirigen
tes". Todo aquel que en 1917 trabaje para la realización del
viejo sueño del siglo, o sea que el pueblo ruso pueda, por sí
determinar su propio destino libremente y escribir con indepen
dencia un catálogo de libertades públicas y de reformas so

[10] Trotsky, *Historia*, I, XVIII-XIX.

se apresta a ser condenado, en el mejor de los casos, de pequeño burgués, desclasado y, finalmente, se le negará la libertad de formar un partido o de proclamar un programa. Aquellos que apremian a los comités agrarios para que preparen una transferencia justa y sistemática de la tierra a los campesinos pero que desean dilatar la terminación del programa y su ratificación por la Asamblea Constituyente caen dentro de la misma red aniquiladora de los rótulos.

Es verdad que en vísperas de la toma del poder, cuando Trotsky pronuncia su discurso, después de ser elegido para presidir el Soviet de Petrogrado, promete solemnemente: "La completa libertad para todos los partidos y el respeto por las leyes será el espíritu con que conduciremos las tareas del Soviet de Petrogrado. El Presidium no ayudará nunca a la supresión de la minoría".[11]

Sin embargo, Trotsky historiador prefiere olvidar esta promesa. Por una vez se olvida de citar las palabras inolvidables de León Trotsky. Cuando Sukhanov, tres años después de la toma de poder bolchevique, le recuerda la promesa, Trotsky se queda un rato en silencio y luego dice pensativamente: "Aquellos eran días buenos".[12]

No puedo concluir el análisis, demasiado breve, de estos tres densos volúmenes sin una rápida referencia acerca de lo que el historiador encontrará en ellos.

Primero, una exposición vigorosa y elocuente de las doctrinas y dogmas que guiaron a Lenin y a Trotsky en 1917.

Segundo, una brillante descripción literaria de escenas de la revolución y de las acciones de masas.

Tercero, perfiles notables, unilaterales e injustos hasta el punto de la caricatura, pero siempre vívidos y reveladores, de los principales actores.

Cuarto, un relato, sin paralelo en la literatura histórica, so-

[11] Sukhanov, *Zapiski*..., VI, 188 ff.
[12] *Ibid.*, p. 190.

bre la estrategia y las tácticas, los movimientos militares, en la preparación de la engañosa conspiración de octubre para tomar el poder con el pretexto, simplemente, de defender la revolución. Trotsky se alegra de su habilidad para disfrazar cada paso de la ofensiva como una acción defensiva y se regocija ahora recordando y exponiendo meticulosamente, después de los acontecimientos, todos los detalles que él conocía mejor que cualquier otro hombre, incluyendo a Lenin, pues como Jefe del Comité Militar Revolucionario y del Soviet de Petrogrado, fue el encargado de planear cada paso, de cubrir cada maniobra con la descarada impudicia de su elocuencia y de dirigir personalmente el cumplimiento de todas las medidas. Toda la literatura sobre el tema reunida no alcanza a igualar sus capítulos sobre "El Comité Militar Revolucionario" y sobre "La conquista del capital".

Quinto, esta historia pone al descubierto, voluntaria o involuntariamente, el alma de uno de los principales actores de la toma del poder de octubre, el más importante en el breve lapso de su consumación.

Por último, ningún historiador de Rusia o de la Revolución puede pasar por alto esta historia. Sin embargo, advertirá que la pluma de Trotsky es, a menudo, persuasiva y continuamente unilateral. Es siempre un deber del historiador, olvidado con demasiada frecuencia por el culto a la terrible diosa del Éxito, investigar las verdades de los vencidos junto a las verdades que publican los vencedores. Pero, particularmente en este caso, el lector deberá estar bien equipado con un conocimiento de las verdades de los vencidos, sobre todo porque en este deslumbrante fluir de palabras que registran la victoria de Trotsky y de su partido están ocultos también algunos de los secretos que explican por qué finalmente debe considerarse a Trotsky como uno de los vencidos.

15. RETRATO DEL ANIMADOR DE LA REVOLUCION PERMANENTE

BORIS BAJANOV

Alguien ha dicho que Trotsky merecería ser cantado en versos blancos. Ironía. Hagamos justicia al adversario: Trotsky es una fuerte personalidad.

Las primeras sesiones del Politburó a las que asistí me asombraron por la enorme diferencia intelectual entre Trotsky y los demás miembros. Trotsky está muy por encima de los Stalin, los Zinoviev, los Rykov...

Le falta, eso sí, ponderación. Es una mezcla de grandes cualidades y de verdaderos defectos. Pero no deja de ser una vigorosa individualidad.

Trotsky gusta de repetir las palabras de Buffon: "El estilo es el hombre". Al citarlas piensa en sí mismo. Quisiera tener la espiritualidad y el brillo de su verbo. Armonizar el continente con el contenido. La manera con que se expresa y lo que expresa. Es mucho más un actor que un verdadero y profundo político.

A Stalin le devora la pasión oculta del poder. Quiere gozarlo en secreto. Trotsky es un hombre de pose. Es político porque la política es escenario, porque permite brillar, exhibirse, glorificarse...

El arte de Trotsky es la palabra. Sin embargo, no es lo que se suele llamar un gran orador. Su palabra no evoca el río cau-

daloso, lleno de majestad. Es una llama. No podría admitirse en los debates parlamentarios. Trotsky, dentro del hemiciclo, sería constantemente llamado al orden. Su lugar está en las barricadas, en la calle, ante la muchedumbre rebelde. Su voz honda, clara, tonante, incisiva, es admirable para electrizar a las masas. Posee el vocablo hiriente, grave, preciso, penetrante. Sus obras preconizan la *revolución permanente*. No es extraño; él mismo no cesa de agitarse, de hervir, de mantenerse en perpetua revolución.

Por su envergadura lírica resulta incomparable en los momentos de crisis. El mes de noviembre de 1917, a la hora del golpe de Estado, Trotsky pronunciaba en el Congreso de los Soviets un discurso de tan magnífica vehemencia que le clasificó en seguida entre los grandes jefes, a la derecha de Lenin. Y cuando –1919– el régimen soviético amenazaba zozobrar, exclamó: "¡Nosotros partiremos, pero haremos crujir la puerta de tal modo que temblará el mundo!"

Trotsky no se contenta con hablar. Revolucionario hasta la médula de los huesos, sabe obrar cuando la palabra carece de efecto. Y en la acción es cruel, inhumano.

Durante la guerra civil se envió a Petrogrado una brigada del Ejército Rojo. Era el otoño. La brigada carecía de lo más necesario. Sobrevino el hielo, y, como los soldados no contaban ni con un par de botas, fueron bloqueados por el frío en el interior de los cuarteles. La situación precisaba nuevos refuerzos. Trotsky telegrafió: "La brigada partirá sin dilación para el frente". Pero la brigada se negó a salir. Trotsky cursó el siguiente ultimátum: "Si la brigada no ha partido dentro de dos horas será bombardeada por la artillería".

Los cañones tomaron posición ante los cuarteles, dispuestos a abrir el fuego contra éstos. La situación adquiría caracteres serios. Los sediciosos dijeron entonces: "Nuestra voluntad no se opone a que salgamos para el frente; estamos todos conformes en salir; pero la brigada no tiene ni un solo par de botas y está helando". Trotsky fue inflexible. Se repartieron treinta pares de botas a treinta hombres, que un camión condujo hasta la estación

gón del ferrocarril. Así que hubieron embarcado aquellos trescientos hombres, se les obligó a descalzarse, repitiendo la misma operación con los restantes. Y de este modo embarcaron todos. Los soldados marchaban a luchar descalzos. "Esto no tiene importancia –dijo Trotsky–; es, tal vez, preferible: al menos no podrán entregarse al pillaje durante el camino."

El talento de Trotsky le permite elevarse a grandes alturas, pero le falta el sentido de la medida. En el seno de los grandes acontecimientos, el orador pronuncia discursos formidables, arrastra a las masas, impone su pose. Es una pose histórica. Mandando el Ejército Rojo, Trotsky pasaba revista a las tropas sobre un automóvil blindado. Lo cual era una pose tolerable. Mas la desgracia de Trotsky es que esa pose ha penetrado dentro de su carne y de su sangre. Trotsky actúa para la Historia, aun cuando realiza cosas ajenas a la Historia, como sentarse en una silla o sacar su pañuelo del bolsillo.

El triunvirato Zinoviev-Kamenev-Stalin había decidido (otoño de 1923) eliminar a Trotsky del Ejército Rojo.

En una sesión plenaria del Comité Central del partido comunista ruso propusieron "los tres" aumentar el número de miembros del Rewoinsoviet (Consejo Supremo de Guerra, que presidía Trotsky), para hacer ingresar en aquél varios miembros del Comité Central, donde Stalin *trabajaba*... Todos comprendieron que se minaba el terreno de Trotsky. El mismo lo comprendió también. Tomó la palabra y lanzó una violenta filípica: las cartas a la vista. La sombría intriga para hundir al "guía de la revolución" veíase a plena luz. Pero Trotsky no toleró el juego. Veterano de la revolución, pidió al Comité Central le aceptase la renuncia de todos sus grados y honores soviéticos, para alistarse como simple soldado en la revolución alemana que estaba en marcha. Terminó diciendo que, al menos, esto no le sería rehusado.

Aquellas palabras resonaron como redobles de tambor. La amenaza de un épico acontecimiento gravitaba sobre los asis-

tentes, y, bajo el gran palacio del Kremlin, sentíanse oscilar las balanzas de la Historia.

Ante el verbo solemne y agudo del jefe revolucionario flaqueaba el triunvirato. Inmediatamente después de hablar Trotsky se levantó Zinoviev, para pedir que también a él se le enviara a conspirar a favor de la causa proletaria alemana... El drama se convertía en comedia. Stalin, interviniendo entonces, declaró con la mayor seriedad que nunca consentiría el Comité Central el riesgo de dos vidas tan preciosas, ni dejaría partir para Alemania a ninguno de los "ilustres y amados jefes".

El Comité Central, animado de patética solicitud, aprobó la proposición. La farsa política urdida por el triunvirato se habría deslizado bien si el delegado de Leningrado, Komarov, niño terrible, no hubiera hecho observar: "¿Por qué este querido Trotsky emplea esas maneras? Y usted, venerado jefe, no debe conmoverse por tales fruslerías".

Aquella intervención desventurada hizo estallar a Trotsky. Con enérgico acento gritó que él no quería figurar entre los comicos de la farsa, y se precipitó hacia la puerta.

El Comité Central estaba desconcertado. Una atmósfera siniestra pesaba sobre ellos. Pero en aquel momento la pose recuperó sus derechos. Para que el efecto fuese completo, Trotsky pensó dar un portazo al salir, "hacer crujir la puerta".

La escena se desarrollaba en el salón del trono. La puerta de este salón es enorme y maciza. Trotsky tiró de ella con todas sus fuerzas, pero las pesadas hojas se abrieron con una lentitud mortal. Debiera haber renunciado Trotsky a su propósito. Hay puertas que no es posible hacer crujir. Sin embargo, furioso, realizó un nuevo esfuerzo violentísimo para cerrarla. Mas la puerta tardó tanto tiempo en cerrarse como había tardado en abrirse. Así, en lugar del gesto definitivo de una ruptura histórica, se vio una delgada e impotente silueta luchando en vano con una puerta que no se dejaba cerrar...

La cara de Trotsky recuerda la de Mefistófeles. Tiene

mirada penetrante, el mentón de una vieja, la barbilla de un chivo. Pero lo que asombra es el modo cómo lleva la cabeza.

¡Con qué majestad, con qué fiereza altiva! Trotsky no olvida ni un instante que la Historia está allí... enfocándole su aparato fotográfico, y le pide una digna actitud. ¡Alta la cabeza! ¡La revolución marcha bien, que diablo! Trotsky está convencido de que él no sólo la condujo, sino que la encarna de manera soberbia.

Es un gran organizador, pero un organizador apasionado. Puede sugestionar a las masas con un vibrante discurso, lanzar la contraseña precisa, aguda como una flecha. Puede levantar los corazones y duplicar las energías. Es un grande hombre de las horas críticas. No sirve, empero, para una labor normal y cotidiana.

Durante la época más sombría de la lucha bolchevique, apenas circulaban los trenes en Rusia. No circulaban por la sencilla razón de que los obreros ferroviarios, hambrientos y sin recibir salario alguno, empleaban todo su tiempo en cultivar legumbres y en ir a buscar comestibles a la ciudad. Los mismos obreros, continuamente de viaje, no podían facilitar los viajes del prójimo. Rusia se moría de arterioesclerosis. Entonces fue nombrado Trotsky Comisario del Pueblo de Vías de Comunicación.

De lo sublime a lo ridículo media un paso. Tratándose de Trotsky, de lo sublime a lo ridículo no hay ni un paso. Entró en funciones el nuevo dictador de los ferrocarriles y lanzó un manifiesto de lo más patético, destinado a encender la llama del sacrificio en los corazones endurecidos de los obreros ferroviarios: "¡Cesaremos de plantar patatas, moriremos de hambre en nuestro puesto revolucionario y ferroviario, pero los trenes marcharán!"

A pesar de este llamamiento demosteniano, que contenía una suma de signos de admiración jamás vistos en toda su vida por un jefe de oficina, los obreros no experimentaron el menor deseo de morir de hambre junto a su puesto "revolucionario" y "ferroviario", y continuaron plantando patatas. Los trenes no circularon. Trotsky tuvo que renunciar a que circulasen.

Trotsky está lejos de poseer la perfecta ausencia de principios, la flexibilidad y el disimulo que eran patrimonio de Lenin. A Lenin se le decía: "Mientes", y se le demostraba que mentía. Entonces él ponía furioso, se indignaba, acabando por responder: "No comprendo cómo se puede engañar; yo no sabría hacerlo". Pero a la mañana siguiente tomaba la pluma: "Todo el que cree —escribía— en la palabra de otro, es un idiota".

Esta última máxima de su maestro —la más sincera—, Trotsky parece haberla olvidado. Creyó demasiado en la palabra de Lenin. Se esforzó en hacer una política de principios, lo que prueba que no ha comprendido la esencia del "leninismo". Lenin era de una imprudencia increíble dentro del dominio práctico.

El punto más débil de Trotsky es, quizás, la falta de originalidad en el terreno de las ideas. Trotsky se nutre del arsenal de los pensamientos de Lenin. Asimismo, no obstante sus distinguidas dotes intelectuales, ha cometido torpezas, torpezas verdaderamente sorprendentes por su candidez.

Toda su lucha con Stalin lo hace ostensible. Trotsky no comprendió que las circunstancias habían cambiado, que los viejos esquemas leninistas no eran aplicables bajo las condiciones actuales. Para conquistar la fuerza en el seno del partido recurrió a métodos rancios: ingenuidades políticas, tendencias, divisas, fines y miras lejanas, etcétera..., y valiéndose de estos medios no podía conseguir la sujeción de las palancas directrices del partido. Se equivocó en los procedimientos. Por eso fue fácilmente vencido.

Dado su temperamento, casi no conviene la actuación de Trotsky en el período actual, de relativo pacifismo. Trotsky necesita la tribuna, el redoble de los tambores, el crujir de puertas para que el Universo tiemble. Lo que él decía: "Por encima de los gobiernos"... "De los trabajadores del mundo entero"... "Nada nos detendrá. ¡Si es preciso aniquilar millones de hombres, los aniquilaremos!" Trotsky fue la figura animadora del Terror.

16. TROTSKY, MAESTRO DE CONCIENCIAS

ERNESTO MONTENEGRO

Por los mismos días del asesinato de Trotsky, los diarios contaron un caso ocurrido en un pueblecito de este país, y que si bien era presentado como algo bizarro, me hizo pensar una vez más en el héroe muerto. Un hombre ya viejo y pobremente vestido salió muy de mañana a la calle, llevando una escoba, y se puso a barrerla de un cabo a otro. Cuando le preguntaron por qué hacía eso, respondió sencillamente:

—Yo soy un extranjero, de Praga, y me hallo sin empleo. América (Estados Unidos) no me deja morirme de hambre y me pasa un socorro mensual. Yo quiero corresponder, pues, a la generosidad de este país, y no hallando otra manera de ser útil, me pongo a limpiar la calle.

Estoy seguro que, de haber presenciado esa simple escena, que a muchos parecería grotesca o cuando más divertida, el gran corazón de Trotsky se hubiese emocionado. Habría sonreído y estrechado la mano del viejo, con efusión de camarada. Estaba ante un caso auténtico de esa nobleza innata de ciertas almas que, como la viuda de Nam, están dispuestas a dar a la medida de lo que poseen. Son esas naturalezas en que la conciencia está sana y bien despierta, en quienes la solidaridad humana tiene la fuerza de un instinto superior. Es una manifes-

tación de heroísmo que nos sale al paso cuando nos sentimos abatidos de sufrir la villanía, el apocamiento o nada más que la inconsciencia del promedio humano, y gracias a la cual volvemos a recobrar la fe y hasta a sentir el orgullo de ser hombres. Lo mismo ocurre si en una calle populosa vemos a alguien atajar un caballo desbocado, o en un barco un marinero se lanza por la borda a recoger un náufrago, o un médico se condena a morir bajo el bombardeo del radium.

Es la casta sin castas de los grandes espíritus que redimen a la humanidad de su condición servil, del miedo, del egoísmo, de la hipocresía. Ellos son la sal y la levadura de la vida. Y cuando de la proeza física pasamos a las manifestaciones del valor moral, nuestra admiración es todavía más ferviente, porque el valor moral es aún más heroico, por lo mismo que es menos espontáneo, más deliberado que el acto a menudo reflejo de lanzarse en socorro de un semejante. El heroísmo moral de un Padre Las Casas, de un Cristóbal Colón, de un Trotsky, presupone no solamente el riesgo de la vida, sino también el sacrificio cotidiano de amigos, familia, comodidades corporales, resignación al malentendido del vulgo y a la calumnia de los grupos interesados, y la renuncia constante a eso que los teólogos llaman el respeto humano.

Un hombre, un gran hombre, ve claramente en su conciencia "su" verdad, y ya no puede apartar los ojos de ella. Si es un héroe moral, como el defensor de los indios, identifica esa verdad con su ideal de perfección, y lo llama Dios. Las penalidades, el tormento, son males harto livianos cuando se ha llegado a esa visión del Supremo Bien. Si nuestro héroe persigue una gran verdad objetiva de la ciencia, ni la altanería de los cortesanos, ni la descarada presunción del fraile, ni las noches en un banco de piedra o los días a pan seco, podrán desviarlo de su estrella. Y si enfrentamos un héroe del pensamiento, como en el caso de Trotsky, descubrimos con asombro que para ciertos espíritus muy altos las ideas pueden ser también una pasión exclusiva y absorbente, la pasión de una vida. Y también su Pasión, su vía crucis.

En cualquiera de esos casos las marcas distintivas del genio son lo intenso del sentir y lo extenso del predicar. Cualquiera de nosotros pasa por un arrebato pasional, y mientras éste nos dura hacemos o decimos algo en que hemos puesto nuestra alma entera. Pero únicamente los individuos geniales tienen esa capacidad sobrehumana de vivir todas sus horas como si cada una fuese el último instante de su vida, aquél en que pasado, presente y porvenir se anudan y giran en torno del moribundo con relampagueante clarividencia. La inmensa mayoría de los hombres van como a la deriva, medio ciegos, medio dormidos, ayunos de ideas, con sus pasiones degeneradas en vicios y su sentimiento de lo bueno y lo verdadero y lo justo tan anquilosado como un órgano que dejó de ejercitarse desde la niñez.

En Trotsky todo es claro, firme y rotundo. Sus sesenta años corren rectos tras su misión, sin un desfallecimiento. Su enemigo Stalin le salvó de ver emporcarse su ideal en las componendas y claudicaciones de que, sin embargo, debía de ser acusado un día, y en las cuales su rival había de caer realmente años más tarde. La orgullosa vida de Trotsky, ha dicho alguien. Magnífico orgullo ése que sostiene a un hombre por más de veinte años de destierro, y que en la agonía le impulsa a confirmar su fe en el porvenir de la humanidad. Ante su ejemplo, uno no puede dejar de decirse: puede que el comunismo de Trotsky no sea "toda" la verdad, puede que su doctrina llegue a ser superada por una fórmula más flexible, que abrace toda la complejidad de la naturaleza humana y los anhelos inefables del espíritu, una sociedad en que el luchador halle ocasión de emplearse en la lucha, el soñador en sus sueños y hasta el místico en su recogimiento ultraterreno. Pero la vida de Trotsky, su pensamiento, su conciencia, alumbrarán el porvenir como una antorcha encendida y chispeante, en que un héroe genial fundió sus experiencias y sus angustias, el fracaso político, sus hijos muertos en rehenes, su errancia por el mundo ante el acoso de sus enemigos, vaciando su pensamiento en palabras recias y bruñidas de artista, de apóstol y de pensador.

17. PERFIL DE UN REVOLUCIONARIO

CIRO ALEGRIA

El proceso de la revolución rusa continúa abierto y lo estará todavía durante mucho tiempo. No se puede hablar de ella como de la francesa, a la cual la específica naturaleza de sus conquistas y proyecciones, delimitó ya con netos contornos dentro de la historia. Esta revolución del año 17 libra aún su batalla, que será más dura en el momento en que decida campear por el mundo o cuando sus adversarios se le abalancen en un intento de ahogarla.

Creo necesario advertir de primera intención, a fin de que se perciba con claridad el tono exacto de mis palabras, que pertenezco a una generación que abrió los ojos ante el panorama universal cuando la revolución rusa hacía algunos años que elevaba su alta llama en el horizonte. En vano nuestros maestros trataban de sugestionarnos y ganarnos para su causa confiriendo a *su* revolución, o sea a la francesa, la dignidad de la antorcha. Nosotros no la veíamos o, mejor dicho, queríamos ignorarla. La que nos alumbraba, la *nuestra*, era la rusa. Siguiendo su luz hemos caminado durante largos años. No ha sido un viaje exento de tormentas. Y así, es con tristeza y angustia que ahora pensamos en la muerte de León Trotsky.

Comenzando a escribir sobre él y al estampar la palabra

"perfil" en el título, lo hice muy deliberadamente. En verdad, los límites de un artículo de revista resultan demasiado estrechos no digo para analizar sino que tan sólo para explorar los múltiples aspectos de una figura tan rica y poderosa.

Trotsky fue, en vida y obra, un hombre de pensamiento y un hombre de acción y, sobre todo, en la acepción más amplia del término, un revolucionario. Doy a este vocablo su cabal sentido de transformación. Enemigos de izquierda y derecha, en la campaña mundial de desprestigio emprendida contra Trotsky, han querido descalificarlo considerándolo como un hombre capaz de sueños. El expediente es viejo y pueril. La historia muestra que la humanidad llama sueños a las realidades distantes.

No fue un soñador, decididamente. Lo prueban su fuerza dialéctica y su capacidad de acción. El, manejando el método marxista y una vez conseguida la victoria inicial dentro de Rusia, arquitecturó un plan revolucionario factible y cuya eficacia, en todo caso, es imposible negar a menos que se asuma el papel de augur gitano. Antes, enfrentado a la acción, fue factor decisivo en el golpe de estado de octubre —obra maestra de la técnica revolucionaria— en la organización del Ejército Rojo y en las posteriores tareas constructivas.

Su ortodoxia ha sido considerada como falta de *realismo*. Permítaseme apuntar que, dentro del lenguaje revolucionario, *realismo* es una palabra peligrosa. Nadie puede, ciertamente, señalar sus límites y menos precisar el momento justo en que ella comienza a atentar contra el sentido mismo de la revolución. Si se trata, evidentemente, de modificar la realidad, un *realismo* que se ciñe a lo establecido y sirve a sus tendencias no podrá operar con un impulso de veras transformador. Lenin decía: "Si la realidad es contraria a nuestro pensamiento, tanto peor para la realidad". Ya oigo que los *realistas* recuerdan con un acento de triunfo, a la Nep. Mas la nueva política económica no fue una desviación del espíritu revolucionario. Bien está que la acción inmediata exija, en ocasiones, acelerar o retardar el compás de la marcha, pero las premisas fundamentales no deben

ser lesionadas. Así entendió el realismo Lenin y así lo entendió Trotsky. Combatiendo por hacer triunfar su concepto, ha vivido una existencia heroica de cuyo mérito está llamado a atestiguar el tiempo.

Ha de considerarse de modo especial su labor de escritor, pues en Trotsky, escribir era también una manera de actuar. No había nada de yerto ni inútilmente especulativo en sus páginas. Dueño de un estilo brillante, con una claridad expositiva y una habilidad polémica realmente extraordinarias, escribir le significaba combatir, atacar, defender, sembrar. En una palabra, actuar. Su pensamiento trabajaba por hacerse acción cada día y es como un símbolo el hecho de que Trotsky haya muerto con el cráneo hendido por un golpe de pica.

Estoy seguro de que, una vez que se acalle la vocinglería, Trotsky surgirá en la historia como un hombre que intervino, con decisión y lucidez, en una gran parte de la jornada del mundo. No es poco decir y más si se considera que ahorro desprestigiados adjetivos.

En la contienda entre Trotsky y Stalin se han dicho muchas palabras inútiles y será muy rara la voz que haya hablado por encima de las necesidades subalternas de una u otra facción. De todos modos, el hecho de que Stalin ganara la partida a Trotsky prueba ya que es un luchador hábil. Con esto no aludo a las cruentas purgas moscovitas que hirieron de mala manera el corazón de los revolucionarios del mundo. Me refiero al tiempo en que ambos se enfrentaron dentro de la misma Rusia y Stalin venció. Pero la prueba de quién tuvo la razón no ha llegado todavía. Es posible que ante ciertas quiebras pequeñoburguesas y socialdemócratas, la idea ortodoxa de Trotsky cobre nueva beligerancia y que, aun sin reconocer que dentro de ella late el espíritu del caído de México, sea llevada a la vanguardia del combate.

IS. TRIBUTO AL GRAN VIEJO

JAMES T. FARRELL

La vida de León Trotsky es uno de los más grandes dramas trágicos de la historia moderna. Empeñado de cuerpo y alma contra los despóticos gobernantes de un gran imperio, consciente por entero del poder, la astucia, los recursos y la crueldad de su enemigo, Trotsky tiene a su disposición una sola arma: las ideas. Pero su valor nunca desmaya, ni se quebranta nunca su voluntad. Sus hijos son asesinados o conducidos al suicidio; sus amigos, sus colaboradores y secretarios caen uno a uno. Toda su generación es aniquilada. Se ve obligado a vivir prisionero, expuesto constantemente al golpe de un asesino. Es bastante fatalista para saber que tal vez no alcanzará a ver triunfantes sus ideas. Sin embargo, acepta sin ninguna vacilación todos los riesgos que supone la siembra de su doctrina. Y finalmente, cuando sus enemigos comprenden que son incapaces de refutarle sus ideas, destruyen su cerebro con un hacha.

Durante los últimos cuarenta años, la vida de León Trotsky estuvo consagrada a un solo fin: la revolución socialista. Miraba con el mayor desprecio a los hombres que en el poder cambiaron su papel histórico por una cartera ministerial. Y ¿cómo es posible comparar la conducta de éstos con la de él, cuando pier-

den a su vez el poder y son arrojados al destierro? Ellos no hacen más que viajar de una capital a otra solicitando el favor de la opinión pública burguesa, intrigando, maniobrando, manipulando con la esperanza de que tal vez el Quaid d'Orsay, Downing Street o la Casa Blanca, le devuelvan sus carteras. Sólo Trotsky es bastante grande para estar solo, al nivel de su posición histórica. En el destierro escribe un libro tras otro, una brillante serie de obras sin paralelo en nuestro tiempo, que aun más que el ejemplo de su vida constituirá la herencia de las generaciones venideras. Porque no se puede destruir con un hacha las ideas.

Admiré a Trotsky como figura histórica y sentía afecto por Trotsky como hombre. Aun sus adversarios reconocían sus espléndidas condiciones de escritor; pero su obra no es sólo brillante, es fecunda, sugestiva, iluminadora. Comparada con su método, agudeza y profunda seriedad, la producción de nuestros sabios y periodistas políticos norteamericanos, resulta morahmente flébil, sin médula, llena de fáciles improvisaciones. Ningún escritor político viviente alcanza hoy su aporte de predicciones clarividentes sobre los últimos sucesos mundiales.

La mayor parte de los críticos de Trotsky lo presentan como un Maquiavelo moderno, ansioso de poder personal, que aun desde el destierro se desesperaba por recapturarlo. Este concepto de Trotsky como un Maquiavelo, ansioso de poder, falsifica su índole. Trotsky, el materialista, tomaba las ideas con la mayor seriedad. Defendía el marxismo dogmáticamente. Rompía lanzas por el materialismo dialéctico en una época en que su aceptación o su rechazo no implicaban el poder. Su política se basaba en sus ideas. Sus decisiones estaban de acuerdo con sus premisas y principios. Vale la pena hacer notar que ni en las anécdotas acerca de Trotsky, ni en el recuerdo de muchas discusiones personales y menos en sus cartas, asoma una sola frase cínica sobre los métodos necesarios para tomar el poder, que se encuentra uno inevitablemente a cada paso en un maquiavélico tan grande como Napoleón. Trotsky tenía una confianza superior en

eficacia de sus ideas. Para sostener la hipótesis de un Trotsky maquiavélico hay que atribuir toda su vida, toda su voluminosa obra y toda su dilatada correspondencia a un enmascaramiento para ocultar su secreto hasta a sus amigos y más próximos colaboradores.

Pero Trotsky consideraba todas las cuestiones intelectuales como prácticas, concretas. Su manera de probar las ideas consistía en someterlas a la realidad histórica inmediata. En este sentido se aproximaba a los pragmáticos. Si bien sostenía algunos dogmas y a veces era esquemático en su pensamiento, Trotsky era asimismo relativista en el manejo de las ideas. Tenía un sentido agudo de la implicación de cada suceso y de su interdependencia. Recuerdo que durante una discusión que tuve con él subrayó la necesidad de concebir un hecho no sólo como algo que existe, sino como algo que está en el camino de llegar a ser. Este sentido del devenir en los acontecimientos, del carácter de relación de los mismos, era uno de sus más notables rasgos intelectuales. Nunca aislaba los acontecimientos políticos; los veía cohesionadamente en su escenario internacional. No era un empírico vulgar ni se permitía substituir con fáciles interpretaciones psicológicas el análisis objetivo. Algunos creíamos a veces que nuestras teorías generales eran más profundas que las de Trotsky. Y en ocasiones hasta nos regocijábamos con las pruebas de que sus formulaciones filosóficas no eran modernas y que podían ser fácilmente refutadas por medio del análisis lógico. Sin embargo, Trotsky era más creador con su mala epistemología que nosotros con una buena.

Trotsky era un opositor duro; nunca vacilaba en romper con un amigo tras otro por cuestiones de principios o de política. En este aspecto no se diferenciaba de la mayoría de los hombres de convicciones poderosas. En su pensamiento estaba más inclinado a las diferencias que a la conciliación. Estos rasgos temperamentales eran en cierta manera adaptaciones psicológicas al modo que había escogido de vivir. Por lo demás, un hombre menos intransigente, no habría podido sobrellevar los ataques

que le fueron dirigidos en el destierro. En público, Trotsky era generalmente duro, alerta, metálico. Si se lo interrogaba, era reservado y suspicaz, dispuesto a estallar en invectivas agudas o respuestas irónicas. Pero su lado inexorable no es toda su personalidad. Muchos de sus amigos y discípulos lo conocieron en su faz tierna y generosa. Creo que deseaba tener amigos y que confiaba excesivamente en ellos hasta el punto de considerar como tales a personas que había encontrado sólo un par de veces. En sus relaciones personales era sencillo y encantador: un hombre de un atractivo singular.

Altamente disciplinado, Trotsky se prodigaba subordinando todos sus impulsos a un propósito capital. No conocí otro hombre cuyo organismo estuviera de tal modo bajo el control de su voluntad y de su inteligencia. Lo que más aborrecía era la estupidez. La aborrecía tanto que ni siquiera podía escuchar las versiones sobre la estupidez de sus enemigos. También lo impacientaba la torpeza. Recuerdo que durante una partida de campo, Trotsky observaba cómo un amigo intentaba prender el fuego torpemente. Este amigo había roto con él políticamente. Por último él mismo se decidió a encenderlo y lo hizo rápida y eficazmente.

Uno de los rasgos que yo más admiraba en Trotsky era su facultad de desprecio. Sabía cómo despreciar a esos intelectuales liberalones que tras un marco de gestos pretenciosos reflejan invariablemente la hipocresía de la opinión pública burguesa. Al mismo tiempo esa gente lo confundía. Un editor de Nueva York que había publicado ataques contra Trotsky en los que virtualmente era llamado criminal le pidió una entrevista durante unas vacaciones que pasaba en México. Trotsky se la negó. Pero no era un snob. A tiempo que se negaba a gente que deseaba verlo sólo por curiosidad, acogía a los visitantes serios sin importarle su reputación ni su obra. Así dedicaba tanta atención y pensamiento a la carta de un obrero desconocido como a cualquier artículo contra una figura famosa. Veía en cada uno al representante de un grupo social o de una clase

en sus ideas percibía sus conclusiones políticas. Su apreciación de los caracteres, contra lo que dicen sus críticos, no era generalmente personalista. Era una apreciación política e intelectual. Sus notables viñetas sobre algunos personajes en su *Historia de la Revolución Rusa* constituyen hoy estudios sociales en miniatura. Al responder a la Comisión Dewey estuvo muy exacto en la propia apreciación de Stalin. Dijo que Stalin no se había convertido en lo que era ahora de golpe sino poco a poco, pues en un tiempo hasta había sido un buen revolucionario. Pero respecto de Lenin, la relación de Trotsky era personal. Lenin (creo) más que Marx, era su maestro. Rechazo categóricamente el cargo de que Trotsky estaba celoso de Lenin y evoca su memoria para justificarse. Todo lo contrario, su actitud hacia Lenin era reverente.

Algunos están desconcertados por la fe y el optimismo que manifestaba Trotsky. Pero esta fe y este optimismo, aun cuando no se los comparta, resultan fácilmente comprensibles si se considera que son elementos imprescindibles en cualquier actividad práctica. Lo que para él constituía una serie de resultados prácticos, para sus adversarios intelectuales era sólo un conjunto de fórmulas. En la actividad intelectual y formal no somos crédulos y optimistas sino escépticos. Y en algunos de los adversarios teóricos de Trotsky este escepticismo viene a ser en ocasiones irresponsabilidad. Pues mientras Trotsky arriesgaba su vida por sus ideas, ellos sólo arriesgaban silogismos.

Ni el stalinismo ni el mundo capitalista perdonarán a Trotsky. Ellos odiarán su memoria; pero jamás conseguirán extirparla. La historia sabrá cómo defenderla.

Uno de los mejores tributos que podemos hacer a Trotsky es comprenderlo. Estas notas son un esfuerzo en ese sentido. Las ofrezco como un tributo a la memoria del gran Viejo.

19. TROTSKY HA MUERTO

DWIGHT MACDONALD

Es preciso repetirse constantemente que Trotsky ha muerto. Pues en cierto modo uno descontaba que el "Viejo" estaría siempre allí, en Coyoacán, representando la tradición marxista revolucionaria. Aun después del salvaje atentado con ametralladora que organizaron los stalinistas a fines de mayo, nuestro sentido acerca de la permanencia de Trotsky no cambió. Parecía natural que hubiera escapado milagrosamente de la tempestad de la metralla. ¿Cómo podía una conciencia tan alta y plena como la de Trotsky —una trayectoria y una personalidad de tal tamaño— depender de la mera sobrevivencia de un cuerpo mortal? ¿Podía asesinarse a toda una cultura?

También por otro motivo es difícil hacerse a la idea de que Trotsky ha muerto; porque es difícil convencerse de que murió hace sólo unas cuantas semanas. Como que era el último de los titanes del marxismo revolucionario. Y parece increíble ahora que el hombre muerto en el mes de agosto en un suburbio de la ciudad de México, llevara a cabo la Revolución de Octubre con Lenin, presidiera el Soviet de los obreros de San Petersburgo en 1905, y publicara *Iskra* con Lenin, Martov, Axelrod y Vera Zassulitch, que en 1878, un año antes del nacimiento de Trotsky, atentó contra el prefecto de San Petersburgo. El

hacha de Jackson puso punto final a un largo capítulo de la Historia.

Pero este acto atroz, atroz por la fingida adhesión amorosa de dos años para preparar el crimen; atroz por la doble traición a la confianza humana y política; atroz también por el método particularmente brutal empleado en la consumación del crimen; este acto sobrepasa el significado simbólico. Pues cuando Trotsky fue muerto no era un anciano que vivía en el pasado y a quien se recordaba porque una vez había desempeñado un gran papel histórico. Todo lo contrario. El era lo que había sido durante toda su vida: un activo militante de la historia contemporánea. El régimen del Kremlin, cuya máxima corrupción quedó sellada por este crimen, tenía razones prácticas para desembarazarse de Trotsky en esta época de convulsión mundial. Trotsky era el único hombre viviente, cuya significación y prestigio podía constituir el punto de amalgama de una revolución obrera en cualquier parte del globo y especialmente en Rusia. Y lo que es más importante, mientras Trotsky viviera, la conciencia marxista revolucionaria tenía en él su centro y su expresión indómita e incorruptible.

Imaginemos a Stalin o a Hitler en el destierro. ¿Influirían acaso en lo más mínimo sobre la conciencia de nuestro tiempo? Sus opiniones sobre los sucesos mundiales ¿pesarían en algo fuera de la curiosidad periodística? ¿Leeríanse sus libros en última instancia? Sabemos que al Napoleón de Santa Elena se le recuerda principalmente por sus disputas con el gobernador militar. Estos hombres han sido capaces de cambiar el mapa del mundo, pero no tienen nada que decirle al mundo. A semejanza de la mayoría de las grandes figuras históricas, son especialistas que por su talento y por su índole alcanzan ciertos fines que favorecen el propio período histórico. Los aforismos de Napoleón nos interesan porque son los del Emperador. Los discursos de Stalin no nos interesan ni siquiera por eso.

En ese sentido, Trotsky era menos "especializado" que cualquier personaje histórico recordable. Pues el poder que Trotsky ejerció en la última década de su vida era un poder independiente

te de todo aparato de poder; era el triunfo personal del intelec-
to, la voluntad y el corazón. Si notable fue su trayectoria de or-
ganizador de la Revolución de Octubre y su defensa militar de
la Revolución en la guerra civil, más notable aún fue el vigor y
el brillo de su inteligencia, su integridad moral, la devoción apa-
sionada y tenaz a la causa revolucionaria en una época de reac-
ción universal; cualidades todas que florecieron triunfalmente
en los años de destierro en Prinkipo, Francia, Noruega, y, por
último, en México. Como hombre, Trotsky era siempre más
grande aun que sus acciones, por enormes que éstas fueran.

Así llegamos finalmente a la conclusión de que Trotsky era
irremplazable en nuestra época. Nadie puede, pues, llenar su
vacío. Ningún líder intelectual tiene derecho a su herencia. Al
hendir el cerebro de Trotsky el hacha de la G.P.U. suprimió
mucho más que la vida de un viejo judío perseguido, de 61
años, llamado León Davidovich Bronstein.

Cuando el joven Trotsky llegó, recién escapado de Siberia,
al refugio de los Lenin en Londres, fue recibido con un "*Pero*
llegó". *Pero* equivale en ruso a "Pluma", apodo con que Trot-
sky era conocido en el movimiento. Y ya en las postrimerías de
su carrera interrogado por la Comisión Dewey acerca de su
ocupación, Trotsky respondió: "Author". Casi todos los gran-
des revolucionarios marxistas fueron escritores de talento, pero
ninguno empezando por Marx y Engels, Lenin o la Luxembur-
go fusionaron en sí en forma tan completa como Trotsky al re-
volucionario con el hombre de letras. Su talento natural era
el lenguaje, hablado o escrito. Quienes lo escucharon dirigirse
a las multitudes en la Plaza Roja o en los Congresos partidarios,
saben que era uno de los más grandes oradores de nuestro si-
glo. Pero un político en el destierro —y Trotsky pasó 31 años
de los 45 de su vida adulta en la prisión o el destierro— no tiene
muchas oportunidades de hacer discursos. Durante las dos ter-
ceras partes de su carrera Trotsky sólo pudo intervenir en los
acontecimientos por medio de la palabra escrita. Le bastaba.
Sin embargo, Alrededor de 1927 cuando esa tarea sufrió un co-

lapso, la casa editora oficial de Moscú llevaba publicados dieciocho volúmenes de las "Obras Completas" de Trotsky. Una cosecha formidable, y con todo, los más famosos escritores debían venir después: *La situación real de Rusia*, *El gran organizador de derrotas*, *Mi vida*, *Historia de la Revolución Rusa*, *La Revolución Traicionada*, para no mencionar literalmente docenas de panfletos sobre el desarrollo político en Inglaterra, Francia, España, Alemania, y las biografías de Lenin y de Stalin en las que estaba trabajando cuando fue asesinado. Bien dijo en su autobiografía: "Desde 1897 he luchado principalmente con una pluma en la mano".

Como líder organizador, administrador, técnico, Trotsky era fácilmente el primero entre sus camaradas de 1917, excepción hecha de Lenin; como escritor fue todavía más fácilmente el primero, incluyendo a Lenin. Este hombre de acción desenfrenada era, pues, un intelectual, un estudioso "tal vez pedante y conservador en mis hábitos". Este hacedor apasionado, encarnación de la voluntad revolucionaria y del vigor que planeó y dirigió la Revolución de Octubre y creó el Ejército Rojo, vencedor de la contrarrevolución en una docena de frentes, era un literato con todo el deleite profesional de un hombre de letras por los libros recién impresos. En el tren militar que lo llevaba de un frente a otro leía novelas francesas para descansar. Entre una y otra sesión de la conferencia de paz de Brest Litovsk dictaba una obra original. El mismo nos ha contado como en la remota estepa siberiana estudió a Marx por primera vez, "apartando las cucarachas de las páginas". Lo que dice acerca de la vida en las prisiones no será comprendido por muchos carceleros o camaradas. "Abandoné la celda herméticamente cerrada del confinamiento solitario en la fortaleza de Pedro-Pablo —escribe— con cierto pesar. Todo era allí tan callado, tan monótono, tan propicio para el trabajo intelectual". El mismo analiza en forma magistral esta dualidad de su persona: "Un libro bien escrito en el que se encuentren nuevas ideas y una buena pluma para comunicar las propias han sido y siguen siendo para mí los instrumentos más valiosos de la cultura. Nunca me ha abandonado

el gusto por el estudio y muchas veces en mi vida he sentido que la revolución se interponía en mi trabajo sistemático".

Como polemista Trotsky no tenía, puede decirse, igual. Bernard Shaw, un juez autorizado en la materia, lo hallaba superior al mismo Marx: "En todo, excepto en el alcance, el discípulo sobrepasa al maestro... Trotsky tiene mucho mejor carácter. Marx golpeaba como y donde podía, a menudo torpemente. Trotsky no asesta golpes prohibidos". Shaw hace notar asimismo "la alacridad de su estilo polémico". Aunque a veces Trotsky pecaba por cierto exceso en el veneno de sus flechas —lo que ha llegado a ser, desgraciadamente, algo inherente a la condición marxista— la apreciación de Shaw es exacta en conjunto.

El derecho de Trotsky a ser considerado entre los grandes pensadores políticos se funda en una larga serie de libros y panfletos que abarcan desde su historia de la Revolución de 1905 hasta su exposición culminante de la degeneración stalinista en *La Revolución Traicionada*, pasando por sus escritos sobre la Revolución china, la marcha al poder del fascismo alemán, la trayectoria del Frente Popular en Francia y el análisis de los Procesos de Moscú. Por su alcance internacional, su brío, solidez y claridad, esta obra no tiene paralelo en la literatura marxista. Pero quizá la demostración más evidente de su capacidad era su concepto de la "revolución permanente".

Cuando el joven Trotsky, de 27 años, apareció en 1906 con su teoría de la "revolución permanente" fue casi universalmente tomado por un visionario de ultra izquierda. Sin embargo, se trataba de un notable aporte intelectual: diez años antes de la revolución de 1917 predijo su advenimiento, así como su posible degeneración. No sólo insistía en que aquélla iba a ser una revolución socialista proletaria, sino que también una vez realizada sólo podría crear un orden socialista en Rusia si revoluciones similares en países más avanzados venían en ayuda de los obreros rusos. De no suceder esto, anunciaba la degeneración y el retroceso de Rusia, profecía que no es preciso ahora destacar.

Trotsky no vio apoyada su teoría por ninguna ala de la So-

cialdemocracia rusa. Difiriendo radicalmente acerca de la forma que tomaría el Estado después de la revolución, los bolcheviques estaban, sin embargo, de acuerdo con los mencheviques en que sería un régimen demoburgués, pues parecía lógico que tras de la caída del zarismo feudal, la atrasada Rusia tuviera que pasar primero por la etapa evolutiva de la democracia burguesa, antes de madurar para una revolución socialista. Pero Trotsky insistía en que justamente debido al gran atraso de Rusia, las tareas revolucionarias sobrevinientes a la caída del Zar no podrían ser resueltas por la débil burguesía rusa dentro del cuadro de las relaciones de propiedad de la clase media. Así como la "ley del desarrollo combinado" permitió a la gran industria rusa saltar las etapas históricas intermedias para lograr un nivel de técnica y de concentración semejante al de la industria europea más avanzada, permitiría también que en política la "Santa Rusia" atrasada y primitiva, saltara por encima de la democracia burguesa y de un impulso potente pasara del feudalismo a la dictadura del proletariado. Era un concepto audaz y no es de extrañar que nadie lo tomara en serio hasta que ocurrió.

Cuando se produjo la revolución de 1917, Lenin que durante años había combatido la teoría de Trotsky se dio cuenta de pronto que era exacta y la adoptó, mientras Trotsky, que durante mucho tiempo se había opuesto al sistema organizativo de Lenin vio que éste había forjado el instrumento político capaz de realizar la revolución y se unió así de inmediato al Partido bolchevique. (Habría sido deseable en verdad que Trotsky, cuyas objeciones anteriores a 1917 respecto de los rasgos burocráticos y antidemocráticos del leninismo parecen hoy proféticas no los hubiese aceptado tan sin crítica, tratando de convertirse en el más firme de los bolcheviques). Al publicarse poco después de la llegada de Lenin a Rusia, sus famosas tesis de Abril los viejos bolcheviques olieron no sin razón el tufillo "trotskista" de las mismas. Por algún tiempo Lenin se sintió tan aislado como lo había estado Trotsky durante años y fue considerado también un soñador ultraizquierdista. Pero los acontecimientos

se sucedieron con rapidez y hasta los viejos bolcheviques vieron claro. Trotsky apareció en escena uniéndose al partido de Lenin. Los dos grandes dirigentes organizaron y llevaron a la victoria la Revolución de Octubre.

Ahora entraba en juego la otra parte de la teoría de la "revolución permanente". Trotsky no disimuló nunca que Rusia era excesivamente atrasada para sostener durante mucho tiempo una forma política avanzada. Por tanto, la revolución debía ser permanente en el sentido de extenderse a los países europeos más avanzados. Si el naciente Estado soviético no lograba romper la cadena de las naciones capitalistas y establecer contacto sobre una base socialista con una nación occidental más avanzada, la batalla estaba perdida. "Sin una ayuda política directa del proletariado europeo —escribía Trotsky en 1906— la clase obrera de Rusia no será capaz de conservar el poder y convertir su preponderancia temporal en un régimen socialista permanente". La Revolución rusa debía ser la chispa para encender el fuego de la revolución mundial. De fallar ésta, el régimen revolucionario degeneraría. A esta teoría sostenida también por Lenin, Stalin opuso más tarde el concepto de la "edificación del socialismo en un solo país". La historia ha puesto a prueba ambas concepciones y no queda duda sobre el veredicto.

En su breve libro, *Recuerdos de Tolstoi*, Máximo Gorki, al describir su sentimiento ante la primera noticia sobre la muerte del gran novelista, nos cuenta cómo vio una vez a Tolstoi sentado a orillas del mar, mirando a la distancia y lo que viéndolo se dijo a sí mismo: "Mientras este hombre viva no me sentiré nunca huérfano".

"[...] Y ahora siento que soy un huérfano y lloro mientras escribo, jamás había llorado tan desconsoladamente y con tanta desesperación. No sé si lo amaba; pero ¿acaso importa que lo amara u odiara? La verdad es que siempre hacía nacer en mí sentimientos e inquietudes enormes, fantásticos; aun los sentimientos desagradables y hostiles que me venían de él no eran

opresivos sino libertadores del alma; la hacían más sensible y capaz".

Así era también, exceptuando el sentimentalismo místico de Gorki lo que experimentábamos por Trotsky aun aquellos que estábamos en desacuerdo con él sobre asuntos esenciales. Fue un padre para nosotros en el sentido de que nos enseñó a deletrear el alfabeto político y nos definió por vez primera el problema que debíamos resolver, al punto que cuando como hijos llegamos a rechazar las ideas paternas, nuestro propio rechazo se formulaba en los términos que aprendimos de él. "Mientras este hombre viva no me sentiré nunca huérfano", se decía cada cual.

Es extraordinariamente conmovedor leer en *Mi Vida* cómo Trotsky cuenta que se puso en contacto con el movimiento obrero siendo estudiante.

"Sucedió así. Yo iba por una calle con uno de los miembros más jóvenes de nuestra comuna, Gregorio Sokolovsky, un muchacho de mi edad más o menos.

–Es tiempo ya de que empecemos –le dije.

–Sí, es tiempo ya –contestó.

–Pero ¿cómo?

–Eso es, ¿cómo?

–Debemos ir al encuentro de los obreros. No esperar ni preguntar a nadie. Sólo buscar a los obreros y empezar.

–Creo que los podremos hallar –dijo Sokolovsky–. Conozco a un sereno que trabaja en el bulevar. Pertenecía a la secta bíblica. Creo que daré con él".

Hacia el fin de su vida, al declarar ante la Comisión Dewey, Trotsky recordando una vez más este incidente de su adolescencia, resumió así toda su trayectoria y su fe:

"Señoras y señores de la Comisión: La experiencia de mi vida, en la que no faltaron los éxitos y los fracasos, lejos de destruir mi fe en el futuro brillante y claro de la humanidad, me ha dado por el contrario, un temple indestructible. Esta fe

en la razón, en la verdad, en la solidaridad humana que a los 15 años me llevó al barrio obrero de la provinciana ciudad rusa de Nikolaiev, la he conservado total y enteramente. Se ha vuelto más madura, pero no menos ardiente. En la formación misma de esta Comisión... veo un nuevo y magnífico refuerzo del optimismo revolucionario que constituye el elemento fundamental de mi vida."

Desde el escolar que sale en busca de los obreros ("sin esperar ni preguntar a nadie") hasta el revolucionario veterano, grande en su destierro, confesando su "fe en la razón, en la verdad y en la solidaridad humana", la vida de León Trotsky es de una sola pieza. Una vida como la suya, nos lleva a creer, aun en tiempos como los actuales, en la dignidad y en la capacidad de la raza humana.

15. LAS IDEAS DE LEON TROTSKY SOBRE EL ARTE Y SOBRE EL HOMBRE

ISAAC DEUTSCHER

"No sólo de política vive el hombre. . .": tal es el título que dio Trotsky a un corto ensayo publicado por "Pravda" en el verano de 1923. El menos que nadie podía vivir sólo de política. Aun en los momentos más decisivos de la lucha por el poder, Trotsky dedicó una gran parte de su energía a las actividades culturales y literarias; actividades que le absorbieron aún más cuando abandonó el Comisariado de Guerra y la controversia en el seno del Partido se calmó durante algún tiempo. No es que Trotsky pensara en huir de la política. Su interés por la literatura, el arte y la educación seguía siendo político en el sentido más amplio del término. Pero se negaba a quedarse en la superficie de los asuntos públicos. Trotsky transformó la lucha por el poder en una lucha por el "alma" de la revolución, dando así nuevas dimensiones y nueva profundidad al conflicto en que se hallaba embarcado.

A través de los pocos hechos que vamos a referir puede comprobarse su profunda dedicación al trabajo literario durante los choques más graves en el seno del Buró Político. En el verano de 1922, cuando Trotsky se negó a aceptar el puesto de vicepresidente bajo Lenin y. . . se fue de vacaciones, dedicó la mayor parte de su tiempo a la crítica literaria. Las Ediciones de Estado

habían reunido sus ensayos de antes de 1917 para publicarlos en un volumen especial de sus *Obras* y Trotsky tenía el propósito de escribir un prefacio estudiando la situación de las letras rusas desde la Revolución. El "prefacio" aumentó de tamaño convirtiéndose en una obra nueva. A esta obra consagró Trotsky todos sus ocios, pero no consiguió terminarla. Volvió a tomar la pluma durante las vacaciones del verano siguiente, en 1923, cuando su conflicto con los triunviros, complicado por la espera de la revolución en Alemania, evolucionaba hacia su paroxismo. Esta vez Trotsky volvió a Moscú con el manuscrito de un libro nuevo, *Literatura y Revolución*, listo para ser entregado al impresor.

En sus escritos, Trotsky trataba de llegar a las raíces –y no sólo a los síntomas– de los males que asaltaban a la Revolución, es decir, al retraso espiritual de la Madre Rusia. Hablaba de la necesidad de una "acumulación cultural primitiva", que era por lo menos tan urgente como la necesidad de una acumulación industrial. Puso al descubierto el suelo en que el stalinismo comenzaba a arraigar y trató de cambiar el clima en que después iba a florecer.

En su crítica literaria no había ningún diletantismo. En aquellos años, Trotsky fue el crítico más eminente de Rusia. Su libro *Literatura y Revolución* impresionó fuertemente a los escritores de "Krasnaya Nov" (principal revista intelectual de la época). Todavía hoy, casi cuarenta años después de escribirse, este libro no ha sido superado, no sólo como estudio del *Sturm und Drang* revolucionario en las letras rusas y como denuncia anticipada del estrangulamiento de la creación artística por el stalinismo, sino más generalmente como ensayo de crítica literaria marxista. El libro denota una sensibilidad profunda para el arte y la literatura, así como una perspicacia original, una facundia cautivadora, un gran ingenio y, en las páginas finales, una potencia de visión que se eleva a alturas raramente alcanzadas.

También en literatura Trotsky declaraba la guerra a la iconoclastia, así como a la suficiencia y a la arrogancia seudorrevo-

lucionarias, y exigía la libertad de expresión para todas las escuelas artísticas y literarias, al menos mientras no abusaran de ella con fines francamente contrarrevolucionarios. Por lo demás, la iconoclastia y la intolerancia no aparecían sólo, ni siquiera sobre todo, entre los hombres del Partido, sino que eran incluso mucho más acusadas en diferentes grupos de jóvenes escritores y artistas...

"Proletkult" reclamaba a grandes gritos el sello oficial e incluso un monopolio para su "escuela de pensamiento"... Como Bujarin, director de "Pravda", y Lunatcharsky, Comisario de la Educación, patrocinaban el "Proletkult", Lenin tuvo que pronunciarse para que se rechazaran sus pretensiones. Cuando los escritores del "Proletkult", disgustados por esta negativa, se volvieron hacia Trotsky pidiéndole su protección, éste respondió que defendería en todo caso su derecho a propagar libremente sus opiniones, pero que estaba totalmente de acuerdo con Lenin en cuanto a la nocividad y la inanidad de todos los *dogmas* sobre la literatura y el arte *proletarios*. Los clisés más modestos sobre una "nueva época socialista en arte" o sobre un "nuevo renacimiento revolucionario en literatura" carecían también de valor: "Las artes han dado muestras de una debilidad terrible, como ocurre siempre al comienzo de una gran época... El ruiseñor de la poesía, como la lechuza de la sabiduría, sólo se dejan oír tras la puesta del sol. El día es el momento de la acción y es a la hora del crepúsculo cuando el sentimiento y la razón se apoderan de lo ya realizado".

Sería erróneo culpar a la revolución de la condición del artista. El "ruiseñor de la poesía" se dejaba oír aún menos en el campo de la contrarrevolución. En un examen cáustico de la literatura de los emigrados, Trotsky subrayó que, aunque la mayor parte de los escritores rusos célebres habían emigrado al extranjero, no habían producido ni una sola obra notable. Los "emigrados del interior", que pensaban y sentían como los exiliados, Zinaida Gippius, Evgueni Zamiatin e incluso Andrey Belyi, no habían producido gran cosa de que pudieran vanagloriar-

se... Por su adhesión a los falsos valores de un sistema social superado y su desafección para con su época, estos escritores eran para Trotsky repulsivos y grotescos. En ellos veía todo un esbozo conciso de uno de los tipos de esta *intelligentsia*, un "emigrado del interior" por excelencia: "Cuando cierto esteta constitucional-romántico, que ha realizado un largo viaje en un vagón de mercancías calentado con una estufa, nos cuenta, murmurando entre dientes, como él, un europeo muy refinado, con la mejor dentadura del mundo y un conocimiento minucioso de las técnicas del ballet egipcio, fue obligado por esta revolución vulgar a viajar con miserables mendigos piojosos, siente uno que se le sube a la garganta una náusea física por su dentadura, las técnicas del ballet y en general toda su "cultura" comprada a bajo precio en los escaparates de Europa; y crece en uno la convicción de que hasta el más mísero de nuestros mendigos es más importante en la mecánica de la historia, más necesario por así decir, que este egoísta perfectamente "cultivado" y estéril en todos los sentidos".

Tras despachar un poco sumariamente a los "emigrados del interior", Trotsky pasó a la discusión de las tendencias creadoras en literatura. Criticó y defendió a los *poputchiki*, o "compañeros de viaje", término que fabricó él mismo para designar a esos escritores que, sin abrazar el comunismo, "caminaban algún tiempo con la revolución", pero eran capaces de separarse de ella y de seguir su propio camino. Tales eran, por ejemplo, los "imaginistas", escuela literaria en la que los principales poetas eran Essenin y Kluyev. Los "imaginistas" habían introducido en la poesía la personalidad y la imaginación del mujik... En sus poemas se podía sentir a la vez la atracción y la repulsión que la revolución ejercía sobre los campesinos. La ambigüedad de su actitud daba una tensión artística a su producción. Eran los "marodniki" poéticos de la era de Octubre. Boris Pilniak, de cuyo talento tenía Trotsky una alta idea, compartía con ellos la adhesión al primitivismo original de Rusia que la revolución había minado. En consecuencia, "aceptaba" el bolchevismo y "rechazaba" el comunismo, concibiendo a aquél como el aspecto de

mental "peculiarmente ruso" y en parte asiático de la revolución y a éste como el elemento moderno, urbano, proletario y principalmente europeo.

Trotsky caracterizó igualmente a Alejandro Blok como un *papitchik*, pero situándole en una clase aparte. La poesía de Block recibió un primer impulso importante con la revolución de 1905. La desgracia de Blok fue que sus mejores años creadores cayeran en el período de marasmo entre dos revoluciones, de 1907 a 1917; el poeta nunca pudo reconciliarse con el vacío de esos diez años. Su poesía era entonces:

"...romántica, simbólica, informe, irreal; pero detrás de ella había la aprensión de un verdadero modo de vida... El simbolismo romántico es una evasión de la realidad sólo en la medida en que huye del carácter concreto de ésta... pero el simbolismo es esencialmente una vía para transformar y elevar la vida... El lirismo de Blok, sembrado de estrellas, tempestuoso e informe, refleja un contorno social y una época... más allá de los cuales se sitúa, como una mancha nubosa suspendida en el vacío. No sobrevivirá a su tiempo y a su autor."

Pero 1917 sacudió de nuevo a Blok y le dio "un sentido del movimiento, un objetivo y una significación. Blok no fue el poeta de la revolución, pero, machitándose en el triste callejón sin salida de la vida y del arte de antes de la revolución, se aferró a la rueda de ésta. De este contacto nació el más importante de su poemas, *Los Doce*, el único que sobrevivirá a través de los siglos".

Los futuristas constituían durante esos años el grupo literario más vigoroso y más ruidoso. Reclamaban imperiosamente una ruptura con todo lo que significaba el *pasado*, insistían en una pretendida conexión fundamental entre el arte y la tecnología, introducían términos técnico-industriales en su lenguaje poético y se identificaban con el bolchevismo y el internacionalismo. Trotsky consagró un estudio detallado y penetrante a esta tendencia, calificando los entusiasmos tecnológicos de los futuristas de reacciones ante el atraso de Rusia:

"A excepción de la arquitectura, el arte sólo se basa en la

tecnología... en la medida en que ésta forma la base de toda actividad civilizada. En la práctica, la dependencia del arte, particularmente del arte del verbo, respecto de la técnica de la materia es desdeñable. Se puede escribir un poema cantando a los rascacielos, los dirigibles y los submarinos aunque se viva en los bosques de la provincia de Riazan; puede escribirse tal poema con un trozo de lapicero en papel grueso de embalaje. El hecho de que en Norteamérica haya rascacielos, dirigibles y submarinos basta para inflamar la imaginación alerta en Riazan, ya que el verbo del poeta es el más transportable de los materiales".

La identificación del futurismo con la revolución proletaria era también dudosa. No era un azar si en Italia la misma escuela poética había sido absorbida por el fascismo. En ambos países los futuristas, cuando hicieron su primera aparición, eran artistas rebeldes sin inclinaciones políticas definidas. Podrían haber seguido el camino de toda creación literaria —combatir, ser reconocidos e instalarse en la respetabilidad— si no se hubiesen visto envueltos en violentos acontecimientos políticos antes de tener tiempo para domesticarse... Los futuristas rusos se sentían indudablemente atraídos por la fuerza dinámica de la Revolución de Octubre; y así fue como se engañaron respecto a su rebelión bohemia, tomándola por la auténtica contrapartida artística de la revolución. Como ellos habían roto con ciertas tradiciones artísticas, exhibían su desprecio por el pasado y se imaginaban que, a su lado, la revolución, la clase obrera y el partido estaban por una ruptura con "las tradiciones del pasado" en todos los terrenos. Tenían, según Trotsky, "una visión demasiado barata del pasado". La rebelión contra la tradición tenía su justificación mientras se dirigía a un público literario y contra la inercia de las formas y de los estilos establecidos. Pero sonaba a falso cuando iba "dirigida a la clase obrera, que no tiene necesidad de romper ni puede romper con una tradición literaria cualquiera porque no está en modo alguno sometida al imperio de ninguna tradición de este tipo". La cruzada total contra el pasado no era una tempestad en el vaso de agua de la intelligentsia, sino

explosión de nihilismo bohemio. "Nosotros los marxistas, hemos vivido siempre en la tradición y no por ello hemos dejado de ser revolucionarios".

Por otra parte, los futuristas proclamaban que su arte era colectivista, agresivo, ateo y, por consiguiente, proletario. "Las tentativas —replica Trotsky— de deducir un estilo artístico a partir de la naturaleza del proletariado, de su colectivismo, su dinamismo, su ateísmo, etc., son idealismo puro y sólo pueden dar como resultado producciones filosóficas ingeniosas, alegorías arbitrarias y... diletantismo provinciano".

Esta posición crítica frente a los futuristas no le impedía a Trotsky reconocer sus méritos literarios, y los reconoció tanto más generosamente cuanto que ciertos miembros influyentes del Partido veían con malos ojos su oscuridad experimental y sus excentricidades. Trotsky advirtió a los comunistas contra esta "intolerancia violenta" que trata al arte experimental como un fraude o como el capricho de una *intelligentsia* decadente:

"La lucha contra el viejo vocabulario y la vieja sintaxis poética era, a pesar de todas sus extravagancias, una rebelión progresista contra un vocabulario embotado contra un impresionismo que aspira la vida a través de una paja y contra un simbolismo perdido en la vida celeste. En este sentido, el trabajo de los futuristas ha sido vital y progresista... Ha eliminado de la poesía muchas palabras y expresiones que se habían gastado; ha vivificado otras palabras y expresiones; y, en ciertos casos, ha logrado crear nuevas palabras y expresiones... Esto vale no sólo para las palabras individualmente consideradas, sino también respecto al lugar de cada palabra entre otras palabras, es decir a la sintaxis.

Lo mismo cabe decir en favor de las nuevas técnicas en el ritmo y la rima. Estas son cosas que no deben abordarse con un espíritu racionalista estrecho; la necesidad del ritmo y de la rima en el hombre es irracional y "el sonido de una palabra constituye el acompañamiento acústico de su sentido". "Naturalmente, a la mayoría aplastante de la clase obrera no se la puede dar importunar con estas cuestiones. Pero tenemos ante nosotros

el futuro. Y este futuro exige de nosotros una actitud más atenta, más precisa, de hombre de oficio y de artista, para con el lenguaje, instrumento esencial de la cultura, no sólo en poesía sino más aún en prosa". Para tratar y pesar las palabras, sus significaciones, sus matices y sus sonidos, se necesitan "instrumentos micrométricos".

Un pasaje especial de *Literatura y Revolución* está consagrado a Maiakovsky, el más dotado de los futuristas, al que más tarde se canonizó como el bardo del comunismo. Trotsky pensaba que Maiakovsky se mostraba artísticamente peor allí precisamente donde como comunista era mejor. No era de extrañar: Maiakovsky se aplicaba en ser un comunista; sin embargo, la visión del poeta no depende de su pensamiento y de su esfuerzo conscientes, sino de su percepción semiconsciente, de su sensibilidad y de la cantidad de imágenes y de impresiones que absorbió en su primera infancia. La revolución fue para Maiakovsky una "experiencia verdadera y profunda" porque venía a lanzar sus rayos contra el carácter obtuso y la inercia de la vieja sociedad a la que Maiakovsky odiaba a su manera propia y con la que no había tenido tiempo de reconciliarse. El poeta adhirió con entusiasmo a la revolución, pero no se fundió con ella, ni podía hacerlo. El estilo poético de Maiakovsky es testimonio de ello:

"El impulso dinámico de la revolución y su duro coraje se ducen mucho más vivamente a Maiakovsky que el carácter de masa de su heroísmo y la naturaleza colectiva de sus acciones y de sus experiencias. Igual que el antropomorfista griego asimilaba ingenuamente a sí mismo las fuerzas de la naturaleza nuestro poeta es un "maiakomorfista" que llena con su propia persona las plazas, las calles y los campos de la revolución. Su *pathos* dramático se eleva frecuentemente a una tensión extraordinaria, pero bajo esta tensión no hay siempre una fuerza real. El poeta se deja ver demasiado. Concede demasiada poca autonomía a los acontecimientos y a los hechos. No es la revolución la que lucha con los obstáculos, sino Maiakovsky el que

despliega su atletismo en la arena del verbo. A veces realiza verdaderos milagros, pero a menudo levanta con un esfuerzo heroico cargas notoriamente vacías... Maiakovsky habla constantemente de sí mismo en primera y en tercera persona. Para elevar al hombre, le conduce a Maiakovsky. Adopta un tono familiar para hablar de los fenómenos históricos más majestuosos... Está de pie, con un pie en el Montblanc y otro en el Elbruz. Su voz cubre el trueno. ¿Es por ello de extrañar que... las proporciones de las cosas terrestres se desvanezcan y que no subsista ninguna diferencia entre lo pequeño y lo grande? Maiakovsky habla del amor, el más íntimo de los sentimientos, como si se tratara de la migración de los pueblos... Seguramente, ese estilo hiperbólico refleja en cierta medida el lenguaje de nuestra época. Pero esto no puede servirle de justificación para todo. Es imposible gritar más fuerte que la guerra y la revolución, mientras es tan fácil quedarse ronco en tal tentativa... Con demasiada frecuencia, Maiakovsky grita allí donde lo que hay que hacer es hablar; por ello su grito, allí donde es necesario, parece insuficiente. Las imágenes sobrecargadas de Maiakovsky, a menudo bellas en sí mismas, destruyen muchas veces la unidad y paralizan la acción."

La refutación de la idea de una "cultura proletaria" constituye la parte central y la más discutida de *Literatura y Revolución*. En el prefacio, Trotsky da este resumen sucinto de su argumentación:

"Es fundamentalmente erróneo oponer una cultura y un arte proletarios a la cultura y al arte burgueses. La cultura y el arte proletarios no existirán nunca porque el régimen proletario es temporal y transitorio. Nuestra revolución debe su importancia histórica y su grandeza moral al hecho de que construye los cimientos de una sociedad sin clases y de la primera cultura auténticamente universal".

En consecuencia, no se puede razonar por analogías históricas y llegar a la conclusión de que, así como la burguesía creó su cultura y su arte propios, el proletariado hará otro tanto.

El "fin" de la revolución proletaria —su aspiración a la cultura que no sea la de una clase— no es lo único que invalida el paralelo[1]. Hay algo que se opone aún más fuertemente a éste: la diferencia fundamental que existe entre los destinos históricos de las dos clases. El modo de vida burgués se desarrolló orgánicamente a lo largo de varios siglos, mientras que la revolución proletaria puede durar años o decenios pero no más; y su existencia está llena de duras luchas de clases que dejan poco o ningún lugar al crecimiento orgánico de una nueva cultura.

"Somos todavía soldados en marcha. Tenemos un día de descanso. Hemos de lavarnos las camisas, cortarnos el pelo y peinarnos y sobre todo limpiar y engrasar nuestros fusiles. Todo nuestro trabajo económico y cultural no es otra cosa que una tentativa de imponernos cierto orden entre dos batallas y dos campañas... Nuestra época no es la época de una nueva cultura. No podemos forzar las puertas de ésta. Debemos en primer lugar conseguir los elementos principales de la vieja civilización..."

La burguesía podía crear su propia cultura porque, aun bajo el feudalismo y el absolutismo, mucho antes de conquistar la hegemonía política, poseía la riqueza, el poder social y la educación y estaba presente en casi todos los terrenos de la actividad del espíritu. En la sociedad capitalista la clase obrera puede conseguir como máximo la capacidad de derrocar esta sociedad: es clase desprovista de propiedad, explotada e inducada, surge del reino de la burguesía en una situación de pauperismo cultural; de modo que no puede ser el autor de una nueva fase significativa en el desarrollo del espíritu humano[2]. En realidad no es la clase obrera, sino pequeños grupos de hombres del partido y de intelectuales (que también en este terreno "sustituyen" a

[1] "El proletariado ha tomado el poder precisamente para poner término para siempre a la cultura de clase y abrir el camino a una cultura humana universal. Parecemos olvidar esto con demasiada frecuencia."

[2] "La burguesía asumió el poder cuando se hallaba completamente armada de la cultura de su época. El proletariado asume el poder cuando se halla completamente armado solamente de la necesidad apremiante de conseguir el acceso a la cultura."

la clase) los que aspiran a dar nacimiento a una cultura proletaria. Ahora bien, "ninguna cultura de clase puede crearse a espaldas de una clase". Tampoco fabricarse en laboratorios cerrados. Los que pretenden que han encontrado ya la cultura proletaria en el marxismo pecan por ignorancia: el marxismo ha sido tanto el producto como la negación del pensamiento burgués y ha aplicado hasta ahora su dialéctica al estudio de la economía y de la política, mientras que la cultura es "la suma total de los conocimientos y de las capacidades que caracterizan a toda la sociedad, o al menos a su clase dirigente."

La contribución de la clase obrera a la literatura y al arte es desdeñable. Es absurdo hablar de poesía proletaria basándose en la obra de unos cuantos poetas obreros con talento. Las producciones artísticas que esos poetas pueden reivindicar se las deben a su aprendizaje en la frecuentación de los poetas "burgueses" o incluso preburgueses. Aunque sus escritos sean inferiores, resultan de todos modos válidos como documentos humanos y sociales. Pero es un insulto al proletariado –"un trozo de demagogia populista"– el tratar esos escritos como un nuevo arte que hace época. "El arte para el proletariado no puede ser de segundo orden. Los escritores del "Proletkult" hacen muchas declamaciones sobre la literatura y la pintura nuevas, monumentales, dinámicas". Pero, camaradas ¿dónde está ese arte "de gran belleza y de gran estilo", ese arte "monumental"? ¿Donde está? ¿Dónde? Hasta entonces sólo había grandes palabras, fanfarronadas y ataques contra los adversarios del "Proletkult", los imaginistas, los futuristas, los formalistas y los *poputchiki*, sin cuyas obras la literatura soviética quedaría absolutamente empobrecida y entregada a las "realizaciones" dudosas del "Proletkult".

Como era de esperar, a Trotsky se le acusó de ser ecléctico, de prosternarse ante la cultura burguesa, de alentar el individualismo burgués y de negar al Partido el derecho y el deber de "ejercer una función dirigente" en literatura y en arte. Trotsky replicó:

"El arte debe encontrar su propio camino... Los métodos del marxismo no son sus métodos. El Partido ejerce su dirección

para con la clase obrera, pero no sobre todo el proceso histórico. Hay terrenos en los que dirige directa e imperiosamente. Hay otros en los que ejerce su control y otros en los que sólo puede ofrecer su cooperación. Hay finalmente terrenos en los que únicamente puede orientarse y mantenerse al corriente de lo que se hace. El terreno del arte no es de aquellos en los que el Partido está llamado a mandar."

Los ataques exagerados contra el individualismo estaban fuera de lugar, ya que el individualismo había desempeñado un papel doble; había producido efectos reaccionarios, pero también otros progresivos y revolucionarios. La clase obrera había sufrido no de un exceso sino de una atrofia de individualismo. La personalidad del obrero no está aún ni suficientemente formada ni fuertemente diferenciada; y es tan importante formarla y desarrollarla como instruirla para que obtenga calificaciones técnicas. Es absurdo temer que el arte del individualismo burgués pueda minar su sentido de solidaridad de clase. "Lo que el obrero asimila de Shakespeare, de Puchkin, de Goethe o de Dostoievski, es... una idea más compleja de la personalidad humana, de sus pasiones y de sus sentimientos".

En el capítulo final del libro, Trotsky discute de las "certidumbres e hipótesis" en relación con las perspectivas. Las "certidumbres" se refieren exclusivamente al "arte de la revolución"; respecto al "arte socialista", que únicamente podía nacer en una sociedad sin clases, sólo era posible hacer conjeturas. El arte de la revolución, vibrantemente sensible a todos los conflictos de clase y a las pasiones políticas de la época, pertenece a una era de transición, al "dominio de la necesidad", no al de la libertad. Sólo en una sociedad sin clases puede la solidaridad humana dar todos sus frutos, sólo en tal sociedad "esos sentimientos que nosotros los revolucionarios sentimos vergüenza de llamar por su nombre porque los hipócritas y los canallas han usado tanto de esas palabras, los sentimientos de amistad desinteresada, de amor al prójimo y de simpatía sincera, resonarán poderosamente en la poesía socialista".

La literatura de la revolución no hacía aún más que buscar a tientas la manera de expresarse. Se afirmaba que debía ser realista. En un sentido filosófico amplio, tal cosa era cierta: el arte de nuestra época no puede llegar a la grandeza sin ser profundamente sensible a la realidad social. Pero era absurdo esgrimir y estimular el realismo como escuela literaria en el sentido más estrecho del término. No era cierto que semejante escuela fuera necesariamente "progresiva"; en sí mismo, el realismo no es ni revolucionario ni reaccionario. Su edad de oro en Rusia se produjo durante la época de la literatura aristocrática. En reacción contra él vino el estilo tendencioso de los escritores populistas, que después dio paso al simbolismo pesimista, contra el que los futuristas reaccionaron a su vez. La mutación de los estilos se produjo sobre un fondo social definido y reflejó unos cambios en el clima político; pero siguió también su propia lógica artística y sus propias leyes. Todo estilo nuevo surge del estilo antiguo como su negación dialéctica: renueva y desarrolla ciertos elementos del antiguo estilo y abandona otros.

"Toda escuela literaria se halla potencialmente contenida en el pasado, pero se desarrolla a través de una ruptura brusca con él. La relación entre la forma y el contenido... está determinada por el hecho de que la nueva forma es descubierta, proclamada y desarrollada bajo la presión de una necesidad interna, de una exigencia psicológica colectiva que, como todas las cosas, tiene sus raíces sociales. De ahí la dualidad de toda tendencia literaria: por una parte, cada tendencia contribuye a añadir algo a las técnicas de la creación artística... y, por otra, expresa unas exigencias sociales definidas... Estas incluyen exigencias individuales porque la clase social habla a través del individuo y exigencias nacionales porque el espíritu de la nación se halla determinado por el de su clase dominante, que es también dominante en la literatura."

El hecho indudable de que la literatura ha servido de vehículo a aspiraciones sociales no puede justificar el que nadie desdeñe o falsifique su lógica artística y trate de canonizar o de proscribir cualquier estilo. Algunos críticos habían reaccionado du-

La literatura de la revolución no hacía aún más que buscar a tientas la manera de expresarse. Se afirmaba que debía ser realista. En un sentido filosófico amplio, tal cosa era cierta: el arte de nuestra época no puede llegar a la grandeza sin ser profundamente sensible a la realidad social. Pero era absurdo ensayar y estimular el realismo como escuela literaria en el sentido más estrecho del término. No era cierto que semejante escuela fuera necesariamente "progresiva"; en sí mismo, el realismo no es ni revolucionario ni reaccionario. Su edad de oro en Rusia se produjo durante la época de la literatura aristocrática. En reacción contra él vino el estilo tendencioso de los escritores populistas, que después dio paso al simbolismo pesimista, contra el que los futuristas reaccionaron a su vez. La mutación de los estilos se produjo sobre un fondo social definido y reflejó unos cambios en el clima político; pero siguió también su propia lógica artística y sus propias leyes. Todo estilo nuevo surge del estilo antiguo como su negación dialéctica: renueva y desarrolla ciertos elementos del antiguo estilo y abandona otros.

"Toda escuela literaria se halla potencialmente contenida en el pasado, pero se desarrolla a través de una ruptura hostil con él. La relación entre la forma y el contenido... está determinada por el hecho de que la nueva forma es descubierta, proclamada y desarrollada bajo la presión de una necesidad interna, de una exigencia psicológica colectiva que, como todas las cosas, tiene sus raíces sociales. De ahí la dualidad de toda tendencia literaria: por una parte, cada tendencia contribuye a añadir algo a las técnicas de la creación artística... y, por otra, expresa unas exigencias sociales definidas... Estas incluyen exigencias individuales porque la clase social habla a través del individuo y exigencias nacionales porque el espíritu de la nación se halla determinado por el de su clase dominante, que es también dominante en la literatura."

El hecho indudable de que la literatura ha servido de vehículo a aspiraciones sociales no puede justificar el que nadie desdeñe o falsifique su lógica artística y trate de canonizar o de proscribir cualquier estilo. Algunos críticos habían reaccionado du-

ramente contra el simbolismo. Sin embargo, "no fue el simbolismo ruso quien inventó el símbolo. Simplemente le absorbió en la lengua rusa modernizada. El arte del futuro no renunciará a las conquistas formales del simbolismo". No renunciará tampoco a las formas y a los géneros tradicionales, aunque ciertos críticos los rechacen como anticuados diciendo que el tiempo de la sátira y de la comedia ha pasado ya y que la tragedia ha muerto por ser incompatible con una filosofía materialista y atea de la vida. El entierro de los viejos géneros era por lo menos prematuro. Aún había lugar para un "Gogol soviético" o para un "Gontcharov soviético" que expusieran implacablemente "las inmundicias antiguas y nuevas, los vicios antiguos y nuevos, y el espíritu obtuso que podía encontrarse en la sociedad soviética".

Los que hablaban de la desaparición de la tragedia pretendían que la religión, el destino, el pecado y la penitencia constituían el centro del motivo trágico. Contra ellos, Trotsky subraya que la esencia de la tragedia residía en el conflicto más amplio entre el espíritu que se despierta en el hombre y su contorno opresor, conflicto inseparable de la existencia del hombre y que se manifiesta en formas diferentes en las distintas etapas de la historia... Hoy, la tragedia puede elevarse aún más alto. Su héroe puede ser el hombre deshecho no por la *hubris*, los dioses o incluso su propia pasión, sino por la sociedad:

"Mientras el hombre no sea aún dueño de su organización social, ésta le dominará como el destino mismo... La tragedia de la pasión personal es demasiado vulgar para nuestro tiempo —hoy vivimos en una época de pasión social—. La materia de la tragedia contemporánea se encuentra en el choque entre el individuo y la colectividad o entre colectividades hostiles representadas por individuos. (El nuevo artista) introducirá los grandes fines de nuestra época en el arte. Es difícil prever si el dramaturgo de la revolución creará una "tragedia elevada". Pero el arte socialista resucitará sin duda alguna la tragedia... como dará vida renovada a la comedia, porque el hombre nuevo querrá reír, a la novela y a la poesía lírica, porque el amor del hombre nuevo será más bello y más poderoso... y meditará de

nuevo sobre las cuestiones del nacimiento y de la muerte... El declinar de las viejas formas no es en modo alguno absoluto o definitivo... Todas tendrán un renacimiento... Lo que importa es que el poeta de la nueva época realice de nuevo las aspiraciones del hombre y experimente nuevamente los sentimientos del hombre"...

Finalmente, Trotsky desplegaba su visión del hombre en el dominio de la libertad, una versión moderna, marxista, del *Prometeo* de Shelley:

La máscara repugnante ha caído, queda el hombre
sin rey, liberado, generoso, nada más que hombre,
compañero sin clase ni tribu ni patria,
desembarazado del temor, del culto, de la jerarquía,
rey de sí mismo; justo, dulce, sabio.
¿Sin pasiones? No, pero libre del remordimiento y del castigo.

Había aquellos que, como Nietzsche, afirmaban que una sociedad sin clases, si llegara a existir un día, sufriría de un exceso de solidaridad y daría lugar a una vida pasiva y gregaria en la que el hombre, al atrofiarse sus instintos de competición y de lucha, degeneraría. Pero el socialismo, lejos de suprimir el instinto humano de emulación, lo liberará al orientarlo hacia unos fines más elevados. En una sociedad liberada de los antagonismos de clase, no habrá ni competición por el beneficio, ni lucha por el poder político; las energías y las pasiones del hombre se orientarán hacia una emulación creadora en los dominios de la tecnología, de la ciencia y del arte. Nacerán nuevos "partidos" que lucharán unos contra otros a propósito de ideas, de planificación de establecimientos humanos, de tendencias en materias de educación, de estilos en los teatros, en música y en deportes, de proyectos de canales gigantescos, de fertilización de los desiertos, de regulación de los climas, de nuevas hipótesis químicas, etc. Las competiciones, "excitantes, dramáticas, apasionadas", englobarán a toda la sociedad y no sólo a unos cuantos

círculos restringidos. Por consiguiente, el arte no se verá pri-
vado de estas manifestaciones de energía nerviosa y de estimu-
lantes psicológicos colectivos" que producen ideas e imágenes
nuevas. Las gentes se dividirán en "partidos" artísticos rivales
conforme a sus temperamentos y a sus gustos. La personalidad
humana crecerá, se refinará y desarrollará en sí misma esa cual-
dad estimable que es la "cualidad de no contentarse nunca con
lo que ya ha realizado".

Ciertamente, se trataba sólo de perspectivas lejanas. En lo
inmediato había que hacer frente a una época de feroz lucha
de clases y de guerras civiles de las que la humanidad saldría
empobrecida e indigente. Los esfuerzos para vencer la pobreza
y la penuria en todas sus formas necesitarán decenios y durante
ese tiempo la sociedad socialista naciente se verá arrastrada por
una "pasión por lo que constituye los mejores aspectos del norte-
americanismo": la expansión material, los records de produc-
vidad y el confort material. Pero esta fase quedará también a
su vez superada y entonces se abrirán unas perspectivas que la
imaginación no puede aún abarcar:

"Los sueños actuales de algunos entusiastas... encaminados
a imprimir a la existencia humana una calidad dramática y una
armonía rítmica concordarán coherentemente con esta perspec-
tiva... La iniciativa social descargará a la familia individual de
la tarea fastidiosa de alimentar y educar a los niños. La mujer
saldrá por fin de su semiesclavitud. Se desarrollarán una serie
de experiencias de educación social con un impulso hoy incon-
cebible. El modo de vida comunista no crecerá ciegamente como
los arrecifes de coral en el mar, sino que será edificado cons-
cientemente, controlado por el pensamiento crítico, dirigido y
rectificado. El hombre aprenderá a desplazar los ríos y las mon-
tañas, a construir palacios populares en las alturas del Montblanc
y en el fondo de los océanos y dará a su existencia no sólo ri-
queza, color y tensión dramática, sino también un carácter al-
tamente dinámico..."

"Finalmente, el hombre comenzará seriamente a armonizar

su propio ser. Se esforzará por obtener una precisión, un dis-
cernimiento y una economía mayores y, por consiguiente, una
belleza en los movimientos de su propio cuerpo, en el trabajo,
en la marcha, en el juego. Querrá dominar los procesos semi-
conscientes e inconscientes de su propio organismo: la respira-
ción, la circulación de la sangre, la digestión, la reproducción,
y, dentro de los límites inevitables, tratará de someterlos al
control de la razón y de la voluntad. El *homo sapiens* ahora in-
movilizado... se tratará a sí mismo como objeto de los métodos
más complejos de la selección artificial y de los ejercicios psi-
cofísicos.

"Estas perspectivas se derivan de toda la evolución del hom-
bre. El hombre ha comenzado por expulsar las tinieblas de la
producción y de la ideología, por romper gracias a la tecnología
la rutina bárbara de su trabajo y por triunfar sobre la religión
por medio de la ciencia... Después, gracias a la organización
social, elimina la espontaneidad ciega, elemental, de las relacio-
nes económicas... Finalmente, en los rincones más profundos
y oscuros del inconsciente, se agazapa la naturaleza misma del
hombre. Sin duda alguna concentrará sobre ella los supremos
esfuerzos de su cerebro y de su iniciativa creadora. El género
humano no habrá cesado de arrastrarse ante Dios, el Zar y el
Capital sólo para capitular humildemente ante las leyes oscuras
de la herencia y de la selección sexual ciega... El hombre se
esforzará por dirigir sus propios sentimientos, por elevar sus ins-
tintos a la altura de su espíritu consciente, por hacerlos más
claros, por controlar su voluntad en esas profundidades incons-
cientes; y de este modo se elevará a sí mismo a una nueva emi-
nencia y creará un tipo biológico y social superior, un superhom-
bre si quieren ustedes".

Predecir cuáles serán los límites del dominio de sí mismo
a que llegará el hombre resulta tan difícil como prever hasta
dónde podrá desarrollar su dominio técnico sobre la naturaleza.
El espíritu de construcción social y la autoeducación psicofísica
serán los aspectos paralelos de un solo proceso. Todas las artes

—la literatura, el teatro, la pintura, la escultura, la música y la arquitectura— darán a este proceso una forma sublime. ... El hombre crecerá, será incomparablemente más fuerte, más sabio y más sutil; su cuerpo se volverá más armonioso, sus movimientos más rítmicos, su voz más musical. Las formas de su existencia adquirirán una calidad poderosamente dramática. El hombre medio se elevará a la talla de un Aristóteles, de un Goethe, de un Marx. Y por encima de esas alturas se elevarán las nuevas cumbres".

Es dudoso que Trotsky supiera que Jefferson había anticipado en forma semejante "el progreso... físico e intelectual hasta que cada hombre sea potencialmente un atleta por su cuerpo y un Aristóteles por su espíritu". Se hallaba más bien influido por los pensadores utópicos franceses, de Condorcet a Saint-Simon. Igual que Condorcet, Trotsky encontraba en la contemplación del futuro "un asilo en que el recuerdo de sus perseguidores no puede ya perseguirle; en que, viviendo mediante el pensamiento con el hombre restablecido en los derechos y en la dignidad de su naturaleza, olvida a aquel que la avidez, el temor o la envidia atormentan o corrompen". Su visión de la sociedad sin clases se hallaba implícita en todo el pensamiento marxista al que había influido el pensamiento utópico francés. Pero ningún escritor marxista, ni antes ni después de Trotsky, ha descrito tal perspectiva con una mirada tan realista ni con una imaginación tan inflamada.

21. LEON TROTSKY, ALIAS BRONSTEIN
WINSTON CHURCHILL

Cuando el usurpador y tirano es reducido a la controversia literaria, cuando el comunista en lugar de bombas produce efervescencia en la prensa capitalista, cuando el refugiado señor de la guerra libra sus batallas nuevamente y los desplazados ejecutores se vuelven locuaces y hablan sin sentido en la intimidad, podemos regocijarnos con los signos de que mejores días se aproximan.

Tengo delante mío un artículo con el cual recientemente colaboró León Trotsky, alias Bronstein, en el "John O. London's Weekly", donde trata mis descripciones de Lenin, de la intervención aliada en Rusia, de Lord Birkenhead y otros temas sugestivos.

Ha escrito este artículo desde su exilio en Turquía, donde suplica a Inglaterra, Francia y Alemania ser admitido a las civilizaciones cuya destrucción fue y aún hoy es el objeto de su vida.

Rusia, su propia Rusia roja, la Rusia que él había estructurado y modelado, de acuerdo a los deseos de su corazón sin preocuparse por los sufrimientos ajenos, o de su propio peligro, terminó desterrándolo.

Todos sus esquemas, todas sus audacias, todos sus escritos, todas sus arengas, todas sus atrocidades, todos sus conocimientos,

sólo a esto lo condujeron: a que otro camarada, su subordinado en rango revolucionario, su inferior en inteligencia, en capacidad de observación y percepción, aunque no tal vez en crímenes y delitos, dominó en su lugar, mientras él, el Trotsky triunfador cuyas displicencias repartieron la muerte a miles, está sentado y desconsolado; una nube de malicia lo abandonó desamparado durante un tiempo en las playas del Mar Negro y ahora, lo re chaza hacia el golfo de México.

Pero debe haber sido un hombre difícil de conformar. No le gustaba el Zar, de modo que lo mató así como a su familia.

El Gobierno Imperial le resultaba desagradable de modo que lo expulsó. El liberalismo de Guchkov y Miliukov le disgustaba así que los destruyó. Como no soportaba lo moderado de la revolución social de Kerensky y Savinkov, los reemplazó. Y cuando, por fin, el régimen comunista, por el cual había luchado con toda su fuerza fue establecido a través de toda Rusia, cuando la dictadura del proletariado fue total, cuando el Nuevo Orden de la Sociedad pasó de ser una visión, a ser realidad, cuando la odiada cultura y las detestables tradiciones del período individualista fueron erradicadas, cuando la policía secreta se convirtió en servidora de la Tercera Internacional, cuando en una palabra había logrado su utopía, aun entonces seguía descontento. Todavía estaba secretamente encolerizado, refunfuñaba, regañaba, incitaba y complotaba. Incitó a los pobres contra los ricos, a los indigentes contra los pobres, a los criminales contra los indigentes. Todo se hacía de acuerdo a sus deseos. Pero no obstante los vicios necesarios de la sociedad humana semejaban nuevos castigos. En lo más profundo de su ser aspiró a profundizar aún más. Pero, pobre miserable, llegó a lo más bajo. No pudo encontrar nada más vil que la clase criminal comunista. En vano volvió su admiración sobre las bestias salvajes. Los simios no podían admirar su elocuencia, eran incapaces de movilizar a los lobos cuyo número se incrementó notablemente durante su administración. Así que los criminales nombrados por él se unieron y lo depusieron. En adelante sólo le quedaron estos elocuentes

tientos de diario, su tarea de agitación política desde el Bósforo, las honestas súplicas para conseguir visitar el Museo Británico y estudiar sus documentos, o tomar las aguas del Malvern para su reumatismo, o las de Nauheim para su corazón o las de Harrobarg para su gota, o las de algún otro lugar para cualquier otra enfermedad. Desde allí estos lamentos en las sombras de Turquía, bajo la mirada penetrante de Mustafá Kemal. De allí sus salidas de Francia, de Escandinavia, hasta llegar a su último refugio en México.

Es asombroso que un hombre de la inteligencia de Trotsky no estuviera capacitado para entender el marcado desagrado que sienten los gobiernos civilizados por los líderes del comunismo. El lo describió como si fueran meros prejuicios de mentes estrechas contra las nuevas ideas y las teorías políticas rivales. Pero el comunismo no es sólo un credo, es un plan de lucha. El comunista no es solamente una persona que sostiene ciertas opiniones, es un adepto convencido de un bien pensado medio para imponerlas.

La anatomía del descontento y la revolución fueron estudiadas en todas sus fases y aspectos y un incontestable libro perfora la mente, preparado con espíritu científico para subvertir todas las instituciones existentes.

El método de imponerla es una gran parte de la lucha, por lo menos tanto como la misma doctrina del comunismo.

Al comienzo, los principios del liberalismo y la democracia, de antigua reputación, son invocados para proteger la organización primaria, la libertad de palabra, el derecho de reunión, toda forma legal de agitación política y los derechos constitucionales son magnificados y declamados.

La alianza está pensada con todos los movimientos populares de izquierda.

La creación de un régimen liberal moderado, o de un régimen socialista en algún período de convulsión, es el primer hito. Pero al poco tiempo de ser creado debe ser demolido.

La calamidad y la insuficiencia resultantes de la confusión deben ser explotadas. Choques sangrientos, si es posible, deben

ser preparados entre los agentes del Nuevo Gobierno y el pue-
blo trabajador. Los mártires deben ser fabricados. Una actitud
defensiva por parte de los gobernantes debe ser aprovechada.
La propaganda pacífica debe hacer de máscara de aversiones,
nunca antes de manifestarse contra los hombres. No necesita
haber lucha, ni tampoco debe sostenerse con no-Comunistas.
Todo acto de buenos deseos, de tolerancia, de conciliación, de
merced, de magnanimidad de parte de los gobernantes o de los
hombres públicos, debe ser utilizado para su ruina. Luego, cuan-
do el tiempo está maduro y el momento es oportuno, toda forma
de violencia letal, desde la revolución de las masas hasta el ase-
sinato privado debe ser usado sin límite ni remordimiento. La
ciudadela será sacudida bajo las banderas de la libertad y la
democracia, y el aparato de fuerza debe estar en manos de la
hermandad, toda oposición, toda opinión contraria debe ser re-
primida con la muerte. La democracia no es más que una herra-
mienta para ser usada y luego rota; la libertad no es más que
un sentimiento tonto y sin sentido lógico.

La regla absoluta de un sacerdocio de por sí elegido de
acuerdo a los dogmas aprendidos de memoria es para ser im-
puesto, para siempre, sobre la sociedad sin ninguna clase de
atenuantes. Montar todo este aparato, tal como está escrito en
libros de texto, y también escrito con letras de sangre en la his-
toria de algunas naciones poderosas, es el propósito y la lucha
de los comunistas.

Yo escribí este párrafo hace cerca de siete años pero no es
un relato exacto del plan comunista que sumergió a España en
las condiciones actuales, tan detestables, contra los deseos de
la mayoría de los españoles de ambos bandos.

Es probable que Trotsky nunca comprendiera el credo
marxista, pero de este libro penetrante, él fue incomparable
maestro. Poseía en sí mismo, las cualidades necesarias para el
arte de la destrucción cívica, el comando organizativo de un
Carnot, la inteligencia fría y detallista de un Maquiavelo, la
oratoria tumultuosa de un Cleo, la ferocidad de Jack El Des-
pador y la fuerza y tesón de Tito Oates.

Ninguna traza de compasión, ningún sentido de la dignidad humana, ninguna estimación por lo espiritual debilitaron su gran capacidad de acción.

Trotsky creció como el bacilo del cáncer, se nutrió, se torturó y mató la totalidad de su naturaleza.

Encontró a una mujer que compartió su lucha comunista. Trabajó y complotó junto a él, compartió su primer exilio en Siberia en los días del Zar. Tuvieron hijos, lo ayudó a escapar, pero él la abandonó. Encontró otra mente infantil en una chica de buena familia que había sido expulsada de una escuela de Karkov por persuadir a sus compañeros de no acatar la religión y leer literatura comunista, en lugar de la Biblia. Al lado de ella tuvo otra familia, como expuso Max Eastman, uno de sus biógrafos: Si hubiera tenido una mente legalista, esta no sería la esposa de Trotsky, porque Trotsky nunca se divorció de Alexandra Ivovna Socolovski, que aún usa el apellido Bronstein.

De su madre escribió en términos fríos y desabrimientos.

Su padre, el viejo Bronstein, murió de tifus en 1920 a los ochenta y tres años. Los triunfos de su hijo no le dieron satisfacciones a este honesto trabajador judío creyente. Perseguido por los comunistas porque era un burgués y por los rusos blancos porque era el padre de Trotsky y abandonado por su hijo, fue echado a su propia suerte y se dejó arrastrar, inmutable, hasta el fin. ¿Qué más podía hacer él?

Sin embargo, en Trotsky, tan alejado de los afectos y sentimientos comunes a la naturaleza humana, tan llevado podemos decir, del hombre medio, tan soberbiamente concordante con su gusto, había un elemento de debilidad realmente serio para la opinión comunista. Trotsky era ambicioso, ambicioso en forma casi común y mundana.

Todo el colectivismo del mundo no podía desembarazarlo de su enfermedad, una fatal enfermedad.

El, no sólo debía arruinar al Estado, sino que debía gobernar sobre sus ruinas. Todo sistema de gobierno en el cual no fuera la cabeza, o casi la cabeza, le resultaba odioso. La dictadura del proletariado significaba para él ser obedecido sin ninguna

guna objeción. Debía ser el dictador que defendiera al proletariado.

"Las fatigadas masas", los "Congresos de Trabajadores, Civiles y Militares", las predicciones y revelaciones de Karl Marx, la "Unión Federal de Repúblicas Socialistas Soviéticas", etc., significaban todas una sola palabra: Trotsky. Esto le significó contrariedades; los camaradas se pusieron celosos, se volvieron suspicaces. A la cabeza del Ejército Rojo, que el reconstruyó en medio de indescriptibles dificultades y peligros, Trotsky estuvo muy cerca del vacante trono de los Romanoff.

Las fórmulas comunistas que usó, con devastador efecto sobre otros, no fueron por lo pronto un impedimento para él. Las descartó con tanta facilidad, como abandonó a su mujer, o a su padre, o a su nombre.

El ejército debía ser rehecho, debía conquistarse la victoria y Trotsky debía hacerlo y Trotsky sacó ventaja de ello. ¿Con qué otro propósito debían hacerse las revoluciones? Usó su valentía hasta el fin. Los oficiales y soldados del nuevo ejército modelo estaban bien alimentados, vestidos y tratados mejor que ninguna otra persona en Rusia.

Los oficiales del viejo régimen zarista habían sido relevados de a miles. Al diablo con la política, salvemos a Rusia. Fue introducido nuevamente el saludo, fueron restaurados condecoraciones de grado y privilegios, fue restablecida la autoridad de los comandantes. En el Comando Superior se encontraron tratados con una deferencia que jamás habían experimentado en los tiempos del Zar, por estos advenedizos comunistas.

El abandono de la causa por los aliados de la Liga Rusa coronó estas medidas con una victoria fácil y total. En 1922 fue tan grande su prestigio entre los militares, por la actitud y sistema personal de Trotsky, que bien hubiera podido llegar a ser, por las fuerzas armadas, dictador de Rusia, pero no lo fue por un obstáculo fatal. Trotsky era un judío, era todavía un judío, nada podía vencer este obstáculo.

Pesado destino, cuando uno desertó de su familia, repudió a su raza, escupió sobre la religión de sus padres y cubrió a los

judíos y gentiles de una malicia ordinaria. ¡Ser un fracasado! ¡Haber pagado un precio tan alto, por una mente tan estrecha! Era pesado para soportar semejante intolerancia, tal falta de cariño, tanto fanatismo y estos desastres lo condujeron a uno mayor, de modo que en el despertar de la frustración apareció la catástrofe.

Pero mientras tanto sus camaradas no permanecieron ociosos, ellos también escucharon los discursos de los disidentes, también vieron la probabilidad de reconstruir el Ejército Rojo con los viejos elementos. Mientras vivía Lenin, el peligro parecía remoto. Lenin aún veía a Trotsky como su heredero político. Lo protegía con avidez, pero en 1924 Lenin murió y Trotsky, ocupado todavía con el ejército, aún disfrutando día a día con el trabajo de administrar su departamento, todavía saludado por las aclamaciones que habían resonado antes para Nicolás II, no notó que se habían transformado en una difícil oposición dura, pensada y trabajada contra él.

El georgiano Stalin era un modelo de Secretario General en el gobierno; manejó y manipuleó innumerables cuestiones ocasionos. Cuidó los comandos conjuntos con paciencia y los colocó en concordancia con un claro y preciso designio. Cuando Trotsky avanzó esperanzado, también confiado en recibir la sucesión de Lenin, una parte de la maquinaria ya estaba trabajando en contra suya.

En la arena puramente política de las actividades comunistas, Trotsky fue rápidamente aventajado.

Fue acusado por la fuerza de sus voluminosos escritos antileninistas, pareció no haber entendido que Lenin había reemplazado a Dios en las mentes comunistas. Le quedó por algún tiempo bajo la impresión de que cualquier sustitución conveniente podía ser hecha por Trotsky. Admitió su herejía y explicó, anhelante, a los soldados y obreros las convenientes razones que lo condujeron a ello. Las declaraciones fueron recibidas sin interés y con desaliento.

La G.P.U. fue puesta en movimiento, los oficiales leales a Trotsky, fueron removidos de sus puestos. Luego de un período

de silenciosa tensión le avisaron que se tomara más vacaciones. Estas vacaciones aún continúan, con sólo pequeñas interrupciones.

Stalin utilizó su éxito para contraírse uno mayor.

El Politburó, sin el hechizo de Lenin, ni la fuerza de Trotsky, fue purgado en este momento de sus elementos fuertes. Los políticos que hicieron la Revolución fueron destituidos, castigados y reducidos a la impotencia por el secretario del partido. Los caucasianos se deglutieron el gabinete y con Stalin a su cabeza nació el nuevo gobierno de Rusia. Trotsky fue solitariamente abandonado por los amotinados que él tan inflexiblemente había dirigido para tomar el poder.

¿Cuál será su lugar en la historia? Por todos estos horrores juegan sobre la escena los actores de la Revolución Francesa bajo una luz agonizante. Las carreras y personalidades de Robespierre, de Danton, aun de Marat, destellan de manera espeluznante a través de un siglo. Pero las obtusas y escuálidas figuras de la Revolución Bolchevique Rusa, no están redimidas en interés, inmutables por la magnitud de su crimen. Toda forma y énfasis está perdido en un vasto proceso de licuefacción. Hasta la matanza y el azote.

No van a atraer a futuras generaciones a sus rudos programas, aún con la matanza, el azote y la miseria de millones. Y sus nombres extranjeros y ahora muchos de ellos tienen pánico por el castigo de sus crímenes.

Emergieron de las celdas de la prisión de la Cheka, para hacer al mundo sus extrañas y antinaturales confesiones. Encontraron la muerte en secreto a la cual ellos habían empujado a tantos hombres bravos y mejores que ellos.

Pero Trotsky sobrevive. Se demoró en la escena. Olvidó sus esfuerzos, que Lenin refrenaba, para continuar la guerra contra Alemania en vez de someterlo a las condiciones de Brest-Litovsk. Olvidó su propia carrera como "Señor de la guerra" y de reformador oportunista del "Ejército Rojo", que desgraciadamente volvió a la ortodoxia bolchevique. Nuevamente se convirtió en el exponente de la secta pura del comunismo.

Alrededor de su nombre se reúnen los nuevos extremistas y

doctrinarios de la revolución mundial. Sobre él gira la gran rá-
ga de perversidad soviética, la misma propaganda vil que usó
con tanta rudeza contra el viejo régimen, es ahora concentrada
sobre él por su camarada inferior sobreviviente.

Toda Rusia, desde Polonia a China, desde el Polo Norte al Himalaya, está educada para mirarlo a él como al más malvado explorador de la manera de sumar nuevas cadenas a los trabajadores y traer al invasor nazi a su seno. El nombre de Lenin, la doctrina de Karl Marx, son invocadas en contra de él en el momento que se esforzó fanáticamente en explotarlos. Rusia está recobrando fuerzas porque la virulencia del comunismo disminuye en su sangre.

El proceso debe ser cruel, pero esto no es malsano, es una necesidad para su propia conservación, que impele al gobierno soviético a echar a Trotsky con sus frescos y recién destilados venenos. En vano grita sus protestas contra un huracán de mentiras, en vano denuncia la tiranía burocrática de la que pudo ser la cabeza alegremente. En vano se esfuerza en seguir a través de todo el infierno de Europa al abatido Ejército Rojo que él estaba orgulloso de dirigir. Rusia terminó con él cuando estaba orgulloso de dirigirla. Rusia terminó con él y lo hizo para siempre.

Quizá tenga fuerza para contemplar su maniobra.

Nadie podía desearle mayor castigo que el de una vida tan larga, que su aguzada inteligencia y su espíritu inquieto pudiera conocer a cada uno en la impotencia y el aturdimiento.

Realmente debemos esperar el día en que sus teorías, refutadas en la práctica, van a cesar de irritar al activo y esperanzado mundo exterior y cuando la gran tolerancia que proviene de un sentimiento de seguridad, le permita retroceder humillado, desacreditado y extinguido hacia su guarida europea y americana, donde pasó la mayor parte de sus primeros años, puede ser que en esos actos futuros hallará una pequeña satisfacción en el trabajo por él realizado, como encontró su padre en el hijo que había engendrado.

22. EL ULTIMO COMBATIENTE

MANUEL ROJAS

La muerte de León Trotsky pone punto final a la historia del partido bolchevique ruso. Un gran partido muere con el gran hombre que era su último combatiente. Con el partido y con el hombre termina, de una vez y para siempre, en todos sus aspectos vitales inmediatos, el movimiento social y político que ese partido y los hombres que lo formaban promovieron en Rusia y que tanto alcance y trascendencia ha tenido en el mundo. Empezó a declinar con la muerte de Lenin, que trajo como consecuencia el aislamiento y la persecución de Trotsky; muere definitivamente con éste. Definitivamente, porque lo que queda, aquello que en el terreno social y político fue realizado por ese partido y por esos hombres, es un organismo que está muy lejos de esos hombres y de ese partido: un Estado obrero degenerado, como el mismo Trotski decía.

Menos feliz, en cierto sentido, que Vladimiro Ilíich Lenin, que murió a tiempo, o sea, cuando la revolución rusa parecía ser todavía su revolución, el solitario de Coyoacán debió contemplar, durante todos los años de persecución y de destierro, cómo su obra, a la que dedicó muchos o todos sus años de juventud y madurez, iba siendo —como él mismo lo denunció— traicionada. Esto, sin embargo, doloroso para él, lo agrandó en

sí mismo y ante los demás. En este sentido fue más feliz que Lenin. Le sobrevivió para denunciar y fustigar a los que estimó traidores y para mantener limpia, aunque solitaria, la doctrina que debió regir los destinos de la revolución de Octubre.

Pero la grandeza de León Trotsky no deriva exclusivamente de su condición de miembro de un partido o de organizador y dirigente de una revolución y sería una estupidez querer unir su destino al de esa agrupación de hombres o al de ese acontecimiento. León Trotsky es más grande que cualquiera de esos dos hechos, más grande, en primer lugar, porque los creó o contribuyó a crearlos, y en segundo, porque, mientras el uno, una vez salido de sus manos, degeneró, y el otro se apagó con él mismo, él, en cambio, no hizo sino crecer y afianzar, de modo que podemos estimar eterno, su personalidad. Podrá el Estado obrero degenerado de hoy descender hasta llegar a ser no más que una aldea burocrática idiota y podrá mañana el partido bolchevique, después de frío examen, ser declarado un organismo más bien pernicioso que beneficioso para la causa de la revolución socialista; todo eso podrá suceder. A pesar de eso, y a pesar de muchas cosas más, Trotsky permanecerá. Este hombre no pertenece sólo a la clase obrera, a los partidos revolucionarios o al socialismo. Pertenece a la Humanidad, así como pertenecen ya Lenin, Engels y Carlos Marx.

El porqué de esto es algo que sólo pueden negar los que lo asesinaron y los que aplaudieron o aceptaron su asesinato. Los que tienen las manos y el alma limpias lo reconocen tácitamente.

Como revolucionario, como escritor, como entidad humana León Trotsky no tiene, dentro de las filas de los militantes del Socialismo, semejante alguno ni lo tendrá en muchos años. Tal vez no lo tendrá nunca ya. Tampoco lo tiene en otros campos. Su profundidad de visión, su certeza de predicción, la honradez de su conducta, su valor moral, mental y físico, su hondo sentido de lo que es el hombre y de lo que debe ser, son cualidades que se dan difícilmente en un solo ser humano. En él se dio todo junto y con una generosidad ejemplar.

El hombre que lo mató y los hombres que mandaron matarlo no sabían lo que hacían. Al asesinar a Lev Davidovich eliminaron al único hombre que podía haberles dicho cómo podrían seguir sobrevivir.

23. LA PERSONALIDAD DE LEON TROTSKY

MAX EASTMAN

Las obras completas de Lenin, el primer gran esfuerzo editorial emprendido por el gobierno soviético después de la Revolución, contienen breves notas biográficas de todos los principales revolucionarios mencionados por Lenin. Este índice fue preparado por los historiadores oficiales del Partido Bolchevique bajo la dirección de Kámenev, uno de los miembros dirigentes del Comité Central. La nota referente a León Trotsky dice lo siguiente:

"*Trotsky, L. D. nació en 1881 (1879–E.). Organizó círculos obreros en Nikolaiev. Fue desterrado a Siberia en 1898. No tardó en fugarse y salir para el extranjero, donde colaboró en Iskra (el periódico editado por Lenin y otros en Londres). Participó en el Segundo Congreso del Partido como delegado de la Unión Siberiana. Después de la escisión del Partido se unió a los mencheviques. Antes de la revolución de 1905 expuso su original teoría de la Revolución Permanente, tan celebrada ahora, afirmando que la revolución burguesa de 1905 se transformaría directamente en una revolución socialista, que resultaría la primera de una serie de revoluciones nacionales. Defendió esta teoría en el periódico* Nachalo, *el órgano central del grupo menchevique, editado en Petersburgo, de noviembre a diciembre de*

1905. Después del arresto de Khrystalev-Nosar, fue elegido presidente del primer Soviet de diputados obreros de Petersburgo. Detenido junto con el Comité ejecutivo el 3 de diciembre de 1905 y desterrado por vida a la colonia penal de Obdersk, huyó durante el viaje, refugiándose en el extranjero. Se estableció en Viena desde donde sacó un periódico popular obrero, Pravda, para ser distribuido en Rusia. Rompió con los mencheviques y trató de formar un grupo aparte... Desde el comienzo de la guerra imperialista asumió una actitud claramente internacionalista, interviniendo en la redacción de Nasche Slowo en París y adhiriéndose a la plataforma de Zimmerwald. Expulsado de Francia, pasó a los Estados Unidos. De regreso, después de la revolución de febrero, fue arrestado por los ingleses y puesto en libertad a pedido del gobierno provisional que obró por imposición del Soviet de Petersburgo. En Petersburgo actuó en el grupo de los Mezhrayontsi, junto con el cual entró en el Partido Bolchevique con el sexto congreso de julio de 1917. Después de las jornadas de julio fue detenido por el gobierno de Kerensky y acusado de "dirigir una insurrección"; pero pronto fue puesto en libertad por exigencia del proletariado petersburgués. Cuando el Soviet de Petersburgo se volvió bolchevique, fue elegido presidente del mismo y en tal carácter organizó y dirigió la insurrección del 25 de octubre. Desde 1917 perteneció al Comité central del Partido Comunista ruso y al Soviet de Comisarios del pueblo, como Comisario de relaciones exteriores hasta la firma de la paz de Brest Litovsk y luego Comisario de guerra".

En esta rápida silueta se hallan indicados los tres momentos culminantes de la vida de Trotsky, el de su presidencia del Soviet de San Petersburgo en 1905, es decir, el de la dirección –si alguna hubo– de la primera revolución rusa; el de la "organización y dirección de la insurrección de octubre de 1917" (como Lenin que tuvo la dirección política, se hallaba oculto, el dirigió las fuerzas de la revolución bolchevique); y el de su comisariado de guerra en el gobierno soviético. Esto significa que organizó la defensa de la nueva república proletaria, creando el ejército

rojo y haciendo la guerra a las fuerzas contrarrevolucionarias armadas y mantenidas por todas las grandes potencias del mundo —una guerra en la que se luchó en catorce frentes distintos a través de una línea de combate de siete mil millas de largo y que fue conducida a la victoria bajo su dirección. Una prueba del enorme poder de Trotsky como generalísimo de la guerra civil es el hecho que Lenin, jefe del partido y del gobierno, le firmara en blanco una orden que él, Trotsky, podía llenar en el sentido que juzgara necesario.

El comentario de cada uno de estos tres momentos culminantes de la vida de Trotsky, hecho por aquellos que están en situación de juzgarlo resultará más elocuente que todo lo que podamos decir nosotros. Lunatcharsky, otro bolchevique eminente, que fue comisario de educación del primer gobierno soviético, escribió lo que sigue sobre la obra de Trotsky, durante la revolución de 1905: "*La popularidad de Trotsky entre el proletariado de Petersburgo hasta el día de su arresto era muy grande y aumentó con la actitud extraordinariamente heroica y brillante en el tribunal. De todos los líderes social-demócratas de 1905 y 1906, Trotsky era, lo confieso, a pesar de su juventud, el mejor preparado; menos que nadie tenía aquel sello de limitación de los emigrados que, como he dicho, no dejaba de verse en aquel entonces ni siquiera en Lenin. El, más que ningún otro, comprendía lo que era realmente una abierta lucha por la independencia. De ahí que saliera de la revolución con la máxima popularidad. Ni Lenin, ni Martov, alcanzaron nada parecido. Plejanov perdió mucho a consecuencia de sus tendencias semi kadetes. Desde entonces Trotsky estuvo en primera fila...*"

Esta constancia prueba cuán fantástica es la leyenda periodística de que Trotsky saltó desde una oscura posición de sastre en Bronx a la de líder de la revolución rusa. Trotsky llegó a Nueva York después de haber sido expulsado de Suiza, Francia y España como peligroso agitador contra la guerra imperialista. Aquí fue acogido por la colonia de obreros eslavos como héroe de la revolución anterior y como líder inevitable de la próxima. Habló en grandiosas asambleas populares —muchos norteamer-

canos recuerdan la que tuvo lugar en el *Hippodrome*— y se gas-
ba la vida como director del periódico revolucionario *Nosy Mir*.

En cuanto a la segunda gran hazaña en la vida de Trotsky, la organización y dirección de la insurrección de octubre de 1917, apenas es necesario referirse a ella, pues es bien conocida en todo el mundo. Sin embargo, interesará al lector el siguiente recuerdo de la dirección de Trotsky, debido a uno que después llegó a ser su cruel enemigo político. Al escribir sobre "El papel de los más eminentes líderes del Partido", (en *Pravda* Nº 241) José Stalin confirma el relato oficial de la actuación de Trotsky en la revolución de octubre con las siguientes palabras: "Todo el *trabajo de organización práctica de la insurrección fue realizado bajo la dirección inmediata del presidente del Soviet de Petrogrado, el camarada Trotsky. Se puede afirmar con certeza que el rápido paso de la guarnición al Soviet y la intrépida ejecución de la obra del Comité militar revolucionario las debe el Partido principalmente y en primer término al camarada Trotsky*".

La tercera grande hazaña de Trotsky, la organización y el comando del ejército rojo en la guerra civil es asimismo conocida hasta el punto de no necesitar comentario. Con todo, en las memorias de Máximo Gorki hay un pasaje en el que recuerda el propio tributo de Lenin a la hazaña de Trotsky en el orden militar. En una conversación de Gorki con Lenin surgió el tema acerca de una supuesta discordia entre este último y Trotsky. Lenin exclamó: "Parece que se miente mucho, demasiado, sobre Trotsky y yo". Y luego, golpeando con su puño en la mesa: "Mostradme otro hombre capaz de organizar un ejército tan perfecto en un año!"

Creemos que su *Historia de la Revolución Rusa* ocupará el lugar en la biografía de Trotsky, con su juvenil proeza en la insurrección de octubre, su creación y victorioso comando del ejército rojo, como una de las supremas hazañas de esta inteligencia y voluntad, ágil y poderosa hasta lo increíble.

En esta obra Trotsky ha trazado las figuras de los hombres

eminentes de la Revolución Rusa, pero naturalmente ha quedado la propia. Para suplir esta deficiencia ofrecemos al lector los siguientes extractos adicionales, del estudio sobre Trotsky de A. V. Lunacharsky, el comisario soviético de Educación, estudio del cual citamos ya un trozo. Este fue publicado en Moscú en 1923 en un pequeño volumen llamado Siluetas revolucionarias.

"Encontré por primera vez a Trotsky en 1905, después de los sucesos de enero. Llegó a Ginebra, no recuerdo de dónde, y teníamos que hablar los dos en una gran asamblea convocada para discutir aquella tragedia. Trotsky, a diferencia de todos nosotros, era entonces inusitadamente elegante y bien mozo. Su elegancia suya y en especial un dejo altanero, desprecativo, y negligente en el hablar me chocó en forma muy desagradable. Miré con disgusto a ese petimetre que cruzó una pierna sobre otra y garrapateó un esbozo del discurso que iba a improvisar en la reunión. Pero Trotsky habló extraordinariamente bien.

"Nos vimos pocas veces durante la revolución de 1905. Se mantenía apartado no sólo de nosotros, sino también de los mencheviques. Actuaba principalmente en el soviet de diputados obreros.

"Recuerdo que alguien dijo en presencia de Lenin: «La estrella de Khrystaleo ha caído y el hombre fuerte del Soviet es ahora Trotsky». Lenin se puso grave por un momento y en seguida dijo: «Sí, Trotsky ha conquistado eso con su incansable y espléndida actividad...»

"Una tremenda arrogancia y cierta ineptitud o despreocupación de ser amable y atento con la gente, una carencia de aquel atractivo que siempre caracterizó a Lenin, condenaron a Trotsky a una relativa soledad. No hay que olvidar que hasta algunos de sus amigos personales (me refiero en el orden político, naturalmente), llegaron a ser después sus encarnizados enemigos...

"Trotsky no estaba dotado para actuar en grupos políticos; pero en el océano de los acontecimientos históricos, esos rasgos personales pierden importancia y sólo se destacan las cualidades...

"Siempre he considerado que Trotsky era un gran hombre.

Sí, es eso. ¿Quién puede dudar de ello? En París (durante la guerra) había crecido extraordinariamente a mis ojos como estadista. Y más tarde siguió creciendo continuamente, ya porque llegué a conocerlo mejor, y porque él pudo mostrar mejor toda la medida de su fuerza en el ancho campo que la historia le ofrecía, ya porque la experiencia de la revolución y sus problemas lo enriqueció y le dio mayor vuelo.

"La obra de agitación durante la primavera de 1917 no corresponde al plan de esta síntesis, pero debo declarar que gracias a sus vastos alcances y su éxito deslumbrante, mucha gente que estaba cerca de Trotsky se inclinaba a ver en él al genuino primer líder de la Revolución Rusa. Así M. C. Uritsky, que sentía por Trotsky inmenso respeto, me dijo una vez a mí y creo que también a Moutilsky: «Ya ve, la gran revolución se ha producido, y no obstante toda su inteligencia, Lenin empieza a velare un poco junto al genio de Trotsky». Este juicio resultó inexacto, no porque exagerara el talento y el poder de Trotsky, sino porque entonces la medida del genio político de Lenin no era aún evidente...

"Los principales dones de Trotsky son su genio oratorio y su talento de escritor. Considero que Trotsky es probablemente el más grande orador de nuestro tiempo. He tenido ocasión de escuchar a todos los grandes parlamentarios y oradores populares socialistas y a muchísimos oradores famosos de la burguesía y no podría citar, fuera de Jaurés, a ningún otro comparable a Trotsky.

"Acción de presencia, belleza y amplitud de ademanes, potente ritmo expresivo, voz sonora y totalmente infatigable, maravillosa solidez, sentido literario de la frase, riqueza de imágenes, ironía cáustica, patetismo natural, y una lógica formidable en absoluto junto a una verdadera firmeza de acero: tales son las cualidades de la oratoria de Trotsky.

"Puede hablar aforísticamente, disparar algunas flechas con notable puntería y pronunciar discursos políticos tan magníficos como sólo se los he oído a Jaurés. He visto hablar a Trotsky durante más de dos horas y media ante un auditorio absoluto

mente silencioso que estaba de pie escuchando como hechizado una larga disertación política...

"Por su estructura íntima de líder, Trotsky era —según lo tengo dicho— inhábil e incapaz, para las funciones menores de la organización partidaria. Se oponía a ello el perfil extraordinario de su personalidad.

"Trotsky es punzante, autoritario. Sólo con Lenin, después de su unión, mostró siempre una ternura y conmovedora deferencia. Con la característica modestia de los verdaderos grandes hombres reconoció la primacía de Lenin. La subalternia de Trotsky como político está a la misma altura de su talento de orador. ¿Y cómo no había de ser así? El discurso del más hábil orador si no está iluminado por el pensamiento es sólo un virtuosismo inútil y todas sus palabras un ruido como de címbalos. El amor de que habla San Pablo puede faltar al orador, puede estar lleno de odio; pero de ningún modo puede prescindir del pensamiento.

"A menudo se ha dicho que Trotsky es personalmente ambicioso. Esto es, claro está, pura necedad. Recuerdo una frase muy significativa de Trotsky cuando Chernov aceptó un puesto en el gobierno provisional: ¡«Qué ambición despreciable, perder un lugar en la historia por una cartera de ministro!» Aquí está Trotsky de cuerpo entero. No hay en él una sola gota de vanidad.

"Lenin tampoco es ambicioso en lo más mínimo. Creo que Lenin nunca se contempla a sí mismo, nunca se pone ante el espejo de la historia y no piensa nunca en lo que la posteridad dirá de él. Cumple simplemente su tarea. La cumple imperiosamente, no por gusto del poder sino porque está seguro de que tiene razón y no puede aceptar que se eche a perder su tarea. Su apego al poder nace de su tremenda seguridad y de la firmeza de sus principios, y si se quiere, de su incapacidad (muy fatal en un líder político) de colocarse en el punto de vista de su opositor...

"Por el contrario, Trotsky se contempla a menudo. Adora, sin duda, su papel histórico y es capaz de cualquier sacrificio —incluso el de su vida— para quedar en la memoria de la humanidad con la aureola de un genuino líder revolucionario. Su

apoyo al poder es semejante al de Lenin, con la diferencia de que puede equivocarse con más frecuencia, porque no posee el instinto casi infalible de Lenin y porque siendo un hombre de temperamento colérico, suele enceguecerlo la pasión, aunque sólo transitoriamente, mientras que Lenin, ecuánime y siempre dueño de sí, no se irrita casi nunca.

"No se crea, sin embargo, que el segundo gran líder de la revolución rusa cede en todos los terrenos a su colega; en algunos aspectos Trotsky lo supera, sin dudas es más brillante, más claro, más dinámico. Lenin es perfecto para ocupar la presidencia del Soviet de los comisarios del pueblo y guiar genialmente la revolución mundial, pero es obvio que no podría sobrellevar la tarea titánica que Trotsky se ha echado sobre los hombros: esos viajes relámpagos de un lugar a otro, esos soberbios discursos, desfiles, paradas, ese papel dinámico ya en uno u otro punto desanimado del ejército. No hay un hombre en la tierra que pueda reemplazar a Trotsky en esto.

"Cuando se produce una verdadera y grande revolución, un gran pueblo encuentra siempre para cada caso al actor indicado, y uno de los signos de la grandeza de nuestra revolución consiste en haber hallado en las filas del partido comunista o tomado de los otros partidos, incorporándolos firmemente en su seno, a muchos hombres aptos para las más distintas tareas del gobierno.

"Los más indicados entre todos para sus tareas son los dos más fuertes de los fuertes: Lenin y Trotsky".

24. MEMORIA INTERIOR

FRANÇOIS MAURIAC

Yo había metido la nariz en la autobiografía de Trotsky con ideas preconcebidas, y confieso que éstas no eran muy inocentes. Las coyunturas actuales de la Unión Soviética y la desintegración de Stalin me incitaron a abrir este libro voluminoso. Pues bien, esta extraordinaria novela política (ya que nunca la historia fue más fabulosa) me hizo descubrir un gran escritor y, creo, una obra maestra.

Un libro voluminoso, sin duda; más de seiscientas densas páginas. Hacía dos años que lo había llevado al campo y volvía a encontrarlo cada vez que regresaba; estaba allí, sobre la mesa, pero su extensión me desanimaba.

Llego a Malagar en medio de un torrente de papel impreso. Y tan abundante es el tiempo del que dispongo que cada libro tiene una pequeña posibilidad de ser leído. No porque aquí haya más tiempo que en la ciudad. Como ningún día se diferencia del otro, esta semejanza crea una similitud entre semana y semana; en una casa de campo, las jornadas son largas y el tiempo es corto. El alumno de escuela que fuimos, y que jugó en este jardín, sigue allí, con nuestros propios hijos, que hace mucho han dejado de ser niños, y en este instante una de mis nietas es la que merodea en torno a mi sillón. ¿Cómo establecer una diferencia entre mi estadía de hace veinte años, de

diez años atrás, o la del año pasado? Aparte de los muertos nada cambió en los últimos cincuenta años, pero no es verdad que ellos se fueron muy velozmente. No volverán. Cada habitación de esta casa está habitada por uno de ellos. Carecemos de la noción de velocidad por falta de puntos de referencia. Sabemos pero no sentimos que estamos precipitados.

Lo que da su posibilidad en el campo a los libros que llevamos en nuestras valijas es que no hay ninguno al que no podamos recurrir, como un hombre que se ahoga se aferra al primer salvavidas. Mi madre solía decir (me parece oírla) "en el campo la tristeza se apodera de uno". Sí, nos invade cuando menos la esperamos, nos aprieta la garganta y sin prevenirnos y dejándonos sin fuerza para buscar en nuestra biblioteca algún consuelo, algún moralista que pueda brindarnos razones irrebatibles para no estar más tristes en el campo que en la ciudad. El primer libro que encontramos es la mejor solución porque nos desorienta y no guarda relación con lo que se parece a nuestra tristeza, si estamos tristes.

Pero gracias a Dios, no es la tristeza, la que en el tiempo gris de esta primavera tardía, me hizo recurrir a la espesa biografía de Trotsky. La desintegración de Stalin desenmascaró en cierto modo la estatua insultada de su más ilustre víctima. Con la muerte de Trotsky el campo quedó libre ante la burocracia encarnada por Stalin: la burocracia, es decir, la Rusia eterna.

Insisto en mi convicción de que desde el punto de vista de la Europa liberal, fue una suerte que el apóstol seductor (para los socialistas) de la revolución permanente haya sido reemplazado por el horror stalinista: Rusia se convirtió en una nación poderosa, pero la Revolución (en Europa) fue reducida a la impotencia.

Hay en Trotsky una seducción evidente. En primer término el lector burgués siempre se sorprende de que un revolucionario conserve algún parecido con el común de los mortales. Me sentí arrebatado desde las primeras páginas como me habían arrebatado Tolstoi y Gorki. Si Trotsky no hubiera sido el militante de la revolución marxista habría ocupado su sitio entre esos mas

nos. Los seres viven en torno suyo, nos imponen su fisonomía singular. Pero sobre todo él, este niño atento y grave, abre los ojos al mundo, ¡con qué extraña fijeza! Su universo es el de una pequeña explotación rural donde la injusticia social aparece poco, donde es corta la distancia entre obreros y patrones.

¿Qué ocurre en el interior de este niño judío educado al margen de toda religión? ¿Y no es precisamente por esto que la pasión por la justicia acapara toda su energía? Escritor nato, a medida que crece, el adolescente no se convierte en el pequeño Rastignac que todos conocemos. Ni siquiera ambiciona hacer carrera en la revolución o por ella. Simplemente, quiere cambiar el mundo.

En este niño colmado de talento, este niño siempre primero de la clase en todas las materias, ¿qué mano misteriosa corta una tras otra las raíces del interés personal, lo desprende y finalmente lo arranca de un destino normal para precipitarlo en un destino casi siempre trágico donde las prisiones, las deportaciones, las huídas sirven de intermedio a un interminable exilio?

A medida que avanza el relato y que se aleja la infancia, la vida personal se diluye y se confunde con la historia de la revolución en marcha, pero sin que el héroe pierda nunca el sentimiento del hombre que es y de eso que Trotsky, con Lenin, es el único capaz de realizar. Se habría encogido de hombros oyendo hoy a la gente de Moscú denunciar el culto de la personalidad. Lo que le causaba horror, en Stalin, no era el hecho de que fuera una "personalidad" dominadora, sino de que hubiera sido una persona tan baja y tan cruel, y no otra clase de persona.

En 1918, durante la batalla en torno a Kazan, Trotsky denuncia "el pusilánime fatalismo histórico que, en todas las cuestiones concretas y privadas, se refieren pasivamente a leyes generales, dejando de lado el resorte principal: el individuo vivo y actuante".

Este Trotsky vivo y actuante nos parece menos inhumano que su sangriento adversario. Pero después de todo puede ser porque gracias a su autobiografía lo conocimos cuando niño y seguimos la trayectoria de su infancia hasta reconocerlo en el

hombre implacable que no titubeará un instante en derribar, cada vez que lo considere útil, a los socialistas revolucionarios.

Es por esta vertiente que Trotsky se vincula con el resto de la humanidad corriente: plantea la cuestión, se interroga ante la sangre vertida, nos da sus razones (algunas de las cuales parecen válidas) de su implacabilidad.

"La revolución es la revolución, escribe, porque lleva todas las contradicciones de su desarrollo a una alternativa: la vida o la muerte." Sí, pero es de dicha alternativa que surgió Stalin al derrotar a Trotsky. Es ésta la que sirvió de excusa a todas las becatombes, y los inocentes sacrificados se convirtieron en aquellos penitentes que se acusaban a sí mismos y daban la razón a sus verdugos.

Es verdad que Trotsky recusa a priori nuestras indignaciones burguesas: a sus ojos, nosotros somos mucho más feroces que cualquier terrorista. "Estas reflexiones, escribe, no tienen por objeto justificar el terror revolucionario. Si intentáramos justificarlo significaría que se tiene en cuenta la opinión de los acusadores. ¿Pero quiénes son ellos? ¿Los organizadores y los explotadores de la gran carnicería mundial? ¿Los nuevos ricos que, en honor del soldado desconocido queman el incienso de su cigarro después de la cena? ¿Los pacifistas que negaban la guerra mientras ésta no se había declarado...?" Es preciso leerlo de corrido: ni un trazo que tiembla ante el objetivo.

Hombre duro este Trotsky, cuyo endurecimiento voluntario no destruye la secreta humanidad. Desde el principio de su lucha contra Stalin es evidente que se trata menos de un conflicto de intereses que de una oposición carnal, entre dos naturalezas. Ya que en vida de Lenin, Stalin merodeó en torno de Trotsky, lo buscó, aspiró a entrar en su círculo familiar. "Pero, dice Trotsky, me repugnaba, por los rasgos de su carácter que luego constituyeron su fuerza: estrechez de intereses, empirismo psicología grosera, un extraño cinismo de provinciano emancipado de muchos prejuicios por el marxismo, pero sin reemplazarlos."

Trotsky sería devorado por Stalin. El verdadero tiburón, el tiburón auténtico, triunfó sobre aquel que conservaba algo de

mano bajo sus escamas. ¡Cómo se traiciona Trotsky en ciertas encrucijadas de su vida! Por ejemplo en su cariño por Markine, un marinero del Báltico que se había convertido en su guardaespaldas y en el de su mujer y de sus dos hijos. Los hijos de Trotsky adoraban a Markine. ¡Cuánto dolor cuando su padre se entera de la muerte de Markine! "Sobre la mesita de los niños estaba su retrato. Llevaba su gorra con las cintas que flotaban. «*Muchachos, muchachos, mataron a Markine*...» En mi presencia, dos rostros pálidos, tensos por la crispación de un dolor serpentino. El trato de Markine con nuestros hijos era de igual a igual. Les confiaba sus proyectos y los secretos de su vida. A nuestro Serioja, que tenía nueve años, le había contado que una mujer que él amaba profundamente desde hacía mucho tiempo lo había abandonado. Serioja, con los ojos llenos de lágrimas, había confesado el secreto a su madre..." Pero es preciso leer toda esta historia que el indómito Trotsky concluye de este modo: "Dos pequeños cuerpos temblaron largo rato bajo sus mantas, en la noche calma, cuando recibimos la siniestra noticia. Sólo la madre escuchó sus inconsolables sollozos".

Cuanto más pienso más me convenzo que un Trotsky triunfante habría influido sobre las masas socialistas de la Europa liberal y que habría atraído todo lo que rechazó el stalinismo en una oposición irreductible: Stalin fue literalmente "impugnante". Pero es por esto también que fue el más fuerte, y los rasgos que nos brindan la imagen de un Trotsky casi fraternal son los mismos que lo debilitaron y lo perdieron.

35. TROTSKY EN AMERICA LATINA

JORGE ABELARDO RAMOS

En la tarde del 21 de agosto de 1940 llegué al tercer piso del diario "Crítica". En la redacción del famoso diario amarillo busqué las últimas noticias acerca del estado de León Trotsky. El día anterior, en México, un asesino al servicio de la GPU de Stalin —el español Ramón Mercader del Río— había hundido un zapapicos de montaña en el cerebro del fundador del Ejército Rojo. De una manera brutal, y con una mezcla típica de cinismo y sarcasmo, el redactor de "Crítica" que me tocó en suerte me informó sonriendo que Trotsky había muerto.

Han pasado casi treinta años y recuerdo todavía la indiferencia con que fue recibida en la Argentina la noticia de la tragedia. Los cuatro o cinco militantes que formábamos la oposición de izquierda, extremadamente jóvenes, reunimos algo de dinero y publicamos un manifiesto condenando el asesinato. Después, publicamos un número del periódico "Inicial" dedicado al gran revolucionario. Eso fue todo. Nuestra tentativa de reunir algunas firmas de intelectuales "independientes", algunos de los cuales pontificaban desde el café "Tortoni" por las noches, fracasó. Nadie tenía interés en comprometerse en causas perdidas. Parecía que la fórmula de Maquiavelo: "Todos los profetas armados han triunfado y todos los profetas desarmados han perecido

cido", reforzaba la ley del menor esfuerzo del pequeñoburgués izquierdista, siempre dispuesto a consagrar su pasión al poder constituido.

¿A quién podía importar la muerte oscura de un viejo emigrado, cuyas supuestas glorias habían brillado hacía mucho tiempo? Y sus libros, ¿quién los conocía en Buenos Aires? Recuerdo que ese mismo año, revolviendo la montaña indiscernible de la librería "La Incógnita", junto a un gato inmóvil sobre la cima mientras el propietario don Constantino Caló observaba la calle Sarmiento con su mirada vacía, encontré, como una joya polvorienta, un ejemplar usado de *Mi Vida*, en la edición española de Cenit. En otra oportunidad logré descubrir algo así como un incunable en la extinta librería de Menéndez, en la calle Bernardo de Irigoyen. En un estante muy alto y envueltos todavía en su ropaje de papel transparente, aparecieron los dos tomos, *intonsos*, de la *Historia de la Revolución Rusa*. Las obras de Trotsky no eran fáciles de obtener; y cuando se las tenía entre las manos, todas ellas respiraban una claridad impecable, un exasperante poder lógico que contrariaba lo que la gente de esa época esperaba de la izquierda: sentido común, "lucha antifascista", unidad de acción. ¡Todo era tan claro! De un lado las democracias, del otro los totalitarismos. Los crímenes antisemitas de Hitler habían inspirado a las colectividades judías del extranjero la necesidad de sostener a aquellos partidos que de una manera u otra colocaran la lucha contra el nazismo en el primer plano de su política. De este modo, la burguesía judía, en la Argentina como en otros países, omitía la significación profunda de Hitler, que no era sino la manifestación política terrorista del capital imperialista alemán. Luchar contra el nazismo sin luchar contra el régimen capitalista en Europa, equivalía a luchar contra Hitler en América latina, sosteniendo al imperialismo democrático que perpetuaba el sometimiento nacional de nuestro país. Esta impostura no fue conmovida por el asesinato de un hombre que era llamado "León Bronstein" por las radios nazis y "agente nazi" por radio Moscú. Para la burguesía judía era más importante salvar sus bienes que echar abajo el capitalismo

generador del antisemitismo. Ante esta concurrencia de fuerzas, el asesinato de León Trotsky no despertó emoción alguna entre la cáfila de dispensadores profesionales de firmas y lágrimas.

Por otra parte, Hitler dominaba Europa con sus divisiones blindadas, Francia había caído en poder de los nazis y Stalin era el aliado de Hitler. El mundo entero estaba envuelto en la tempestad de la guerra. Sólo dos meses más tarde, con la invasión alemana a la Unión Soviética, las líneas que separaban a las "democracias" y al "nazi-fascismo" estarían perfectamente demarcadas. La Revolución Rusa quedaba atrás y sus jefes eran sólo espectros, la mayor parte de los cuales habían sido fusilados poco tiempo antes por la burocracia omnipotente. En esos años aprendí bastante acerca del mecanismo adaptador que mueve las preferencias y simpatías de la clase intelectual, sobre todo de su sector de "izquierda". Aprendí que la expresión "intelectual de izquierda" quiere decir, en la mayoría de los casos, estómago débil y cobardía extrema.

Entre esa masa de profesores, poetas, escritores, abogados y periodistas, verdaderos maniáticos de las firmas de manifiestos y solicitadas, no había ninguno para firmar una declaración condenando el asesinato de Trotsky. Pertenecían a la misma clase de gente que, pocos años más tarde, terminada la guerra, se precipitaría hacia los aeropuertos y dársenas para viajar en legión hacia los Estados socialistas y recibir las gratificaciones turísticas de su servilismo.

En esa Argentina de 1940 la "inteligencia" dividía sus inclinaciones políticas de una manera muy simple: Victoria Ocampo y sus colegas de la democracia oligárquica gemían por su París hollada por las botas nazis. Los intelectuales stalinistas, por su parte, alababan la sabiduría de Stalin que al aliarse con Hitler había preservado a la URSS de la guerra. Poco después se unían todos en el mismo bando de las "grandes democracias" para acusar como "provocadores" a los neutralistas o revolucionarios que condenaban la guerra imperialista. Hasta un versificador ultimario del stalinismo, Raúl González Tuñón, escribiría un "poema" mofándose de la victimación de Trotsky.[1] El último de

los grandes marxistas del siglo parecía definitivamente sepulto junto a los principios del marxismo. Sus restos mortales yacían olvidados en un rincón del lejano México.

El planeta sin visado

Expulsado de la URSS en 1929, León Trotsky residió varios años en la isla de Prinkipo, frente a la costa turca, antes de vivir en Francia, de donde fue deportado. Finalmente, el gobierno "socialista" de Noruega le concedió un permiso de estadía que reveló rápidamente su fragilidad. El socialista Trigve Lie, futuro secretario de las Naciones Unidas, era ministro de Justicia del rey Haakon. Pero prevalecieron en el gabinete socialista noruego con mayor fuerza los intereses de los vendedores de arenque que el célebre derecho de asilo. El arenque era el producto fundamental que Noruega vendía a la Unión Soviética. Los armadores noruegos presionaron sobre los socialistas en el gobierno. El asilo se transformó en cárcel. Bajo la extorsión comercial de Stalin, los arenques socialistas aprobaron la expulsión de Trotsky de la dulce Noruega, con sus fiords profundos, la intransigencia protestante y sus eficientes cooperativas. En esos mismos momentos Stalin sometía a la farsa judicial de los Procesos de Moscú a los fundadores del Estado y los fusilaba a todos. La combinación de estas circunstancias colocó al protagonista de la insurrección de Octubre y camarada de Lenin en la posición de un proscripto universal. Cincuenta países le rehusaron la entrada. En tanto Stalin lo acusaba en los procesos de "agente inglés" primero y luego de "agente de Hitler", Trotsky se convertía en símbolo de la peste. Todas las puertas se le cerraban, en el más literal sentido de la expresión.[2]

Arrojado de la patria de Ibsen, aquella frase del drama "el hombre que está más solo es el más fuerte" adquiría para Trotsky una inflexión irónica. La ralea de los "realpolitick" que pululan y han pululado siempre en las redacciones de los navegados y conformistas del mundo estaba satisfecha. El gobierno

"socialista" noruego introdujo a Trotsky y a su compañera Natalia Sedova en el vapor petrolero "Ruth", acompañado de dos policías y los lanzó al océano. El buque tenía un destino imprevisto: México.

Los procesos de Moscú

Rodeados del mar inmenso, sin amigos, sin recursos, sin noción clara de lo que podía aguardarle en ese país para él exótico, Trotsky escuchó por la radio de la nave, de la que era el único pasajero, las primeras noticias de los escalofriantes Procesos de Moscú. El antiguo menchevique Vishinsky, que en 1917 se había pronunciado contra la Insurrección de Octubre y colaboraba con los ejércitos blancos, era ahora el Fiscal de Estado a las órdenes de Stalin. Personaje perfectamente adaptado para tal misión, Vishinsky pidió a la Corte la pena de muerte para esos "perros rabiosos". Las más notorias figuras políticas del partido bolchevique –Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Preobrayensky, Radek, Piatakov y otros centenares de fundadores del partido, del Estado y de la Internacional Comunista– estaban sentados en el banquillo de los acusados. Entre todos ellos sumaban varios miles de años de cárcel por condenas bajo el zarismo. Un ex menchevique acusando a los fundadores del bolchevismo de "traición", habría sido un tema tentador para una farsa de Bertold Brecht, si Brecht mismo no se hubiera arrodillado en ese momento ante los pies de Stalin. Comunismo o no, el poder era el poder. El bochornoso espectáculo fue apoyado o consentido por los intelectuales soviéticos y europeos más reputados: Máximo Gorki, Chojolov y Ehrenburg capitulaban en la Unión Soviética ante la policía política de Stalin, como lo haría treinta años más tarde el domesticado rebelde Evtuchenko. Fuera de la URSS, Teodoro Dreiser, Henri Barbusse, Louis Aragón, Romain Rolland, Anne Strong, Paul Sweezy, Bertram Wolfe, André Malraux y centenares de intelectuales "antifascistas" sumaban al coro bien retribuido de Stalin sus lágrimas de tinta. ¡Cómo dudar de la

justicia soviética! Abogados del rey de Inglaterra y juristas tras cesos liberales asentían gravemente a los Procesos. Pastores de almas y gandhianos sentimentales como Rolland, aventureros con poco escrúpulos como Malraux, novelistas como Barbusse que comparaba el cráneo de Stalin a una "cabeza de sabio", asistían con cierto alivio a la exterminación de los revolucionarios que habían fundado el Estado soviético: Stalin ya era para ellos una garantía de respetabilidad. La Europa burguesa progresista, como otrora la Santa Alianza, aplaudía el terror contra los jacobinos. La repugnante máscara de esta unanimidad era el "antifascismo".[9]

Stalin, por lo demás, mantenía excelentes relaciones con las grandes democracias coloniales, a las que cortejaba en búsqueda de un acuerdo diplomático contra Hitler. Entre Hitler y las democracias (incluida entre estas últimas a la GPU) no había lugar para el pensamiento marxista y mucho menos para el ideal revolucionario de Octubre. Alianza fatídica, esa fusión de Hitlerismo y stalinismo marcará con su sello toda una época.

Mucho antes que la expresión fuese acuñada, la "coexistencia pacífica" entre la burocracia soviética y el imperialismo democrático estaba en vigencia bajo Stalin y los Frentes Populares. Gran parte de la pobre clase intelectual pequeñoburguesa, temblando de miedo entre la reacción fascista y la revolución stalinista, se rindió a la burocracia. Manifestaba así su adhesión hacia una "revolución ocurrida hace mucho tiempo en un país lejano". El poder stalinista recompensaba con largueza esa docilidad: los viajes, las becas, las traducciones y la técnica glorificadora del aparato mundial del stalinismo constituían un verdadero anzuelo para los espíritus sensibles. La era del "intelectual roso" se reproduciría después de la segunda guerra mundial y reaparecería al día siguiente del triunfo de la revolución cubana con las oleadas sísmicas de arribistas, alegres viajeros y burgueses progresistas partidarios del "guerrillerismo" verbal. A esta raza de trepadores ávidos, dispuestos a pagar rápidamente el costo de sus goces con odas de encargo, la personalidad de Trotsky le provocaba los mismos estremecimientos de repulsión que ellos sentían

todo revolucionario. Resultaba perfectamente claro que mientras las letras y las artes soviéticas enmudecían bajo las descargas de las ejecuciones, los intelectuales europeos y argentinos derramaban lágrimas de admiración y gratitud por el verdugo supremo. Se coreaba con noble entusiasmo, en los medios intelectuales, el burlesco aforismo de Stalin: "El capital más precioso es el hombre". Al alejarse por segunda y definitiva vez del Viejo Mundo, Trotsky podía haber repetido su frase de 1916: "Es la última vez que miro a esta vieja «canaille» de Europa".

El México revolucionario

El petrolero "Ruth" y sus singulares pasajeros llegaron al puerto mexicano de Tampico el 9 de enero de 1937. No faltaban razones para los recelos que asaltaban a Trotsky al desembarcar en América latina. La brusquedad de la partida, la incomunicación con sus amigos, el misterioso país que lo recibía, se combinaban en las cavilaciones del revolucionario con reminiscencias del clásico prejuicio europeo hacia América latina. Su propio hijo, León Sedov, le escribía a Noruega, antes de su partida, líneas asombrosas en las que manifestaba su alarma ante la noticia del viaje a México: *En esos lugares se encuentra un asesino por un puñado de dólares.*[4]

No sospechaba el infortunado León Sedov al escribir la frase que él mismo moriría un año más tarde a manos de asesinos de la "GPU socialista". Y su muerte trágica no se produciría en un remoto punto del globo como México, sino en el centro supercivilizado de Europa, en París. Tampoco serían sus ejecutores bandidos mexicanos de grandes sombreros, alquilados por un puñado de dólares, sino cultos y reputados cirujanos de una clínica francesa, sometidos al dictado de la policía de Stalin.

El notable biógrafo de Trotsky, Isaac Deutscher, emplea una imagen no menos impropia para el único país del mundo que brindaba su protección al perseguido: "Trotsky, aunque impaciente por abandonar Noruega, mostraba alguna repugnan-

cia, en un momento tan crítico, de buscar abrigo en un país a la vez tan alejado y de tan mala reputación por su política de capa y espada".[5] Aunque probablemente la expresión citada pertenece a la pluma de Deutscher, la desazón de Trotsky y su desconocimiento de América latina eran auténticos. El compañero de Lenin había vivido gran parte de su existencia en Europa y un breve período en Estados Unidos. Durante el confinamiento stalinista residió en Alma Ata, junto a la frontera china. Conocía profundamente los problemas del Extremo Oriente, a los que consagró páginas insustituibles. Sus libros sobre Inglaterra, Francia, Alemania y España perduran como textos clásicos del análisis marxista.[6] Pero América latina aparecía ante él, y para la mayoría de los revolucionarios rusos y europeos, como un vasto continente al margen de la historia, salvo por la vaga repercusión de sus incesantes e indescifrables golpes de Estado. Esto puede ser fácil de explicar si se considera que mientras China había sido transformada en una "hipocolonia" por media docena de potencias euroasiáticas, comprendida la propia Rusia zarista, y en consecuencia la "cuestión china" era un tema corriente de discusión entre los revolucionarios de la generación de Trotsky, América latina constituía un secular coto de caza despedazado entre Gran Bretaña y Estados Unidos, excluido de los canales informativos de la prensa mundial. La frase de Deutscher sobre el país "de capa y espada" parece arrancada más bien de un guión de Hollywood que de las páginas de su magnífica obra. Esto demuestra que aun los mejores espíritus de Europa no han podido emanciparse de las "ideas dominantes" que su burguesía ha impuesto acerca de los mundos excéntricos que domina.

Pero las sospechas de Trotsky se disiparon antes de desembarcar. El presidente de México, general Lázaro Cárdenas, había enviado un alto jefe del ejército a recibirlo en su nombre y puesto a su disposición en Tampico el tren presidencial. En el puerto aguardaba Frida Kahlo, la mujer del gran pintor y amigo político de Trotsky, Diego Rivera. Un numeroso grupo de exiliados y camaradas de México y Estados Unidos le ofreció una afectuosa acogida. El representante personal del presidente Cárdenas le

formó a Trotsky que el gobierno mexicano no lo consideraba un asilado sino un invitado especial de México. "El contraste entre la calurosa recepción de México y el adiós glacial de Noruega era tan abrupto que parecía irreal".

Trotsky encontraba al fin, en la tierra latinoamericana, el refugio que le había sido negado en los paraísos democráticos y en el jardín stalinista. El clima, los colores, las gentes y hasta las frutas mexicanas sedujeron al viejo revolucionario. De los brillados fiords noruegos, con sus socialistas beatos y prolijos, al exuberante México de los campesinos armados y del sol tórrido, no había de encontrar Trotsky sólo un cambio climático. Aquella revolución agraria y nacional iniciada en 1910 había alcanzado en 1936, bajo la dirección de Cárdenas, su etapa más profunda. México había sido durante las primeras décadas de este siglo la fuente inspiradora de los movimientos revolucionarios en América latina. La revolución mexicana constituía la primera manifestación de los grandes movimientos nacional-democráticos del siglo XX. El aprismo peruano y su fundador, Haya de la Torre, encontrarían en la Revolución Mexicana y en la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918 los dos ejemplos fundamentales. La clase media urbana y el peón rural, transformado en pequeño propietario, tales eran las clases sociales que alimentarían durante largos años las esperanzas e ilusiones del nacionalismo revolucionario pequeñoburgués en América latina. Es fácil de comprender que los ultraizquierdistas verbosos de nuestro tiempo contemplen con su jactanciosa ignorancia estos movimientos que movilizaron a millones de hombres. Pero ya se sabe que para este género de "izquierdistas" la historia universal se reduce a un puñado de frases tan altisonantes como vacías.

Las sangrientas luchas de Zapata y de Villa –los peones del Norte y del Sur– habían concluido con la victimación de sus jefes. Los antiguos soldados de la guerra civil se habían elevado al poder. Desde Obregón hasta Cárdenas, en el curso de una década de distribución de tierras, el nuevo Ejército y la pequeña burguesía revolucionaria pasan de la lucha contra los terratenientes nativos al enfrentamiento con el imperialismo extran-

jero. Cárdenas es su caudillo. En golpes sucesivos de repercusión internacional, nacionaliza el petróleo de propiedad británica y yanqui y los ferrocarriles, al mismo tiempo que eleva la distribución de las tierras a niveles sin precedentes. Cárdenas apoya públicamente al bando republicano contra la rebelión de los generales franquistas, sostiene la organización de nuevos sindicatos obreros, otorga a los trabajadores la administración de los ferrocarriles nacionalizados. En los grandes edificios gubernamentales de México los murales de los pintores narran el pasado y el presente de la Revolución. El genio artístico de la prehistoria azteca renace en ellos, combinado con las técnicas de la tradición europea. El más eminente pintor de México, Diego Rivera, describe en sus murales no sólo la historia de la revolución mexicana, sino también la historia de la revolución rusa y de la guerra de clases. Esta última se expresa en el arte latinoamericano, así como Trotsky manifestará en la esfera del pensamiento marxista las tareas revolucionarias de América latina, inconclusas desde Bolívar. Se enlazan así, por las vías del arte y del pensamiento político, la revolución latinoamericana y la revolución rusa.

Tal es el país que invita a residir en su suelo al organizador de la insurrección de Octubre. Ahora puede advertirse el profundo error de León Sedov y de Isaac Deutscher al juzgar a México con los ojos de la inteligencia europea y sus frívolos periodistas.

América latina en 1937

Al llegar Trotsky a América latina, la nación latinoamericana sufría agudamente las consecuencias de la crisis mundial iniciada en 1929. En la Argentina, la oligarquía terrateniente y comercial había regresado al poder en la persona del general Agustín P. Justo. El viejo caudillo nacionalista Hipólito Yrigoyen, derrocado en 1930, había muerto, arrastrando a la tumba el significado renovador de su movimiento. Utilizando hábilmente la

crisis, el Imperio británico impuso a la Argentina los más pesados gravámenes: reforzó su control sobre la banca, los transportes, los seguros, los fletes y el comercio exterior. La democracia política había desaparecido junto a los buenos tiempos. El liberalismo del antiguo país agrario, rico y pacífico, era superfluo y hasta peligroso para la oligarquía ilustrada. Las sucesiones presidenciales se operaban mediante el fraude electoral más cínico. Era llamado por las clases conservadoras y su poderosa prensa venal ("La Nación", "La Prensa", "La Razón"), el "fraude patriótico". En Brasil, la crisis, por el contrario, permitió el ascenso al poder del estanciero Getulio Vargas. Pero como en Brasil no existía una oligarquía ganadera dominante, sino una oligarquía cafetera ligada al comercio exterior, Getulio Vargas era en cierto modo el representante de un nacionalismo agrario fundado en el mercado interior. Imprimió un gran impulso al desarrollo industrial, excluyó al pueblo de toda decisión política e instauró el "Estado Novo", remedo semifascista de los regímenes totalitarios europeos. Bajo esa exteriorización político-jurídica reaccionaria, Getulio practicó una política de nacionalismo burgués en las condiciones de un país semicolonial. Pretendía crear una burguesía nacional y establecer sin lucha, bajo la coordinación de un Estado cartorial paternalista, un equilibrio entre los viejos plantadores de café, la burguesía comercial intermediaria de Río y los intereses nacionales del Brasil resumidos en el Ejército y la burocracia estatal. En Perú ejercía la dictadura el siniestro general Benavídez. Los intereses petroleros del capital foráneo y los algodoneros de la costa habían fundado una alianza estable con los terratenientes parasitarios de la sierra para mantener a la sociedad peruana en un estado de petrificación y servilismo perpetuos. Sólo en 1968, con la revolución del general Velasco Alvarado, las tendencias nacionalistas del Ejército peruano han logrado por primera vez, desde la dictadura de Bolívar y la batalla de Ayacucho, avanzar hacia la reconquista de una soberanía perdida durante un siglo y medio.

Concluída la guerra del Chaco, promovida por el antagonismo de los monopolios petroleros internacionales, la generación

boliviana que regresa de las trincheras inicia una especie "sui generis" de socialismo militar, de acuerdo a la curiosa califica-ción en boga. Bajo la conducción del coronel David Toro y del joven teniente coronel Germán Busch, esta revolución en Bolivia no logra realizar ninguno de sus objetivos fundamentales. Pero abre el camino para un potente despertar antiimperialista del Antiplano que se cristalizará bajo las banderas del MNR (Movi-miento Nacionalista Revolucionario) después de 1943. Venezuela ha visto morir estupefacta al bisonte Gómez, un anciano déspota criollo que había mantenido al país bajo su bota desde la caída en 1908 del general Cipriano Castro. La era de las regalías pe-troleras no había sonado todavía; Venezuela permanecía bajo una dictadura indiferente al siglo XX, con la mayor parte de su ju-ventud revolucionaria en la emigración. En Colombia aparecía un ala izquierda del vetusto Partido Liberal, a cuya cabeza fi-guraba un fogoso tribuno, Jorge Eleicer Gaitán, con arrestos na-cionalistas. Pero el sistema bipartidario, como en el despreocu-pado Uruguay, semejaba un chaleco de fuerza para el estancado país bolivariano, estrujado por sus grandes cafetaleros conserva-dores y sus cosmopolitas abogados y comerciantes liberales.

En el Caribe y Centroamérica se turnaban sin reposo los coroneles o picapleitos de las minúsculas fracciones localistas multiplicadas desde la desaparición de los unificadores Morazán y Barrios. Los dictadores y los regímenes democráticos, en un incesante *corsi e recorsi* evidenciaban la inutilidad patética de aquellas históricas provincias divididas para construir una socie-dad digna de tal nombre, a menos que pudieran integrar una gran nación. Ridículos mercados internos, unilateralidad en las exportaciones, dependencia del capital extranjero y con frecuen-cia de un simple embajador anglo-sajón, seudos ejércitos des-mantelados que cumplían funciones de policía militar, cuanto más se avanzaba hacia el Norte, hacia las fronteras del México revolucionario, más monstruosos se revelaban los frutos de la balcanización y más trágico era el destino de los héroes solitarios que se levantaban contra el imperialismo: Sandino es uno de ellos.

Quizás Chile y Uruguay permanecían, por algunos caracte-

rísticas particulares, al margen del cuadro general. En Chile la renta agraria y las regalías mineras eran administradas por una oligarquía secular a la que la crisis de 1929 conmovió profundamente. El tránsito del poder inglés al poder yanqui no alteró casi la estabilidad de esa oligarquía. Pero en 1932 la efímera República Socialista de Chile demostró hasta qué punto una semicolonia tan moderada como el país del Pacífico contaba con pilares vulnerables. En el Río de la Plata el Uruguay gozaba de un "status" especial. Creado por las intrigas del ministro inglés Canning en 1828, la antigua Banda Oriental estaba profundamente vinculada al Imperio: extraña asociación de mutuo beneficio, el Uruguay gozaba de óptimas pasturas naturales, de un excelente puerto y de una numerosa clase media formada a la europea, ahorrativa y culta, que absorbía por la vía del Estado protector gran parte del fruto de las exportaciones agrarias. En fin, el Paraguay, después de la guerra de la Triple Alianza en 1865, quedó diezmado demográficamente por la guerra criminal de Buenos Aires y Río de Janeiro. Después de la guerra del Chaco, su postración acentuó su dependencia de la oligarquía porteña, que a su vez dependía del imperialismo inglés. Encerrado en la selva, orgulloso y pobre, sin salida al mar, el Paraguay no había encontrado en 1938 otro doctor Francia ni otra familia López para simbolizar su coraje legendario.[8]

Fascismo y antifascismo en América latina

El general Cárdenas debió soportar, inmediatamente después de la llegada de León Trotsky a México, una campaña sistemática de propaganda mundial, llevada a cabo por el aparato stalinista, para obligarlo a desistir del asilo otorgado al perseguido. Uno de los personajes principales de esta campaña era el licenciado Vicente Lombardo Toledano, verdadero hijo de la picaresca cervantina, tan rica en seres extravagantes, retóricos y huecos que echaron raíces en nuestra América crédula. Se trataba de un producto típico de la época: el híbrido de demó-

crata rooseveltiano y stalinista liberal que más abundaba en América latina cuanto más baja era la marea revolucionaria mundial.

Encerrado en un suburbio de Coyoacán, en la casa donde finalmente sería ultimado, Trotsky se entregó a un intenso trabajo intelectual que sería imposible reseñar aquí. Los Procesos de Moscú se sucedían uno tras otro, en una serie alucinante. Los peligros de una guerra imperialista se dibujaban en el horizonte. Después de haber facilitado con su política criminal el triunfo de Hitler, Stalin retrocedía aterrado ante su obra y intentaba por medio de la Internacional Comunista domesticada la línea del "antifascismo", que traducía su desesperación por obtener un acuerdo diplomático con las "democracias" para aislar a Hitler. En América latina, dominada por el capital anglo-yanqui y no por el imperialismo alemán, esta política se expresó por medio de los Frentes Populares, que reunían en un mismo bando a las oligarquías liberales, a los partidos pequeñoburgueses vinculados a los "focos de civilización" de los puertos y a las llamadas "izquierdas". Estos Frentes Populares suponían, por su propia naturaleza de clase, el abandono de la lucha contra el imperialismo y su sustitución por la "lucha antifascista". En otras palabras, la alianza entre las fuerzas populares de los países semicoloniales con sus explotadores nativos y sus amos extranjeros, que eran precisamente los competidores económicos y políticos de Hitler y Mussolini.

En los únicos países atrasados donde la política del Frente Popular asumió un profundo significado fue en China y Yugoslavia, donde el imperialismo japonés y los nazis invadían el país. Pero en estos casos ese Frente Popular tomaba las características de un Frente Nacional revolucionario contra el invasor fascista con los resultados conocidos. Es cierto que en ambos casos el chino y el yugoslavo, tales políticas se hicieron contra Stalin después del triunfo de ambas revoluciones, la burocracia soviética intentó estrangularlas, aunque sin éxito. En América latina la única voz procedente del campo marxista que se elevó contra el imperialismo y proclamó la necesidad de crear una confederación

ción latinoamericana de Estados Socialistas, fue la voz de Trotsky. Ya en 1934, desde Prinkipo, Trotsky había percibido el sentido general de la revolución latinoamericana: "Los países de Sud y Centroamérica no pueden librarse del atraso y del sometimiento si no es uniendo a todos sus Estados en una poderosa federación. Esta grandiosa tarea histórica no puede acometerla la atrasada burguesía sudamericana, representación completamente prostituida del imperialismo, sino el joven proletariado latinoamericano, señalado como fuerza dirigente de las masas oprimidas. Por eso, la consigna de lucha contra las violencias e intrigas del capital financiero internacional y contra la obra nefasta de las camarillas de agentes locales, es: «Los Estados Unidos Socialistas de Centro y Sudamérica»".[9] Se trataba de la primera referencia en la literatura marxista mundial sobre la necesidad de una unión de las repúblicas latinoamericanas en una confederación socialista. Su inmensa importancia radicaba en la vinculación de la cuestión nacional inconclusa, con el pensamiento marxista. Desde los tiempos de Bolívar, San Martín, Artigas y Morazán, es decir, de la disolución de los vínculos del extinto Imperio hispanocriollo, América latina había obtenido su independencia de España y Portugal sin consumar su unidad nacional. Al disgregarse en veinte soberanías sin poder, la Nación latinoamericana dividida quedó en manos de las oligarquías exportadoras, que reinaron sobre cada provincia aislada, con la ayuda del imperialismo extranjero. Los unificadores militares primero y los teóricos de la unidad latinoamericana pertenecientes a la pequeña burguesía intelectual, dejaron pálidos rastros en la arena, signos imprecisos de un enorme proyecto nacional frustrado. Cuando a principios de siglo aparecieron en América latina los primeros marxistas, la balcanización parecía un hecho tan irrevocable, y dichos marxistas estaban tan influidos por las categorías puramente europeas de la doctrina, que dieron por aceptada tácitamente la idea de que América latina era un raro compuesto de veinte naciones independientes que aunque vinculadas por la lengua, debía cada una de ellas obtener su redención socialista por separado. Este "socialismo en un solo país"

avant la lettre, se iría a traducir en el stalinismo posterior de América latina como un socialismo para cada uno de los veinte países. Si desde el punto de vista puramente burgués resulta imposible concebir el desarrollo capitalista de una nación dentro de un espacio político y una población reducidas, mucho menos es posible pensar en una sociedad socialista planificada en países insignificantes por sí mismos. Estas "naciones no viables", para emplear la expresión de Marx, formadas por la balcanización parecían a los primeros marxistas latinoamericanos el terreno ideal para implantar el socialismo.

Para comprender la importancia del pensamiento de Trotsky sobre la revolución latinoamericana, es necesario recordar los rasgos esenciales de las primeras ideas marxistas en América latina. Las manifestaciones iniciales del movimiento obrero revolucionario procedentes de Europa, no siempre estaban influidas definitivamente por Marx. Con bastante frecuencia, las concepciones anarquistas de Bakunin y Proudhon prevalecían en los obreros y artesanos, generalmente tan inmigrantes como las ideas mismas. El carácter pequeñoburgués de las ideas anarquistas se reforzaba por el hecho de que quienes las sostenían eran obreros especializados, trabajadores de servicios o transportes o dueños de sus propios medios de producción. Se levantaban contra el incipiente capitalismo latinoamericano, no tanto en nombre del nuevo proletariado cuanto de las formaciones sociales precapitalistas a que pertenecían. Esto resulta bastante claro hasta en el Manifiesto del 1º de Mayo de 1890 en Buenos Aires, firmado por la Asociación Internacional de Trabajadores.

En Cuba, por ejemplo, José Martí escribía en 1883 un artículo en homenaje a Marx con motivo de su muerte, y si al rendir honores al luchador del proletariado rechazaba su llamado a la violencia, se refería a Bakunin como un hombre "tierno y brillante". Este eco del marxismo y del bakuninismo en el gran precursor, sería más nítido en los discursos de Diego Vicente Tejera, un poeta y escritor cubano, fundador del fugaz Partido Socialista de Cuba, en los que expresaba en líneas muy generales sus aspiraciones de justicia para los trabajadores, la sed

ción colonial de Cuba, y la necesidad del socialismo para la isla. Convocaba a la razón a la burguesía y un trato de respeto mutuo entre ella y el Partido Socialista. En Puerto Rico, las ideas socialistas provinieron de un militante español, Santiago Iglesias, que organizó los primeros grupos sindicales de la isla y el Partido Socialista Obrero en 1899, afiliado al Partido Socialista del Trabajo de los Estados Unidos. Es fácil imaginar la calidad de semejante socialismo y las relaciones de este partido con el marxismo cuando se considera que su fundador llegó a desempeñarse desde 1917 a 1933 como miembro del Senado de Puerto Rico, para asumir luego el cargo de Comisionado Residente en los Estados Unidos con sede en Washington, donde falleció en 1939.[10] En la misma época, un hombre que no presumía de socialista ni de marxista, agonizaba en la cárcel de Atlanta durante largos años por luchar por la independencia de Puerto Rico: Pedro Albizu Campos.

En la península de Yucatán, en México, llegó al poder un socialista de extraña estirpe, luego aventado en el ciclo de la guerra civil: Felipe Carrillo. Era un mexicano, un latinoamericano, un socialista agrarista, pero difícilmente podría afirmarse que su acción política se inspiraba en las doctrinas de Marx. En el mismo país, el pensamiento marxista no está presente sino bajo una forma canónica y estéril al fundarse el Partido Comunista mexicano por Beltram Wollfe, norteamericano, y Manabendra Nath Roy, hindú, este último enviado por la Internacional Comunista, a mérito, seguramente, de su condición de nativo de la India, lo que haría más fácil su misión en un país de indios. Es obvio añadir que al día siguiente de fundar el Partido Comunista el hindú Roy abandonó México y no regresó jamás.

Un complicado reflejo de Marx en Brasil se hará escuchar por la boca de Tobías Barreto (1839-1889), un orador y agitador mulato, francófobo y germanófilo, propagador de vagas nociones de materialismo histórico, pero políticamente un reaccionario: le era indiferente la abolición de la esclavitud, pues su condición de mulato ilustrado le infundía cierta arrogancia diferenciadora. También se oponía a la emancipación política y social

de la mujer y a la proclamación de la República. Socialismo y marxismo más o menos semejante será el del grande y contradictorio escritor Euclides da Cunha, semipositivista y semimarxista, según los momentos. Sin duda es el médico Silverio Fontes quien introduce en términos modernos las ideas de Marx al naciente movimiento obrero e intelectual del Brasil. Pero Fontes, como los posteriores marxistas brasileños, no cuestionaría la balcanización de la península ibérica, creada por las intrigas del Imperio Británico y el aislamiento recíproco entre España y Portugal, que se prolongaría en la balcanización latinoamericana.

Esta generalizada omisión retardaría la concepción marxista sobre la nación latinoamericana. El aislacionismo brasileño con respecto a América latina era equivalente a la ignorancia latinoamericana sobre los problemas del Brasil. El pensamiento marxista entraba a la América hispano-portuguesa disociado y perplejo. Por lo demás, el poderoso influjo del positivismo en la vida cultural del Brasil y en la formación teórica de su Ejército ejerció un papel deformante en la constitución y pensamiento marxista brasileño, empezando por Luis Carlos Prestes, antiguo oficial positivista.[11]

Pero donde, sin duda alguna, las doctrinas económicas de Marx se expresaron formalmente con mayor claridad fue a través del traductor del primer tomo de *El Capital* en la europeizada Argentina. El doctor Juan B. Justo, positivista, librecambista y políticamente un liberal bernsteiniano, fundó el Partido Socialista sobre tales premisas. Su influencia se hizo sentir al otro lado del Río de la Plata, en la persona del doctor Emilio Frugoni y hasta se prolongó a Chile, donde Luis Emilio Recabarren, de temple más revolucionario y antiguo militante en el movimiento obrero argentino, fundará el Partido Comunista. Dado el carácter europeo de la Argentina y el Uruguay, fundado en el usufructo de la renta agraria producida por la pampa húmeda, el socialismo uruguayo y el socialismo argentino adquirieron desde sus comienzos un evidente carácter reformista. Adversarios de la lucha de clases, también lo eran de la dialéctica y de la lucha contra el imperialismo. Reproducían en nuestras pequeñas e

ciedades del Plata la antítesis teórica de clase contra clase que debía resolverse por la vía de la evolución parlamentaria y, naturalmente, rehusaban asumir las reivindicaciones nacionales y populares de las masas no proletarias del país. Esta concepción los llevó sistemáticamente a alianzas políticas con la oligarquía terrateniente y a oponerse categóricamente a sostener las luchas que los grandes movimientos nacionales del siglo XX –yrigoyenismo y peronismo– libraban contra los enemigos imperialistas de la Argentina.[12] Tanto el socialismo uruguayo como el argentino desdeñaban las "republiquetas sudamericanas", con sus desórdenes y sus indios (pues se trataba de socialistas positivistas, es decir, de racistas blancos) y proyectaban sus aspiraciones hacia Europa, el continente modelo.

Las concepciones de Juan B. Justo han tenido mucha más trascendencia de la que habitualmente se les atribuye. Pocos discípulos que ignoran quién es su maestro: son los ultraizquierdistas verbales, entre ellos numerosos "trotskystas". Para Justo teorizó dos errores capitales: considerar a la Argentina como una Nación (y a las demás provincias latinoamericanas como naciones, aunque bárbaras y mestizas) y precisar el carácter capitalista y burgués de cada una de ellas. Esto suponía en el "maestro" del socialismo finisecular disociar la estrategia de la revolución latinoamericana, que es la unidad nacional de los Estados Socialistas, de su táctica, necesariamente aplicable dentro de las fronteras de las provincias balcanizadas. En segundo lugar, el carácter capitalista o burgués de cada uno de los Estados latinoamericanos, excluía todo Frente Nacional Antiimperialista con otras fuerzas no proletarias y aislaba al proletariado de Argentina o América latina de los procesos de las grandes luchas nacionales. Este "espíritu clasista" respondía perfectamente a las necesidades de la oligarquía y del capital extranjero, que siempre han visto con simpatía la disociación entre la acción marxista y las banderas nacionales. Los discípulos "trotskystas" o "ultraizquierdistas" de Juan B. Justo (chinos o fidelistas incluidos) tienden así a convertirse en sectas impotentes y fraseadores de oficio. No es inútil advertir que ni Lenin, ni Trotsky, ni Mao,

ni Fidel practicaron jamás esta política, pues de haberla llevado a cabo no habrían triunfado jamás.

El único socialista de la Argentina que consideró a América latina como una nación inconstituida fue Manuel Ugarte, pero casi resulta obvio añadir que Ugarte fue expulsado del Partido Socialista.

En el Perú es José Carlos Mariátegui el pensador que mejor representa el pensamiento marxista y uno de los primeros contribuyentes originales a la comprensión de la revolución latinoamericana. Su libro *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* permanece como una de las raras obras que testimonian la voluntad de América latina para elevarse a su autoconciencia. Sin embargo, toda la tradición cultural peruana impidió que Mariátegui se emancipase por completo de las ideas residuales que flotaban en su época. Restos de bersognismo y sorelismo, recuerdos de Nietzsche y del liberalismo romántico se deslizan a lo largo de su obra. No menos significativo es su silencio hacia la cuestión nacional latinoamericana, que en el nacionalista marxizante pequeñoburgués Haya de la Torre constituirá el eje mismo del pensamiento aprista en el primer período de ese movimiento. La disociación entre Mariátegui y el primer Haya de la Torre, entre el introductor del pensamiento marxista en el Perú y el creador del nacionalismo latinoamericano resultaría un hecho trágico. Demostraba que ni el proletariado ni la pequeña burguesía podían resolver aún en el dominio teórico la fusión de los aspectos nacionales y los aspectos socialistas de la revolución latinoamericana, en otras palabras, concebirla como un proceso único y continuo de revolución permanente. Mientras Mariátegui acentuaba el carácter socialista de la revolución latinoamericana ("será socialista o no será"), Haya de la Torre omitía el papel conductor de la clase obrera en el frente revolucionario y subrayaba la importancia de la cuestión nacional. Pero ni el proletariado latinoamericano, como en cualquier país atrasado, podía realizar por sí mismo la revolución ni la pequeña burguesía ni el campesinado estaban en condiciones de conducirla sin el proletariado y sin pasar a las fases

socialistas de planificación (que no es el socialismo). Tampoco la revolución podía detenerse en las fronteras de cada Estado para construir el "Estado Antiimperialista" de Haya, sino confederarse entre todos ellos; ni una "revolución socialista", para y simple, como pretendía Mariátegui, pues no hay en América latina los prerrequisitos tecnológicos del socialismo.

Cuando Trotsky comienza a estudiar América latina desde México, el stalinismo dominaba la escena y por supuesto Mariátegui había muerto, Haya había renunciado a sus tesis antiimperialistas iniciales y el Frente Popular de la traición parasitaba en cada Estado balcanizado, repitiendo aquí los gestos simiescos de los Frentes Populares de la decadente Europa.

El marxismo en Bolivia tuvo dos introductores modernos: José Antonio Arze y José Aguirre Gainsborg. El primero dio nacimiento al PIR y fue la expresión reformista y conciliadora de un cripto-stalinismo antiplánico de oscura memoria, pues partió con todos los gobiernos oligárquicos que se recuerdan en los últimos treinta años de Bolivia. Aguirre Gainsborg, de mayor alcance teórico y político, fundó el Partido Obrero Revolucionario, pero su temprana desaparición lo exime de responsabilidad por el sectarismo obtuso de sus epígonos curiosamente llamados "trotskystas". No obstante, la influencia ideológica de Aguirre Gainsborg ha sido y es profunda en Bolivia, pues fue uno de los escasos marxistas que podrían invocar su condición de discípulos de Trotsky; es Bolivia, justamente, donde la balcanización es sentida como una llaga viva y la necesidad de ponerle término como la única respuesta apta para elevarse a la civilización y al socialismo.

Ahora quizá se pueda comprender mejor la contribución de Trotsky a la inteligencia de la revolución latinoamericana, a la estrategia de unificación y a las tácticas diversas impuestas por el complejo panorama trazado y el primitivismo que brota de él. Las ideas de Trotsky sobre América latina restablecían el pensamiento olvidado de Lenin sobre la cuestión nacional, y religaban el presente latinoamericano a la tradición perdida de la fuerza bolivariana. De ahí su incomparable fuerza, que ha so-

brevivido a todas las catástrofes del último cuarto de siglo y que encuentra su expresión en el Partido Socialista de la Izquierda Nacional de la Argentina.[18]

Trotsky y la revolución latinoamericana

La esencia de la contribución teórica y política de Trotsky a la formación del pensamiento marxista latinoamericano puede sintetizarse de la manera siguiente, empleando frases textuales, apenas resumidas, del propio Trotsky:

1) Los políticos marxistas de los países latinoamericanos deben tener presente que hay dos clases de países en nuestro tiempo: las naciones opresoras y las naciones oprimidas. Esto supone que un marxista debe considerar en primer término la naturaleza social e histórica del régimen, antes que las formas políticas externas de dicho régimen. La democracia tiene un significado diferente para el México de Cárdenas y otro muy distinto para Inglaterra, aunque el primero sea gobernado por un general nacionalista y Gran Bretaña por un intelectual socialista. El patriotismo en América latina es progresivo y en Inglaterra reaccionario.

2) Bajo cualquier máscara es preciso saber descubrir el bando junto al cual, por más precario que sea, debe brindar su apoyo el partido marxista. En Brasil existía un régimen político antidemocrático, con Vargas. En Inglaterra, prototipo de la democracia imperialista, un régimen parlamentario que garantizaba las libertades democráticas. En caso de guerra entre ambos países, sin embargo, un revolucionario debería apoyar al Brasil reaccionario contra la Inglaterra democrática. Si Brasil fuese derrotado en caso de una guerra, Inglaterra pondría otro dictador en el poder y acentuaría la dependencia semicolonial de ese país. Si Inglaterra fuese derrotada, en cambio, el triunfo del Brasil conduciría a un despertar nacional y revolucionario del pueblo brasileño y muy probablemente a una democratización de

su régimen político; al mismo tiempo, la derrota inglesa convertía al aburguesado proletariado británico y lo incorporaría a la lucha de clases dentro del Imperio.

3) Los gobiernos de los países latinoamericanos asumen generalmente un carácter bonapartista o semibonapartista. Difieren unos de otros en que algunos de ellos se apoyan en las masas populares para resistir las pretensiones del imperialismo y se ven obligados a conceder a aquéllas amplias ventajas de distinto orden. Otros de estos gobiernos se inclinan a marchar hombro con hombro con el capital extranjero. Distinguir a ambos y actuar en consecuencia es lo que separa a un verdadero revolucionario de los vendedores de frases, que terminan generalmente como ala izquierda del imperialismo.

4) El carácter de estos gobiernos está determinado por la debilidad general del país, que encuentra en un régimen autoritario la única posibilidad de actuar frente al gigantesco poder centralizado del imperialismo extranjero. La democracia política en América latina ha sido siempre rara, justamente porque ella es un privilegio de la abundancia, de los países ricos.

5) Dado que el papel principal lo desempeña en los países atrasados el capital extranjero y no el capital nacional, la burguesía nativa ocupa una posición mucho menos importante que la que corresponde al desarrollo de la industria. El proletariado, en cambio, juega un papel mucho más importante que la burguesía, puesto que el capital extranjero no importa obreros sino que proletariza a los trabajadores del país. Esta situación peculiar asigna un rol predominante a la clase obrera como conductora de las luchas nacionales.

6) La expropiación del petróleo (por Cárdenas) no es comunismo ni socialismo: es una medida profundamente progresiva de autodefensa nacional. Marx no consideraba en modo alguno a Abraham Lincoln como comunista. Esto no impidió a Marx manifestar su profunda simpatía por la lucha que Lincoln dirigía. La Primera Internacional envió al presidente de la guerra civil una nota de salutación y Lincoln en su respuesta apreciaba calurosamente este sostén moral... La causa de México,

como la de España, como la de China, es la causa de toda la clase obrera del mundo.

7) En los países industrialmente atrasados, el capital extranjero desempeña un papel decisivo. De aquí la debilidad relativa de la burguesía "nacional" respecto del proletariado "nacional". Esto da origen a condiciones especiales del poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el doméstico, entre la débil burguesía nacional y el proletariado relativamente poderoso. Tal situación confiere al gobierno un carácter bonapartista "sui generis". Se eleva, por decirlo así, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar ya convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y aherrojando al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o bien maniobrando con el proletariado, hasta llegar a hacerle concesiones y obtener así la posibilidad de cierta independencia respecto de los capitalistas extranjeros.

8) En América latina las medidas nacionalizadoras permanecen enteramente dentro del dominio del Capitalismo de Estado. Pero la fuerte presión del capital extranjero sobre ese Estado semicolonial determina que no pueda mantenerse tal política nacionalista sin el apoyo activo del pueblo y los obreros.

9) El ultraizquierdismo en los países atrasados es el otro polo del oportunismo sin principios. Es el histérico pago pequeñoburgués por los pecados de la conciliación stalinista. El stalinismo, con su política "ultrademocrática" origina los errores "ultraizquierdistas". Estos últimos niegan el carácter progresivo de las luchas nacionales de los pueblos atrasados con el slogan de la China sostenían, por ejemplo, que el Japón imperialista que invadía la China semicolonial de Chiang Kai-shek era una guerra "entre burgueses" y se oponía a defender a China a causa de Chiang Kai-shek. Esto es una imbecilidad. Pero una imbecilidad elevada a semejante nivel equivale a la traición. El patriotismo japonés es la máscara del bandidaje mundial. El patriotismo chino es legítimo y progresivo. Poner a los dos en el mismo plano y hablar de "socialpatriotismo" o "nacionalismo burgués" sólo po-

de hacerlo quien no ha leído a Lenin, quien no ha comprendido la actitud de los bolcheviques durante la guerra imperialista y quien no puede más que comprometer y prostituir las enseñanzas del marxismo.

10) Nosotros no hemos puesto nunca ni pondremos jamás en un mismo plano a todas las guerras. Marx y Engels apoyaban la guerra revolucionaria de los irlandeses contra Gran Bretaña, de los polacos contra el Zar, aunque en estas dos guerras los jefes eran en su mayoría burgueses. Cuando Abd-el-Krim se levantó contra Francia, los demócratas y los socialdemócratas hablaron con desprecio de la lucha de un tirano salvaje contra la democracia; el partido de León Blum sostenía este punto de vista. Pero nosotros, marxistas y bolcheviques, considerábamos la guerra de los rifeños contra la dominación francesa como una guerra progresiva.[14]

La herencia de Trotsky

En el período de reacción que se extiende desde 1930 hasta 1945, el mayor peligro del movimiento revolucionario provenía del oportunismo stalinista y de la socialdemocracia no menos oportunista. A partir de 1945 se extiende a escala mundial una marea revolucionaria que, pese a sus periódicos reflujos, culmina con la revolución cubana.

La última chispa de la revolución en Europa había sido la guerra civil española de 1936-1939. A partir de ese momento, el estallido de la segunda guerra imperialista y sus efectos traslada el eje revolucionario hacia las colonias y semicolonias. La historia del mundo se desplaza hacia los "continentes bárbaros". Pero el mismo atraso histórico que obliga a madurar las condiciones revolucionarias en los pueblos coloniales, determina un bajo coeficiente en la "acumulación cultural primitiva" y la pérdida de la tradición marxista europea de la que se había nutrido, en los largos años de emigración, la vanguardia bolchevique rusa. Toda suerte de ideas y semiideas, de teorías y semiteorías, hacen su

aparición en América latina. La pequeña burguesía más o me-
nos ilustrada de las ciudades, conmovida por el rápido y espe-
tacular triunfo de la revolución cubana, aspira a repetir el pro-
digio. Esta pequeña burguesía por lo general está decepcionada
del stalinismo y de los grupos socialistas amarillos; o procede de
nacionalismo pequeñoburgués. Su inclinación hacia la ultraiz-
quierda es inevitable por un período y la hipótesis guerrillera
como fórmula mágica se le aparece como la ruta más corta a la
victoria. Hay bastante de inconsciente exitismo en la difusión de
tal fórmula y en el tácito desdén de tales sectores por las expe-
riencias del movimiento revolucionario mundial. De ahí que la
herencia política de Trotsky en América latina recién ahora co-
mienze a dar sus frutos. Los propios "trotskystas" la han igno-
rado, como han ignorado la mayoría de los sectores de izquierda
las ideas leninistas sobre la cuestión nacional.

Pero si en las épocas de reacción prospera el oportunismo
como política de adaptación a una difícil situación objetiva, en
las épocas revolucionarias el peligro proviene del ultraizquier-
dismo, que se nutre de los pequeñoburgueses impacientes por
extender su mano y arrancar las manzanas de oro del jardín de
las Hespérides.

Reunir la tradición de Bolívar con las ideas marxistas re-
planteadas por Trotsky en América latina constituye el deber
inexcusable de todo revolucionario serio que no se alimente de
palabras.

La titánica obra intelectual y política de León Trotsky to-
caba a su fin. La GPU preparaba desde hacía años su elimina-
ción física. En la plaza Djerzhinsk Nº 2, en Moscú, el edificio de
la policía política de Stalin había consagrado tres pisos íntegros
a los archivos sobre Trotsky, planes de vigilancia, maquetas de
su residencia, fotografías y estudios sobre el plan de su asesi-
nato. Estas operaciones estuvieron a cargo del coronel Sve-
briansky en Moscú y del general Leonov en México. Leonov es
el mayor general Leonide Eitingon, conocido durante la guerra
de España bajo el nombre de general Kotov y a cuyas órdenes

trabajó un equipo de asesinos en Cataluña, que ejecutó a muchos revolucionarios antistalinistas, entre ellos Andrés Nin, secretario general del Partido Obrero de Unificación Marxista de España. En las torturas y asesinatos de que fue víctima Andrés Nin participó directamente un antiguo funcionario de la policía secreta soviética, Vittorio Codovila, que intermitentemente actuaba en diversos períodos como jefe del Partido Comunista de la Argentina. El general Leonov era amigo personal de Caridad Mercader, agente de la policía soviética en Barcelona y París y cuyo hijo, Ramón Mercader del Río, logró filtrarse en la residencia de Trotsky en Coyoacán y asesinarlo en su estudio. Los documentos y detalles completos de esta historia de horror que basta para deshonrar de arriba a abajo al stalinismo, han sido publicados innumerables veces en todas las lenguas.[11] Sólo ella permite medir la degradación burocrática de la Unión Soviética fundada por Lenin y por Trotsky, y comprender los acontecimientos del presente, sea la "coexistencia pacífica" o la invasión de Hungría y Checoslovaquia. Por sobre todo, permite comprender que ni la historia de la humanidad ni la historia de las revoluciones siguen un curso recto y esplendente, de incesante progreso, como lo proclamaban los cándidos positivistas del siglo XX.

Vivimos en una época de guerras y revoluciones que sólo tendrá término cuando la sociedad capitalista sea sustituida por la sociedad socialista en todo el planeta. Cada acontecimiento parece sumir en una sombra definitiva al acontecimiento precedente y a sus héroes. Pero un revolucionario verdadero debe evitar que el hilo de la historia le sea arrebatado y saber ver en la continuidad de los hechos su sentido profundo. Cuando en 1940 el asesinato de Trotsky no suscitó en la opinión pública sino indiferencia general, pareció que el héroe de la Insurrección de Octubre había sido devorado por la historia, como ocurre generalmente a los políticos burgueses, a esa especie interminable de presidentes, ministros y generales que pasan por el poder efímeramente. En junio de 1968 tuve oportunidad de asistir en París a la "revolución cultural" de estudiantes y obreros. Advertí que en el anfiteatro de la Sorbona se elevaban tres grandes re-

tratos: los de Guevara, Mao y Trotsky. Los estudiantes de París no habían logrado encontrar en su propio país, ni siquiera en la vieja Europa aún próspera, a los símbolos de su lucha. Habían ido a buscarlos en las montañas de América latina, en las llanuras chinas o en las estepas rusas. En el caso de Trotsky, la vindicación era doble, pues no sólo se veía en él a un héroe extraeuropeo, sino al hombre más calumniado del siglo XX. En ese tributo a su integridad heroica se adivinaba el anticipo del veredicto final. Pues la historia es lenta, pero implacable.

1. He descripto esa época en el tomo II de "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina", Ed. Plus Ultra, 8ª edición, Buenos Aires, 1966.
2. V. *Trotsky*, Los crímenes de Stalin, Ed. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1938, e *Isaac Deutscher*, Le prophète hors la loi, tomo III, Ed. Julliard, París, 1965. Diez años más tarde el delegado soviético ante la ONU proponía el nombre del arranque noruego como Secretario General del organismo. La GPU tenía la mano larga y buena memoria para sus amigos.
3. *Deutscher*, ob. cit.
4. *Ibid.*
5. *Ibid.*
6. V. Adonde va Inglaterra, Adonde va Francia; Mis peripecias en España (hay ed. argentina, Del Pucará, 1968); Ecrits, III, Ed. Marcel Rivière et. Cie. París, 1955.
7. *Deutscher*, ob. cit.
8. V. *Ramos*, Historia de la Nación Latinoamericana, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1968.
9. *Trotsky*, Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.
10. *Luis E. Aguilar*, Marxism in Latin America, Ed. Alfred A. Knopf, New York, 1968.
11. *Vamireh Chacon*, História das idéias socialistas no Brasil, Ed. Civilizaçao Brasileira, Rio, 1965.
12. *Jorge E. Spilimbergo*, Juan B. Justo y el socialismo cipayo, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.
13. V. Clase obrera y poder, Tesis programática del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, Buenos Aires, Ed. Izquierda Nacional, 1964.
14. *Trotsky*, Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina, ob. cit.
15. *Isaac Don Levine*, L'homme qui a tué Trotsky, Ed. Gallimard, París, 1960. En las memorias de Jesús Hernández, el General Kirvitsky, y el General Orlov, en *Revolución y guerra en España*, de Broué y Temime.

Ed. Fondo de Cultura Económica, lo mismo que en *Le Parti Bolchevique*, de Broué, Ed. du Minuit, París, 1963, en los libros de Victor Serge, para citar un puñado de ellos, y sobre todo en la obra de Isaac Deutscher, puede encontrarse parte testimonial y documental de la inmensa tragedia del stalinismo y de la Unión Soviética después de la muerte de Lenin.

INDICE DE NOMBRES

Abd-El-krim: 253.
Aguirre Gainsborg, José: 249.
Albizu Campos, Pedro: 245.
Alcalá Zamora, Niceto: 36.
Andreevna, Marfa: 65.
Aragon, Louis: 233.
Aristoteles: 200.
Artigas José G. de: 243.
Arze, José A.: 249.
Axelrod: 173.
Azaña: Manuel: 36.

Babeuff, Graeus: 157.
Bakunin: 31, 131, 244.
Balfour: 125.
Barbusse, Henri: 223, 234.
Barreto, Tobías: 245.
Bauer, Max: 60, 61.
Bebel, A.: 92, 127.
Belyi, Andrey: 185.
Benavidez (Mariscal): 239.
Bernstein, E.: 84.
Bessedovsky, Gregory: 16.
Birkenhead (Lord): 201.
Blok, Alejandro: 187.
Blum, León: 253.
Blun, Oscar: 60.
Bolívar, Simón: 238, 239, 243, 254.
Berissov: 128.
Brecht, Bertold: 233.
Bubnoff: 99, 117.
Buchanan, Sir George: 50.
Buffon: 153.
Bujarin: 35, 129, 134, 185, 233.
Busch, Germán (Cnel.): 240.

Calé, Constantino: 230.
Canning, George: 241.
Cárdenas, Lázaro (Gral.): 236, 237, 238, 241, 250, 251.
Carnot, Sadi: 204.
Carrillo, Felipe: 245.
Castro, Cipriano (Gral.): 240.
Cline, L. F.: 198.
Clausewitz: 104.
Cleo: 205.
Codovilla, Vittori: 255.
Colón, Cristóbal: 160.
Comte, Auguste: 134.
Condorcet: 200.
Crítica (periódico): 229.
Cromwell, Oliver: 134.
Curtis Publishing Co.: 35.

Chamberlain, Sir Austen: 34.
Chernov: 144, 146, 221.
Chiang Kai-shek: 252.
Chopelov: 233.
Cho-En-lai: 38.
Churchill, Winston: 142.

Da Cunha, E.: 246.
Daily Mail (periódico): 27.
Dan: 104, 125.
Danton: 208.
Denikin: 61, 139.
Derry: 55.
Deutscher, Isaac: 235, 236, 238.
Dewey (Comisión): 171, 175, 180.
Dimitroff: 19.
Dostoievski: 194.

Dreiser, T.: 253.
Duguit: 154.
Duglerc: 16.
Dybenko: 114, 116, 120, 125.
Dzerjinski: 99, 117, 118, 134.

Eastman, Max: 54, 72, 205.
Ehrenburg, Ilya: 233.
Ellersen: 49.
Elizagaray, Leonide (Gral.): 254.
Engels, D.: 127, 175, 212, 253.
Esenin, S.: 198.
Eversbusch, E.: 233.

Fish, Hamilton Jr.: 54.
Foch: 80.
Fonica, Silverio: 240.
Francia, Gaspar R. de: 241.
Frugoni, Emilio: 240.

Gaitán, Jorge E.: 240.
George, Lloyd: 101, 111.
Galiziu, G.: 101, 111.
Gippius, Zinaida: 183.
Goethe: 144, 200.
Gogol: 196.
Goltz, von der (Gral.): 61.
Gómez, Juan V.: 240.
Goutcharov: 196.
González Tuñón, Raúl: 231.
Gorbunoff: 53.
Gorki, Máximo: 179, 218, 225, 233.
Gochkov: 202.
Guevara, Che: 256.

Haakon (Rey): 232.
Haig, Douglas: 80.
Hartmann, Nicolás: 134.
Haya de la Torre, V. R.: 237, 248, 249.
Herlen: 90.
Hitler, Adolf.: 174, 230, 231, 232, 234, 242.
Hoover, H.: 32.
Hoitfaldt, Arild: 49.

Ibsen: 232.
Iglesias, Santiago: 245.
Inkiai (Periódico): 220.
Jakva (Per.): 142, 173, 215.

Jaurès, Jean: 127, 220.
Jondiante: 142.
John O London's Weekly (per.): 201.
Jourlo: 142.
Justo, Agustín P. (Gral.): 238.
Justo, Juan B.: 246, 247.

Kahlo, Frida: 236.
Kamenev: 49: 68, 99, 108, 108, 112, 153, 215, 233.
Kapp, Wolfgang: 68.
Karahan: 110.
Kautsky, Karl: 84, 85, 90, 91.
Kemal, Mustafa: 50, 205.
Kerensky: 36, 47, 61, 70, 101, 105, 111, 114, 117, 118, 121, 122, 128, 144, 202, 216.
Khrystalev-Nosar: 216, 219.
Kievskaia Mysl (periódico): 128.
Khayev: 188.
Kolchak: 61, 139.
Kollontai, A.: 125.
Komarow: 138.
Kornilov: 107, 111.
Krassoff (Gral.): 123.
Kreuger: 28.
Krassaya Nov (per.): 184.
Kropotkin: 81.

La Nación (per.): 239.
La Prensa (per.): 239.
La Razón (Per.): 239.
Lasalle: 62.
Las Casas, Padre: 160.
Le Corbusier: 89.
Lenin: 17, 18, 30, 32, 33, 48, 49, 51, 52, 53, 54, 60, 77, 83, 85

95, 96, 99, 100, 102, 104, 105, 106, 108, 109, 112, 114, 119, 121, 122, 123, 124, 126, 138, 142, 145, 149, 151, 152, 154, 164, 165, 171, 173, 175, 176, 178, 179, 183, 201, 207, 208, 209, 211, 212, 215, 216, 217, 219, 221, 225, 226, 236, 247.
Lye, Trigve: 232.
Lincoln, Abraham: 251.
Lockhart, Bruce: 139.
Lombardo Toledano, Vicente: 241.
Lomov: 129.
Ludendorff (Gral.): 80.
Lunacharsky, A.: 33, 99, 107, 125, 185, 217, 219.
Lutero: 101.
Luxemburgo, Rosa: 85, 175.

Macdonald: 101, 111.
Madre, La (film): 12.
Maiakovsky: 190, 191.
Malaparte, Curzio: 25.
Malraux, André: 233, 234.
Mamontov (Gral.): 64.
Manuilsky: 220.
Mao Tse-tung: 38, 247, 256.
Maquiavelo: 168, 204, 229.
Marat: 208.
Mariátegui, José C.: 248, 249.
Markine: 227.
Marti, José: 244.
Martov: 173, 217.
Marx, Karl.: 19, 25, 31, 104, 109, 119, 131, 171, 175, 206, 209, 212, 244, 245, 251, 253.
Mœtin, Le (per.): 20.
Mehring, Franz: 127.
Menjinski: 30.
Mercader del Río, Ramón: 229, 255.
Michelet: 134.
Milinkof, Paul: 49, 50, 149, 202.
Mych: 127.
Morning Post (per.): 27.
Mussolini, B.: 70.

Napoleón: 124, 142, 169, 174.
Nache Slovo (per.): 216.
Nemirovsky: 54.
Nietzsche, F.: 197.
Nin, Andrés: 94, 95, 255.
Noske, Gustav: 111.
Nuey Mir (per.): 218.

Oates, Tito: 205.
Olaregia, Alvaro: 207.
Ocampo, Victoria: 231.
Ossinsky: 129.
Ovseenko, Antonov: 109, 112, 114, 115, 116, 120, 121, 123, 125.

Pasternak, Boris: 12.
Parvus: 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 93.
Pankow: 233.
Pilniak, Boris: 186.
Pilsudski: 41.
Pieyanov: 55, 217.
Podvoisky: 120.
Poincaré: 111.
Polkovnikoff (Cnel.): 188.
Potemkin (film): 12.
Pravda (Per.): 216, 218.
Preobrayensky: 253.
Prestes, Luis C.: 246.
Proudhon: 90, 131, 244.
Puchkin: 194.

Radek, Karl: 35, 233.
Recabarren, Luis E.: 246.
Richelieu (Cardenal): 17.
Rikov: 43, 153.
Rivera, Diego: 236, 238.
Robespierre: 86, 137, 208.
Rolland, Romain: 81, 233, 234.
Romanoff: 206.
Roy, Manabendra Nath: 245.

Saboya (Rey de): 90.
Sacco y Vanzetti: 19.
Sadoul, Jacques: 81.

Saint-Just: 86.
Saint-Simon: 189, 200.
San Martín, José de (Gral.): 243.
Savinkov: 202.
Schleicher, von (Gral.): 84.
Schultze: 127.
Sedova, Natalia: 233.
Sedov, León: 235, 238.
Sevebriansky (Gral.): 254.
Shakespeare: 194.
Shaw, G. Bernardo: 144, 177.
Shelley: 197.
Shingarev: 50.
Siberian Company: 49, 50, 52, 54, 56.
Simenon, Georges: 20.
Simon, Sir John: 53.
Simon & Schuster: 53.
Skobeleff: 104, 125, 144.
Skoropadski: 61.
Sosnowski, Alexandra Ivanova: 205.
Sokolovsky, Gregorio: 180.
Spengler, Oswald: 79.
Stalin, José: 15, 18, 23, 24, 25, 26, 30, 32, 34, 36, 37, 38, 49, 68, 72, 90, 32, 34, 36, 37, 38, 49, 68, 72, 99, 100, 101, 117, 131, 132, 137, 139, 153, 155, 224, 225, 226, 229, 231, 232, 235, 242.
Stresemann: 101, 111.
Strong, Anne: 253.
Sokhanov: 151.
Sverdloff: 99, 117.
Sweezy, Paul: 233.

Tejera, Diego: 244.
Thaelmann: 19.
The New York Times (Per.): 3.
Tolstoi: 225.
Torgler: 19.
Toro, David (Cnel.): 240.
Tucídides: 142.
Tujachevsky (Gral.): 14.

Ugarte, Manuel: 248.
Unamuno, Miguel: 134.
Uritski, M. C.: 99, 117, 230.
Urquiat, Leslie: 50.
Urusol (Príncipe): 48.

Vargas, Getulio: 239, 250.
Velasco Alvarado, Juan (Gral.): 20.
Verité, La (Per.): 20.
Villa, Francisco (Gral.): 237.
Vishinsky: 233.
Voltaire: 20.
Voroshilov: 30.

Weygand (Gral.): 14.
Wells, H. G.: 125.
White: 54, 55.
Wolfe, Bertram: 233, 245.

Yakovleva: 129.
Yrigoyen, Hipólito 238.
Yudenitch: 61, 139.

Zamiatin, Eugenio: 185.
Zapata, Emiliano: 237.
Zassulitch, Vera: 173.
Zinoviev: 32, 35, 49, 60, 108, 109, 112, 153, 155, 156, 233.

LOS AUTORES

André Malraux (1901-), escritor y político francés, intervino en la guerra civil china, en la guerra de España y en la resistencia contra los nazis. En 1934 entrevistó a Trotsky en el sur de Francia, y defendió al exiliado contra la expulsión dictada por el gobierno de Pierre Laval. Posteriormente, Trotsky y Malraux se enemistaron, llegando el primero a acusar al otro de "agente de Stalin". El reportaje de 1934, que ahora se publica, apareció en *Marianne*, de París.

John Gunther, periodista norteamericano, autor de numerosos volúmenes sobre la política mundial (*Inside Africa*, *Inside USA*, *Inside Europe*) publicó su entrevista a Trotsky en *Harper's Magazine*, Abril 1933. La nota final fue agregada a una reedición de dicho reportaje (y otros a figuras mundiales), publicado por Hamish Hamilton, Londres, 1965, bajo el título *Procession*.

Víctor R. Haya de la Torre, escritor y político peruano, fundador del APRA, viajó a la Unión Soviética en 1924, cuando se insinuaba la nueva política económica (NEP). El encuentro con Trotsky que relata, fue escrito en diciembre de ese mismo año, en Leysin, Suiza, y figura en su libro *Ex-combatientes y desocupados*, Ercilla, Santiago de Chile, 1936.

Jonas Lied, hombre de negocios noruego, estaba en Rusia al producirse la revolución. Allí organizaba la exportación de pieles desde Siberia a Kensington, mediante una línea de cargueros que atravesaban el Mar de Kara. Su relato figura en un libro de memorias, *Return to Happiness*.

Julio Alvarez del Vayo, político y escritor español, llegó a ministro de Estado en el gabinete Largo Caballero, durante la guerra civil española. En 1926 viajó a la URSS, y fue entonces cuando escribió varios ensayos y relatos sobre su experiencia, entre ellos su visión de Trotsky.

Víctor Serge, escritor revolucionario nacido en Bélgica, aunque íntimamente conectado con la vida rusa, trató a todos los líderes bolcheviques, con muchos de los cuales convivió en diferentes lugares de Europa. Amigo personal de Trotsky, su relato forma parte de una narración titulada *Petrogrado en peligro*, Ulises, Madrid, 1931.

Carlo Rosselli, antifascista de izquierda, líder del grupo "Giustizia e Libertà", entrevistó a Trotsky en 1934, y mantuvo con él una discusión donde no se oculta el papel político del propio periodista, que en 1937 fue asesinado en Francia. Según pudo establecerse más tarde, su crimen fue perpetrado por la famosa "Cagoule", organización terrorista de derecha, con la complicidad de la policía secreta italiana.

José Carlos Mariátegui, considerado el primer marxista de América latina, autor de una valiosa obra entre la que se destaca *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, publicó en Lima, 1924, el ensayo sobre Trotsky que se incluye.

Heinz Schumm, es docente de la School of Slavonic Studies de la University of London. Su ensayo forma parte de una colección editada por Leopold Labedz, para George Allen & Unwin Ltd., London, 1962.

Curzio Malaparte (Curzio Zuckert / 1898-1957), periodista y escritor italiano, comenzó su carrera en el auge del fascismo y terminó su vida en China Popular, adonde lo había invitado Mao-tse Tung. *Técnica del golpe de Estado*, su más famoso libro de la entreguerra (1932), desagradó a Trotsky que calificó sus diálogos presuntos con Lenin como "una invención inapta del principio al fin". El relato conserva, de todos modos, un enorme interés.

Karl Radek (1885-?), acompañó a Lenin a través de Alemania, y fue uno de los jefes de la Internacional Comunista en 1920. Por su amistad con Trotsky, perdió sus posiciones en 1923, pero se lo readmitió en la jerarquía soviética en 1924

Nuevamente en 1937 perdió su cargo, y resultó condenado a diez años de confinamiento. Se ignora la fecha de su muerte, y existe la versión de que en 1941 recuperó la libertad. Gran periodista, Radek publicó su ensayo sobre Trotsky en *La Correspondencia Internacional*, Nº 37, 8 Mayo 1923.

Fernando de los Ríos (1879-1949), político español, representó al partido socialista en una misión destinada a afiliar dicho partido a la Internacional Comunista, pero a su regreso de la URSS aconsejó lo contrario, aparentemente convencido por sus conversaciones con los anarquistas rusos. En 1929, De los Ríos escribió varias páginas sobre Trotsky.

Edmund Wilson (1895-), uno de los más famosos críticos literarios de los Estados Unidos, es autor de tres volúmenes de ensayos, de un tomo de poemas y una novela, como así también de un trabajo histórico, *To the Finland station*, 1940, al que pertenece su observación sobre Trotsky. *Time* lo definió recientemente como "la voz eminente" de *New York Review of Books*.

Bertram Wolfe, uno de los fundadores del partido comunista de México, posteriormente se volvió enemigo del comunismo. Ha publicado *The Fabulous Life of Diego Rivera*, *Three Who Made a Revolution*, y *Strange Communists I have known* (Bantam Books, New York, 1965). Ha pertenecido últimamente al Departamento de Estado, a La Voz de las Américas y a diversas universidades norteamericanas.

Boris Bajanov, figura de menor relieve del gobierno soviético, en la década de los 30', su relato fue tomado de la revista *Claridad*, Buenos Aires, octubre 1940, que lo tradujo sin indicar la fuente soviética.

Ernesto Montenegro, *(1885-1967)*, escritor chileno, autor de *Puritania* y *Mi tío Ventura*, vivió extensamente en los Estados Unidos, donde fue corresponsal literario del diario *La*

Prensa, de Buenos Aires. Su crónica sobre la muerte de Trotsky está fechada en New York, 12 Octubre, 1940.

Ciro Alegría (1907-1967), escritor peruano que alcanzó prestigio mundial con su novela *El mundo es ancho y ajeno*, premiado en el concurso de *Farrar & Rinehart*, editores de New York. Fue militante del APRA, por cuya causa se lo encarceló y expatrió varias veces. En 1960 fue elegido diputado por el Partido de Acción Popular, al que se había incorporado después de romper con el APRA. Su trabajo sobre Trotsky lo escribió en diciembre 1940, durante su exilio en Santiago de Chile.

James T. Farrell, novelista norteamericano que describió con profundo conocimiento la vida de la ciudad de Chicago, donde nació, y cuya más famosa obra es "Chico Lonigan". Escribía una sección en *Partisan Review*, de New York, donde incluyó su evocación de Trotsky.

Dwight MacDonald, fue uno de los directores de *Partisan Review*, considerada como una de las publicaciones más representativas del mundo cultural y político norteamericano en la inmediata preguerra. Allí mismo se publicó su opinión sobre la personalidad de Trotsky.

Isaac Deutscher (1907-1967), es el autor de la más vasta biografía sobre León Trotsky que se ha escrito. Nacido en Polonia, fue comunista a los 20 años, pero en 1932 se opuso a la política stalinista y formó parte de la oposición trotskista. Sin embargo se opuso a la fundación de la IV Internacional, y en 1930 se refugió en Londres, desde donde desarrolló una intensa tarea como historiador. Su trilogía sobre Trotsky es considerada juntamente con su biografía de Stalin una verdadera historia del socialismo en la URSS.

Winston Churchill (1874-1965), líder de los conservadores ingleses, primer ministro durante la segunda guerra mundial y autor de una voluminosa obra escrita, alentó hasta el comienzo de aquella la idea de una restauración del capitalismo en la

FONDO

URSS. Frecuentemente vinculado a maniobras intervencionistas, y ligado personalmente con el magnate petrolero Henri Deterding, de la Royal Dutch-Shell, Churchill odiaba al comunismo, como lo comprueba el despiadado retrato de Trotsky escrito en 1937, que figura en *Great Contemporaries*, Fontana Books, London, 1959.

MANUEL ROJAS, escritor chileno nacido en la Argentina, fue presidente de la Sociedad de Escritores de Chile. Algunas de sus novelas, como *Hijo de Ladrón* son ya obras clásicas de la literatura latinoamericana.

MAX EASTMAN (1889-1969) fue uno de los más importantes intelectuales de izquierda en los Estados Unidos. Director de *The Masses*, fue procesado en 1918 por dirigir una campaña pública a favor de la neutralidad en la guerra mundial y contra el reclutamiento. Autor de una completa biografía de Trotsky, y de numerosos volúmenes, en 1955 concluyó su militancia de izquierda, con el libro *Reflections on the Failure of Socialism*. Otros de sus libros: *Artists in Uniform* (1934), *Enjoyment of Laughter* (1936), *Heroes I have known* (1942).

FRANÇOIS MAURIAC (1885-), famoso novelista católico de la primera postguerra, ingresó a la Academia Francesa en 1933 y recibió el Premio Nobel de Literatura en 1952. Su interpretación de Trotsky ha sido tomada de *Memoires Intérieurs*, Flammarion, París, 1959.

JORGE ABELARDO RAMOS (1921-), historiador, político y escritor, es uno de los pensadores que más influencia ha ejercido en la Argentina en los últimos años. Algunos de sus libros: *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, *De Octubre a Octubre*, *Historia de la Nación Latinoamericana*.

SE TERMINO
DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRAFICOS LUMEN
S.A.C.I.F.
CALLE HERRERA 327
TEL. 21 - 4063
BUENOS AIRES
REPUBLICA ARGENTINA
EN EL MES DE
JULIO
DE MIL NOVECIENTOS
SESENTA Y NUEVE

Este libro fue donado a
la Biblioteca Nacional de
Chile por el parlamentario
y escritor ALEJANDRO
CHELÉN ROJAS

FONDO GENERAL

León Trotsky (1879-1940) es el protagonista de una extraordinaria
toria política, simultánea de una vida igualmente rica, que se qu
trágicamente con su asesinato. Tres décadas después de su muerte
figura de Trotsky continúa alimentando polémicas en todo el mu
Algunas de las grandes figuras que lo conocieron, escribieron sobr
páginas de antología que figuran en este volumen, lo mismo que d
sos análisis de especialistas del pensamiento marxista que se han
pado detenidamente de sus ideas.